

# Alan Furst

**EL OFICIAL POLACO**



Lectulandia

Septiembre de 1939. Cuando Varsovia está a punto de caer en manos de la Wehrmacht de Hitler, el capitán Alexander de Milja es reclutado por los servicios de Inteligencia de la recién formada Resistencia polaca. Su misión: transportar hasta lugar seguro las reservas de oro del Banco Nacional de Polonia, ocultas en un tren de refugiados.

Una espléndida novela de espionaje al más puro estilo clásico, una lectura apasionante rica en suspense, acción y ambientación, que relata la lucha que desde la sombra se emprendió contra la ocupación alemana en la Segunda Guerra Mundial, y cómo, en toda Europa, hombres y mujeres comunes se convirtieron en héroes de un tiempo sin ley lleno de ambigüedades.

**Lectulandia**

Alan Furst

# **El oficial polaco**

ePub r1.0

Titivillus 20.06.2019

Título original: *The Polish Officer*  
Alan Furst, 1995  
Traducción: Jaime Collyer  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# **EL TREN DE CERCANÍAS A PILAVA**

En Polonia, la noche del 11 de septiembre de 1939, varias unidades de reconocimiento y comandos de la Wehrmacht —integrados en el Tercer Cuerpo de Ejército, al mando de Kuechler— se desplazaron sigilosamente por las defensas de Novy Dvor, cruzaron el Vístula por el puente de Jablonka, a medias destruido, e intentaron tomar la central telefónica de Varsovia, situada en el límite septentrional de la ciudad. Al toparse con una inesperada y muy tenaz resistencia, se replegaron por la avenida Sowacki y tomaron posiciones en la azotea y el vestíbulo del Hotel Franconia, pidieron apoyo aéreo y se acomodaron en el interior del hotel a esperar el alba y sus primeras luces.

El señor Félix Malek, propietario del Franconia, se enfundó entonces su mejor traje azul y, auxiliado por un camarero de los que atendían las habitaciones, sirvió coñac a los soldados alemanes a cargo de los morteros y ametralladoras. Luego bajó a la bodega, abrió la portezuela disimulada que conducía a un pasadizo subterráneo excavado durante el ataque prusiano de 1795, recorrió a toda prisa la avenida Sowacki rumbo a la central telefónica y allí pidió ver «al caballero al mando».

Lo condujeron por una escalera de mármol al despacho del director, en la quinta planta, y allí, bajo el severo retrato del susodicho director —con quevedos y mostachos bien acicalados—, se presentó ante el oficial, un capitán. El oficial era un individuo que sabía escuchar y la pregunta precisa que le formuló animó al señor Malek a hablar largamente: sobre las armas disponibles y los efectivos de la unidad alemana, sus distintivos, las posiciones que ocupaban..., el oficial se sorprendió de lo mucho en que había reparado el señor Malek.

Cuando el visitante hubo concluido, se le sirvió una taza de té. El señor Malek preguntó si podía quedarse allí, para él sería un honor combatir a los alemanes. No, fue la respuesta, quizás en otra ocasión. De modo que el señor Malek se encaminó al apartamento de su hermana en el barrio de Ochota.

—¿Y cómo eran? —le preguntó ella.

El señor Malek lo pensó un momento.

—Educados —dijo—. Gente de la mejor categoría.

No por nada, el señor Malek llevaba treinta años de hotelero: los defensores de la central telefónica de Varsovia, reclutados en mitad del caos provocado por la invasión alemana, eran oficiales del servicio de inteligencia polaco, conocido, a imitación de su homólogo francés, como el Deuxième Bureau. La ametralladora Breda apostada en el alféizar de la ventana estaba servida por un teniente del servicio criptográfico, con las gafas cuidadosamente guardadas en el bolsillo delantero. El muchacho flacucho a cargo de los peines de munición era, en su vida profesional, un experto en la jerarquía de la URSS, en tanto que el oficial responsable, que apuntalaba el trípode, era el teniente Karlinski, grueso y de tez rubicunda, quien en tiempos normales se ocupaba del análisis del tráfico marítimo en el Báltico.

El oficial al mando, capitán Alexander de Milja, era cartógrafo de profesión; primero había sido dibujante de mapas, luego subdirector de la Sección Geográfica. Pero ahora Polonia estaba en guerra —no, Polonia había perdido ya la guerra— y estaba claro para el capitán que nadie más iba a ser, por un buen tiempo, subdirector de nada.

Pero, aun así, no podías dejar de pelear. El aire nocturno, frío y húmedo, le alivió las manos. ¡Menudo cretino! Había tomado el cañón recalentado de la ametralladora para cambiarlo durante el ataque y ahora había sendas franjas de color rojo en sus palmas, que le dolían condenadamente.

Las 4:20 de la madrugada. El capitán De Milja barrió la fachada del hotel con sus binoculares, intentando —basándose en los informes del propietario— enfocar ciertas habitaciones, pero los alemanes mantenían cerradas todas las ventanas y sólo llegó a ver los cristales a oscuras. En la plaza de Sowacki, vio un tranvía quemado, y el cadáver de un soldado de la Wehrmacht, como un bulto de trapos abandonado en un portal, sin sus armas ni municiones, que habían desaparecido hacía rato. Seguramente ahora estarían en la buhardilla de alguien. De Milja se olvidó por un momento de los binoculares, que volvieron a colgar de su cuello, y escudriñó la ciudad.

Una refinería había sido incendiada; una espiral de humo denso y negro se erguía majestuosa hacia los cielos y las nubes brillaban con una débil tonalidad anaranjada. Una ametralladora tableteaba en la lejanía, un avión zumbaba en lo alto, la artillería retumbaba desde el otro lado del río. La guerra —el fuego y el humo— había acelerado la llegada del otoño, con las hojas muertas dispersas por el adoquinado, taponando las alcantarillas.

El capitán De Milja era un soldado, sabía que no le quedaba mucho por vivir. Y, la verdad, tampoco le importaba mucho. No era alguien que se aferrara particularmente a la vida. Tendría que resolver un par de asuntos y luego las cosas seguirían su curso.

El teléfono del director era, naturalmente, a la última moda: negro, lustroso, de baquelita. De Milja llamó al operador militar que él mismo había enviado al sótano.

—¿Señor?

—¿Lo ha intentado de nuevo con Tarnopol, sargento? —No lo consigo, señor. Conecto hasta Vilna y hasta Zakopane, por las líneas disponibles, pero casi toda la línea está caída. Es casi seguro que las han cortado, señor.

—Siga intentándolo.

—Sí, señor.

—Gracias, sargento.

Devolvió el auricular con delicadeza a su sitio. Había tenido la esperanza de poder despedirse de su esposa.

Las tropas de asalto de la Wehrmacht obtuvieron el apoyo aéreo que deseaban al amanecer; tres Focke-Wulf 189 irrumpieron entre las nubes con el motor aullando y abriendo fuego, pero fue más el drama escenificado que la destrucción: el modelo 189 sólo podía transportar una limitada carga de bombas. Desde la quinta planta de la central telefónica, el teniente Karlinski barrió el cielo con la Breda y les descargó peine tras peine del calibre 7.35. La estela de las balas trazadoras, brillantes a la pálida luz del alba, ascendían hasta alcanzar las nubes, a la par que los casquillos recalentados iban cayendo en la alfombra persa del director y el despacho comenzaba a oler a lana quemada. Así hasta que una bala proveniente del salón de baile del Hotel Franconia le dio a Karlinski en la clavícula, lo tiró de espaldas al suelo y lo mató instantáneamente por el shock.

El teniente del servicio criptográfico ocupó su lugar, mientras el capitán De Milja mantenía fijo el trípode con sus manos quemadas y el experto en la jerarquía rusa alimentaba la ametralladora con nuevos peines de munición. Sólo que, para entonces, los Focke-Wulf habían agotado la suya y hubieron de retornar a Alemania. Momento en el cual sonó el teléfono y alguien desde la primera planta, en un tono perfectamente controlado, informó a De Milja que el edificio estaba en llamas.



Éste se quedó, por un segundo, en blanco. La solución era la más obvia. Luego dijo: «Dad aviso a los bomberos». Lo cual hicieron, pues los bomberos, ese 12 de septiembre, podían aún cumplir bastante bien sus funciones, visto que las principales tuberías de la ciudad aún funcionaban. Los bomberos entraron al edificio por el flanco opuesto al de las escaramuzas y arrojaron chorros de alta presión contra las llamas, apagando prontamente el fuego, pero a la vez, a medida que el agua fue inundando los conmutadores, bloqueando cada teléfono que quedaba activo en Varsovia.

El ataque de la Wehrmacht, conducido puerta a puerta por la avenida Sowacki, desfalleció al poco, hasta frenarse por completo. El apoyo de los morteros y ametralladoras, que habían emplazado en la azotea del hotel, duró menos de un minuto, luego esas posiciones fueron abandonadas. Justo antes del amanecer, De Milja había enviado a grupos de francotiradores a la azotea de los edificios vecinos y, cuando se inició el tiroteo, éstos abatieron primero al encargado de un mortero y después a un oficial alemán. Fue una medida improvisada —los francotiradores iban armados sólo con escopetas de caza y pistolas automáticas de la policía—, pero funcionó.

De Milja vio por los binoculares que un analista de la sección de economía —el capitán creyó recordar que su especialidad eran los temas agrícolas—, un cincuentón, con tirantes y la camisa arremangada, apareció de pronto en uno de los pretils de un edificio de apartamentos y disparó los dos tiros de una vieja escopeta, de las que solía uno encontrarse en el cuarto trastero de las casas de campo, arrumbadas entre alforjas de cuero y raquetas de tenis deformadas.

El francotirador abrió la escopeta y retiró los cartuchos vacíos. De ambos cañones salió algo de humo cuando introdujo nuevos casquillos en la recámara. «Agáchese», pensó el capitán, viendo a dos soldados alemanes en una ventana a mayor altura, apuntando sus fusiles: «Abajo, venga». El francotirador se tambaleó hacia atrás, su rostro cruzado por una expresión de dolor, pero logró mantener el equilibrio, se apoyó contra el pretil y disparó de nuevo. Su hombro se sacudió hacia atrás a causa del culatazo, después cayó de rodillas, negando lo que estaba pensando, incrédulo.

Las unidades de la Wehrmacht iniciaron la retirada a los pocos minutos, intentando abrirse paso hasta el grueso de sus líneas cuando ya había oscurecido. La mayoría de ellas nunca llegó a su destino, víctimas de pequeños grupos de soldados, granjeros, quinceañeros..., polacos todos. Y los

que, como mucho, lograron llegar al puente de Jablonka, comprobaron que, al segundo intento, había sido arrasado por completo. Los que no sabían nadar fueron encontrados en la orilla a la mañana siguiente.

16 de septiembre, 17:40. Central de la Inteligencia Militar, Cuartel Savka. Orden 3135-c:

Excepto documentos específicos identificados por los directores de Departamento, todos los archivos deben quedar destruidos para las 18:00 horas.

El capitán De Milja observaba fríamente, con el pie sobre una silla, cómo se realizaba esta tarea y los funcionarios del departamento quemaban un total de ocho mil mapas, en apariencia incommovible. Y puede que no le importara de veras, o le importara muchísimo, o que se hubiera ausentado mentalmente, adondequiera que lo hacía cuando la vida se volvía demasiado cruel o demasiado estúpida. En cualquier caso, su mirada era indescifrable.

Los funcionarios habían hecho una pira con maderos en el salón principal, en la enorme chimenea con la fecha de 1736 labrada en el borde superior, una chimenea pensada para asar jabalíes destinados a un escuadrón de caballería. Ahora ardía un discreto fuego hecho por funcionarios, que chisporroteaba y humeaba con manifiesta debilidad y los mapas, impresos en lienzos y montados en varas de madera, no ardían bien.

En la oficina se decía, en tono de broma, que el funcionario a cargo del departamento sufría de «talpida», o cara de topo, una afección habitual entre las burocracias de naturaleza subterránea. El hombre había sido, de hecho, un fiero obstruccionista en su cometido: todo debía ser firmado y vuelto a firmar, y luego firmado de nuevo. En ese momento, viendo a los funcionarios a sus órdenes pasar junto a él con los brazos cargados de mapas, parecía como ido. Removía con aire desencantado y un mango de escoba las brasas, las llamas titilando en sus gafas.

Carpeta 4088: Estambul, mapa callejero. Puerto de Estambul, número de muelles y depósitos. Elevaciones topográficas de Üsküdar con las baterías de playa a escala. Estrecho del Bósforo con cotas de profundidad. Costa del mar Negro: ensenadas, calas, puentes, caminos. Costa del mar de Mármara: ensenadas, calas, puentes, caminos.

Al fuego.

Carpeta 4098: Listado de compañías madereras existentes, 1935-1938; arroyos, rutas para transporte de troncos, árboles viejos y recién crecidos, vías

de desagüe, carreteras, accesos ribereños. De los bosques en Polonia, Bielorrusia y Ucrania.

—Esa serie aparte, por favor —dijo De Milja.

Sorprendido, el funcionario se volvió a escrutarlo, luego hizo lo que se le ordenaba. Los listados del sector maderero fueron apilados con cuidado sobre los detallados mapas del sistema ferroviario polaco.

16 de septiembre, 19:15. Un joven alférez trajo un mensaje, se cuadró y permaneció en posición de firmes mientras el capitán lo leía. El coronel Anton Vyborg requería su presencia, dentro de quince minutos, en el cuartel que había cerca del acceso este; habían enviado a otro oficial para que supervisara la destrucción de archivos. El capitán escribió cuidadosamente sus iniciales en el mensaje, luego se aseguró de que podía llegar a la hora para la cita.

El coronel y el capitán decidieron dar un paseo hasta los establos de la caballería, levantados como anexos al Fuerte Savka cuando el Décimo Regimiento de Húsares Polacos cabalgaba junto a Bonaparte durante las Guerras Napoleónicas. La pista de equitación bajo techo —un ruedo de tierra bajo un entramado de vigas de madera— era, por tradición, el *champ d'honneur* del regimiento; no sólo para los duelos a pistola, con los treinta pasos de rigor, sino también las justas a caballo y sablazos, el arma de la caballería. Más allá de la pista estaban las cuadras para los caballos, que comenzaron a dar leves coces y relinchos al percibir a los dos oficiales aproximándose. A De Milja le pareció que el aire olía bien; a estiércol y paja, a tarde otoñal y al humo del cigarro de Vyborg. No olía edificios o documentos ardiendo. Una nube de mosquitos revoloteaba en la inmovilidad del aire, la luz del crepúsculo se apagaba para dar paso a la noche.

Había algo, una impronta de caballero báltico al viejo estilo, en el coronel Vyborg. Un hombre en los cuarenta, alto y enjuto, de labios finos, con arrugas bien marcadas en las comisuras de los ojos, que centelleaban de forma incisiva de vez en cuando, el cabello tieso y descolorido, cortado al estilo de la caballería y su oficialidad. Llevaba botas de montar de caña alta, flexibles y de una tonalidad oscura, bien lustradas con betún. Su trabajo consistía en dirigir la labor de aquellos oficiales de inteligencia, asignados habitualmente, aunque no siempre, a una agregaduría militar en las legaciones extranjeras para operar con agentes secretos.

—Tenga uno de éstos —dijo Vyborg. Encendió el cigarro al capitán, después bajó la voz para hablarle mientras caminaban—: Hasta esta noche, nuestra situación es ésta: hay cincuenta y dos divisiones alemanas en Polonia, cerca de un millón y medio de soldados, precedidos por varios miles de tanques. Nuestra fuerza aérea fue arrasada en tierra durante la mañana del primer día. Nuestros aliados, Francia e Inglaterra, han declarado la guerra y hecho algunos gestos..., esperábamos más de ellos, ciertamente. Los Estados Unidos son neutrales y no parecen muy interesados en el asunto. Así pues, como es costumbre, estamos solos. Peor aún, Stalin tiene cuarenta divisiones apostadas en la frontera oriental y nuestro servicio de inteligencia sugiere que atacará en cuestión de horas. Como contrapartida, tenemos a medio millón de hombres uniformados..., mejor dicho teníamos. Nuestras comunicaciones están cortadas, aunque sabemos que hemos tenido unas doscientas mil bajas, entre ellas unos cien mil prisioneros. Probablemente sea peor que eso. Nuestras perspectivas inmediatas están implícitas, supongo, en la quema de archivos que hemos emprendido. Pero no es la primera vez que esto sucede, y esto todavía es Polonia, al menos para nosotros no todo está perdido. ¿Está usted de acuerdo?

—Sí, señor.

—Bien. Queremos ofrecerle una misión, pero he de hacer hincapié en que tiene usted la opción de escoger. Puede ir a incorporarse a una de las divisiones regulares de combate..., pensamos montar una línea de resistencia en el río Bzura; aparte de ello, algunas unidades intentarán resistir en los pantanos de Pripet, en las provincias orientales. La nación ha sido derrotada, pero la *idea* de nuestra nación no debe serlo. Por tanto, si quiere morir en el campo de batalla, no seré yo quien lo detenga.

—¿O?

—O puede trabajar para nosotros, allí, en el ala oeste..., donde estábamos hasta hace poco, al menos. No es una decisión menor, pero tiempo es justamente lo que no tenemos. La ciudad está casi aislada y para mañana ya no habrá posibilidad de abandonarla. Los alemanes no harán el intento de tomarla, saben que pagarían un alto precio en sangre por ello y no son tan valientes como proclama su reputación. Seguirán enviando los bombarderos, sin oposición alguna, y seguirán sentados allí afuera, donde no podemos alcanzarlos, hasta reducir la ciudad a escombros. Lo aguantaremos tanto como podamos, después firmaremos alguna cosa para que se acabe.

—¿Y luego?

—Luego comenzará la guerra.

Uno de los caballos asomó la cabeza y la inclinó fuera de su cuadra y el coronel se paró a acariciarle las crines.

—Quisiera tener una manzana para ti —dijo Vyborg—. ¿Qué me dice, capitán, debemos eliminar de un tiro a estas bestias? ¿O dejar que los alemanes se hagan con ellas?

—¿No se las puede ocultar? ¿Quizás en otros establos, con los caballos de tiro?

—Es difícil ocultar las cosas valiosas a los alemanes, capitán. Muy difícil.

Durante un breve lapso caminaron en silencio. Por encima de sus cabezas pasó un escuadrón de bombarderos Heinkel; ambos miraron a lo alto, después quedaron en vilo. Las bombas fueron a caer en el flanco meridional de la ciudad, un rumor parecido a una serie de truenos en la distancia. Luego el escuadrón se alejó, seguido de unas pocas salvas antiaéreas que estallaron muy por debajo y a considerable distancia. Y volvió el silencio, al diluirse a lo lejos el rumor de sus motores.

—¿Y bien? —dijo Vyborg.

—El ala oeste, coronel.

—Usted sabe la clase de cosas que ocurren si los alemanes cogen a gente como nosotros, capitán.

—Sí, señor.

—Hemos preparado un dossier para usted: dábamos por sentado que aceptaría la oferta. Le será enviado a su oficina cuando vuelva. Se le asigna un nombre de guerra..., no queremos que nadie sepa quién es usted. Contiene a la vez algunos memorandos escritos en las últimas cuarenta y ocho horas, le será útil revisar todo eso para una reunión en mi despacho a las nueve quince. ¿Preguntas?

—No hay preguntas, señor.

—Hay un alto grado de improvisación, de momento, pero sin caer en el caos. Quizá perdamos una guerra, pero no la cordura. Ni menos nuestro espíritu.

—Entendido, señor.

—¿Hay algo que quiera decirme?

—En relación a mi esposa...

—¿Sí?

—Está ahora en una clínica privada. En el campo, cerca de Tarnopol.

—¿Enferma de algo?

—Así es... El médico dice que se ha refugiado en su mundo personal.

Vyborg hizo un gesto de pesar con la cabeza, en prueba de solidaridad, frunció el entrecejo y pensó en que sus conocidos también podían enfermar.

—¿Y hay posibilidades de recuperación?

Vyborg reconsideró el asunto. Los altos oficiales de inteligencia se volvían muy intuitivos en cuanto a las probabilidades existentes en cada caso: unos milagros podían ocurrir, otros no. Una vez desencadenado algo, y por encima de cierto rango, uno lo adivinaba. Siempre.

—Lo siento —dijo el coronel.

El capitán quedó cabizbajo; su interlocutor lo entendía bien, no era preciso darle más vueltas. Siguieron caminando en silencio por un rato, luego el coronel dijo:

—Nos vemos a las nueve quince, entonces.

—Sí, señor.

—Oficialmente, nos complace tenerlo entre nosotros.

Se estrecharon la mano. El capitán se cuadró, el coronel le devolvió el saludo.

Una luna en fase creciente, teñida de rojo por los incendios, brillaba sobre la estación de tren de Vilna.

El encargado lucía una venda sobre su ojo, no se había cambiado de traje ni camisa en varios días, días de andar arrastrándose bajo los vagones de carga, de hollín flotando en el aire y el humo del combustible cuando ardía, y sus manos temblaban. Como eso lo avergonzaba, las mantenía hundidas en los bolsillos, como si hubiera sido un tipo duro, un macarra de esos que se paran en una esquina a piropear a las chicas.

—Ésta era nuestra joya —dijo apesadumbrado.

El capitán De Milja paseó el haz de su linterna por el techo arrancado de un vagón de pasajeros. Un fular flotaba al viento, enredado entre los hierros retorcidos.

—Carrocerías Bolen —acotó el encargado—. Con farolas de cristal emplomado en los compartimientos de primera clase. Y ahora véalo usted.

—¿Qué hay ahí detrás? —preguntó De Milja.

—No mucho. Sólo material obsoleto que retiramos de... la línea de Pruszków, Wolomin.

Las cenizas crujían bajo los pies de ambos al pisarlas. Los trabajadores intentaban reparar las vías, armados con barras de hierro y lámparas de

acetileno, en medio de una lluvia de chispas azuladas y olor a metal chamuscado.

—¿Y esto?

El encargado se encogió de hombros.

—Hacemos circular trenes pequeños con destino a los pueblos cercanos los días que hay mercado. Esto es lo que quedó del tren de cercanías a Solchów. Se vio atrapado en medio de un bombardeo el jueves, justo al pasar la central eléctrica. El maquinista tuvo un ataque de pánico, hizo que el fogonero desenganchara la locomotora y salieron pitando hacia la estación de Vilna. Quizá pensó que estaría a salvo bajo techo, aunque no me explico por qué, es un tejado de vidrio, o lo era. Cuando avisaron que todo había pasado, la locomotora había sido reducida a fragmentos, en cambio el resto del convoy estaba ahí afuera, descansando sobre las vías, lleno de viejas campesinas furiosas y jaulas de gallinas.

De Milja y el encargado subieron al vagón por la escalerilla. La linterna del capitán iluminó el pasillo: las tablas del piso, grises y combadas por los años, los asientos de mimbre destartados —alguna vez de color amarillo, ahora marrón—, plumas, un cesto abandonado. Del extremo opuesto del vagón les llegó un gruñido amenazante. «¿Qué haces tú aquí?», pensó De Milja.

—Ven aquí —dijo en voz alta.

Hubo una pausa, luego otro gruñido. Esta vez no quería decir: «Prepárate a morir». Sonaba más parecido a un: «Aún no».

—Ven aquí.

«No tienes otra opción y lo sabes». Al pasillo asomó con cautela una cabezota desde detrás de un asiento desvencijado. De Milja bloqueó con su mano el haz de la linterna y el perro se acercó con actitud renuente, la cabeza gacha, dispuesto a aceptar su castigo. Seguro que pensaba que para haber merecido lo que acababa de ocurrirle en los últimos días, debía haberse portado realmente muy mal. De Milja puso una rodilla en tierra y dijo:

—Vale, tranquilo, tranquilo.

Era un macho de raza tatra, un perro pastor de las montañas. De Milja hundió sus manos en el pelo grueso alrededor de su cuello, lo cogió con fuerza y lo forzó a volver la cabeza hacia él. El perro conocía el juego e intentó mordisquear a De Milja, pero las manos del hombre eran demasiado fuertes. Finalmente, el animal apoyó su cabeza en el pecho del capitán, tomó aire y suspiró tan profundamente que casi pareció un gruñido.

—Quizá pueda usted conseguir algo de agua —dijo De Milja al encargado.

Su familia siempre había tenido perros en la casa solariega de Volinia, en la Polonia Oriental. Solían cazar con ellos, cada otoño cobraban un jabalí en los grandes bosques de los alrededores, como una escena tomada de un tapiz medieval. El tatra era blancuzco, como casi todas las razas de montaña, la tonalidad preferida de los pastores, que así evitaban aporrear a su propio perro cuando peleaban juntos contra los lobos en sus correrías nocturnas. De Milja apoyó el rostro contra el animal y olió su tierna fragancia.

El encargado volvió con una escudilla llena hasta el borde de leche. Era un pequeño milagro, pero «es que debe estar hambriento», dijo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó De Milja.

—Koski.

—¿Puede usted mantener a un perro de este tamaño, señor Koski?

El encargado lo pensó un momento, después se encogió de hombros y dijo:

—Supongo.

—Necesitará comida.

—Ya nos las arreglaremos.

—¿Y de este tipo de vagones —dijo el capitán— tendría unos seis más? ¿O por ahí?

—Todos los que necesite.

—Del mismo color. Amarillos, con la franja en rojo alrededor de las ventanillas.

Koski hubo de disimular su sorpresa. En medio de una guerra, con los alemanes en los suburbios, y este tipo los quería todos «del mismo color». En fin, uno sólo debía cumplir con su deber.

—Si puede usted esperar hasta que haya luz de día, los podríamos repintar.

—No, están bien así. Necesitaremos, desde luego, un fogonero y la locomotora. Una locomotora para un tren de carga.

Koski se miró fijamente los zapatos. Hasta ahora, habían improvisado a destajo, tomado prestadas algunas partes, mantenido en circulación toda clase de efectivos que no tenía sentido ya hacer circular..., pero una locomotora de carga era un tema delicado. Nadie las tenía. Bueno, él sí, tenía una. Bien escondida. ¿Sería el momento de...?

—Seis vagones en amarillo y rojo —dijo finalmente—. Fogonero, locomotora de carga... ¿Sería todo?



—En, digamos, una hora más.

Koski iba a comenzar a gritar algo como: «¿No ve que hago lo que puedo...?», pero una mirada de soslayo a De Milja lo hizo retractarse: no parecía un hombre al que alguien pudiera hablarle así, mucho menos a gritos.

De Milja tenía el aspecto de alguien en la treintena, al final de ella, pero había algo, cierto aire de autoridad, que lo hacía parecer bastante mayor que eso. De cabello negro y corto, bien cortado, la gente reparaba en su frente pálida y amplia. Los ojos del color del mar en febrero —según decía su esposa—, entre el gris y el verde. Su rostro era refinado... arrogante... severo; la gente proponía distintas opciones. En cualquier caso, era un hombre extremadamente serio, con las manos más grandes de lo que correspondía y dedos gruesos. No llevaba distintivos de ningún tipo, sólo un impermeable marrón sobre un jersey de lana gris. En algún sitio habría oculta un arma. Permanecía allí de pie, con aire relajado pero a la vez con una apostura vagamente militar, a la espera de que el encargado le asegurara que tendría su tren para dentro de una hora. «Este hombre ha llegado con la guerra —pensó Koski—, y cuando la guerra se haya ido, si eso ocurre alguna vez, él también lo hará y todos los que son como él».

El encargado asintió, sí, claro, tendría su tren. El perro dejó de lamer la escudilla, alzó la vista y gimoteó, con una gotita de leche chorreándole por las barbas. Del lado de las colinas surgió una llamarada de color amarillento que sobrevoló la estación, a lo cual siguió el estruendo seco de una explosión. La maleza ardió unos segundos, luego el fuego se extinguió a medida que el humo y el polvo se deslizaban cerro abajo.

Koski se había encogido con la explosión y ahora hundió un poco más sus manos temblorosas en los bolsillos.

—No queda mucho que bombardear por aquí —dijo.

—Eso no ha sido una bomba —dijo De Milja—. Ha sido un obús.

17 de septiembre, 3:50. Una locomotora de carga, un fogonero, seis coches de un tren de cercanías. El encargado, con el tatra a su lado, los vio abandonar la estación y luego cruzar el distrito de Praga, un suburbio obrero junto al Vístula, vecino a Varsovia, y dirigirse a la ciudad por el único puente ferroviario que aún quedaba. El capitán De Milja iba en la cabina y escrutó las aguas oscuras del río, con el traqueteo del convoy resonando sobre los durmientes.

Koski lo había hecho lo mejor que había podido en tan corto plazo. En Varsovia, se les unirían un auxiliar de fogonero, encargado de alimentar la caldera, y otro maquinista. El maquinista a bordo, de pie junto a De Milja, había estado, hasta esa misma noche, gozando de su retiro. Era un individuo agrio, de papada voluminosa y la nariz cubierta de grumos, ataviado con una gorra sucia y grasosa de maquinista y un suéter azul de jubilado, con botones blancos.

—*Shkopy* de mierda —dijo, empleando el término polaco para los alemanes, equivalente al *boche* de los franceses. Echó una ojeada río arriba, al esqueleto renegrido del Puente Poniatovski—. Ya tuve todo lo que quería de ellos en el diecisiete.

Los alemanes habían marchado ya contra Varsovia en 1917, durante la Gran Guerra. De Milja tenía por entonces dieciséis años, estaba a punto de ingresar en la universidad y su familia, aun cuando era contraria a la invasión germana, vio en todo ello un lado positivo: haría retroceder al ocupante ruso hacia el Este, adonde pertenecía.

La caldera brillaba débilmente en la oscuridad, lo suficiente para que De Milja pudiera hacer unos breves cálculos apoyado contra la pared metálica de la cabina. Tenían que acarrear cerca de 45 toneladas: unas 360 personas, eso sumaría unas 25 toneladas en total, considerando a jóvenes y viejos, flacos y gordos, 60 kilos en promedio por cada uno, sumados a unas 20 toneladas de carga.

Así, pues, unas 44 toneladas en total. Suponiendo que un vagón de carga normal pesara dos toneladas, la locomotora podía arrastrar perfectamente unos veinte vagones. Los seis coches de pasajeros pesarían lo suyo, pero no importaba: el convoy rodaría sin problemas mientras la locomotora pudiera tirar de ellos.

—¿Qué está anotando? —Había un matiz de crispación en la voz del anciano; desde su perspectiva de viejo maquinista, la cabina de una locomotora no era sitio para ponerse a tomar notas.

De Milja no respondió. Cubrió con su mano el pequeño bloc y devolvió el cabo de lápiz a su bolsillo. El ruido de las ruedas cambió al abandonar el puente y descender hasta una depresión sembrada de pasos a nivel y puentes: una tierra baldía de traviesas y señales, depósitos de agua y estaciones guardagujas. ¿Sería correcta esa cifra de 45 toneladas? Tuvo que reprimir el impulso de hacer de nuevo los cálculos. Matemáticas básicas, se dijo, no había forma de equivocarse.

—¿Dijo usted el puente de la calle Dimek?

—Sí.

Los frenos sisearon y el tren rodó otro poco hasta detenerse. De una escalinata que subía la empinada ladera hasta el nivel de la calle les llegó una señal luminosa. De Milja respondió con su linterna. Entonces, una larga fila de espectros comenzó a bajar las escalinatas.

17 de septiembre, 4:30. Mientras cargaban el tren, arribaron el otro maquinista y el fogonero. Ambos estrecharon la mano al viejo maquinista. Con gran eficacia, desengancharon la locomotora y el carro del carbón, y se valieron de un ramal corto para llevarlos hasta el extremo opuesto del tren, de modo que ahora quedaron apuntando al Este.

Bajo el puente de la calle Dimek, había dos personas esperando a De Milja: su antiguo oficial superior, un mayor de bigotes entrecanos y modales impecables, e impecable estupidez, que se limitaba a cumplir sus años en el servicio activo hasta que le llegara el retiro mientras su asistente hacía todo el trabajo por él, y el antiguo ordenanza de De Milja, el subteniente Novak, que le haría de adjunto en el viaje al Sur.

El mayor estrechó con firmeza la mano a De Milja, su voz tensa por la emoción.

—Sé que lo hará usted bien —le dijo—. En cuanto a mí, me vuelvo a mi unidad. Han montado una línea de resistencia en el río Bzura.

Eso equivalía a una sentencia de muerte y ambos lo sabían.

—Buena suerte, señor —dijo De Milja y se cuadró.

El mayor le devolvió el saludo y se perdió entre la muchedumbre que ahora llenaba el tren.

Varios soldados con ametralladoras habían tomado posiciones a lo largo de la vía, mientras una docena de carpinteros hacía palanca con hierros para levantar los tablones de cada vagón y los funcionarios de la Oficina del Tesoro Público ocultaban, en el espacio libre de unos veinte centímetros que había bajo los tablones, la Reserva Nacional Polaca de oro: 11 400 000 dólares en lingotes de dos kilos y medio cada uno, embalados en paquetes de cinco. En seguida, trabajando contrarreloj, los carpinteros colocaron los tablones de vuelta en su sitio.

Momento en que Novak llegó corriendo hasta él, rojo de ira.

—Es mejor que vea esto —dijo.

Los carpinteros estaban concluyendo su labor. Novak le indicó las cabezas relucientes de los clavos que acababan de martillar en la vieja madera.

—¿No podrían haber utilizado los viejos clavos? —dijo De Milja.  
A lo que el carpintero en jefe se encogió de hombros.  
—¿Y no hay algo de hollín disponible?  
—¡Hollín! No, no. Nosotros somos carpinteros, no usamos esas cosas.

17 de septiembre, 6:48, estación de Dantzig. Los andenes y salas de espera estaban atestados de gente, de todas las edades y todas las categorías, chapurreando en al menos siete idiomas, con sólo una cosa en común: la espera. Por pura mala suerte o incompetencia, daba igual, los trenes ya no corrían. La voz de algún jefe de estación resonaba por el altavoz e intentaba convencer a toda la gente de ello, pero nadie quería creerlo. En Polonia, las cosas sucedían de un modo enigmático: la propia autoridad quedaba a menudo sin habla a causa del repentino giro en los acontecimientos.

A modo de ejemplo:

La voz del jefe de estación, con un: «Por favor, damas y caballeros, se lo rogamos, el servicio está suspendido...», quedó gradualmente apagada por el traqueteo de un tren aproximándose en la distancia. La gente corrió al borde del andén, con la policía luchando por contenerla.

Después la multitud quedó en silencio y dejó de empujarse entre sí.

Era un tren militar. Había comenzado a llover y el agua relucía sobre las planchas de hierro de la estación, de la marquesina. El tono de la locomotora era rítmico y grave, como el de un tambor, cuando atravesó el andén, con las ametralladoras asomando por varios portillos. Era un tren blindado al estilo ruso, un arma bolchevique, un asesino de campesinos: eso significaba aldeas quemadas y mujeres llorando y todo el mundo en Dantzig lo sabía. El convoy, demasiado pesado para la locomotora, se movía con dificultades, de modo que la multitud llegó a ver las caras, frías y atentas, de los artilleros antiaéreos apostados en sus atalayas, rodeadas de sacos de arena, sobre el techo de los vagones.

Entonces alguien comenzó a dar vítores. Y alguien más se le sumó. Y luego todo el mundo daba vítores. Polonia había sido brutalmente apuñalada por la espalda y se desangraba, sangraba con coraje, pero aquí estaba la prueba de que aún respiraba, que aún podía golpear a quienes la atacaban.

Con todo, eso fue sólo una parte del milagro. A los pocos minutos, otro tren hizo su aparición. Y si el tren blindado era una imagen de guerra, aquí había ahora un espectro de las épocas de paz, un pequeño tren de seis vagones en dirección al Sur, con destino —o eso decían las señales a ambos lados de

cada vagón— a Pilava. ¡El tren a Pilava! A sólo cincuenta kilómetros hacia el Sur, pero no, al menos, hacia la sitiada Varsovia. Todo el mundo tenía alguna tía en Pilava, uno solía ir allí el domingo por la tarde y volver a casa con medio jamón envuelto en un trapo. Vladimir Herschensohn, presionado por la muchedumbre contra una columna de mármol, sintió que su corazón saltaba de alegría. En cierto sentido, era un síntoma de normalidad: un tren haciendo su entrada en la estación, los pasajeros que suben a él, la vida que sigue su curso.

Pero el señor Herschensohn no subiría a ese tren. Pese a que debía hacerlo: los alemanes darían rápida cuenta de él y lo sabía. Pero Dios lo había hecho un hombre menudo y, cuando la multitud se abalanzó con avidez al tren vacío, fue desplazado —impulsado aquí y allá por alguna maldición, un codazo— lejos de las vías. Tras un minuto o dos de ese tumulto, sólo aspiraba a permanecer a suficiente distancia para ver partir el tren, para enviar al menos una parte de su alma lejos de allí y ponerla a salvo.

Atento desde la cabina, De Milja sintió que se le encogía el estómago. La multitud era ahora una turba: si conseguían subir a ese tren, sobrevivirían. Los bebés daban alaridos, las maletas caían y se abrían, hombres y mujeres daban zarpazos y peleaban entre sí, la policía agitaba sus porras en el aire. De Milja podía oír el golpe seco de las mismas, pero se empeñó en que su rostro no evidenciara lo que sentía, y lo consiguió. Un campesino grandote apartó de su camino a una mujer e intentó trepar al enganche entre la locomotora y el carro del carbón. El fogonero esperó a que su peso dependiera enteramente de sus manos y le atizó una patada bajo la barbilla. La cabeza del hombre se alzó brevemente y luego cayó hacia atrás, de vuelta a la multitud.

—Cerdo —dijo el fogonero en voz baja, como para sí.

Al final, los que empujaban con mayor vehemencia fueron los que lo consiguieron.

Cuando el tren estuvo repleto, con la gente arracimada en los vagones, cuando parecía al fin lo que debe ser un tren de refugiados, De Milja alzó su mano. Entonces algo lo detuvo. Lejos, entre la multitud, sus ojos dieron con un hombrecito ínfimo como un cacahuete, enfundado en un largo abrigo negro, con un sombrero de fieltro del mismo color y ladeado. Sostenía en su mano alguna clase de estuche y una vieja maleta y con la otra presionaba un pañuelo contra su nariz. El policía detenido junto a De Milja tenía el rostro enrojecido y estaba jadeante.

—Tráiganme a ese hombre —dijo De Milja.

El policía resopló entre dientes, una pareja de sus colegas se le unió y el hombrecillo fue prontamente rescatado, llevado entre la multitud por los codos y alzado hasta De Milja en la cabina.

—Mejor será que se vayan —dijo el policía.

De Milja hizo una seña al maquinista auxiliar, quien se montó de un salto al tren. El maquinista jefe se aplicó a sus palancas e hizo resonar largamente el silbato a medida que el tren, cargado a más no poder, abandonaba con parsimonia la estación de Dantzig.

—Gracias —dijo el hombrecillo. Estaba en algún punto indefinido de los cuarenta, pensó De Milja, y había en su rostro algo del clásico pícaro judío—. Soy Vladimir Herschensohn. —Le tendió su mano y De Milja se la estrechó. Herschensohn apreció que De Milja observaba el aporreado estuche de su violín—. Soy el primer violinista de la Orquesta Filarmónica de Polonia.

De Milja asintió.

—Bueno, bueno —dijo Herschensohn—. Así que vamos a Pilava. —Tuvo que alzar la voz por encima del traqueteo de la locomotora, pero su voz sonó extremadamente cortés.

—Al sur de allí —fue todo lo que dijo De Milja.

En la cita con el coronel Vyborg, De Milja lo había planteado: ¿qué diría a los pasajeros?

—Lo que prefiera, cuando prefiera, resuélvalo usted —le había dicho Vyborg.

El despacho de Vyborg estaba atestado de gente, algunos sentados en los escritorios, otros en el suelo, donde fuera. De Milja conocía a la mayor parte y lo que todos tenían en común era cierta forma implacable de eficacia. De un momento a otro, los días de política funcional, de vínculos familiares, de cabezadas después de la hora de comer, habían concluido. Ahora el asunto era la supervivencia y todos esos funcionarios se sorprendieron, al igual que De Milja, a cargo de algo y asignados a operaciones de emergencia.

La agenda de la reunión fue extensa y dificultosa, y estuvo dedicada a un único tema: el envío a lugar seguro del patrimonio nacional. La guerra costaba dinero y Polonia se proponía seguir peleando. Y lo que había no era mucho. Un país como Gran Bretaña disponía de doscientos millones de dólares, pero Polonia había sido una nación independiente sólo desde 1918 y poseía apenas una décima parte de esa cifra.

Las inversiones, los bonos y las letras de depósito en bancos extranjeros saldrían por el puerto de Gdynia en un barco de pasajeros danés. Las libras esterlinas, los francos franceses y los dólares americanos saldrían por vía aérea y de noche en uno de los últimos transportes que quedaban de la fuerza aérea, en tanto millones de zlotys polacos y Reichsmarks alemanes iban a ser guardados en diversos escondites en Varsovia. Allí serían útiles. Antiguos expertos en códigos y claves, la crema y nata de la inteligencia polaca, habían dejado ya el país. La labor de De Milja consistía en sacar la reserva de oro, llevándola en tren hasta Rumanía, de donde otro grupo la trasladaría a París, el clásico anfitrión del gobierno polaco en el exilio.

Cruzaron a marcha lenta el centro de la capital, donde varias cuadrillas rellenaban los cráteres dejados por las bombas y reparaban las vías a la luz de unos bidones de gasolina. Cruzaron el puente ferroviario de vuelta al distrito de Praga y luego giraron hacia el Sur, por la ribera oriental del Vístula. Muy pronto, la ciudad quedó atrás y las vías se alejaron del río, en una curva suave hacia el Sureste, rumbo a la ciudad de Lublin.

El maquinista auxiliar, que había subido al tren en el puente de la calle Dimek, era un hombre de modales a la antigua y actitud solemne, con el bigote enroscado en los extremos, una gorra de conductor por encima de su talla y una cojera resultante de las heridas recibidas durante un bombardeo en picado en las primeras horas de la guerra. Al presentarse ante De Milja, había permanecido en posición de firmes y extraído del cinturón una pistola del calibre 9 mm *parabellum* —con el cañón de 1914— e informado de que había combatido a los bolcheviques en 1921 y estaba preparado para enviar a un número significativo de alemanes al infierno si tenía la oportunidad.

A medida que el tren resoplaba a través de la campiña polaca, el conductor fue de vagón en vagón haciendo un breve discurso.

—Damas y caballeros, su atención, por favor. Pronto nos detendremos en Pilava; aquellos que deseen abandonar el tren están autorizados a hacerlo. Este tren no va a regresar a Varsovia, sino que seguirá viaje hasta Lvov, con breves paradas en Lublin y Tomaszów. La situación militar en el Sur es incierta, pero el servicio de ferrocarriles los llevará tan lejos como deseen ustedes ir. El viaje es gratuito. Muchas gracias.

Apostado en el último vagón, De Milja examinó a la muchedumbre. La reacción fue, con todo, discreta: hubo una serie de discusiones familiares libradas en un susurro apremiante, una avalancha de preguntas que ni el

propio Dios, no digamos ya un maquinista de trenes, hubiera podido responder y más de alguna negativa con la cabeza y sonrisas amargas ante las vueltas tan extrañas que la vida daba en ocasiones. La población polaca, fue lo que entendió ahora De Milja, había asumido ya el impacto inicial provocado por la guerra y el consiguiente desbarajuste; ahora era cuestión de sobrevivir, de ingenio, improvisación y la voluntad de vivir en medio de la catástrofe, de ver la luz al final del túnel. De modo que, al detenerse el tren en Pilava, sólo unas pocas personas descendieron. «Cuanto más lejos de Varsovia, mejor...». La mayoría de los pasajeros, por una razón u otra, parecía ser de esa opinión.

Por un rato, la campiña pareció darles la razón. Al sur de Pilava no había guerra, sólo una mañana lluviosa de septiembre, una franja de cielo despejado en el horizonte, los campos cosechados, bosquecillos de abedules y pequeños arroyuelos. El aire olía a tierra húmeda y al octubre por llegar, con las hojas ya un poco resacas, crujiendo suavemente al viento.

La madre de De Milja era la condesa Ostrova, cuyos hermanos, conocidos desde siempre como «los tíos Ostrova», habían asumido el deber de enseñarle las cosas importantes de la vida; que si perros, caballos, armas, la servidumbre, las amantes... Eran gente de otra época —ya desaparecida, decía su padre—, pero su madre los adoraba y llevaban todos una vida brutal, bien regada y feliz, nunca molestándose en considerar que quizás estaban en el siglo equivocado.

Su padre era un aristócrata de otra estirpe: el segundo hijo de una familia abocada por generaciones al gran comercio, antiguo profesor de economía en la Universidad de Jagiello. Era un hombre árido, alto y enjuto, que había sido viejo toda su vida y que, en su fuero interno, no tenía un concepto demasiado bueno del mamífero humano. En cuanto al apellido De Milja, sugestivo de una vaga nobleza y que debía pronunciarse «*De Milia*», solía restarle importancia con un ademán desdeñoso de su mano, admitiendo que, efectivamente, había una aldea en Silesia, a unos sesenta kilómetros de donde era su familia, llamada Milja; pero adscribía su origen aristocrático a «alguna tontería austrohúngara en la que mi abuelo anduvo enredado» y era todo cuanto tenía que decir al respecto. Exiliado a la última planta del edificio de la familia en Varsovia, vivía alumbrado por una lámpara de cristal verde entre pilas de diarios alemanes y resmas de impresos de facturas llenos de ecuaciones algebraicas hechas con su pluma.



De manera que el universo de De Milja fue siempre, desde su más tierna infancia, una mezcla del gélido Norte y el cálido Sur, y pasó su vida entre uno y otro; cuando era niño, incluso cuando ya era un joven, él mismo pensaba que así sería para siempre. Con los tíos riendo y bramando en la planta baja, arrojando huesos de pollo a la chimenea, lanzando manotazos al trasero de las criadas y cayendo abatidos en los sofás con las botas puestas. Dos pisos más arriba, una familia de cigüeñas había hecho su nido entre las chimeneas del tejado y su padre le hablaba de las arañas y los truenos.

Habían casado a De Milja cuando sólo tenía diecinueve años. Las dos familias se conocían desde siempre, él y Helena fueron presentados, dejados a solas y alentados a enamorarse. Posiblemente, ella vio la sabiduría implícita en todo ello con mucha mayor claridad que él: sencillamente echó una ojeada al bulto que había bajo su cinturón, lo besó con sus carnosos labios, lo cogió por la barbilla, y se consideró, a partir de allí, su mujer. Dos semanas antes de la boda, el preferido de sus tíos lo condujo a un salón inhabitual, con los muebles cubiertos de sábanas, donde se hicieron con un buen Armagnac. Y su tío —de rostro rubicundo, la cabeza rapada y sus gloriosos mostachos de la caballería— le dio una lección de cómo hacer el amor, con la ayuda de un maniquí de sastre.

—¡No eres lo mismo que un toro, joder! —bramó—. No puedes llegar y montártela cuando esté agachada ante al homo.

El problema en cuestión no llegó a plantearse y ella nunca hubo de inclinarse para extraer jamás el pan del horno, entre otras cosas porque nunca se inclinó para hacer tal tarea: ésa era labor de una serie de jovencitas campesinas a las que caritativamente llamaban criadas, y más de alguna se había subido alguna vez las faldas para De Milja.

Con el tiempo, Helena cambió. Al principio flirteaba con él, lo rozaba accidentalmente con sus pechos y atrapaba con sus dos manos su entrepierna. Entonces, algo comenzó a ocurrirle y sólo quería hacer el amor a oscuras, a veces lloraba, otras se detenía a mitad. Él aprendió a sortear sus defensas, pero acabó por descubrir que ella estaba defendiéndose. Comenzó a darse cuenta de que la membrana que la resguardaba del mundo era demasiado tenue, que era incapaz de tolerar la vida.

Ella quedó encinta, pero perdió el bebé durante la epidemia de gripe del invierno de 1925. Eso fue el final. En su fuero interno, él ya lo había adivinado, lo adivinó el mismo día que sucedió. Durante tres años, todo el mundo fingió que las cosas mejorarían, pero cuando comenzaron a producirse en la casa varios incendios menores, hubo que recurrir a los médicos para que

la examinaran y éstos le prescribieron una estancia en una clínica privada cercana a Tarnopol, «por unas semanas».

La ausencia del mundo contribuyó a curarla. Él no lo decía, cuando retornaba a Varsovia, pero así era. Al ir a visitarla una vez al mes, con un ramo de flores en la mano, podía sentir la novedosa calma de que ahora disfrutaba. De hecho, comenzó a sentir lástima por ella, forzada a vivir en medio de la ira y la perversión mundanas. Cuando hacía buen tiempo, salían a dar un paseo por los bosques, ella envuelta en un chal, hablando poco, viviendo en un mundo autosuficiente: no tenía nada que contar. Sólo muy de vez en cuando se animaba a tomarle la mano, que era su forma de darle las gracias.

Se despertó sobresaltado, alzando instantáneamente la cabeza. Se había golpeado el pecho con la barbilla. Seguía apoyado en el umbral del último vagón, con las vías alejándose en los campos y el traqueteo uniforme de las ruedas de fondo. ¿En qué momento se había dormido? No hacía mucho, seguro.

Se aclaró la garganta. El subteniente Novak miraba deliberadamente en otra dirección: a ningún oficial a cuyo mando hubiera estado —De Milja se dio cuenta de ello— se lo vería nunca dando cabezadas.

—Vamos llegando a Deblin, capitán.

De Milja asintió. Novak era demasiado joven, un rostro diáfano y ansioso. Sin uniforme, y en traje de domingo, parecía un estudiante.

—¿El mapa?

Novak lo desplegó. Deblin era un pueblo por donde el Wieprz fluía hacia el Este y desembocaba en el Vístula.

La ruta hacia el Sur proseguía hasta Pulawy, Krasnystaw y Tomaszów. De ahí cruzaba el río Tanew y entraba en Rava-Ruskaia, la zona ucraniana de Polonia. Luego venía la gran ciudad de Lvov, de ahí hacia abajo, a Stryj, luego una curva alrededor del extremo oriental de Checoslovaquia, ahora ocupada por Alemania —un área conocida como la Pequeña Ucrania—, hasta Uzhgorod y, por fin, tras el cruce de la frontera, el pueblo rumano de Sighet, en los Cárpatos.

Unos setecientos veinte kilómetros en total, poco más o menos. Con la locomotora a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora, unas catorce horas en total. Novak oyó los aviones al mismo tiempo que él y miraron hacia las nubes. Una escuadrilla de cazabombarderos Heinkel formando una «V»,

yendo levemente hacia el Este. Eso quería decir que habían estado atacando alguna de las ciudades industriales del Sur, quizá Radom o Kielce, y ahora iban de vuelta a casa, con los depósitos de bombas afortunadamente vacíos, a un aeropuerto en Prusia Oriental, probablemente Rastenburg.

—No hay nada para vosotros aquí abajo —murmuró De Milja.

Lo habían hecho lo mejor posible: era sólo un trenecito de coches amarillos con las ventanas orladas de rojo y una locomotora que traqueteaba en mitad de los trigales. Una imagen bucólica, inofensiva.

El zumbido de los Heinkel persistía. Bajo ellos y en la retaguardia iba una escolta de Me-109. Los pilotos estarían aburridos. Los ataques por sorpresa a los aeródromos polacos habían aniquilado al oponente el primer día... y eso los había privado de su guerra. Ahora su labor tenía poco que ver con la destreza o el arrojo. Se habían convertido en niñeras. Desde la cabecera de la formación, un caza se separó del resto, hizo un pronunciado viraje hacia abajo y a un costado, se enderezó en una posición perfecta para el ataque y abrió fuego con su cañón de 20 mm contra el molesto trenecito que traqueteaba allí abajo como si nada en el mundo pudiera afectarlo. El piloto acababa de completar la arremetida, remontando de nuevo hacia lo alto por entre el humo que surgía de la locomotora, cuando la radio crepitó con una voz furibunda, el líder de la escuadrilla emitió una orden clara y terminante. El caza volvió a la formación, manteniendo la distancia con el resto, en perfecta disciplina de vuelo hasta que llegaron a Prusia Oriental.

El viejo maquinista recordaba bien sus órdenes y las había seguido: aminorar la velocidad hasta detenerse. El movimiento excita a los perros de presa y los pilotos de combate, nada que esté quieto logra interesarlos por mucho rato.

Al saltar de la plataforma, De Milja llamó a Novak:

—Recorra los vagones, averigüe si hay muertos o heridos y ayude a estos últimos.

Luego corrió junto a la vía y trepó a la cabina de la locomotora. Una columna de vapor siseaba desde un agujero abierto en la caldera, el maquinista estaba arrodillado junto al fogonero, que yacía de espaldas, su rostro de una blancura extrema, como la del serrín, y una sombra verdosa, parecida a un moratón, difundiéndose por sus mejillas. De Milja maldijo para sí al verlo.

El maquinista jefe respiraba agitado junto a él; De Milja veía su pecho subir y bajar bajo el viejo suéter de jubinado. Luego apoyó la rodilla en el

suelo y puso su mano en el hombro del caído.

—Bien hecho, ha estado muy bien —le dijo. Y en seguida—: No te va a pasar nada malo.

Parecía más una orden que una pregunta, el «por supuesto» latía de fondo, impronunciado.

El maquinista jefe apretó los labios, negando con la cabeza: estaba al borde de las lágrimas.

—Es el marido de mi cuñada —explicó—. Mi mujer me dijo que no se lo pidiera.

De Milja asintió. Lo entendía, y palmoteó al hombre en el hombro, con firmeza, dos veces, antes de retirar la mano. El maquinista dijo: «Ella...», pero no hubo nada más. El campo estaba en silencio, sólo se oía el golpeteo suave de los pistones en la locomotora ahora detenida. Un pájaro trino en la distancia. El fogonero alzó sus manos, con las palmas vueltas hacia arriba, como en un abrazo, después su rostro se contrajo. «Mierda», musitó. Hacía unos segundos que había muerto.

Novak había hecho que tendieran a los heridos y las bajas en el exterior, en un campo de remolacha; una mujer de tez oscura, con el pelo rizado y recogido con horquillas, se encargaba de ellos. Cuando De Milja llegó al lugar, ella misma le ordenó que hiciera tiras para vendajes con varios calzoncillos disponibles y envió a Novak corriendo a la locomotora en busca de agua caliente.

—Este hombre ha recibido un tiro en el pie —dijo ella, quitándole cuidadosamente el zapato—. Le entró por encima del talón, salió por la suela justo aquí, detrás del segundo dedo. —Dejó el zapato ensangrentado aparte—. El pie me asusta, no estoy familiarizada con él.

—¿Es enfermera?

—Veterinaria. Si fuera una garra o una pezuña, podría ayudar sin problemas. Coja su mano.

De Milja sostuvo la mano al hombre mientras la veterinaria le restregaba un antiséptico de una gran botella de color marrón.

—Una niña ha muerto —dijo—. Tendría unos diez años. Y un hombre en los cuarenta está allí tendido. Lo examinamos por todos lados..., no tiene marcas. Una anciana saltó por una ventanilla y se ha roto el tobillo. Y hay unos cuantos más..., cortes y magulladuras. Pero el ángulo de los disparos nos favoreció..., nada de cristales rotos, ni incendios. Lo que verdaderamente detesto son los incendios. —Trabajó en silencio unos segundos—. ¿Duele? —preguntó al paciente.

—Adelante, señorita. Haga lo que tenga que hacer. ¿He oído bien? ¿Ha dicho usted que era veterinaria?

—Así es.

—¡Ja! ¡Mis amigos se van a morir de risa cuando lo sepan!

De Milja sentía sus dedos comprimidos por la presión de la mano del herido.

Se organizó una cuadrilla para cavar las tumbas, cuyos miembros se turnaron con la pala del fogonero, y un sacerdote dijo unas oraciones cuando cubrían los cadáveres. La niña iba sola en el tren y nadie consiguió dar con sus papeles. Una mujer que había hablado con ella dijo que su nombre era Tana, así que tallaron ese nombre en el trozo de madera que le sirvió de lápida.

De Milja ordenó que el tren se detuviera en un pueblecito entre Pulawy y Lublin, y fue a utilizar el teléfono del despacho del jefe de estación —casi no lograba oír nada por la estática— para informar a Vyborg del ataque y revisar el tiempo estimado de llegada «a la ciudad sureña».

—Las divisiones rusas han cruzado la frontera —dijo Vyborg—. Puede que no lleguen hasta su sector hasta dentro de un día o dos, pero es difícil saberlo. Los alemanes se han desplazado hacia el Oeste..., dejándoles el campo libre. Pensamos que hay alguna línea de demarcación acordada por Hitler y Stalin, y los rusos se moverán para ocupar la nueva frontera.

—¿Y eso cambia algo para nosotros?

—No. Pero la aviación alemana ha estado atacando las vías del Sur. Los del ferrocarril dicen que pueden mantenerlas abiertas por otras veinticuatro horas, pero eso sería todo. Aun así, creemos que debería usted ocultarse y proseguir luego, cuando oscurezca. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Todos los caminos que salen de Varsovia han sido cortados. Nosotros estamos a punto de irnos de aquí, así pues, de ahora en adelante, queda usted a su suerte. Considere esto último una orden por escrito.

—Entendido, señor.

—Muy bien, capitán, la mejor de las suertes para usted. Para todos nosotros.

La conexión se cortó en ese momento.

Un cabo de la sección geográfica se había especializado en ocultar trenes. Valiéndose de su mapa hecho a mano, De Milja ordenó al maquinista que enfilara rumbo hacia un ramal al sur de Pulawy que serpenteaba por las colinas sobre el Vístula. Allí, a treinta kilómetros al oeste de Lublin, la explotación de una mina de yeso había entrado en quiebra y se había cerrado en algún momento de la década de 1920. Pero el breve tramo ferroviario que llegaba hasta el lugar, aun cuando estaría recubierto por la maleza, era aún utilizable y un cobertizo para cargar los vagones de la mina estaba aún en pie. Bajo él, con la caldera apagada, serían prácticamente invisibles.

17 de septiembre, 20:25. Con los años, la mina abandonada se había llenado de agua y al anochecer De Milja apreció el reflejo de la luna recién asomada en la superficie inmóvil.

El maquinista había tapado el agujero de la caldera con recortes de aluminio, una bandeja para el té y alambres varios. Un chico alto y de unos quince años, proveniente de un pueblo de campesinos, se ofreció como auxiliar de fogonero: lo que le faltaba en destreza lo supliría con su fuerza. Novak aprovechó la oportunidad para rescatar cuatro rifles que había escondidos detrás de un panel en el último vagón, con varias cajas de municiones, y escogió a cuatro hombres: un mecánico, un policía retirado, un estudiante y un hombre que no quería decir exactamente lo que hacía en la vida, a los cuales entregaría las armas en caso de emergencia.

No había mucho más que pudieran hacer. La locomotora se deslizó con cautela sobre el viejo tramo de vía, orientada hacia el Este y la antigua ciudad de Lublin, en la campiña desierta y a oscuras. Los pasajeros iban en silencio, algunos de ellos reconsiderando, sin duda, la inconveniencia de quedar a la deriva en un país en guerra. Quizás hubieran hecho mejor en permanecer en Varsovia.

Arribaron a Lublin poco después de las diez. Los almacenes y depósitos a lo largo de las vías habían estado ardiendo desde esa tarde y las cañerías rotas de la ciudad implicaban que el departamento de bomberos podía, con sus efectivos, hacer poco más que mirar impertérritos el fuego. El tren se arrastró con dificultades por entre gruesas espirales de un humo denso y negro, y los pasajeros tuvieron que mojar sus pañuelos y aplicárselos en nariz y boca para

respirar. Un encargado de las vías les hizo señas con una banderola para que se detuvieran. De Milja fue hasta la locomotora.

—Tenemos órdenes de ayudarlos a cruzar —dijo— y las cuadrillas lo están haciendo lo mejor que pueden. Pero nos bombardearon justo antes de la puesta de sol y la cosa está mal allí delante. —Tosió y escupió—. Tenemos lo peor en estos casos: lanas, creosota, cable alquitranado... Va a arder a sus anchas.

—¿Algún indicio de tropas rusas? —preguntó De Milja.

—No estoy seguro. Tuvimos un tren de carga que desapareció esta mañana. Se esfumó. ¿Qué opina?

Les llevó una eternidad abrirse paso por Lublin. En algún punto, una cuadrilla de hombres sin camisa, con el cuerpo renegrido de hollín, instaló unos ocho metros de riel paso a paso, casi por delante de las ruedas. Los pasajeros se ahogaban con el humo, trataban de alejarse de él haciendo turnos para permanecer acostados en los pasillos, restregándose la fina pátina de grasa que se adhería a sus rostros y manos, pero eso sólo contribuía a aumentar el ardor. Más adelante, un viejo puente de madera había caído sobre las vías y los grandes maderos chamuscados estaban siendo arrastrados por caballos de tiro con los ojos vendados. Un saboteador —identificado como tal por el cartel que pendía de su cuello— había sido colgado de un montante junto a la vía. Un grupo de pasajeros fue al último vagón a suplicarle a De Milja que les permitiera abandonar el tren. Novak detuvo la máquina y un pequeño grupo se perdió por los callejones en llamas de la vieja ciudad.

Luego, una vez más, pareció que la guerra había desaparecido.

El convoy trepó suavemente hacia las tierras altas al este de los Cárpatos. Varsovia parecía ahora muy lejos: el borde irregular de la vieja Europa, la zona fronteriza. Después se oscureció, las lámparas permanecieron apagadas en los vagones y únicamente la luz de la locomotora barría las vías. A medida que la noche se hacía más fría, la neblina comenzaba a envolver el haz de luz. Más allá estaba la estepa. Despojada de árboles, vacía, con sólo —en ocasiones— unas cuantas casitas con techo de paja alrededor de una noria y un sendero de tierra que corría hacia esa lejanía interminable, a Rusia, a los Urales. Y de vez en cuando un pueblo, una casa de troncos a modo de estación, con algún nombre ucraniano. Pero ahí, en ese momento, sólo las vías y el viento.

De Milja iba junto al maquinista escrutando la oscuridad. El muchacho que había sustituido al fogonero alimentaba la caldera cada vez que el maquinista se lo indicaba. Tras una hora de darle a la pala, sus palmas lucían ampollas, de modo que acabó quitándose la camisa y rajándola por la mitad para envolverse las manos. Cuando se alejaba del horno, tiritaba de frío, pero esa noche en particular era un hombre hecho y derecho y De Milja juzgó mejor no decirle nada.

En algún lugar sin nombre, el tren se detuvo junto a un depósito de agua, el maquinista cogió el surtidor y comenzó a repostar. Pasaba de la medianoche. Era un lugar desierto: sólo el suspiro del viento, las polillas revoloteando en torno al haz de la locomotora y el borboteo del agua. Entonces, sin aviso previo, vieron una chica detenida junto a la locomotora. Tendría quizá dieciséis años, iba descalza y llevaba una blusa de algodón mugrosa, una toquilla y un fino chal en los hombros. La chica más bella que De Milja había visto nunca.

—Por favor, excelencia —dijo (el dialecto era antiquísimo y De Milja apenas si logró descifrar lo que le decía)—, ¿me autoriza usted a subir al tren?

La muchacha alzó la mano y la abrió, revelándole la presencia de dos pendientes en su palma.

De Milja estaba demudado. El maquinista, en la parte delantera de la locomotora, sobre ella, la miraba desde su altura, y el chico dejó por un momento de alimentar la caldera. El dobladillo de su falda estaba manchado de barro, sus tobillos finísimos coronaban unos pies también sucios. «Está embarazada», pensó De Milja. Permanecía allí pacientemente, sin mirarlo del todo a los ojos, en señal de sumisión, con la otra mano sosteniendo el chal a la altura de la garganta. Pero como De Milja no le habló, ella lo miró al fin directamente y, por un único segundo, sus ojos centellearon con un verde intenso al reflejar la luz. Luego, ella los volvió a bajar.

—Por favor, excelencia...

Los pendientes no debían valer lo que ella había creído, su voz sonaba a derrota.

—No tienes que pagar nada —le dijo De Milja.

El rostro de la chica no ocultaba nada y quedaba claro lo mucho que habría luchado, durante toda su vida, para entender cómo eran las cosas. Nunca antes había viajado en tren, pero conocía a dos o tres personas que sí lo habían hecho, ella se lo había preguntado, y uno tenía que pagar. Desde donde estaba, el maquinista soltó el surtidor, de manera que el agua comenzó a formar un charco hasta que el muchacho cerró el grifo.



De Milja esperaba que ella le preguntara hacia dónde se dirigían, pero no lo hizo.

—Puedes subir al tren —le dijo.

Aún dubitativa, ella cerró el puño en torno a los pendientes y los sostuvo contra su garganta. En seguida se volvió hacia los vagones. ¿Habría en serio aquel hombre? ¿O sólo se estaba burlando de ella? No, hablaba en serio. Antes de que pudiera cambiar de opinión, corrió como un cervatillo, subió con extremo cuidado la escalerilla del primer coche, echó una ojeada al interior y desapareció de la vista.

Pasaron Lvov, luego Ushgorod.

El subteniente Novak se hizo cargo de la guardia durante una hora, luego, poco después de las cuatro de la madrugada, De Milja volvió por allí. Ahora el convoy trepaba por una ladera que atravesaba un bosque de pinos, luego pasó por Kulinov, luego se adentró en las montañas que señalaban la frontera meridional de Polonia.

El capitán De Milja y el maquinista vieron al mismo tiempo la mole en penumbras que había más adelante. De Milja se preguntó qué sería exactamente eso y entrecerró los párpados para enfocarla. El anciano lanzó un juramento y accionó la palanca del freno con ambas manos. Las ruedas se bloquearon y comenzaron a chirriar contra los rieles, y el tren se sacudió finalmente, parándose justo antes de la barrera, varios troncos apilados sobre la vía.

La luminosidad era extraña a esas horas —ya no era noche cerrada, tampoco el alba—, por lo que las siluetas que se aproximaron desde el bosque eran incoloras y parecían deslizarse sobre la niebla como espectros dentro de un sueño, con un hálito blanco aflorando de las fosas de sus cabalgaduras.

El jefe bandolero —o el atamán, el cacique, como fuera que se autodenominase— no tenía prisa. Con el rifle cruzado y descansando sobre su montura, fue a paso lento en su caballo hasta la cabina y miró fijamente a De Milja.

—Salga —le dijo con suavidad.

Hablaba en ucraniano. De Milja lo entendió. El bandolero estaría en los cincuenta, llevaba una gorra de visera y una antigua chaqueta de traje. Una

barba hirsuta de dos o tres días le cubría el mentón altivo bajo los ojos pequeños, sagaces, los propios de los más ladinos.

De Milja saltó de la cabina al suelo, el maquinista lo siguió, el chico no. «Mejor escondido», pensó De Milja. A todo lo largo del tren, los pasajeros eran obligados a descender de los vagones, con las manos en alto, ponerse en fila. El atamán lo miró de arriba abajo: ¿habría algún riesgo con él? ¿Algo que ganar? De Milja sostuvo su mirada. Del lado de los vagones, se oyó un tiro de rifle. El bandolero escrutó su reacción, no se volvió a ver qué ocurría.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Trabajo para el ferrocarril.

El bandolero no pareció muy convencido.

—¿Preparado pa morir en un árbol?

Las ejecuciones ucranianas duraban días enteros. De Milja no hizo el menor gesto.

—Son cabeza dura, ustedes —dijo el atamán—. Están acabados —añadió—. Ahora son los alemanes y nosotros.

De Milja se mantuvo en silencio.

—¿Llevan algo de való en el tren?

—No. Sólo gente camino de la frontera.

El bandolero echó una ojeada a los vagones, De Milja siguió la dirección de sus ojos. Los pasajeros estaban ahora con las manos apoyadas en los vagones, y su equipaje disperso en el suelo para que los bandoleros pudieran escoger lo que fuera de su agrado.

Uno de los bandoleros, montado en un poni de color grisáceo, se acercó.

—¿Algo bueno? —preguntó el atamán.

—No está mal.

—¿Oro?

—Algo. Dinero polaco. Joyas.

—¿Y las mujeres?

—Bien. Cuatro o cinco.

El atamán guiñó un ojo a De Milja.

—No volverá a verla. —Hizo una pausa, algo en De Milja había conseguido fascinarlo—. Venga aquí —dijo. De Milja se adelantó hasta quedar junto al estribo—. Deme su reloj. Será un reloj de ferroviario, seguro.

De Milja se quitó el reloj y se lo entregó, un antiguo obsequio de su esposa. El bandolero lo examinó e hizo desaparecer en uno de sus bolsillos.

—No es na' un reloj de ferroviario.

—No.

El bandolero empezaba a cabrearse. Con una sola mano alzó el rifle hasta encañonar el rostro de De Milja.

—¿Qué e' lo que ve ahí?

De Milja tomó una bocanada de aire, el bandolero iba a pedirle que mirara más de cerca. Uno de los pasajeros lanzó un grito, De Milja no supo si era una voz de hombre o mujer. El bandolero del poni gris trotó brevemente en la dirección del alarido. Un rifle disparó otro tiro, un estampido seco, apagado como el primero; luego un segundo tiro, más apagado aún. El atamán infló las mejillas con una fuerza tal que de su boca afloró un chorro de color rojo, el caballo dio un respingo y relinchó. De Milja atrapó el arnés y se cubrió con el animal. El cañón del rifle se movía frenéticamente, buscándolo. De Milja se aferró con una mano a las riendas y con la otra apresó el cañón. El arma abrió fuego, pero él no la soltó. Luego el chico apareció de detrás de una de las ruedas de la locomotora y le dio al bandolero en la cabeza con la pala, un golpe que resonó como un campanazo, al tiempo que el rifle caía de sus manos, pasaba a las de De Milja y el caballo conseguía librarse de él y salir huyendo.

El otro bandolero se dio la vuelta en el poni y abrió fuego repetidas veces contra el chico, De Milja oyó el impacto de las balas y al chico dando un gruñido en cada ocasión. En seguida giró el rifle para dispararlo, pero el bandolero partió en ese momento al galope, hizo saltar su caballo sobre el enganche entre dos vagones y desapareció en la oscuridad. De Milja se encogió al sentir que algo le rozaba la oreja. Luego Novak lo llamó desde el carro del carbón y él corrió a la escalerilla y comenzó a subir por ella, justo cuando una bala hizo saltar una muesca en el metal junto a su cabeza y otra apagó el foco de la locomotora. Dos caballos pasaron como el trueno, después se oyeron unos disparos, de rifle, y un alarido triunfal.

Novak estaba tumbado sobre el carbón, disparando a la oscuridad. De Milja se arrojó junto a él. Entre el convoy detenido y el bosque había varias siluetas tumbadas entre las ropas y maletas. Hubo un fogonazo en la arboleda: él y Novak apuntaron hacia allí sus rifles. Novak abrió fuego, De Milja en cambio tiró del gatillo pero la recámara estaba vacía. Dejó a un lado el rifle y extrajo su pistola de debajo del jersey.

—¿Quién tiene los demás rifles? —preguntó De Milja, en alusión a las armas que habían ocultado tras un panel.

—No lo sé, señor —dijo Novak—. Es un caos.

No podía permitir que reinara el caos. Rodó hasta el borde del carro, se deslizó hacia abajo por la escalerilla, se quedó un segundo entre los vagones y

luego saltó al suelo para correr a lo largo del tren. El maquinista auxiliar corrió a la par de él en la dirección opuesta, con el terror pintado en el rostro y los dientes apretados, la pistola con el seguro puesto. Loco como iba, ni siquiera vio a De Milja, que se preguntó a quién iría persiguiendo. Los pasajeros subían al tren por las ventanillas; algunos de ellos habían conseguido desestabilizar un caballo, que daba coces y relinchos de pavor, mientras se empeñaban entre todos en dar cuenta del jinete, que aullaba y pedía piedad. De Milja pisó un cuerpo, luego un revoltijo de ropas que olía a especias: a un tónico para el cabello proveniente de una botella hecha trizas. Tropezó al saltar hacia una de las puertas que permanecían abiertas y luego se arrastró hasta el último vagón.

El olor a pólvora y orines lo impactó como si se hubiera dado contra un muro. Alguien gimió débilmente, pero todo estaba a oscuras y muy quieto: la gente arracimada en el suelo respiraba acezante, como resollando. Una bala proveniente del bosque atravesó el vagón y un triángulo de cristal cayó a uno de los asientos. Repentinamente, una silueta se alzó en mitad del coche y devolvió el fuego.

A medida que De Milja reptaba por el pasillo, el tren comenzó a moverse. Muy lentamente al principio, empeñado en abrirse paso, pero le pareció notar que los troncos eran apartados poco a poco de la vía. «El maquinista está vivo —pensó— y emplea la locomotora como un bulldózer». El hombre del rifle se agachó con gran agilidad y fue en cuclillas hasta la ventanilla más cercana, donde se enderezó y abrió fuego de nuevo. Era Herschensohn, el violinista. Tenía el sombrero de fieltro hundido hasta las orejas, un músculo de su rostro latía de manera visible y murmuraba jadeante: «Quédate quieto», al apuntar.

De Milja llegó al final del vagón —y la parte trasera del convoy— justo cuando algo pareció ceder y, en mitad de un estruendo de troncos, el tren adquirió velocidad.

—¡Esperad!

Una silueta irrumpió corriendo desde el bosque: era la muchacha que había rogado ser admitida en el tren al pararse en el depósito de agua.

—¡Se ha escapado! —Herschensohn estaba ahora a su lado.

Con expresión de pánico, la chica corrió a la par del tren, tropezó y cayó de bruces, se levantó y volvió a correr, cojeando ahora y a paso más lento, agitando sus manos y gritando, mientras el tren aumentaba gradualmente de velocidad.

Alguien apartó bruscamente a De Milja. Un hombre de traje gris, con el cabello impecablemente cepillado, saltó del tren y corrió hacia la chica, la

abrazó por la cintura e intentó ayudarla. Como ya no era joven, apenas si conseguía correr a la par de la muchacha, pese a que estaba lesionada.

—¡En nombre de Dios, no nos abandonéis! —gritó él.

Los bandoleros, a caballo y desde los bosques, vieron lo que estaba ocurriendo. De Milja apuntó con precisión al vaho de los animales que se distinguía a pesar de la escasa luz. Era un absurdo pretender alcanzarlos, pero apuntó con las dos manos, cambió el dispositivo a disparos aislados y descargó una y otra vez su automática. Herschensohn murmuraba furibundo y entre dientes, hablándole al objetivo cada vez que disparaba con el rifle. Una joven, con un suéter y faldas, saltó por una ventana, se tambaleó al caer, llegó corriendo hasta la chica y la tomó por la cintura, por el lado opuesto al del hombre. De Milja oyó pasos sobre su cabeza, a Novak corriendo por el techo del vagón, disparando contra la arboleda. Alguien gritó: «¡Salvadla, salvadla, salvadla!», como si de un cántico se tratase, y otros se sumaron a la arenga. De Milja se guardó la pistola vacía y se paró en el escalón más bajo cuando los tres que corrían llegaron junto al vagón. Herschensohn disparaba y Novak gritaba algo desde el techo. El rostro de los que corrían estaba congestionado y exhausto, con lágrimas en los ojos por el esfuerzo, y sus manos arañaban frenéticamente el pasamanos del vagón. Pero en el momento en que el último de los troncos quedó a un lado, la locomotora aceleró y los tres vieron consternados, desolados, que la escalerilla se alejaba de ellos.

Entonces el tren sufrió una sacudida —el impacto arrojó a De Milja contra la pared— y los tres corredores se encontraron de pronto más cerca. Él estiró el brazo y agarró en la confusión la blusa, el abrigo, los cabellos de alguien, lo que fuera que pudiese agarrar y retener desesperadamente. Alguien lo aferró a él por detrás, justo cuando iba a caer, otros brazos se tendieron sobre su cabeza, la gente gritaba, unos zapatos se restregaban contra los tablones del coche en busca de apoyo, hasta que los dos rescatadores y la chica fueron alzados a bordo con un alarido triunfal.

De Milja acabó a cuatro patas en el suelo, con el tren rechinando ahora —algo pasaba con la velocidad— en una curva suave y pronunciada. Al fondo del terraplén descansaba lo que había quedado de un camión: la cabina partida por el centro, el fuego aflorando del radiador, un neumático salido del eje, una ametralladora montada en el vehículo y apuntando a los cielos y un hombre con los brazos muy abiertos, semienterrado bajo una pila de ladrillos rotos.

Cuando De Milja llegó a la cabina de la locomotora, encontró marcas de bala por todos lados —los tiradores ucranianos habían tenido su hora de lucimiento— y al viejo maquinista pálido como un fantasma. Sus adversarios

habían emplazado una ametralladora en un camión con ladrillos y lo habían aparcado en las vías, a continuación de los troncos. Por si era preciso.

Los últimos ciento cincuenta kilómetros discurrieron en lo alto de los Cárpatos, entre desfiladeros cercanos a los dos mil metros. El tren avanzaba con dificultad por entre las estribaciones y afloramientos de granito, a través de la maleza y los pinares achaparrados, que sobrevolaban los halcones aprovechando las corrientes ascendentes. El convoy apenas se movía ahora, a no más de quince kilómetros por hora, reptando sobre un puente y una quebrada de unos trescientos metros de hondo, con los pasajeros rezando en silencio, y no tan en silencio, y el aceite goteando de la locomotora. El sol no les dio de lleno sino hasta las diez de la mañana; todo el mundo tenía frío, no había nada que comer y muy poca agua.

Luego cruzaron el río Tisza. El puente se había incendiado, pero éste aún se sostenía. De Milja cruzó a pie, por delante de la locomotora, viendo cómo la vía se curvaba hacia abajo con el peso, haciendo caso omiso del crujido de las vigas. Luego avanzaron por un trecho lleno de baches, una sucesión de postes les iba indicando la distancia que faltaba hasta Rumanía. Vieron un vehículo del ejército polaco arrojado a una zanja, un carromato y dos caballos alcanzados por un bombardero en picado, un camión volcado en un arroyuelo.

Novak y De Milja hicieron turnos para estar junto al maquinista, a veces conduciendo ellos mismos el tren, visto que el hombre estaba desde hacía rato exhausto. Pese a lo lento de su avance, no se toparon con otros trenes. El jefe de estación de Mukachevo les dijo que los alemanes habían bombardeado las vías hacia el Sur. La red ferroviaria polaca, en rigor, había desaparecido.

Sólo quedaban ellos. De Milja y Novak se pusieron el uniforme de oficial a pocos kilómetros de la frontera, en Sighet. El tren se detuvo en la estación fronteriza, del lado polaco, pero ésta había sido abandonada: sólo había ahora una caseta vacía, un asta de bandera sin la bandera. Un kilómetro más allá, en el puesto de aduanas rumano, había un tanque apuntando a la vía.

—Bueno, bueno —dijo el maquinista—, nos estaban esperando, parece.

De Milja le llevó un manojito de documentos, preparados con antelación en Varsovia, al mayor rumano que fue a recibirlo en la barrera.

Los dos oficiales se cuadraron y estrecharon la mano. El mayor era de tez oscura, con un bigotito como de galán de película y excelentes modales. Sí, sí, los estaban esperando, sí, sí, todo estaba en orden, sí, sí, en media hora se atendería a su petición de ingreso, sí, claro, desde luego que sí. El sol

comenzó a descender en el cielo, los niños del tren a llorar de hambre, la verdadera situación era apreciable en la mirada de los pasajeros: desesperación, tedio, fatiga..., su vida de refugiados había dado comienzo. «Por favor, tengan paciencia —dijo el mayor rumano—. Por favor».

Al rato aparecieron dos diplomáticos polacos, los dos de gafas y barbita recortada y el abrigo con cuello de terciopelo. Las negociaciones continuaban, le informaron, pero se había propuesto un arreglo diplomático: los pasajeros de origen polaco podrían entrar en Rumanía —se les garantizaría el estatus temporal de inmigrantes—, el tren no. Un tecnicismo enojoso, pero en fin... La frase inconclusa quería decir: «¿qué se le va a hacer?». Polonia no estaba en posición de exigir nada. Era ahora una exnación, un fantasma para el derecho internacional.

Entre tanto, De Milja se valió de los diplomáticos para hablar con los contactos que le habían indicado en Varsovia y, con unos pocos términos en clave y códigos cifrados, las cosas se agilizaron, entre ellas, y no la menos importante, el reparto de varios cestos de pan y cebollas y peras agusanadas, traídos por los soldados rumanos.

Mucho después de que anoheciera, otro militar polaco, un capitán que utilizaba algún seudónimo, hizo su aparición. De Milja y él se reconocieron de la reunión mantenida en la oficina de Vyborg: compartieron un cigarrillo, un breve paseo por las vías y las novedades de la jornada. Después hubo una llamada telefónica y, una hora después, apareció un tren en el puesto fronterizo: unos pocos vagones de carga, una locomotora pequeña pero operativa y soldados del ejército regular polaco armados con metralletas. El tren en cuestión llegó hasta el borde de la barrera del lado rumano, y el gobierno de Antonescu, una amante de varios pretendientes ocasionales —Inglaterra, Alemania, Rusia—, aceptó que los pasajeros llevaran consigo cualquier equipaje que portaran hasta suelo rumano.

Estaba ya muy oscuro, por lo cual les fueron suministradas varias teas de pino encendidas. Y a varios voluntarios de entre los pasajeros se le entregaron barras de hierro para hacer palanca. Los tabloncillos de cada vagón fueron desclavados y, a la luz vacilante de las antorchas, la reserva de oro de Polonia, más de once millones de dólares, entró en Rumanía.

De pie junto a Novak, a un lado del tren, el capitán De Milja sintió latir su corazón de orgullo, viendo a los pasajeros extraer las cajas con el sello bancario de Polonia. El tren tenía buena parte de los cristales rotos y muchas muescas debidas al tiroteo, la locomotora apestaba a cojinetes chamuscados y aceite quemado. Aquello había tenido un precio en sangre; un fogonero de

tren, una niña de diez años, el chico de un pueblo, un maquinista de los Ferrocarriles Nacionales de Polonia, que, apretando los dientes, pistola en mano, había desaparecido en la oscuridad. De Milja pensaba que no había sido en vano y permanecía casi en posición de firmes mientras su pequeño ejército cruzaba junto a él con las pesadas cajas: Vladimir Herschensohn, cuyo violín le había sido arrebatado por los bandoleros ucranianos, la veterinaria que había curado a los heridos, el maquinista jubilado, la muchacha de la toquilla, el hombre y la mujer —los dos con aspecto de ser profesionales acomodados— que habían corrido a campo traviesa para rescatar una vida, unos campesinos, unos obreros, más mujeres, niños... Polonia había perdido una guerra, esto era cuanto le quedaba.



# **LA HABITACIÓN NÚMERO 9**

20 de octubre de 1939. Bucarest, Rumanía.

La guerra había cesado y le siguió un plácido otoño.

Hitler tenía ya lo que pretendía. Quizás hasta tuviera, después de todo, algún derecho a ello, se podía argumentar. Había que aceptar la realidad política en Europa Central. Los días eran agradables y soleados, la cosecha estaba concluida, por la mañana había una breve neblina, los gansos cruzaban en bandadas el cielo. Alemania tenía ahora Austria, Checoslovaquia y Polonia, y estaba oficialmente, *oficialmente*, en guerra con Inglaterra y Francia. Pero así era la política: hecha de giros y súbitos virajes, la complejidad propia de los asuntos diplomáticos. Poco a poco, el sol iba entibiando los parques y plazas, los bulevares y callejuelas sinuosas y, al mediar la mañana, era la hora propicia para tomar un café en alguna terraza.

En la terraza del restaurante Dragomir Nicolescu, un hombre sin mucho que hacer aguardaba, o quizá fuera sencillamente que no tenía adonde ir. Un individuo de aspecto respetable, había que decir. Su traje no era nuevo, eso era evidente. La camisa de un tono peculiar, como el color de la avena, esa tonalidad deslavada de tanto lavarla bajo el grifo y secarla en un radiador. La actitud altanera, pero quizás, al considerarla más atentamente, un poquito ida. No una actitud de derrota, nada tan drástico. ¿No hemos estado todos en dificultades alguna vez, en medio de pasajeros contratiempos? ¿No nos ha tocado a todos, alguna que otra vez, lavar nuestra camisa bajo el grifo?

No es, con todo, una época fácil, hay que reconocerlo. La policía ronda últimamente por el barrio y las casas de huéspedes donde se apiñan los refugiados, y la Escuela de Medicina dispone en rigor de todos los... ¿cómo decirlo?... todos los *sujetos* que sus alumnos de anatomía requieran en su labor, y la lancha de la policía que patrulla el río cercano tiene casi siempre algún cliente, a veces dos, en la ronda de primeras horas de la mañana. Son tiempos difíciles. Mucho descontento en todos lados y trastornos por doquier, poderes que cambian de mano, alianzas incómodas. Lo mejor en estos días es ser flexible, maleable. Casi todo el mundo estaría de acuerdo en eso.

El caballero de la terraza del Nicolescu es de evidente interés para al menos tres miembros de la policía: uno vestido de uniforme, los otros dos de

paisano, apoyados todos ellos, ni que decir tiene, por varios camareros, conductores de *trasuri* —esos taxis tirados por caballos— y chicas con las mejillas pintadas de un colorete que la noche ha dejado tras de sí. ¡Vaya un caudal de atención sólo para él! Aun así, siendo francos, ¿quién podría culpar a nadie de ello? A la pobre Rumanía le está llegando un aluvión: judíos y socialistas, desechos de la vida, polacos y espías, y casi cualquier cosa que uno quiera incluir en la lista. La situación se ha vuelto tan delicada, que han debido poner tarjetones en las mesas del Plaza-Athénée: POR ORDEN DEL GOBIERNO, SE PROHÍBE HABLAR DE POLÍTICA.

El caballero de la terraza del Nicolescu pidió un segundo café. Cuando le fue servido, extrajo un puñado de lei, luego vaciló un momento, dudando de su exacto valor. El camarero arrugó levemente la mueca natural de su boca, sustrajo con habilidad las monedas requeridas y las puso en el platillo de la cuenta. Ésta era la tierra del *saruta mina pe care nu o poti musca* —«besa la mano que no puedes morder»—, habitada en esencia por espíritus desdeñosos y los desdeñados, y quien tuviera alguna duda respecto a cuál de ambas categorías pertenecía, podía averiguarlo fácilmente al considerar la mirada de cualquier camarero en un café.

Y si ello no inquietaba mucho al caballero de la terraza del Nicolescu era, en parte, porque su estómago aullaba de hambre. Justo detrás de él, se servían en ese momento langostas y cangrejos, en pequeñas bandejas con hielo picado, y la cocina del Nicolescu preparaba sus famosas empanadas de carne y setas. Dos transeúntes de luengas barbas, cada uno con varios paquetes, se habían parado allí cerca a degustar lonchas de queso fresco y ajo servidas en tortitas de maíz, y hasta los gitanos, más allá de la esquina, cocinaban un conejo en una marmita sobre un fuego hecho de brea. El caballero de la terraza dio un sorbo a su café. «Disciplina —se dijo a sí mismo—. Hazlo durar».

La mujer tenía estilo y estaba en algún punto impreciso de la madurez, llevaba un sombrerito con un velo cubriéndole a medias el rostro. Llegó en un *trasuri*, le hizo señas con la mano enguantada al conductor para que la esperara y aceptó el brazo que el portero le tendía para descender del carruaje. El caballero de la terraza se animó al verla y se levantó cortésmente, mientras ella se acomodaba en una de las sillas. El camarero se apartó el mechón negro de la frente y dijo *Service* en francés, al ir en busca del café que la mujer había pedido.

Ella bebió sólo un sorbito. Hablaron brevemente, luego ella musitó algo en su oído y se tomaron la mano por unos segundos bajo la mesa. Él se levantó, ella también, él tomó su mano, ella se apartó el velo para que él la besara fugazmente en los labios, le dijo unas palabras de despedida ocultando los labios con su mano, caminó a paso rápido hasta el *trasuri* y se marchó, dejando tras ella un aroma de lilas. «Que Dios lo acompañe, capitán», fue lo que le dijo.

El caballero de la terraza se palpó el bolsillo de la chaqueta para asegurarse de tener el dinero que ella acababa de entregarle, luego cruzó pausadamente la plaza y dejó atrás a los policías, a sus colaboradores, varias ancianas que barrían los adoquines y un grupo de palomas que emprendió súbitamente el vuelo batiendo las alas.

El capitán De Milja abandonó la ciudad esa misma noche. Había tenido ya suficiente de Bucarest: la casa de huéspedes, la policía y la enorme variedad de fantasmas y lobos que habitaban los cafés. Y más que suficiente de Rumanía, un país que, sometido a la presión diplomática de Alemania, había iniciado el confinamiento de las unidades militares polacas que habían cruzado la frontera..., al igual que antes había confinado a los principales ministros del gobierno polaco. Era tiempo de largarse.

Viajó con una cobertura que él mismo se encargó de forjarse, valiéndose de un documento de identidad en blanco incluido en su dossier la noche que fue a presentarse ante Vyborg. Nombre: Jan Boden. Eso lo hacía un ciudadano polaco de Silesia —como su padre—, con buen conocimiento del alemán y, con toda probabilidad, una pizca de sangre alemana. Profesión: comprador de maderas para ataúdes. Eso otorgaba un viso de normalidad a su viaje y no era un oficio en el que los alemanes estuvieran interesados —como, por ejemplo, el de un mecánico experto— para llevarlo a trabajar a Alemania. Llevaba un chaquetón de cuero para no helarse y la pistola automática del ejército polaco, una VIS, para evitar que alguien lo detuviera. Y si se veía obligado a deshacerse de ella, siempre podría conseguir otra. Tras seis años de guerra, de 1914 a 1918 y en la campaña entre 1920 y 1921 contra el Ejército Rojo, Polonia era, en cierto sentido, una armería. Cada granero, cada alacena, cada buhardilla contaban con su propio armamento y municiones. Y los polacos no eran los campesinos rusos: solían asear y aceitar y mantenerlo todo en perfecto uso. Les gustaba que las cosas funcionaran.

Disponía de algún tiempo —el mensaje que la mujer le había entregado con el dinero era: «Habitación n.º 9 en el Hospital de San Estanislao, Calle Grodny, el 23 de octubre»— y eso le salvó la vida. Cogió un tren de Bucarest a Sighisoara, en los Alpes Transilvanos, luego otro hacia el Oeste, que cruzó Hungría cerca de Arad. Después hizo otro trasbordo, esta vez para ir al Norte, a Kisvarda, en la región de los Cárpatos. A medida que anochecía, un camión lo llevó hasta una aldea fronteriza, junto a un arroyo que desembocaba en el Tisza, próxima a uno de los pasos montañosos.

Entró en la taberna de la localidad, pidió cerveza y salchichas y fue abordado por los *passeurs* —contrabandistas— en menos de una hora. Les pidió que lo llevaran a Polonia, fijaron un precio, todo el mundo escupió en su mano y se la estrecharon.

Con todo, poco después de haber emprendido viaje se dio cuenta de que, a pesar de tanto escupitajo ritual, lo que sus guías pretendían era asesinarlo y arrebatarle el dinero. Era ya noche cerrada. Los dos *passeurs*, que hedían a taberna, a cabras y grasa en descomposición, se situaron uno a cada lado, murmurando todo el tiempo entre sí y rozándolo de vez en cuando. En exceso, como para familiarizarse con las fuerzas de De Milja, e ir perdiéndole el respeto. Uno de ellos llevaba un cuchillo al cinto, herrumbroso, sin brillo. La sola idea de ser apuñalado con él le dio escalofríos a De Milja.

—Voy a buscar un buen árbol... —les dijo en polaco.

Luego se desvaneció en la oscuridad y se limitó a seguir adelante por su cuenta.

Al rato dio con lo que le pareció la ribera sur del Tisza, después con un sendero lodoso que alguien más debía haber utilizado como vía, después con un puente, desde donde escuchó el rumor inconfundible de los soldados rusos emborrachándose: cantando, luego discutiendo, luego peleándose, sollozando y por último roncando. Como uno de sus tíos solía decir: «Si hay algo de lo que un hombre puede estar seguro es que las piedras siempre ruedan hacia abajo».

De Milja cruzó el puente poco después de las dos de la madrugada; ahora estaba en la Polonia ocupada por los soviéticos. Caminó otra hora, con el frío invernal entumeciéndole el rostro, luego llegó a una granja desierta —ningún perro ladrando en las cercanías—, abrió el cobertizo para las vacas, juntó un poco de heno para formar un lecho y durmió hasta el amanecer.

Al mediodía del 21 de octubre estaba en el pueblo de Kosov, desde el cual salía el tren a Tarnopol. Compró un billete y cogió el próximo tren; la noche en el cobertizo lo había convertido en una piltrafa, sin afeitar, un tanto

apestoso y nada sospechoso —un proletario— para los guardias rusos de la estación. Al cruzar el Dniéster, apoyó la cabeza contra el frío cristal del tren: sí, claro, tenía órdenes de llegar a Varsovia, pero antes se proponía ir en busca de su esposa a la clínica, dar con el modo de cruzarla a Rumanía. Que allí la internaran de nuevo si les daba la gana: en cualquier caso sería mejor que dejarla a merced de los rusos.

En Tarnopol y la estación los taxis habían desaparecido, así que tuvo que ir caminando por las calles enrevesadas, hasta abandonar la ciudad, y muy pronto se vio yendo hacia la clínica por un accidentado sendero de tierra. Conocía bien esa región, la Volinia. Era donde estaba la hacienda de su madre, más de tres mil acres de colinas ondulantes, una parte de bosques y otra de tierras agrícolas, excepcional para la caza y pobre en cosechas, y ninguna opción de ganarse jamás ni un zloty, un paraíso perdido donde uno podía morirse graciosamente de hambre y con el corazón contento, bajo una luna pálida y romántica.

La brisa agitaba los abedules a medida que caía la noche, las moscas revoloteaban sobre un charco, los bosques envueltos en sombras se extendían al infinito: un lugar espléndido para escribir un poema o ser asesinado. El niño que aún anidaba en el corazón de De Milja sintió tanto miedo de ese bosque como siempre lo había sentido. La VIS le garantizaba ahora tanta protección de los malos espíritus como la piedra que antes portaba consigo.

Llegó a la clínica con el crepúsculo. Las sillas de ruedas permanecían vacías en los prados demasiado crecidos, los senderos de gravilla no habían sido rastrillados desde hacía tiempo; todo volvía lentamente a su estado natural.

Caminó por un largo sendero bordeado de chopos y nadie le dio el alto cuando entró en el caserón centenario de años, y tejado de dos aguas, antiguamente la mansión de una gran finca. No había médicos con barba, ni enfermeras mandonas, ni muchachas de la localidad enfundadas en un delantal blanco que trajeran el té y las galletitas, y le pareció que había menos pacientes de los que recordaba. Pero, a un cierto nivel, la clínica aún funcionaba. Vio a un grupo de ancianas del pueblo preparando sopa en la cocina, los radiadores estaban fríos pero en el salón principal habían encendido la chimenea y varios pacientes, envueltos en sus bufandas y abrigos, miraban fijamente las llamas y hablaban entre sí en un murmullo.

Su esposa estaba sutilmente aparte del grupo, sentada en un rincón, con las manos juntas y entre las rodillas —una actitud habitual en ella cuando tenía frío—, el rostro semioculto por su pelo largo y del color de la arena. Cuando le tocó el hombro, ella pareció sobresaltarse, en seguida lo reconoció y sonrió fugazmente. Era una mujer de rasgos finos y la mirada acuosa, generosa, la expresión de alguien incapaz de hacer daño a nadie. «Es raro —pensó él—, parece como si no envejeciera».

—Helena —dijo él.

Ella pareció buscar algo, luego agachó la cabeza, ocultando la mirada.

—Sentémonos aquí —propuso él.

A menudo, lo mejor con ella era simplemente proceder. Él la cogió de la mano y la llevó hasta un sofá para tener más intimidad.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Hubo un encogimiento de hombros, una sonrisa irónica.

—¿Has visto soldados? ¿Soldados rusos?

Qué difícil todo, tener que pensar en..., sencillamente no oía lo que se le decía como el resto del mundo. O quizá fuera que lo escuchaba todo más intensamente, ecos y más ecos plenos de sentido, hasta que ninguna pregunta tenía ya una respuesta clara.

—Sí —dijo vacilante.

—¿Hubo... heridos?

—No.

Estaba más delgada, sus ojos parecían contusionados, pero siempre lo parecían. No le gustaba tomar el Veronal que solían recetarle para que se relajara y durmiera, así que lo escondía en algún sitio y pasaba las noches en vela.

—¿Tienes comida suficiente?

Ella asintió.

—¿Y entonces? —dijo él, jugando a que estaba disgustado.

Eso nunca dejaba de ponerla contenta.

—¿Y entonces? —dijo imitándolo.

Él se aproximó, apoyando con suavidad su mano en su pelo, que caía con delicadeza hasta sus hombros. Ella siempre se lo dejaba hacer sin problemas.

—Helena —dijo él.

Su mirada siguió extraviada. ¿Qué pretendía exactamente de ella?

—Los rusos —prosiguió él— están aquí, ahora, quizá lo sepas. Yo...

—Por favor —dijo ella con aire de súplica; no quería explicaciones, ya no podía tolerarlas.

Él suspiró y le cogió ambas manos. Ella las retiró —con gentileza, no quería herir sus sentimientos, simplemente quería sus manos—, las recogió contra su falda y le dirigió una mirada desconcertada. Normalmente era tan delicado.

—He pensando en sacarte de aquí —dijo él.

Ella lo consideró brevemente: él advirtió que una expresión sombría se iba instalando en su rostro. En seguida, negó con la cabeza. Lo hizo de forma clara, con absoluto control de sus gestos, no con vaguedad ni un mínimo aire demencial. Había pensado mucho en *todo*: en los soldados, y lo que habían hecho, y lo malo que había sido, y que ella ya no era vulnerable a lo que él temía pudiera ocurrirle.

Él dejó caer las manos en su propio regazo. Se sintió impotente. Por un segundo, consideró la posibilidad de sacarla de allí a la fuerza, pero sabía que no resultaría.

—¿Para ir adonde? —preguntó ella de manera natural.

Él negó con la cabeza, abatido.

—¿Querrías acompañarme a la casita junto al lago? —preguntó ella. Podía ser tan suave y tan discreta... a él casi se le saltaban las lágrimas, el dolor le atenazaba la garganta. Él se alzó y le ofreció su brazo.

Lo que ella llamaba «la casita del lago» había sido alguna vez un pabellón en que se servía a los invitados pasteles de nata y té en una tetera de plata, y los médicos podían charlar con sinceridad en el plácido entorno. Ahora estaba a oscuras y abandonado, y algún pájaro entre los juncos del pantano, más allá del lago, repetía su suave canto al atardecer.

Ella se detuvo y se lo quedó mirando, casi rozándolo, al principio renuente a decírselo y, aunque era lo habitual en ella, obviamente inhibida.

—Quiero que me hagas el amor como antes —dijo.

«Una última vez», las palabras no dichas eran tan nítidas como una melodía.

Tras mirar a su alrededor, él encontró una tumbona desteñida a causa de los años a la intemperie. Se sentó en ella y la invitó a sentarse en sus faldas con un ademán grandilocuente, cual si hubiera sido un lecho espléndido, todo él de seda, de un gran hotel. A ella le gustaba ese juego, alzarse la falda apenas unos centímetros, acomodarse sobre sus piernas y apoyar la cabeza en su hombro. Una leve brisa se hizo sentir desde el lago, los juncos se doblaron fugazmente en la orilla, una bandada escueta de patos voló sobre el pantano y



en la lejanía. Con gesto distraído, él recorrió sus labios reseco con el índice, ella alzó el rostro para dejarle hacer y él vio que había cerrado los ojos.

Él cogió el borde de su suéter con la punta de los dedos y se lo alzó hasta los hombros, luego le bajó la enagua, la cubrió con su abrigo para que no fuera a enfriarse, hundió su dedo entre sus labios, acarició sus pechos. Eran más carnosos de lo que recordaba, pero siempre había sido así, incluso a sus diecinueve años: un cuerpo hecho en una niña de rostro menudo. Ella suspiró abandonándose: sí, claro, a eso se refería exactamente. En seguida canturreó y él sintió la «V» de sus piernas abriéndose. Cuando él le deslizó las manos bajo la falda, ella sonrió. De reojo miró su cara, se preguntó en qué clase de ensueño estaría ella en ese momento. Ella movió los labios, retrocedió en su sitio y luego se abrió otro poco; su aliento subió en intensidad, se hizo más nítido, adquirió un ritmo nuevo, hasta que su peso se comprimió de pronto contra él.

—Levántate —dijo él y se colocó detrás de ella, hizo descender su abrigo por sus brazos y lo desplegó sobre los firmes y grandes tablones del pabellón.

Ella se quitó la falda y luego las bragas. Él se arrodilló y abrazó sus caderas con fuerza, como para retenerla, como si algo que rondaba en el aire hubiera podido arrebatársela en ese preciso momento. Ella se atusó el pelo..., no importaba, nada importaba en absoluto. Entonces ella se tendió sobre el abrigo extendido y dejó caer las dos piernas hacia un costado, sus manos enlazadas bajo la nuca, una chica en un anuncio de detergentes. Él se rió.

Hicieron el amor por un rato; como dos extraños, marido y esposa, y al final como dos amantes.

—Quiero preguntarte algo —dijo ella en voz tenue, casi para sí misma, cuando estaban abrazados para darse calor—. No has traído flores esta vez...

Su frase se diluyó entre los ruidos habituales a esa hora y el crepúsculo junto al lago.

—¿Y piensas si todavía te amo? Sí, te amo.

—Pero tú siempre...

—Las dejé en el tren —dijo él—. Tendrás que perdonarme.

Ella se acurrucó otro poco contra él, De Milja advirtió las lágrimas que corrían por sus mejillas.

En el tren de vuelta a Varsovia cometió un error.

Desde Tarnopol, se dirigió al Norte, a Rovno. Pasó la noche en la estación. Técnicamente era ilegal, pero se toleraba, visto que la gente debía

esperar su tren, así y todo era un riesgo: la policía secreta sabía que las estaciones atraían a los fugitivos.

Un guardia uniformado del NKVD le pidió sus papeles y resiguió cada término allí escrito con el índice, luego se los devolvió sin decir palabra. Salió de Rovno en un tren que partía al alba hacia Brzesc, situada en la ribera oriental del río que trazaba la línea divisoria entre las fuerzas de ocupación germanas y rusas. A bordo del tren, iban dos hombres con sobretodo; uno de ellos lo miró fijamente y él, de manera absurda, sostuvo su mirada. Al instante se dio cuenta de lo que había hecho y desvió los ojos. Pudo apreciar, por la actitud del individuo —su edad, su apostura—, que era *alguien*, posiblemente un agente secreto del NKVD, y que estaba a un paso de dejarlo claro.

El corazón de De Milja retumbaba en su interior, sentía cómo el sudor se iba acumulando bajo sus axilas, ni siquiera se permitió un vistazo fugaz para comprobar si el hombre había aceptado su «rendición» cuando evitó mirarlo más. No había forma, por otra parte, de que pudiera sacar la VIS; se limitó a encogerse lo más que pudo en el asiento, sin la menor muestra de una actitud desafiante. Pero era un individuo con lo que hay que tener. Y no sentía el menor temor. Algo que la gente adivinaba en sus gestos, un factor que acabaría por enterrarlo si no aprendía de una vez a comportarse en público.

Los dos sujetos descendieron del tren una estación antes de Brzesc. Desde el andén, su adversario lo miró de soslayo, con el cristal de por medio. De Milja se concentró en sus zapatos, como un hombre altivo ahora doblegado. El ruso no se lo creyó; en una actitud violenta, con algo de indolencia, dio media vuelta y se dispuso a subir de nuevo al tren para bajarlo a empellones, De Milja estaba seguro de ello. Sólo que el colega del tipo se lo impidió, lo cogió por el hombro y se lo llevó, entre risas y bromas, por el andén: venga, hombre, tenían cosas que hacer. Con el rabillo del ojo, De Milja pudo apreciar que el ruso le echaba una última ojeada. Estaba rojo de ira. El tipo, De Milja lo supo sin ninguna duda, iba a matarlo.

En el sector alemán todo era distinto, mucho más fácil. La policía fronteriza, uniformada de negro, no odiaba a los polacos como los rusos. Los polacos eran para ellos auténticos *Untermenschen*, entidades subhumanas, indignas de su desprecio. Había que tratarlos, al igual que a todos los eslavos, como bestias, controlarlos por la vía del *Zuckerbrot und Peitsche*: los terrones de azúcar y el látigo. Se limitaron a verificar su documento de identidad y le

hicieron un ademán de que siguiera. Él no era nada, ni siquiera lo habían visto.

De igual interés para De Milja resultó un ramal ferroviario secundario, a unos ochenta kilómetros de Varsovia: ocho vagones cisterna alemanes se dirigían al Este, destinados al aliado soviético, con el rótulo que decía NAFTALINA marcado en todos ellos.

Cuántas cosas podía uno hacer con semejante obsequio.

23 de octubre, Varsovia. Hospital San Estanislao.

Un «piso franco» excelente: toda clase de personas entraban y salían a cualquier hora del día y la noche. Había catres, posibilidades de comer algo y era, desde luego, mucho más seguro que cualquier hotel.

La habitación n.º 9 estaba en el sótano, junto a las calderas. Disponía de una cama y un lavabo metálico, y sus muros de yeso estaban pintados de color verde claro desde 1903. Había un mapa de Polonia para usos militares, un callejero de Varsovia sacado de la guía Baedeker, dos ficheros metálicos, un radioreceptor con antena escondida en una tubería de una esquina, tres teléfonos, varios ceniceros de metal, una mesa de madera llena de marcas, con tres sillas a un lado y una única silla del otro. Una bombilla de quince vatios en un portalámparas en mitad del techo iluminaba el espacio.

De las tres personas que había frente a él, De Milja sólo conocía a una de antes: un sujeto pendenciero de Varsovia llamado Grodewicz que no estaba, hasta donde él sabía, en el ejército y que debería haber estado, en opinión de la mayoría de sus amigos, en la cárcel. A otra la conocía por su reputación: el coronel Jozef Broza, antiguo agregado militar en Bélgica. Y a la tercera, para nada: una mujer que se presentó como «Ágata». Una dama en la cincuentena, camino de los sesenta, de mandíbula enérgica, nariz retorcida en la punta y gruesos cabellos rubios con mechaz grises, recogidos en la nuca con un broche de carey. Tenía la piel tersa de una monja, una alianza dorada con filigranas, los dedos de ambas manos manchados con nicotina, las uñas sucias, pero con manicura. De Milja pudo imaginarla fácilmente en una casa de campo o a lomos de un caballo, una representante de la mejor sociedad rural.

La mujer encendió un cigarrillo, expulsó el humo por la nariz y le dedicó una prolongada mirada antes de comenzar a hablar. Lo que le dijo fue breve pero sustancial: acababa de formarse una organización clandestina para combatir a los alemanes y los rusos..., operaría en forma independiente en las

dos zonas ocupadas. La labor de los allí reunidos discurriría en la mitad occidental del país, la mitad alemana.

La entidad clandestina se llamaría ZWZ, Związek Walki Zbrojnej, Unión para la Lucha Armada. El nivel superior de mando, conocido como El Sexto Departamento, tenía su base en París, en el seno del gobierno polaco en el exilio, ahora encabezado por el general Sikorski. En la Polonia ocupada por Alemania, la ZWZ tendría su cuartel general en Varsovia, con filiales en Cracovia, Lodz, Poznan..., las principales ciudades del país. Las secciones operativas incluían el sabotaje, la propaganda, las comunicaciones —traslados urgentes y secretos— y un servicio de inteligencia.

—Usted —le dijo a De Milja— ocupará una posición de alto nivel dentro de este servicio de inteligencia. —Apagó el cigarrillo y encendió uno nuevo—. Por supuesto que es una locura usar el plural en este país: somos el pueblo más diverso de la tierra de cuantos ha creado Dios y el hecho de perder casi todas las guerras no cambia en nada ese dato. Ahora mismo hay organizaciones clandestinas dirigidas por la totalidad del espectro político: comunistas, nacionalistas, católico-nacionalistas, el Partido del Campesinado y así sucesivamente. Los judíos están intentando organizarse dentro de sus propias comunidades, también sujetas a esas divisiones políticas. Con todo, la ZWZ constituye más del 90% del esfuerzo de la resistencia y lo más probable es que siga siendo así. Pero cualquiera que sea la denominación bajo la que se actúe, tenemos por delante varios meses de guerra sucia y muy dura. Estimamos que los franceses, con la ayuda de los ingleses, van a necesitar unos seis meses para invadir Alemania. Es nuestra labor sobrevivir en ese intervalo y minimizar los daños para nuestro país. Cuando Alemania esté finiquitada, dependerá de la Liga de Naciones expulsar a la URSS de Polonia y forzarla a retirarse a sus fronteras. Esto va a requerir esfuerzos diplomáticos, paciencia y quizá la intervención divina: a Stalin lo único que lo persuade es la fuerza bruta. Ucranianos, bielorrusos y lituanos reclamarán su independencia, los judíos querrán que las leyes restrictivas sean abolidas..., el mundo nunca volverá a ser como antes, aunque eso quizá no sea tan malo para nosotros. ¿Preguntas?

—No hay preguntas —dijo De Milja.

—Ahora mismo —prosiguió ella— tenemos dos problemas: el pueblo polaco está sumido en la postración, ¿cómo nos han derrotado tan brutalmente? Y no tenemos explosivos, elementos incendiarios ni medicinas. Esperamos ansiosos que nos envíen desde París suministros por aire, pero hasta ahora nada de eso ha ocurrido. Han hecho promesas y más promesas.

Hasta que las cumplan, todo lo que podemos hacer es insistir y no perder la fe.

El coronel Broza abrió un dossier y lo hojeó. Era un hombre de apenas un metro sesenta, de hombros anchos, cabello hirsuto y ralo, y expresión agresiva. Al ponerse los lentes para leer, pasó de tener un aire campechano a parecer un maestro del ajedrez, lo cual, por lo que había oído De Milja, no estaba demasiado lejos de la realidad.

—¿Tiene algo que ver con Eugeniusz Ostrov?

—Sobrino, señor.

—¿Por qué lado?

—Por mi madre.

—Ah. La condesa.

—Sí, señor.

—Su tío... —El coronel hizo esfuerzos por controlar la risa—. Tendrá que perdonarme, no debiera... ¿No celebraron una cena muy formal una vez? ¿Con la esposa de un encargado de negocios..., algo relacionado con una cabra?

—Una oveja, creo, señor.

—Con un fajín diplomático puesto.

—Sí, señor.

El coronel se pellizcó la nariz a la altura del puente.

—Y luego... algo de una cocinera, ¿no?

—Una lavandera, señor.

—¡Dios mío, claro que sí! Él terminó casándose con ella.

—En una boda muy larga y ceremoniosa, señor.

La mujer de nombre Ágata carraspeó.

—Sí, sí, por supuesto... Fue a la Universidad de Jagiello, ¿no?

—Sí.

—¿Estudió matemáticas?

—Sí, señor.

—¿Y cómo le iba?

—Pobrementemente, diría yo. Estaba empeñado en seguir los pasos de mi padre, aunque...

—¿Expulsado?

—No exactamente. Casi.

—¿Y luego?

—Mis tíos me ayudaron a entrar en el ejército, en el servicio de inteligencia, y me enviaron a estudiar cartografía.

—¿Adónde?

—Primero en la academia de oficiales, luego en la Academia Militar Francesa, en Saint-Cyr.

—Tres años, dice aquí.

—Sí, señor.

—Así que habla usted francés.

—Sí, señor.

—¿Y alemán?

—Mi padre era de Silesia, pasé un tiempo allí cuando niño. Mi alemán no es malo, diría yo.

El coronel Broza dio vuelta a la página, leyó durante unos segundos.

—Vyborg lo ha recomendado personalmente —dijo—. Yo mismo dirigiré el servicio de inteligencia. Necesito a alguien que se ocupe de las operaciones especiales y mantenga los contactos con las demás secciones. Me rendirá informes directamente a mí, pero no con demasiada frecuencia. ¿Entiende a qué me refiero?

—Sí, señor.

—¿Conoce al capitán Grodewicz?

—Sí, señor.

—Dedique algún tiempo a entenderse con él. Estará a cargo de la unidad ZO.

—¿Señor?

—Zwiazek Odwety. Represalias. ¿Sabe a qué me refiero?

A principios de noviembre nevó y quienes acostumbran a ver señales y portentos en el clima imaginaron que era un indicio de algo malévolo. Los alemanes no habían perdido el tiempo para hacerse con el carbón polaco, los vagones abiertos traqueteaban incesantemente a través de los puentes sobre el Oder, rumbo a la vieja y belicosa Prusia. Los hombres que administraban las empresas carboníferas en la vieja y belicosa Prusia estaban sorprendidos ante el dinero que hacían por esa vía: la lógica del negocio había radicado siempre en comprar a un precio ligeramente menor y vender a un precio ligeramente mayor. Pero comprar por prácticamente nada, bueno..., quizá podrían, después de todo, adquirir aquel broche en forma de hoja, incrustado de diamantes, para su señora esposa. Hitler era terrorífico, de acuerdo, y hacía

esos aparatosos discursos patrióticos e incendiarios en la radio, lo cual implicaba la guerra, Dios Santo, y la guerra acababa arruinando cualquier negocio, o provocaba cosas incluso peores, pero esto..., esto no era exactamente una guerra, ¿no? Esto era el paraíso para el comercio. ¿Y a quién perjudicaba, en rigor? ¿A unos cuantos polacos...?

La ventisca provino de Rusia, aulló en las ventanas, acumuló la nieve contra los portales, dio con cualquier fisura, cualquier portillo o rendija que pudo encontrar y entró en casa de cada cual. Los ancianos comenzaron a morir. «¡Esto es la guerra!», gritaban en Francia, pero ningún avión apareció por allí. Quizá la semana entrante.

Con cautela, desde la distancia, el capitán De Milja intentó velar por su familia. Sabía dónde vivía una de las criadas y allí la esperó de noche.

—Su padre es un santo —le dijo la mujer junto a la mesa de su cocina—. Su madre y hermana están a salvo en Hungría, lejos de los asesinos. Su padre lo organizó así... Ya voy viendo cómo, apenas si queda ni un solo zloty en la casa por estos días.

—¿Qué está haciendo?

—No piensa irse, no se irá a otro país, ni admite que algo haya cambiado —dijo la mujer—. Simplemente no lo hará. —Meneó la cabeza en señal de pesar, un gesto en que se mezclaban por igual el respeto y las aprensiones—. Lee y escribe, va a dar sus clases. Sólido como una roca...

—Aquí llamó a De Milja con un apodo de su infancia y el capitán se miró las rodillas. Extrajo de sus bolsillos un fajo de zlotys y los dejó sobre la mesa. La criada le echó una mirada irónica: «¿Y cómo explico yo esto?».

—No lo menciones. Sólo vete al mercado negro y pon algo extra en la mesa, ni siquiera lo notará.

Pidió a la mujer que apagara su lámpara de aceite y se quedaron los dos sentados en la oscuridad un rato, escuchando el gemido del viento contra los viejos ladrillos, luego él susurró un adiós y salió a la calle para perderse en la noche. A causa del toque de queda, tuvo que avanzar de portal en portal, atento al rumor de las patrullas alemanas. Podía hacerse —todo podía hacerse—, pero había que pensar en ello, planearlo. Una vida fugándose de la policía, una vida hecha de evasiones. Tenía los mismos componentes de siempre, nada había cambiado en siglos: ellos podían cometer mil errores, tú ninguno. Hubo un tiempo en que únicamente los criminales pensaban así. En noviembre de 1939, todo hombre, mujer y niño polacos pensaban lo mismo.

Algo había que hacer. De Milja fue a una reunión en la habitación n.º 9. Llevaba una semana en una buhardilla para la servidumbre en Mokotów y el calor repentino del sótano del hospital lo mareó por un momento. Tomó asiento en la silla y presentó su caso: la gente se estaba descorazonando, era algo palpable. El coronel Broza estuvo de acuerdo, Ágata no estaba tan segura, Grodewicz pensaba que quizá no importaba mucho, de momento. Broza se impuso a los demás. Consideraron toda suerte de acciones; algunas violentas, algunas espectaculares. ¿Debían humillar a los alemanes? ¿En qué consistía un acto resonante para un ejército clandestino? ¿Y cómo se enteraría la gente de ello? El humo de los cigarrillos llenaba la habitación, la penumbra eterna de la habitación se hizo mayor, una monja del hospital les trajo té. Tomaron una decisión, Ágata sugirió un nombre, el resto dependía de él.

El nombre era el de un detective de la policía de Varsovia retirado llamado Chomak. De Milja fue a visitarlo. Encontró a un hombre de apostura rígida, la camisa abotonada hasta el cuello pero sin corbata, el cabello negro re peinado hacia atrás. Joven para estar retirado, pensó De Milja, pero la política del departamento de Policía de Varsovia le importaba muy poco. Chomak aceptó el encargo, con su esposa visiblemente preocupada a su lado y un perro salchicha de hocico blanco en permanente alerta junto a su silla. «Todo el mundo cree que robar es muy fácil —dijo Chomak—. Pero no es verdad».

Parecía disfrutar una enormidad con la labor encomendada, siempre con un brillo de sagacidad en la mirada. «¿No es tan fácil, eh, esta clase de trabajo?». Subieron a varios trenes, anduvieron en bicicleta por caminos nevados en los límites más alejados de Varsovia; siguiendo pistas, verificando historias, precaviéndose. Necesitaban robar un avión. No un avión de guerra, eso hubiera requerido todos los recursos disponibles del Tan sólo un aeroplano pequeño. Revisando una lista de mecánicos y conductores de camiones cisterna —nombres provenientes de un listado de contribuyentes elaborado antes de la guerra—, descubrieron que la gran mayoría de los aviones pequeños, aviones de reconocimiento del tipo Fiesler-Storch, por ejemplo, estaban bien vigilados por la Luftwaffe.

Pero los alemanes tenían un club aéreo para caballeros.

Los clubes aéreos habían gozado de gran popularidad en las décadas de 1920 y 1930 y servían como campo de entrenamiento para futuros pilotos de combate, que habían pasado de la locura adolescente por los aviones a la aviación en serio. Así, pocos días después de la victoria germana, se había abierto un club aéreo en un pequeño aeropuerto de Pruszków, a unos quince



kilómetros al oeste de Varsovia. De Milja y Chomak recorrieron lentamente en sus bicicletas el pequeño sendero que bordeaba el club. No había mucho a la vista; una extensión de hierba reseca, una media de nailon en un asta para indicar la dirección del viento, una cabaña donde ondeaba la bandera con la esvástica y seis monomotores en la pista, dos de los cuales habían sido despojados de sus motores, y sus piezas estaban desperdigadas en el suelo del hangar.

Segunda fase: un impresor al otro lado del río, en el distrito de Praga. Tenía trabajo de sobra. Los alemanes *adoraban* los impresos; toda suerte de decretos y formularios, documentos, carteles y manuales, hojas con directivas..., nunca tenían suficiente. En especial con esa tipografía gótica. La Wehrmacht, por lo que había podido apreciar el impresor, prefería publicar infinidad de cosas antes que pelear. Y, joder, no es que a él le importara mucho. Qué se le iba a hacer, con cuatro niños que alimentar y la esposa embarazada y su anciana madre y la anciana madre de ella y el carbón a cien zlotys el saco en el mercado negro... algo tenía que hacer él. No quería que lo malinterpretaran, él era un patriota, había servido en el ejército, pero había varias bocas que alimentar, eso era un hecho.

¿Este libro? Sí, él lo había impreso. ¿Dónde cojones lo habían encontrado? Miren eso. No está nada mal, ¿eh? Todo un problema al principio, no solía recibir esa clase de encargos, él y el cajista —pobre Vladek, muerto durante la guerra, que en paz descansa— tuvieron que resolverlo a la par, combinando distintos tipos de letras, una infinidad de fuentes. La mayoría de las veces sólo eran las cosas de siempre pero, una que otra vez, tenía uno la posibilidad de ser creativo en este trabajo, eso era lo que le daba sentido, ¿no? ¿Entendían a qué se refería...?

¿Hacerlo de nuevo? Bueno, sí, no debiera ser un problema. Aún tenía todos, bueno *casi* todos los tipos de letra empleados en el libro. Tendría que trabajar de noche, posiblemente fuera mejor que compusiera por sí mismo los tipos..., si conseguía acordarse de cómo hacerlo. No, era broma, desde luego que se acordaba. ¿Y qué era exactamente lo que querían? ¿Una única hoja? Una bicoca. Y lo necesitaban para la semana pasada, suponía él. ¿El miércoles estaba bien? ¿Cuántas copias? ¿*Cuántas*? Virgen Santa, los alemanes le tenían racionado el papel, no había forma de que él pudiera..., ah, bueno, si ése era el caso, no habría problemas. En cuanto a la tinta, acababa de incluir ciertos gastos en los de los alemanes, a pagar durante los próximos

meses, nunca lo notarían. No es que hiciera habitualmente esa clase de cosas, pero bueno...

Diciembre llegó antes de que hubiera resuelto todos los detalles. Chomak pasó dos noches en el bosque rondando el campo aéreo, con los binoculares enfocados en la cabañita. La luz permanecía encendida toda la noche, un resplandor en los bordes de la cortina, y el guardia, un tipo fornido, de cabellos blancos y panza cervecera, era consciente de sus deberes; daba una vuelta por el campo y el hangar dos veces por noche.

Habían encontrado un piloto, algo nada fácil, pues los aviadores polacos que habían sobrevivido a la guerra se habían ido a Londres y París para pelear junto a los aliados. El hombre en cuestión había volado por todo el Báltico, llevando correspondencia y otras cargas, pero sus problemas de vista le habían impedido subirse a los aviones de combate. Nada más contactarlo, se mostró ansioso de cumplir la misión.

Recogieron el material impreso de un taxi y ocultaron los paquetes en el apartamento de Chomak. La misión quedó programada para el 9 de diciembre, pero esa noche resultó fría y el cielo estaba despejado, cubierto de estrellas. Lo mismo ocurrió el 10 y el 11. La noche del 12, el tiempo empeoró pero los preparativos siguieron adelante hasta que una nevada glacial cerró todas las salidas de la ciudad.

El 14 de diciembre amaneció tibio y estable, la nieve comenzó a derretirse en la tierra y en el cielo todo era niebla y densas nubes. Una furgoneta llena hasta los topes de nabos llevó los panfletos al claro de un bosque próximo al campo aéreo, De Milja y el piloto llegaron en bicicleta una hora después. A las 17:20, el director del campo y el mecánico se habían ido a casa y el guardia nocturno estaba ya en su puesto. De Milja y sus hombres llamaron a su puerta alrededor de las siete. Al principio, el guardia —que resultó ser alemán— luchó y blasfemó cuando lo cogieron entre todos y le introdujeron una funda de almohada en la cabeza. En seguida decidió cooperar y Chomak comenzó a atarlo, pero el tipo cambió de opinión y se soltó una mano y tuvieron que golpearlo otro poco antes de que se calmara. Chomak y De Milja empujaron entonces uno de los aviones hasta el surtidor de gasolina y llenaron el depósito. El piloto subió gateando a él y examinó los controles con una linterna, mientras De Milja y Chomak empujaban el aparato hasta el borde de la pista.

A las 20:20, el capitán De Milja dio vueltas a la manivela para poner en marcha el motor, el piloto les hizo la señal con el pulgar hacia arriba, el aeroplano se deslizó dando saltitos, cogió velocidad y alzó el vuelo. Rumbo a los cielos, volando en una misión para la Polonia libre.

La treta del piloto consistió en llevar el avión hacia abajo, rápidamente.

Un infierno lo aguardaba en el sector donde estaban las defensas antiaéreas de Varsovia. Los alemanes oían que algo zumbaba allí arriba, entre las nubes, pero no podían verlo, los focos oscilaban en el aire, pero sólo conseguían detectar la niebla gris. Una vez superadas las baterías antiaéreas, con el zumbido del motor diluyéndose en el Oeste, el piloto giró y puso proa al Este, hasta ver en tierra dos fuegos encendidos en sendos barriles de gasolina por De Milja y Chomak. Entonces no perdió más tiempo y descendió hasta el campo lleno de baches y terrones, pues los cazas nocturnos de la Luftwaffe recorrían el cielo sobre Varsovia en busca de algo a lo cual disparar.

Entre tanto y en tierra, cientos de personas rompieron por una única vez el toque de queda para asomarse al exterior y recoger alguno de los panfletos diseminados. Los cuales fueron, con ayuda de amigos y diccionarios, prontamente descifrados. El impreso en caligrafía inglesa, a diferencia de los habituales caracteres polacos, sólo dificultó mínimamente la lectura. A la hora del desayuno todo el mundo en Varsovia, y en buena parte de la Polonia ocupada, estaba dichoso, como cuando algún buen amigo pasa a visitarte y te da sus parabienes.

Al valiente pueblo de Polonia

Saludos de vuestros aliados británicos. Estamos volando esta noche sobre vuestra sufrida nación para haceros saber que no os hemos olvidado. Volveremos muy pronto, seremos muchos y la próxima vez no arrojaremos sólo panfletos. Hasta entonces, mantened la frente en alto y haced de la estancia de los alemanes un infierno siempre que podáis.

¡Viva Polonia!

Décimo Escuadrón de Cazabombarderos  
RAF

«... pero el tipo cambió de opinión y se soltó una mano y tuvieron que golpearlo otro poco antes de que se calmara». Era lo ocurrido con el guardia nocturno en el campo aéreo de Pruszków. Sólo eso. De Milja había llevado consigo una automática del calibre 9 mm. No tenía sentido no llevarla. Pero el

coronel Broza lo había dicho claramente, en la última reunión: «No lo mate, capitán. No empecemos con eso todavía».

Todavía.

Sólo que, en rigor, la cuestión no dependía de ellos, nunca había sido así, y no dejaba de constituir un milagro que cincuenta y tantos días de ocupación hubieran discurrido tan... *pacíficamente*. Entonces pasó, en el distrito de Praga, un viernes por la noche: la cuestión se hizo presente.

En una taberna de un barrio obrero de la ciudad. ¿Qué andaba haciendo un soldado de la Wehrmacht en un lugar como ése? Probablemente fuera un obrero, de Dusseldorf o Essen o del lugar que fuese. No el típico nazi: ningún rubito de mierda, corpulento, jactancioso y atravesado, maldiciendo a los judíos a voz en grito, con restos de saliva en la barbilla. La casta en cuestión existía, pero no combatía hablando con propiedad. Los que daban la batalla eran gente como el muchacho ese que había entrado en la taberna inadvertidamente: un trabajador alemán grandote y campechano, más bien corto de luces, fuerte como un buey, tan normal como el polvo sobre las mesas, y no un mal tipo después de todo.

Con Navidad en ciernes y él en Polonia. No le iba bien con las chicas polacas, todo era un poquito peor de como él hubiera querido, la comida con demasiado ajo, y la gente, o bien eludía su mirada, o bien lo miraba con odio. ¡Con odio! Santo Dios, él no había hecho nada malo. Lo habían reclutado y le habían dicho ve para allá, y luego ve acullá, y él había ido allá y acullá. ¿Quién hubiera podido negarse? El mundo estaba hecho así; uno hacía lo que la Wehrmacht le decía, igual que obedecía a lo que el encargado de Rheinmetall o Krupp le decían.

Y los viernes por la noche uno iba, como siempre, a una taberna, aunque sólo fuera para distraerse un rato. Pedía una cerveza, luego otra y no se metía con nadie.

Pero una taberna es siempre una taberna, en especial en los barrios obreros. Siempre era igual: una frasecita al pasar, una mirada, cualquier cosa ínfima, de esas que uno no podía pasar por alto. Justo la gente que no podía permitirse perder los estribos iba cada viernes allí precisamente para perderlos. Además, hay que decirlo, a cierta gente no le gustaban los alemanes. Nunca le habían gustado, nunca le gustarían. Quizá sintieran que Hansi o Willi o como quiera que se llamara les estaba estropeando la juerga. Por el solo hecho de estar allí. Quizá le dijeron que se largara. Quizás a Hansi o Willi nadie les había dicho nunca que se largaran de ninguna taberna. Quizá se imaginó que era un conquistador. Quizá se negó a largarse.

Bueno, esa noche en particular no fue precisamente un conquistador. Alguien extrajo una navaja y se la clavó en el sitio justo y eso fue todo. La Gestapo llegó corriendo, colgó al tabernero en su propio portal y al día siguiente ejecutó a ciento veinte vecinos. Así pasó. Los alemanes eran conocidos por sus represalias mucho antes de cruzar la frontera polaca. En 1914, al poner pie en Bélgica, se toparon con un sinfín de francotiradores y las represalias fueron contundentes, fusilaban a centenares de ciudadanos belgas cuando no conseguían dar con los *franc-tireurs*. No lo habían inventado ellos —la muerte por venganza venía en lugar destacado en la Biblia—, pero creían firmemente en el procedimiento.

Justo en los días en que Hans Frank, gobernador general de la región de Varsovia, escribía en su Diario que «los polacos serán los esclavos del Reich». Los días en que se forzaba a los judíos a coserse la estrella de David en el bolsillo de su chaqueta y se colgaban carteles en sus tiendas que decían NICHT ARISCH, no arios.

El ZWZ se vio asediado. Todo el mundo quería su pequeño trocito de alemán. De Milja no reclutaba exactamente a nadie, pero examinaba a los candidatos antes de sugerir su nombre al comité, y durante las dos primeras semanas de diciembre apenas si tuvo tiempo de hacer nada más.

Dos días antes de Navidad, De Milja fue a visitar de nuevo a la criada de su padre, con un paquete de papel de diario: un trozo de salchichón, aspirinas y agujas de coser, tres de los elementos que últimamente eran tesoros imposibles de conseguir en la ciudad.

—Quiere verte —le dijo la mujer—. Me dijo que te lo dijera.

De Milja lo pensó un momento; ahora estaba alojado en el sótano de un gran edificio de apartamentos en el centro de Varsovia, justo a un paso de la avenida Jerozolimskie, una de las principales vías de la ciudad.

—Hay un bar llamado Zofia, justo frente al Parque de Solski, con un salón en la planta de arriba. Diez minutos después de las siete, díselo.

La criada asintió para señalar que lo había entendido, pero De Milja apreció al instante que no le gustaba la idea, eso de que el profesor tuviera que ir a un antro como ése.

Era un antro, un club nocturno que funcionaba después del toque de queda, con tres mesas de billar en su interior y el repertorio habitual de los bajos fondos varsovianos: la mayor parte traficantes del mercado negro y chulos con su corte. Tipos duros; litros de brillantina, gabardinas con

hombreras, el dobladillo del pantalón hasta los tobillos y una colilla en la boca. Jugaban al billar, apostaban en cada partida, ensayaban tiros de fantasía a tres bandas, vendían un neumático, compraban unos kilos de azúcar. A De Milja le gustaba porque alguien pagaba a los alemanes para que se mantuvieran alejados del lugar y eso lo hacía muy útil para la gente como él, que había debido aprender sobre la marcha una de las verdades primordiales de la vida clandestina: cualquier lugar discreto lo es temporalmente. De manera que el salón del Zofia era un lugar corriente en un listado que nunca llegaría a ser suficiente.

Al ver a su padre cruzar entre el humo del salón, De Milja sintió que se le encogía el corazón. Con la raya del cabello impecablemente delineada a un costado y sus espejuelos redondos de carey, se parecía a T. S. Eliot, el poeta-banquero inglés. Su rostro lucía más delgado y resplandeciente de lo que De Milja lo recordaba y llevaba un impermeable, no su abrigo de invierno habitual. ¿Dónde habría ido a parar su abrigo? ¿Lo habría vendido? Con su maletín de profesor asido contra su pecho, se abrió paso entre los presentes, ignorando la mirada punzante de los duros del lugar. A algunos de ellos les hubiera complacido humillarlo un poco —era un blanco perfecto, un pájaro grande y desgarrado que invitaba a ofenderlo—, pero en rigor se desplazaba más rápido de lo que ellos alcanzaron a percibir y, antes de que las palabras afloraran de su boca, se había escabullido. Luego hizo una pausa, mientras un chico con un gran flequillo sobre la frente y un traje azul marino apuntaba con el taco, y le guiñó un ojo a su hijo: «Voy ahora mismo, tengo que esperar a que este pequeño Euclides resuelva su problema». Así había conseguido su padre sobrevivir durante años a los tíos Ostrov: cuanto más ofendida se sentía su sensibilidad, más guiños hacía.

Se estrecharon la mano, su padre se sentó a la mesa, reparando en la aspereza de la madera, con corazones e iniciales grabadas en su superficie, el vaso de vodka, el plato de remolachas secas y un salero.

—¿Cómo te va? —le preguntó.

De Milja sonrió.

—No tan mal. ¿Y tú?

Él ignoró la pregunta.

—Muy considerado de tu parte, ese paquete. Nos comimos el salchichón y enviamos las aspirinas y agujas a tu madre y hermana. Están ahora en Hungría, creo que Sonia te lo dijo. Cerca de Eger, en una suerte de castillo destartalado. Esa nobleza decrepita, ya sabes, que parece que lleve orejeras en la mesa. Muy *ancien régime*.

—Pienso que deberías ir con ellos.

—¿Yo? ¿Y qué haría yo sin una biblioteca cerca? Además, todavía tengo algunos alumnos, pocos de todas formas. Mientras ellos sigan viniendo, yo seguiré yendo.

—Pero Hungría es más segura, piénsalo.

El profesor tuvo un momento de duda.

—Sí. Son grandes amigos de Alemania ahora mismo. Quizá más tarde resultará que en realidad querían más a Inglaterra, aunque lo disimulaban. En el fondo de su corazón, ya sabes.

—¿Y la casa?

—Fría como la verga de un burro.

A su rostro afloró una sonrisa ladina: «¿A que te he impresionado?».

—He puesto diarios en cada rendija, pero no parece que sirva de mucho.

—Escucha, ¿por qué no me dejas buscarte un apartamento...?

—De verdad, no tienes que molestarte. —En seguida se inclinó hacia delante y bajó el tono de voz—: Pero hay algo que sí quiero pedirte. —Hizo una pausa. Luego añadió—: ¿Estoy en lo correcto al pensar que te han reclutado para labores encubiertas? ¿Que sigues bajo disciplina militar?

De Milja asintió en silencio.

—¿Y eres algo importante?

En principio, ninguna reacción. Luego un encogimiento de hombros: «¿Importante?».

Pero el profesor no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente.

—No me vengas con evasivas. ¿Puedes hablar con el jefe o no?

—Puedo.

De Milja sintió que sus orejas comenzaban a arderle.

Su padre buscó su rostro, luego decidió que le estaba diciendo la verdad —no era un mal chico que estaba engañando a su profesor—, alcanzó su maletín y extrajo de él tres páginas densamente escritas.

—Para la persona indicada, esto podría ser de importancia —le dijo.

—¿Qué es?

—Un estudio. —Su padre lo examinó un momento—. No hay una gran labor de investigación detrás. Sencillamente, hablé con unos cuantos de mis antiguos alumnos, nos bebimos un café, cotilleamos un poco. Pero son gente brillante..., eso lo sé con certeza, muchas veces los animé a demostrarlo..., y bien situada. No están en la cima de la administración pública sino justo debajo, donde se leen de verdad los papeles, se toman las decisiones y se le

dice al jefe lo que ha de hacer. De todas formas, hice lo que pude, un bosquejo, pero será útil para la gente adecuada.

Hizo otra pausa, para aumentar el efecto de sus palabras.

—La cuestión es que me gustaría que me encargaran algo más. —Se encontró con la mirada de De Milja—. ¿Está claro? Lo que tengo en mente es bastante más ambicioso, un estudio continuo que...

Una conmoción súbita lo interrumpió en mitad de la frase: dos de los chorizos habituales habían empuñado invertido el taco y se gruñían el uno al otro, mientras sus amigos los alentaban. De Milja volvió a su padre, justo para advertir en su rostro una expresión particular: de irritación, desencanto. ¿Por qué tenía que verse con su hijo en un lugar así? ¿Por qué no estaban en un comedor universitario o un café para intelectuales? La pregunta era irracional —él mismo hubiera tenido que admitirlo—, pero era lo que sentía profundamente y, por un segundo, se había olvidado de enmascararlo.

De Milja cogió los papeles.

—Sólo puedo prometerle que lo leerán.

—Ah, bueno, naturalmente. No espero más que eso.

De Milja miró su reloj.

—Me gustaría quedarme otro poco, pero si piensas llegar a casa antes del toque de queda...

Su padre se levantó instantáneamente.

—¿Seguiremos en contacto? —le preguntó.

—A través de Sonia.

Se dijeron adiós; les resultó extraño, como solía ocurrirles siempre que estaban un rato juntos. Se dieron la mano, ambos comenzaron a decir algo, se estrecharon las manos de nuevo, luego se separaron. Desde la puerta, su padre se volvió y lo miró. De Milja iba a hacerle una seña pero no le dio tiempo. El impermeable y el maletín desaparecieron por la puerta. De Milja ya no volvió a verlo nunca más.

Hizo frío en Varsovia esa noche, incluso había hielo en el sótano del capitán De Milja; una estalactita del color del óxido caía de un codo de la tubería de agua que corría por el techo. Un portero había vivido allí alguna vez, el calendario que le había obsequiado la iglesia —con imágenes de niñas orando con las manos juntas— y una estrella francesa arrancada de una revista, un rostro al estilo de Claudette Colbert, estaban aún en la pared. Hacía tanto frío que uno podía morir congelado, pensó el capitán. Luego divagó en torno a



cuánto frío sería preciso para ello. Se puso el sobretodo del ejército, una bufanda y guantes de lana. Y a la luz de una vela, sentado en el borde del catre, leyó el informe escrito por su padre.

Lo leyó dos veces, luego una tercera. La redacción era suficientemente clara y los hechos evidentes: sólo una enumeración de las cosas que los gobiernos hacen diariamente; unos cuantos procedimientos administrativos, algunas directrices y políticas recientes. Siendo estrictos, no era demasiado interesante. Pero a ver, «dale otra ojeada», se dijo. *Principios de la Ocupación Alemana de Polonia: 10 de diciembre de 1939*. No había nada allí que el coronel Broza y el directorio no supieran: todo lo que su padre e informantes habían hecho era recopilar lo que había disponible y sintetizarlo. Tres páginas. Cuatro principios:

1) Devaluación calculada de la moneda. 2) Sustitución de la judicatura. 3) Planificación del trabajo. 4) Censo. Eso era todo: el verdadero horror de todo ello radicaba en su simpleza. Los mecanismos esenciales de la esclavitud, era lo que venía a decir, no eran tan complejos. Con el censo, se sabía quién era y qué hacía cada cual y dónde estaba: un judío o un ingeniero metalúrgico, todo quedaba archivado como futura referencia. Con la planificación del trabajo, todos trabajaban donde uno quería que lo hicieran y tenían que alcanzar la producción que uno mismo les fijaba. Con tu propia judicatura y con la fuerza policial de ellos mismos controlabas a los sometidos. Y con la devaluación de la moneda, «comprabas» todo lo que poseían o producían y luego los matabas de hambre.

De Milja hizo llegar el informe al coronel Broza en la habitación n.º 9. El coronel se puso los lentes y pasó las tres hojas con el pulgar.

—Sí, claro —dijo. Y agregó—: Mmm. —Y por fin—: Gracias.

Eso fue todo.

Pero hubo algo bastante más grave en la agenda de ese día: el hombre que había impreso los supuestos panfletos de la RAF había sido arrestado por la Gestapo.

—Averigüe qué ha ocurrido —le dijo Broza—. Después entrevístese con Grodewicz.

Fue a visitar a la esposa del impresor. Vivían en un barrio bastante bueno —sorprendentemente bueno para un hombre con un pequeño negocio como única fuente de ingresos—, de grandes avenidas con árboles, sólidos bloques de apartamentos con escaleras de incendios en el callejón, baños en cada

apartamento en lugar de los habituales retretes en el patio y una portera, una mujer gruesa y con pañoleta, educada y sin rastros de haber bebido. De Milja le preguntó por la familia que buscaba. Ella tomó nota de su abrigo tan grueso, de sus zapatos de calidad, y alzó los brazos al cielo: no tenía idea, ni quería verse envuelta en nada extraño.

El apartamento estaba en la séptima planta, la última del edificio. De Milja subió trabajosamente las infinitas escaleras, con los peldaños de mármol renegridos y teñidos de una tonalidad grisácea por efecto de la lejía aplicada durante años. Al llegar frente a la puerta que buscaba, se paró a recobrar el aliento, luego llamó a la puerta. La esposa era una mujer pequeñita y cálida, inofensiva, con un mandil desteñido. Se sentaron a la mesa de la cocina.

—No sé lo que habrá hecho —le dijo ella.

—¿Y los vecinos?

—La mayoría sólo me conoce a mí. Y yo nunca he tenido enemigos, señor, que yo sepa.

De Milja la creía.

—¿Y él?

—Él estaba siempre fuera, ya sabe. Aquí y allá, todo el tiempo. Algunas mujeres saben al dedillo cuándo llega su esposo, cuándo se va. No es mi caso, con él era imposible.

—¿Qué cree usted?

—¿Creer? Yo sólo sé que teníamos bastante..., bastante para ser él quien era y lo que hacía. Era ambicioso. No muy devoto de las reglas, ¿sabe?, no parecían hechas para alguien como él. Pero tampoco nada serio. Se lo juro. Quienquiera que sea usted, venga de donde venga, dígales que él no hizo nada malo.

Se puso a llorar, pero no pareció importarle mucho, ni se enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas, ni siquiera pareció notarlo. Todo el mundo lloraba por esos días, qué más daba.

—¿Va a verlo donde lo tiene la Gestapo?

Ella asintió.

—Voy a la avenida Szucha.

Eso no sonaba nada bien: la avenida Szucha era el cuartel central de la Gestapo.

—Voy todas las semanas, a recoger su ropa sucia —continuó ella—. La lavo y se la llevo de vuelta. —Sus ojos se toparon por un segundo con los suyos—. A veces hay sangre en su ropa interior.

—Podemos hacer que cese el interrogatorio —le dijo él.

Por un breve instante, ella lo creyó y abrió desmesuradamente los ojos; luego se dio cuenta de que era mentira.

—Él hizo algo para nosotros —dijo De Milja—. Para la red clandestina. ¿Usted cree que se lo dirá?

Ella se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—No, no —dijo—. Sólo si hubiera..., pero no, no lo hará.

—Una última pregunta —dijo él—. ¿Cómo lo atraparon?

Ella se lo pensó unos segundos, miró por la ventana, al cielo gris sobre la ciudad.

—Una traición —dijo—. Él nunca se hubiera delatado.

La mujer estaba en lo cierto, pensó De Milja. Intuyó que no era el caso clásico del vecino celoso o el socio con alguna cuenta pendiente. No era una denuncia por esa causa. Fue a visitar a otro detective, un hombre con una buena panza y el cabello entrecano, que tenía una conexión en el cuartel de la Gestapo. Un funcionario, quizás, o algún portero. La información era muy parcial, e incierta: como si alguien se hubiera topado con alguna relación o una lista olvidada en un escritorio. Y obtuvo la respuesta: Chomak.

De Milja no se había esperado algo así.

—¿Por qué? —preguntó.

El detective se encogió de hombros.

—Un hombre llega a cierta edad, y ciertas conclusiones. Está solo. Sólo cuenta consigo mismo. En guerra contra el mundo. En esa vena, bien puede hacer esto por aquél y esto de aquí por ese otro. Es como una araña que teje su propia red. Todo el mundo está corrupto, piensa. Más le vale, pues, entrar en el juego.

No era mucho, pensó De Milja. Pero bien podía ser que nunca hubiera mucho más, y estaban en guerra, así que debía bastarle con eso. Como Broza había ordenado, fue a ver a Grodewicz. Se encontraron de noche en las oficinas de una fábrica de escobas.

A Grodewicz lo conocía desde hacía mucho, pertenecían a la misma clase, no eran exactamente de la misma edad pero habían coincidido durante un año o dos en la universidad. Mientras De Milja se había empeñado desesperadamente —luego se vio que en vano— en ser matemático, Grodewicz se había dado a la bebida, la juerga y el puterío, con tal devoción que se había transformado, a la larga, en tema para la policía y para las

autoridades universitarias, que terminaron expulsándolo. Lo que molestaba a De Milja era que al propio Grodewicz no sólo no le importaba, ni siquiera sufría a causa de ello. Abandonó la vida universitaria, se empleó luego como marino mercante, se dijo de él que había contrabandeado esmeraldas desde los Balcanes a Sudamérica, asesinado a un compañero de a bordo en una pelea a navajazos y vivido una aventura con una estrella de cine en Viena. Demasiados rumores, creía él, eran por desgracia ciertos.

De Milja lo observó mientras hablaba en voz baja por teléfono: haciéndolo esperar, naturalmente. El cabello largo, rubio y lacio, le caía sobre la frente, tenía un atractivo, un punto canalla, y exhalaba arrogancia por cada poro de su cuerpo. Ahora era el capitán Grodewicz: quizás un cargo obtenido después de la invasión. De Milja sabía que se había incorporado a la guerra no porque Polonia hubiera sido atacada, sino porque Grodewicz se había sentido insultado.

—Primero pintaremos la pared sur —decía al teléfono, hablando evidentemente en clave, de memoria—. Y ampliaremos la línea del tejado sobre esa ventana, la ventana sur. ¿Está claro?

Godewicz se topó con la mirada fija de De Milja y le guiñó un ojo.

—Bien —dijo—. Exactamente. La cañería, el formón, la sierra y lo demás, ¿puedes encargarte tú...?

La respuesta complació de manera evidente a Grodewicz, que sonrió y tamborileó con los dedos sobre el escritorio.

—Yo creo que sí —dijo—. Puede que nos traslademos todos allí.

Devolvió el auricular a su base.

Hablaron durante unos minutos. De Milja le explicó lo que necesitaba, Grodewicz dijo que no habría problemas: tenía a gente entrenada para esa clase de tareas. Se fumaron un cigarrillo, no dijeron nada más que fuera verdaderamente importante y salieron juntos a la noche. Al día siguiente, De Milja fue a cierta cabina telefónica, abrió el listín en una página preestablecida, subrayó una palabra de la segunda línea, que fijó la cita para dos días después; rodeó con un círculo una palabra de la línea dieciocho: las 18:00 horas, y tachó la letra número veintidós: a las 18:22. Muy rápidamente, y de manera dolorosa, el ZWZ había aprendido lo muy vulnerables que resultaban los contactos personales. Los listines telefónicos eran más seguros.

Funcionó. El agente escogido estuvo allí a tiempo, apareciendo de pronto entre una nevada de copos suaves y con tendencia a derretirse, que

amortiguaban los pasos y dificultaban la visión. Dios mío, era apenas un chiquillo, pensó De Milja. De cara redondeada, lo que le daba un aire plácido, con las manos hundidas en los bolsillos de un sobretodo holgado.

El perro salchicha de Chomak supo de inmediato de quién se trataba y estalló en ladridos, brincando en torno a los pies del detective, hasta que su esposa lo tomó en sus brazos y se lo llevó a otro cuarto.

Cogieron el tren repleto de obreros del atardecer, al otro lado del Vístula. Los copos de nieve eran ahora más gruesos y, al mirar por la ventana, De Milja vio el río de color metálico arremolinándose en torno a los pilares de un puente. Nadie hablaba; había sido un largo día en la fábrica, no les quedaban fuerzas para nada más. De Milja, Chomak y el operador iban en el pasillo del vagón, asidos al respaldo de los asientos, con el tren meciéndose en cada giro, las ventanillas cubiertas de vaho y blancas de nieve, la ventisca golpeando los flancos del coche. En la segunda parada, un barrio residencial de viviendas de ladrillo, bajaron del tren y dieron con un pequeño bar cerca de la estación. Allí se sentaron a una de las mesas y bebieron cerveza de la casa.

—Estamos intentando averiguar lo del impresor —dijo De Milja—. La Gestapo lo ha detenido.

Chomak se encogió de hombros.

—Inevitable —dijo.

—¿Por qué dices eso?

—Era un ladrón —dijo Chomak—. Un ladronzuelo judío.

—¿De veras? ¿Cómo lo sabes?

—Todo el mundo lo sabía —dijo Chomak—. Era astuto, muy astuto, por la forma en que se conducía, la forma en que hacía las cosas. Siempre estaba metido en algo..., se veía al instante.

—¿Y crees que la Gestapo actuó sobre esa base?

Chomak lo pensó brevemente, luego se encogió de hombros de nuevo y prendió un cigarrillo. De Milja advirtió el temblor de su mano.

—Los tipos como él suelen meterse en líos —dijo al fin, cuando el silencio había durado más de lo razonable—. Tarde o temprano. Entonces los atrapan. Es un fallo de ellos, algo en su naturaleza.

De Milja asintió pausadamente. El lado oscuro de la naturaleza humana lo dejó pensativo.

—Bueno —dijo—, no debemos llegar tarde a nuestra cita.

—No pensaréis que yo pueda haber hecho algo, ¿no?

—No. —Hubo una pausa—. ¿Lo hiciste? ¿Accidentalmente quizá?

—Yo no.

—Es hora de irnos —dijo De Milja. Y a Chomak—: ¿Va armado?

—No me dijisteis que trajera nada, así que no lo traje. Debo deciros algo, no me importa que sospechéis de mí. Pero no está bien, eso es todo.

De Milja se levantó y salió, con Chomak detrás, el nuevo agente indicándole a Chomak la puerta y que se pusiera en medio.

—No te preocupes —dijo De Milja.

Encorvados por el frío y la nieve, caminaron aprisa por una callejuela que serpenteaba hacia el ferrocarril. Chomak aceleró el paso y se adelantó hasta De Milja.

—¿Por qué me has preguntado eso? —Tuvo que alzar un poco la voz a causa del viento, eso hizo que sonara quejumbrosa y ofendida—. Serví durante catorce años en el cuerpo de policía. —Ahora parecía enfadado—. Sabíamos lo que hacía cada cual. Ese tipo de sujetos... siempre se llevan algo entre manos..., dales una sola vez la espalda y lo verás.

Un automóvil de la Gestapo, un Grosser Mercedes negro con los focos reducidos a meras rendijas de luz en la escasa visibilidad reinante, les tocó el claxon para que se apartaran de la vía. Ellos pegaron la espalda al muro, ocultando el rostro cuando pasó por su lado, hasta que el resplandor rojo de las luces traseras desapareció en el torbellino de nieve.

—¿Lo veis? —dijo Chomak cuando hubieron reemprendido la marcha—. Podría haberles hecho señas para que se detuvieran, pero no lo he hecho.

Bajo un puente ferroviario, De Milja les hizo una seña para que se detuvieran. Dieron patadas en el suelo para desentumecerse. Estaba oscuro bajo el puente y el viento soplaba la nieve a través de él.

—Vaya mierda de noche para una reunión —dijo Chomak, con un deje de auténtico buen humor en la voz.

De Milja oyó el sonido de un tren aproximándose a lo lejos. Agachándose un poco para resguardar la cerilla del viento, encendió un cigarrillo, luego lo cubrió con su mano para proteger la lumbre.

—Date la vuelta —dijo a Chomak.

—¿Qué has dicho?

—Date la vuelta, contra la pared.

Chomak se volvió lentamente y quedó de cara a la pared. El tren se aproximaba con parsimonia a causa de la tormenta.

—No es justo —dijo Chomak—. Por un ladronzuelo judío. Una sabandija. No es justo.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó De Milja—. ¿Tenías algún problema?

De Milja apreció que las piernas de Chomak temblaban y consideró la posibilidad de que se derrumbara. Miró al nuevo agente y sus ojos se encontraron fugazmente cuando el tren estaba más cerca. El sonido de las ruedas retumbó al pasar sobre ellos. Chomak se apretó contra la pared, luego se encogió, su mano tanteando en busca de un asidero en la superficie lisa del muro. Muy lentamente, cayó de rodillas, luego de costado. El nuevo agente se puso a horcajadas sobre él y le descerrajó un tiro en la sien.

Enero de 1940. Los aviones franceses seguían sin aparecer. Quizá ya no vendrían, pensaba la gente. Nunca. En las calles de París, el Partido Comunista y sus seguidores se manifestaban y entonaban cánticos a favor de la paz, de la dignidad, del fin de la guerra. Especialmente, de esa guerra injusta contra Alemania, el aliado de Rusia. En la Línea Maginot, acuartelado en una escuela próxima a Estrasburgo, el recluta Jean-Paul Sartre, asignado al servicio de meteorología, enviaba globos sonda hacia las alturas, informaba de la velocidad y dirección de los vientos a unos artilleros que nunca dispararon un tiro y escribía en su diario que «la vida es el objeto psíquico trascendente elaborado por la realidad humana en la búsqueda de su propio fundamento».

Por otra parte, las minas magnéticas alemanas habían causado una mortandad significativa entre los barcos mercantes británicos y se había establecido el racionamiento de mantequilla, azúcar, tocino y jamón. Winston Churchill habló por radio y dijo a las naciones de Europa que «cada cual espera que, si alimenta suficientemente al cocodrilo, el cocodrilo se lo comerá el último. Todos esperan que la tormenta pase antes de que les llegue el turno de ser devorados».

A todo esto, Estados Unidos se mantenía firme, implacable, en el «embargo por razones morales» que había decretado contra Alemania.

Entre tanto, Varsovia vivía sumida en el hielo. El calendario comenzó a congelarse: por delante había un largo, largo invierno. Y como la esperanza de recibir ayuda de sus amigos acabó decayendo, sobrevino la era de las profecías. En ocasiones mecanografiadas, otras veces escritas a mano. Estaban por todos lados y, ya se las desechara o se creyera secretamente en ellas, todo el mundo las seguía con apasionamiento. Era un campo de batalla adicional, donde espectros de variada índole contendían entre sí: intérpretes de runas y monarcas bíblicos, la Virgen Negra de Czestochowa y Nostradamus, el fuego en el centro de la tierra, los ciclos de la luna, las

fuentes de aguas mágicas, los textos apócrifos, los catorce libros conocidos y un decimoquinto recién revelado. El día decisivo estaba llegando, no era posible saber con exactitud cuándo, pero la sangre manaría de las piedras, los muertos se alzarían de su tumba, los tullidos volverían a caminar, los ciegos a ver y los *shkopy* del carajo se irían al fin de Polonia.

En una época en que el consuelo era prácticamente inexistente, las profecías ayudaban, por extrañas que fuesen algunas de ellas. Por cierto, el servicio de inteligencia en la clandestinidad aportó también su cuota. Mientras, ocultándose en sus apartamentos del frío invierno y la Gestapo, el pueblo de Varsovia escuchaba —bajo pena de muerte si te sorprendían— la BBC en aparatos de radio ilegales. Y a la vez estudiaba inglés. Ni con todo el oro del mundo se hubiera conseguido, durante aquel invierno en Varsovia, una gramática inglesa. Aun así, había un chiste que todo el mundo contaba: los pesimistas estaban aprendiendo alemán, los optimistas, inglés; los realistas, en cambio, eso era lo que se decía —en enero de 1940—, estaban aprendiendo ruso.

En la habitación n.º 9, Ágata se reclinó hacia atrás en la silla, pasó sus largos dedos por su corto cabello, expulsó con resolución el humo por sus fosas nasales y dijo:

—Próximo punto. La zona oriental y la necesidad de hacer algo con los rusos. Tan sólo ayer, un correo nos ha informado de otros seis arrestos practicados por el NKVD.

Había sido una larga reunión, no muy positiva, había demasiados problemas. El coronel Broza no respondió. Miraba con aire ausente un mapa de Polonia clavado en la pared, pero no advertía en él nada que lo confortara.

—La eficiencia del NKVD —prosiguió Ágata— parece incrementarse día a día. Están en todos los frentes... cómo decirlo... dentro de nuestras propias líneas. Entre los profesionales, el campesinado..., no hay sector social al que podamos apelar. La gente en la zona rusa ha dejado de hablar con sus amigos... y me cuesta imaginar algo que nos perjudique más que eso. El miedo está en las calles, en el aire. De nuestro escalafón más alto, político y militar, no queda nada; los que sobreviven están en la Lubianka, ni que decir tiene, incomunicados. De los campos de oficiales en los bosques de Katin sólo cabe decir lo mismo: ni fugas, ni cartas, sólo silencio. Así, establecido que gozamos del honroso privilegio de albergar a la vez al NKVD y la



Gestapo, es tiempo de admitir que no lo estamos haciendo tan mal contra los alemanes, pero que no hemos aún aprendido a actuar contra los rusos.

Broza reconsideró el asunto unos instantes.

—¿Por qué? —dijo.

—¿Por qué no podemos espiar a los rusos? —dijo Ágata.

—Sí.

—La tradición, supongo. Mil años de práctica en lo del espionaje, la policía secreta de Iván el Terrible... ¿Es lo que quiere oír?

La expresión de Broza era de honda desazón, casi desesperada. ¿No sería que había algo más?

Ágata golpeteó con la goma del lápiz una agenda abierta.

—Hay, de hecho, una diferencia interesante —dijo pausadamente—. Digamos que es una diferencia entre el nacionalismo a secas y, bueno, lo que podemos denominar la teoría social. Para los alemanes, el nacionalismo se basa en la raza, es una cuestión étnica. Por ejemplo, aceptan como parte del *Volksdeutsch* a los descendientes de colonos alemanes, muchos de los cuales ni siquiera hablan alemán, aunque su sangre es alemana... Todos esos filósofos teutones lo creen verdaderamente. Piensan que si les haces un corte en la vena y, escuchando atentamente, oyes la obertura de *Lohengrin*, entonces, bueno, ¡eso de ahí es un alemán! Los bolcheviques proceden justo al contrario: seducen la mente de los individuos, o al menos es de lo que se jactan. Todo el mundo está invitado a unírseles, puede usted convertirse en comunista cuando lo desee: «¡Santo Dios! Lo veo al fin, la solución está en la dictadura de la clase trabajadora...». En términos prácticos, esa diferencia sirve estupendamente a los propósitos del NKVD. Todos sabemos que en cualquier sociedad organizada hay siempre una cuota de oportunistas... criminales, vagos, genios no reconocidos, los desencantados patológicos de siempre... Cuando el conquistador de turno llega, es el momento de desquitarse. Aquí, en la región occidental de Polonia, el único oficio disponible es el de colaboracionista. No es posible levantarse por la mañana y decidir por cuenta propia que uno es alemán. En el lado soviético, en cambio, uno puede tener una revelación, luego una conversión y será bienvenido. Puede que deba hacer antes unos cuantos chivatazos, decirle al NKVD lo que uno sepa, como por casualidad... y todo el mundo está siempre enterado de algo. Puede uno invitar a sus viejos amigos a unírsele en alguna conspiración, y luego informar de ello a sus enemigos. ¿Y en qué se transforma en ese caso? ¿En un traidor? No, no, en un amigo de la paz y la clase trabajadora. Y

si luego resulta que tiene uno cierto amor al trabajo, hasta puede que termine de comisario.

Ágata hizo una breve pausa, encendió otro cigarrillo.

—Y por si eso no fuera lo suficientemente malo —dijo, agitando la cerilla para apagarla—, el NKVD es muy perspicaz, nunca actúa con prisas. Siguen a los resistentes como una corriente que discurre secretamente en un gran océano: practican detenciones, interrogan, torturan, logran quebrar a unos pocos para que trabajen para ellos, fusilan al resto y vuelta a empezar.

El coronel Broza asintió.

—La tiranía —dijo— se ha convertido en una ciencia. —Se volvió hacia De Milja—: ¿Y usted qué cree, capitán, qué podemos hacer?

De Milja se tomó su tiempo antes de responder.

—Puede que, con el tiempo, resultemos más fuertes que ellos. Ahora mismo, yo diría que lo fundamental para nosotros es destruir la conexión entre alemanes y rusos. Para nosotros, los que estamos en esta habitación, lo peor sería que los métodos del NKVD acabaran siendo aplicados por la Gestapo.

—Sabemos que han tenido encuentros en Cracovia —dijo Grodewicz—, pero los rusos no comparten mucho de lo suyo. Sólo cooperan entregando a los comunistas alemanes que huyeron a Moscú en los años treinta. Pero no hablan mucho de sus métodos.

—Es porque —concluyó Ágata— prevén que van a pelearse en algún momento.

—Y acabarán peleándose —dijo Broza. Reflexionó unos segundos, en seguida sus ojos buscaron a los de De Milja—. Tómese su tiempo, capitán, y a algunos de nuestros hombres. Vea si puede averiguar cuándo puede ser eso.

Una semana después abandonó el sótano donde solía congelarse. La vida mejoró al instante, se volvió más tibia, mejor en una serie de cosas. Ahora vivía en un cuartito del distrito de Molotov, al fondo de un largo pasillo en el apartamento de un antiguo funcionario de aduanas, ahora oficinista en una fábrica y gran amigo de la resistencia. Visto que las autoridades de ocupación habían cerrado las escuelas —los polacos, como esclavos que eran, sólo necesitaban entender instrucciones sencillas y contar hasta veinte—, la esposa del funcionario enseñaba en una escuela clandestina organizada en el sótano de una iglesia y los chicos seguían yendo a clases.

Eso dejaba a De Milja a solas en el apartamento buena parte del día. A solas, excepto por madame Kuester. Una dama en los cuarenta, probablemente un poco mayor, prima lejana de la familia por algún lado. Había conocido a un ingeniero holandés —Herr Kuester— y se había casado con él, pero el tipo se había marchado a construir un puente en Kuala Lumpur, en 1938, y luego se había evaporado. Madame Kuester, una mujer sin hijos, había ido a vivir entonces con la familia. No era exactamente una criada, pero tampoco una igual; había trabajado en varias tiendas de lujo de ropa femenina antes de la guerra, y vivía calladamente en su cuarto, orgullosa de no ser una carga para nadie. El título de «madame» era un resabio de ese mundo de tiendas femeninas tan refinadas, donde había sido, era evidente, una encargada difícil de sobrellevar y con un carácter de perros para toda una generación de dependientes.

Considerando las muchas horas que pasaban juntos, una aventura amorosa parecía ineludible, pero el capitán se resistía. Una añoranza profunda, casi obsesiva, de la esposa ausente, un catolicismo nominal —y a veces no tan nominal— y los procedimientos de seguridad del ZWZ, todo conspiraba en contra. Incluida la actitud de madame Kuester, fría y altanera, con miras a desalentar, estaba claro, toda forma de familiaridad que pudiera surgir entre dos personas obligadas por la guerra a compartir un apartamento de Varsovia.

Era, De Milja acabó entendiéndolo, una esnob hasta la médula. Siempre mirando al resto desde arriba, contemplando desde su altura su poco refinamiento, de ojos pequeños y siempre algo crispados, bajo la frente pálida y muy ancha. Era una mujer de labios crueles y expresión desdeñosa, y llevaba el pelo frondoso y largo recogido en un moño. Deambulaba por el apartamento en su blusa gris y una falda larga de lanilla —el uniforme de las mejores tiendas antes de la guerra—, que caía sobre su figura rotunda, indicándole al mundo, con su modo de andar estirado, todo cuanto el mundo necesitaba saber: «Me habéis dejado sola y ahora quiero estar sola».

Pero hacía frío, siempre hacía mucho frío.

La nieve de febrero silbaba aún contra las ventanas, las tardes eran silenciosas y oscuras, interminables. El capitán De Milja estaba ahora sujeto a restricciones de seguridad cada vez mayores por parte del ZWZ: como la necesidad de mantenerse alejado del centro de Varsovia, donde abundaban las patrullas policiales; de no estar dentro de lo posible en las calles durante las horas de trabajo; de valerse de los intervalos en que la población iba a sus quehaceres por las mañanas para desplazarse por la ciudad. Pero debía celebrar continuas reuniones con otros agentes si quería averiguar las

intenciones germanas para con la URSS. Las programaba temprano, por la mañana, o bien por la tarde, siempre en lugares públicos: bibliotecas, estaciones ferroviarias, mientras más gente hubiera alrededor, mejor. Pero la mayor parte del tiempo debía pasarlo en el apartamento del barrio Molotov.

Poco a poco se descubrió súbitamente atento a madame Kuester y al rumor de sus pasos: el roce de la cerilla cuando encendía la cocina para su té a media mañana, el rítmico vaivén de la escoba que pasaba invariablemente sobre la alfombra cada día, al ruido de una puerta al cerrarse con firmeza tras ella, cuando se retiraba a su cuarto para su breve siesta, al crujir del somier cuando se tumbaba.

Era lo que sucedía cada tarde, a eso de las 14:35. Parecía seguir cierta rutina, cierto patrón en sus actos. Era la forma en que *la gente como ella* — una categoría nunca bien definida, pero definitoria de su personalidad— vivía. Después del almuerzo, se sentaba con remilgo en un extremo del sofá y, tras cuarenta y cinco minutos de lectura obligada de algún libro, se alzaba majestuosamente y desaparecía en su cuarto. El domingo, con la familia presente, todo era distinto, pero los seis días restantes sus hábitos eran siempre los mismos, nunca variaban un ápice.

Bueno, sí, en una ocasión sí que variaron. Un día por lo demás anodino se dejó olvidado su libro en el sofá. ¡Ja! Qué goce malicioso, a la par que un poco absurdo, sintió él ante ese desliz. En el instante mismo de experimentarlo, se sintió avergonzado, pero ahí estaba el libro, abierto de par en par, boca abajo en el apoyabrazos del sofá, protegido por la cubierta de papel azul con que primorosamente forraba ella todos sus libros. Presa de la curiosidad, fue a echarle una ojeada. Un libro en francés. Claro, tendría que haberlo supuesto. Una novela francesa, como no podía ser menos.

De Milja recorrió al vuelo la página en que estaba abierta para averiguar qué mantenía a madame tan absorta que no le dejaba siquiera tiempo para el resto del mundo: ... *dans une position en lequel ses places ombrées étaient, como on dit, disponibles, mais c'était le sens de la caresse de Paire sur elles, ces ouvertures, qui faisait battre fort son coeur...*

¿Qué?

De puro asombro, no podía creérselo del todo, quitó el forro al libro: *La Belle Dominique*. Escrita por ese autor clásico, Seudónimo Descarado. ¡La novela francesa era lo que se dice una novela francesa! Comenzó a pasar inevitablemente las páginas y leyó otro poco. La paradoja tan evidente de la situación le llegó al corazón. La ciudad agónica, cercada por los hielos, lastrada por el miedo y las miserias, por las fatigas de lo cotidiano, surgía de

pronto como un trasfondo curioso a esas páginas quebradizas, impresas tiempo antes, donde la pasamanería dorada y los grandes cortinajes se desbordaban en cada página, donde la piel blanquísima se ruborizaba de excitación, donde las prendas de seda se deslizaban hasta el suelo en recámaras a la luz de la luna.

De Milja buscó con la mirada la puerta del cuarto de madame Kuester, que, en abierto desafío a su querida rutina, había quedado entreabierta apenas unos centímetros, pocos pero muy sugestivos. Él la abrió y pasó al interior. Un pequeño cuarto en un apartamento varsoviano, con la luz amarillenta de la época invernal detrás de la cortina cerrada, una vieja maleta armario de dos cuerpos, una silueta enroscada en un catre, bajo una manta de lana del ejército.

Como en un sueño, ella alzó las rodillas, arqueó la espalda como una gata en medio de un bostezo y en seguida rodó lentamente sobre su vientre, hasta quedar boca abajo sobre la cama. Una mano culebreó fuera de las mantas y apartó con suavidad el pelo suelto de su rostro. Estaba con los ojos cerrados, pero sonrió, una breve sonrisa para él; codiciosa y agridulce, y muy segura de sí misma, todo a la vez. Y por si él no había captado aún el mensaje, ella emitió un leve suspiro con un matiz interrogativo. Él avanzó hasta quedar junto a la cama y apartó la manta hasta sus tobillos desnudos. Ella se desplazó un poquito hacia el costado, como la delicada firma al pie de una invitación, tomó la almohada con sus dos manos y la deslizó bajo su cuerpo hasta ponerla bajo sus caderas. Lo cual la elevó sutilmente —fue lo que pensó él mientras se desabrochaba el cinturón— *a una postura que dejaba, como se suele decir, sus regiones sombrías a la vista, disponibles, pero fue la caricia repentina del aire entrando en ellas, en esa hendidura ahora dispuesta, lo que hizo latir su corazón femenino con una fuerza inusitada...*

Nunca hablaron de ello, nunca. «No corresponde» era la orden tácita, y él se ciñó al precepto. Así que ella siguió comportándose tan remota y distante como siempre. Él pasaba la parte intermedia de la jornada entre sus notas y documentos, números y lugares cifrados, mientras ella, con expresión altiva, sacudía el polvo y pasaba la escoba por las alfombras. Y leía cada día, después del almuerzo, muy compuestita en su extremo del sofá. Luego, a las 14:35, se iba a su cuarto. Él la seguía a los pocos minutos, encontrándose siempre con una mujer distinta. En esa cama, a esa hora, todo era posible. Era como si hubiera un teatro bajo la manta, donde cada tarde ensayaban o

interpretaban alguna pieza singular ante la audiencia conformada por ellos dos y nadie más. Sólo para ellos. La ciudad no se enteraría: al concluir cada escena, ella introducía la sábana en su boca de labios crueles, curvados hacia abajo, y gritaba como una furia.

Vizna, a orillas del río Narew, 7 de marzo de 1940. Campamento de la Novena División de Infantería, *Grenadierregiment, Wehrkreis XIV*, Kassel. 5:30 de la madrugada. Los focos estaban apagados y la niebla habitual al amanecer se arremolinaba en la base de los maderos en que se sostenía el alambre de espino. Las tropas rusas acampaban al otro lado del río; los soldados de la Wehrmacht oían el rumor de sus tanques cuando los ponían en marcha.

Todos los días al alba, los cubos de basura eran trasladados en carretillas al vertedero del regimiento y su contenido esparcido allí con un golpeteo enérgico en el culo de metal. El destacamento asignado a la basura trabajaba en mangas de camisa a pesar del frío, con una colilla en los labios para encubrir el mal olor. Primero venían los perros, al trote, con la cabeza gacha, silenciosos: el orden de precedencia se había establecido en los primeros días de la ocupación y ya no había disputas. A continuación, las ancianas polacas envueltas en sus mantillas y sus negras vestimentas, cada una armada con una vara para darle a los perros si se ponían muy insistentes.

El Oberschützen Kohler y Stentz, dos de los reclutas a cargo de la guardia, permanecían en las cercanías, viendo a las ancianas polacas, a esas figuras espectrales envueltas en la niebla matinal, picoteando entre los montones de basura. Era un turno de guardia y debían cumplirlo cada mañana. No era muy de su agrado, pero a nadie le importaba mucho que lo fuera o no, así que a ellos tampoco.

A sus diecinueve años suponía, con todo, una triste lección para los dos. ¿Serían todas esas mujeres, condenadas a pasar las primeras horas del día hurgando en la basura de una guarnición alemana sólo para conseguir algún alimento..., serían tan distintas de sus madres y abuelas? Kohler y Stentz no eran exactamente unos bárbaros, únicamente dos soldados de la Wehrmacht, no muy distintos a otros reclutas de infantería, suecos o prusianos, corsos o austríacos, que habrían montado guardia, como ellos, en algún campamento desplegado a orillas de los ríos polacos, desde época tan temprana como la de las legiones romanas.

Kohler miró en rededor, se aseguró de que no hubiera oficiales en las cercanías y dio un golpecito en el hombro a Stentz. Stentz silbó y la vieja apareció a los pocos segundos, como siempre. Su rostro marcado de arrugas, enmarcado en los mechones de pelo cano y muy fino, no cesaba nunca de decir entre cabeceos: «Gracias, excelencia, gracias, excelencia», a medida que se aproximaba a los límites y la alambrada de espino. Desde allí estiraba sus manos temblorosas y cogía los mendrugos que Stentz obtenía de un colega en la cocina del campamento, los cuales se desvanecían al instante entre sus ropas, para dejarlos aparte de lo que sea que hubiera en el saco de arpillera que siempre traía al hombro. Ella farfullaba algo difícil de entender con su boca desdentada, pero sería con seguridad alguna frase agradecida. Deseaba que Dios se apiadara de ellos. El Cielo había sido testigo, estaba segura, de ese gesto de piedad hacia una pobre anciana.

Más tarde, y ese mismo día, la anciana fue hasta las afueras del pueblo a encontrarse con el trapero. También daba gracias a Dios de que hubiera ese hombre. A fin de cuentas sus harapos no eran demasiado buenos, estaban usados, gastados, había poco que frotar o limpiar con ellos. Así y todo, el hombre se los pagaba. Ella le llevaba trapos empapados en gasolina provenientes del sector donde estaban los transportes del regimiento, harapos húmedos, asquerosos, utilizados para limpiar la cocina, trapos de color marrón que los soldados usaban para sacar brillo a sus botas, unas pocas tiras de color amarillo que utilizaban para dar lustre a los metales y uno que otro de esos trocitos de tela manchados de aceite que empleaban para limpiar sus fusiles.

El trapero se lo compraba todo, siempre era igual, a cambio de unas monedas que depositaba en sus manos: igual que hacía con las demás, todas las ancianas que irían a verlo durante la mañana. Sólo unas monedas, pero si uno juntaba las suficientes podían servir para algo. Todo el mundo hacía negocios ahora, pensaba ella, siempre era igual cuando llegaban los ejércitos. Qué pena por esos chicos, los que le daban el pan. Pronto estarían muertos, fueran o no buenos chicos. Triste, pensó, que no supieran lo que les esperaba en Polonia.

7 de marzo de 1940, Budapest. Oficinas de Schlegel e Hijo, corredores de bolsa, con sede en Zurich. El señor Teleky, el vital y joven empleado a cargo de las compras, rescató del teletipo los precios de esa mañana, justo antes del mediodía, y los anotó en el pizarrón que colgaba del panel de roble de la sala

donde se atendía a la clientela. Tras otro panel corredizo, un grupo de hombres de cierta edad permanecían sentados y fumando, crispados, absortos. Mala cosa, esto de la guerra, para los corredores de bolsa, por lo que podía apreciar el señor Teleky. La gente invertía su dinero en monedas de oro y las enterraba en el sótano: nadie podía confiar en los futuros vaivenes del mercado si nadie confiaba ya en que hubiera un futuro.

Sin embargo, uno debía seguir trabajando como si todo fuera a ir de perlas. ¿Dónde más iba a ir por las mañanas sino a su trabajo? El señor Teleky anotó con sumo cuidado las cifras matinales. Unos pocos clientes lo observaban. Gottwald, por ejemplo, el judío alemán empeñado en lograr que el dinero que había obtenido al vender las alhajas de su esposa le sentara un poquito. Junto a él estaba sentado Schaumer, el funcionario del Partido Nazi Austríaco, que había ido allí a especular con el dinero robado a los judíos vieneses. Luego venía Varski, el viejo diplomático polaco que caminaba apoyándose en un bastón, altivo y pobre, que solía ganar unos pocos francos un día y al otro ya los había perdido. El señor Teleky se preguntaba por qué insistía, pero no había forma de hacerles entender algo a los polacos, eran todos unos cabezotas, siempre hacían al final lo que les daba la gana. Era como argumentar con la pared.

Así, pues, ¿qué tenía hoy para ofrecerles a esos augustos caballeros? El algodón de El Cairo había subido un punto, el café brasileño se mantenía, la lana proveniente de Londres había bajado un cuartillo y lo mismo el lino, el mineral de hierro había subido otro punto, el carbón había caído en un octavo. El comercio de manganeso estaba suspendido..., obra de los alemanes, no cabía duda. El señor Teleky siguió indefinidamente con sus datos, dando cuenta con puntillosidad de cada símbolo y cada cifra, para quienquiera que deseara ir a las oficinas de Schlegel y comprobar las fluctuaciones del comercio mundial. Gottwald dio media vuelta sobre sus talones y abandonó el lugar, y luego Schaumer. Varski, el polaco, se quedó hasta el amargo final, en seguida se paró, asintió en señal de cortesía al señor Teleky y se fue a proseguir con sus negocios de cada día.

Un químico y un analista de materias primas.

El químico de Lodz —el núcleo de la industria química de Polonia, donde se producían desde hacía siglos las tinturas para la fabricación de paños— escribió el informe más cuidadoso y más minucioso de toda su carrera profesional. Si bien había sido sólo un patriota indiferente hasta septiembre de



1939, después de morir alguno de sus amigos y desaparecer su familia, después de que su propio hogar fuera tomado por asalto y su salario reducido a la mitad, ya no lo era.

Ahora era un patriota que escribía informes como ése. Había hecho pruebas y más pruebas, aplicándose con infinita meticulosidad, exprimiendo al límite sus conocimientos. Y su conclusión era:

No hay cambios.

Un análisis de setenta y cinco muestras escogidas entre más de cinco mil pañitos de algodón con restos del aceite empleado para limpiar y mantener las armas no evidenciaba ninguna variación significativa en la viscosidad del aceite. Las muestras habían sido obtenidas en vertederos de las unidades de la Wehrmacht en septiembre de 1939 —vale decir, la Polonia oriental, ahora ocupada por Rusia— y comparadas con muestras tomadas de sus bases de operaciones actuales, en Silesia, Prusia Oriental y la región occidental de Polonia. El material analizado, un aceite a base de petróleo refinado sólo en parte que se empleaba a la vez en los talleres para lubricación y protección de superficies metálicas, no había sido alterado de manera significativa durante ese período de siete meses. La viscosidad del aceite era consistente y la misma hasta los 21 grados bajo cero; más allá de ese límite, su efectividad se degradaba rápidamente. Para la manutención y limpieza de las armas y fusiles en un escenario por debajo de los 21 grados bajo cero, se requería de un aceite más ligero, de menor viscosidad.

El analista de materias primas en Varsovia era judío y sospechaba que no le quedaba mucho por vivir. Unos pocos, de entre quienes conocía, se las habían apañado para abandonar Polonia, pero la mayoría no. A los judíos de Alemania los habían acosado mediante los impuestos y restricciones burocráticas desde la ascensión del régimen nazi en 1933, hacía seis años. Dos tercios de ellos, cerca de cuatrocientas mil personas, se habían marchado de Alemania antes de que se cerraran las fronteras. Habían sobornado a funcionarios consulares de América Latina, saturado las cuotas británicas en Palestina, desplegado riqueza e influencias para sortear las regulaciones sobre inmigración de Estados Unidos y Gran Bretaña. Pero al emplear tales métodos habían agotado las vías de escape administrativas para los demás. Para los tres millones de judíos polacos no quedaban ya alternativas.

Así que el analista de materias primas, con una estrella de David cosida al bolsillo delantero de su traje confeccionado en 1937 por un establecimiento

de Londres, redactó el que creía bien podía ser su último informe. Desde la ocupación alemana, había trabajado en una pequeña fábrica de agujas y broches, como barrendero o recadero, lo que fuera necesario, pero incluso ese modesto empleo estaba llegando a su fin. Y se le había informado que él y su familia deberían trasladarse al viejo gueto justo al sur de la estación de Dantzig. Los alemanes planeaban liquidarlo a él, un hombre de cuarenta y ocho años, con su esposa y sus tres hijos. Si había algo que aún pudiera hacer al respecto, algún procedimiento residual de escape, no había conseguido descubrirlo aún. Su mente era suficientemente ágil, entrenada en el Talmud y el comercio, y sabía reconocer los problemas que no tenían solución. Lo que ocurriera luego, ocurriría. Ya no dependía de él.

Le hubiera gustado mostrarse, en este análisis escrito que un viejo amigo le había requerido, brillante, al menos ingenioso. Se había especializado en el comportamiento del mercado de la lana durante los últimos veinte años y creía conocerlo casi tan bien como el mejor. Pero los hechos eran los hechos, las cifras apuntaban en una dirección y no otra y, tras un estudio de doce meses, comprando y vendiendo en los mercados de Londres, Chicago y Ginebra, había sólo una conclusión clara, más bien anodina pero evidente:

No había cambios.

El capitán De Milja se reunió en privado con el coronel Broza en la habitación n.º 9. En el exterior, las calles estaban inundadas de la lluvia primaveral.

—No hay preparativos de ataque —dijo De Milja.

—Difícil creerlo —dijo Broza.

—Sí. Pero es lo que hemos constatado. Alemania tendrá que desplegar tres millones de hombres para atacar a Rusia, encabezados por tanques, como sucedió en Polonia. Apoyados por caballos, carros y trenes de carga. Atacando en una línea continua desde el Báltico al mar Negro. El momento del ataque también se puede deducir. Hoy es 16 de marzo. Es preciso invadir Rusia al concluir la primavera, luego de la crecida de los ríos y las inundaciones, y debe ser derrotada a mediados del otoño, antes de que sobrevengan las heladas invernales. Napoleón ya lo comprobó en 1812, y casi nada ha cambiado desde entonces. En diciembre, la temperatura desciende en Rusia a treinta y cinco grados bajo cero. Puede llegar incluso más bajo y cuando el viento sopla (y así ocurre durante semanas enteras) el frío se hace aún más intenso. No se puede enviar a tres millones de hombres a hacer frente

a un tiempo como ése sin preparación. Tenemos, pues, el 16 de marzo y tres millones de hombres. Hasta hace una semana, ni una sola gota de aceite de baja viscosidad había sido distribuida a ningún campamento de la Wehrmacht de los que tenemos noticias. Y no ha habido cambio alguno en los mercados internacionales de la lana..., lo cual significa que no hay guerreras de abrigo en proyecto para la Wehrmacht. Los alemanes han sido hasta ahora muy astutos a la hora de encubrir su logística (sus encargos bien disimulados de productos químicos y caucho), pero no es posible esquilar a millones de ovejas o adquirir ese volumen de lana sin que los mercados reaccionen. Así, pues, si la Wehrmacht marcha hacia el Este en abril, lo hará sin guerreras de lana. A la altura de enero, se morirá congelada, con todos sus fusiles que no les servirán ya de nada.

Broza no estaba seguro de la conclusión.

—Puede ser. Pero Hitler piensa que estará en Moscú a fines de octubre, ésa es la gracia de la *Blitzkrieg*. Tomarán sus ropas de lana del guardarropa del Kremlin. ¿Quién se lo puede impedir? El Ejército Rojo está enfermo como un perro debilitado, con todos esos oficiales fusilados en las purgas... y todas las tácticas que ensayaron en Finlandia fracasaron de manera lamentable.

—Los rusos no los detendrán. Se limitarán a entorpecer su avance, a desangrarlos. Será una variante de la llamada defensa en profundidad.

Broza hizo una pausa para considerar eso último. La defensa en profundidad era la antigua y tradicional doctrina militar rusa. Durante miles de años, habían resguardado sus ciudades valiéndose del llamado *abatís*: una infinidad de árboles cortados en la base, con el tronco enterrado por el lado del tocón y apuntado hacia el enemigo. Entre los árboles inclinados había fosos camuflados con ramas: pensados para quebrarle el tobillo a un caballo o a un individuo. Estas líneas de defensa se extendían a veces hasta ciento treinta kilómetros. Con partidas de atacantes arremetiendo por los flancos, la fuerza invasora se hallaba, cuando finalmente llegaba al sitio escogido por los rusos como campo de batalla, absolutamente exhausta.

En 1938, al establecerse la que se denominó la Línea Stalin en la frontera occidental de la URSS, se añadieron a ella lagos artificiales —de un metro y medio de profundidad, para evitar que un eventual invasor pudiera cruzarlos—, pantanos artificiales, trigales segados para instalar nidos de ametralladoras, búnkeres de hormigón de un metro de espesor, alambre de espino entre los troncos de los árboles cortados.

—La defensa en profundidad no se organiza de la noche a la mañana —dijo Broza, pensando en voz alta—. Y la Línea Stalin está siendo

desmantelada ahora que los rusos se han movido hacia arriba y al centro de Polonia. Ese avance aparente puede costarles más de lo que sospechan.

—Sacrificarán vidas —dijo De Milja—. Y tierras. Quemarán aldeas, volarán puentes.

Broza hojeó unos documentos de una carpeta.

—Vale, supongamos que no estén distribuyendo aceite de menor densidad para el invierno ni adquiriendo lana. Sabemos que están construyendo grandes hospitales en la frontera. ¿Para quién? No para nosotros, ciertamente. Y hemos visto oficiales destacados y responsables de la logística acudir a esos campamentos fronterizos, celebrar allí reuniones.

Los dos reconsideraron el asunto unos segundos.

—Ocurrirá —dijo De Milja—. Pero no será esta primavera. Quizás en el 41.

—¿Y esta primavera qué?

—Francia.

—Nadie cree que eso pueda ocurrir —dijo Broza—. ¿Se refiere usted a un ataque en grande con tanques, aviones de combate, infantería, París en llamas?

—Sí —dijo De Milja.

Broza negó con la cabeza. Eso no era posible.

El primer invierno de la ocupación alemana trajo lentamente las lluvias y el lodo de una primavera igual de larga y parsimoniosa. Quizá los polacos se descorazonaron levemente. La primera racha de furor había pasado: unos pocos oficiales de las SS habían sido asesinados, varios cientos de rehenes fusilados. Pero cuando el humo se hubo disipado, los alemanes no parecían asustados ni los polacos intimidados. Así las cosas, ambos se dispusieron de nuevo a la batalla.

La recomendación del servicio de inteligencia del ZWZ —de socavar las comunicaciones entre Rusia y Alemania— fue avalada por la dirección del Sexto Departamento en París y el área más lógica para atacar resultó ser la de los acuerdos comerciales surgidos del Pacto Hitler-Stalin. La tecnología alemana requería materias primas rusas; un millón de toneladas en forraje para los animales, un millón de toneladas de petróleo sin refinar, toneladas de algodón, carbón, fosfatos, cromo y mineral de hierro. Los rusos tenían las materias primas: la cosa consistía, sencillamente, en transportarlas hasta Alemania. Por tren. A través de Polonia.

Desde los primeros días de la ocupación, quedó claro que todas las tareas pesadas serían desarrolladas por trabajadores polacos, bajo supervisión germana. De manera que los alemanes, al decidirse a ampliar la estación ferroviaria de Prezmysl, justo al lado de la frontera alemana, contrataron a carpinteros del ZWZ, albañiles del ZWZ y ayudantes del ZWZ. Broza, De Milja y compañía estaban al corriente antes de que ocurriera. La línea ferroviaria Prezmysl-Cracovia-Breslau, enteramente bajo control de la inteligencia polaca en la clandestinidad, estuvo lista muy pronto para transportar las mercancías que habrían de mantener a Alemania rica y poderosa, mientras los polacos se preparaban para volarla entera y mandarla al infierno. Un pequeño paso inicial en el camino de convertir a Alemania en una nación pobre y débil.

La batalla comenzó con los niños exploradores polacos, hábiles en reptar bajo los vagones de carga, que se enfrentaban a los centinelas alemanes, quienes disparaban contra cualquier cosa que se moviera sin tener que justificar nada. Pero la cosa no se quedó ahí. El impulso inicial polaco —«podemos volar lo que queramos»— fue respondido por los alemanes con un «podemos reparar lo que sea que vosotros voléis». Los polacos se dieron cuenta pronto de la magnitud de la tarea que se habían impuesto: los alemanes sabían reparar muy bien los desperfectos y el sector estratégico de la economía germano-polaca no era poca cosa. Iba a requerir de un esfuerzo ciclópeo volarlo todo. No sólo eso: los medios para volarlo habían de robarse a los propios alemanes; al menos hasta que los aliados británicos y franceses encontraran la forma de hacerles llegar los explosivos que necesitaban. En modo alguno desalentados, los polacos crearon una organización especial de «voladura y saqueo» para que acometiera la tarea. La llamaban Komenda Dywersji —Sabotaje y Distracción—, Kedyv en su forma abreviada.

Como cualquier otra organización, la Kedyv medía sus éxitos en cifras. En 1940, una locomotora estuvo fuera de servicio durante catorce horas. Más tarde, ese intervalo aumentaría hasta catorce días. El aumento en los destrozos fue obra de químicos e ingenieros polacos, que rivalizaban con los químicos e ingenieros alemanes. Punto en que el conflicto llegó al nivel en que habría de resolverse: la inteligencia polaca contra la inteligencia alemana.

Los científicos polacos tomaron la ofensiva y nunca cejaron: elaboraron artefactos incendiarios fáciles de ser adosados a toda prisa a vagones cisterna cargados con el crudo ruso, cierto número de ruidos asociados al traqueteo

provocaba la explosión, algunas veces en Polonia, otras en Alemania. Incapaces de determinar el lugar del sabotaje, los alemanes comprobaron que era imposible investigarlos. Los depósitos de petróleo eran incendiados mediante la introducción de cilindros de hidrógeno comprimido con la válvula abierta. Las locomotoras estropeadas por el procedimiento de añadir un abrasivo al sistema lubricante. En el mineral de hierro ruso se implantaron bombas que estallaban cuando el mineral caía por las rampas a los hornos germanos. Cuando se minaba las vías ferroviarias, la primera mina volaba un tren, la segunda el tren de rescate, la tercera el tren de reparaciones.

A los alemanes no les gustaba nada todo eso.

No iban a permitir que estos *Untermenschen* interfirieran en los planes nazis para la Europa germánica. Y resolvieron enviar un mensaje a los polacos: el claustro pleno de la Universidad de Cracovia fue citado a una reunión y arrestado. Era la primera vez en la historia que una universidad entera era arrestada. Sólo que, unas noches más tarde, en la frontera con Silesia, hubo un destello azul, un fogonazo repentino de un coche cisterna y luego cinco tanques en llamas que de pronto eran remolcados en la oscuridad por un maquinista aterrado. «Jodeos».

28 de marzo, 3:40 de la madrugada. De Milja despertó sobresaltado. Escuchó con atención. Primero el silencio extraño, sibilino, de una ciudad sumida en el toque de queda. Luego un tablón crujió en el pasillo.

De inmediato echó mano a la 9 mm, que descansaba sobre la mesita de noche, sin el seguro. Se incorporó con cautela en la cama, apuntando a la rendija de la puerta con la jamba. El pomo giró delicadamente en su sitio, por obra de una mano igual de cautelosa del otro lado. De Milja aspiró hondo y retuvo el aire.

Madame Kuester. En una bata de seda, su cabello peinado en una larga trenza.

—No me mate, por favor —le dijo.

Él lo entendió sólo por el movimiento de sus labios, su boca apenas si emitió algún sonido.

De Milja bajó el arma.

«Los alemanes», le dijo ella con los ojos.

Ella caminó por el salón hasta su cuarto, él la siguió, en camiseta y calzoncillos. Permaneció junto a ella, podía oler el detergente con que ella lavaba habitualmente. La silueta se movió levemente en el aire, la ventana a

sus espaldas se abrió apenas unos centímetros. Del tejado de enfrente, al otro lado de la angosta callejuela, le llegó un susurro: *Ocht-zwanzig, Ocht-zwanzig...*, luego el breve siseo de la estática de un radio. «Ocho-veinte», pensó. Seguro que querían decir: «estoy en posición». O «entren en el apartamento», o «están todos dormidos», o lo que fuera que pudiera significar. La decisión de De Milja había sido tomada en su lugar: las órdenes eran específicas, la forma de reaccionar estaba detallada. Y no debía permitir, en ningún caso, que lo cogieran vivo.

—Vístase, por favor —dijo.

Caminó de vuelta por el pasillo, dio dos golpecitos a la puerta del dormitorio principal. Oyó al hombre y su esposa respirando pesadamente en el interior, abrió la puerta, tuvo que inclinarse finalmente y tocar al hombre en el hombro desnudo. «Han hecho el amor esta noche», pensó. El hombre se despertó al instante, vio a De Milja con la 9 mm y lo entendió todo.

En seguida volvió al cuarto de madame Kuester. Cuando abrió la puerta, ella estaba desnuda, de pie ante un cajón abierto de la cómoda. Conocía bien su perfil: la curvatura de su abdomen, el trasero plano, los muslos contundentes. Su cabeza se volvió hacia él. No fue exactamente que hiciera una pausa, tan sólo dio —quizás— un ligero respingo y luego tomó alguna prenda del cajón para envolverse en ella. Él sintió deseos de abrazarla, algo que no había hecho. Había ruidos en el salón; los niños, los padres, ruidos nerviosos.

—Es mejor que nos digamos adiós —dijo ella.

—Adiós —dijo él.

No podía ver sus ojos en el cuarto a oscuras.

Volvió a toda prisa a su habitación, se puso un suéter, pantalones, zapatos gruesos y un impermeable. El arma cabía perfectamente en el bolsillo del impermeable. Del interior de un libro seleccionó un *Ausweis* —el permiso de trabajo alemán— y otra identificación pensada para emergencias, más un fajo de zlotys y unas monedas de oro. La familia y madame Kuester estaban esperándolo en la puerta de entrada.

Los mecanismos del pestillo y la cerradura estaban bien aceitados, bastó un suave clic y De Milja tuvo a la vista el rellano. Una corriente de aire proveniente de la escalera le indicó que la puerta de la calle estaba abierta. Eso no era normal. De Milja se volvió y en silencio indicó a los demás lo que estaba ocurriendo. La reacción de todos fue muy calmada; el padre sostenía en su mano un gran revólver del ejército, su hijo de trece años un modelo gemelo. El hombre sonrió y asintió con solemnidad. «Lo entiendo».

Tres pisos más abajo, alguien intentaba cruzar sin hacer ruido el vestíbulo. Otros lo seguían, uno de ellos reprimió una tos. Podrían haber subido en silencio la escalera de haberse quitado las botas, pero los SS no hacían esas cosas, de manera que De Milja y la familia los oyeron claramente cuando subían. Al llegar al recodo de la escalera, antes de subir a la otra planta, De Milja extrajo la 9 mm del bolsillo. Trepó por los peldaños metálicos de una escalenta que daba a la trampilla de la azotea. Con la mano en que sostenía el arma probó la trampilla para cerciorarse de que no estuviera bloqueada. Estaba razonablemente seguro de que habría efectivos de la policía alemana en la azotea.

Los otros llegaron finalmente al piso de abajo. No eran muy cuidadosos en lo de no hacer ruido, De Milja oía el taconeo de sus botas, el rumor de sus correajes, su respiración agitada. En seguida llamaron con fuerza a una puerta y gritaron exigiéndole a alguien que abriera, su alemán gutural resonando y provocando ecos hacia arriba, por las escaleras y los rellanos. La puerta fue abierta de un empujón, el pomo dio contra el muro, tras lo cual hubo un griterío y ruido de pasos, de alguien corriendo, y un grito de terror en el momento en que el vecino era apresado en su fuga por la escalera.

Tenían, según los cálculos de De Milja, una hora como mucho.

El matrimonio que vivía en el piso de abajo sería trasladado al cuartel general de la avenida Szucha, un sargento anotaría la información básica y llenaría los formularios del caso, y cuando los interrogadores se hicieran al fin, se darían cuenta de que ése no era el capitán Alexander de Milja o «el hombre del impermeable marrón» o cualquiera que fuese la descripción que tenían de él. Entonces volverían.

Había al menos alguna probabilidad matemática de que la policía no hubiera cometido ningún error, pero quienes, durante esa primavera de 1940, se permitían en Polonia esa clase de razonamientos ya no estaban vivos para contarlos.

Pocos minutos después de las cinco de la madrugada, cuando el toque de queda llegó a su fin, la esposa, los dos niños y madame Kuester dejaron el apartamento con falsos documentos de identidad y un carrito de mimbre que usaban para la compra. Minutos después llegaron hasta la callejuela lateral y doblaron a la derecha. Lo cual le indicó a De Milja, apostado en una de las ventanas, que la policía alemana seguía montando guardia en el vestíbulo, comprobando la documentación de cada inquilino que abandonaba el edificio.



Cinco minutos después, De Milja estaba a solas: el antiguo funcionario de aduanas acababa de abandonar su apartamento, posiblemente para no volver a verlo. Él también dobló a la derecha en la callejuela lateral y se atusó el cabello, lo cual significaba que los alemanes estaban comprobando atentamente a todo el mundo. A las 5:15, De Milja subió la escalerita metálica, abrió cuidadosamente la trampilla y subió a la azotea.

El amanecer fue un auténtico impacto, luego del prolongado encierro en el apartamento: el aire frío a esas horas, el cielo azul oscuro, las nubes rojizas, deshilachadas, dibujando una curva en el horizonte. Se paró un segundo a recoger sus pertenencias, olfateó el aroma de un cigarrillo en las cercanías, luego se puso en cuclillas junto a un muro revocado de yeso, al pie de una de las chimeneas. Allí arriba había alguien más, posiblemente de la policía alemana. Empuñó la 9 mm en su mano derecha y apoyó las yemas de su otra mano contra la superficie alquitranada bajo sus pies. Podía oírlo paseándose a ese alguien: un, dos, tres, cuatro, cinco. Pausa. Y luego de vuelta. Todo lo que había aprendido le sugirió que había un policía apostado en el tejado: el allanamiento, el control de documentos en la puerta. Los alemanes eran minuciosos, solían trabajar así. Quería verlo por sí mismo, pero resistió la tentación de alzarse y echar una ojeada: el tejado era un revoltijo de cosas; sábanas tendidas, chimeneas, las bocas de salida de la ventilación alquitranadas.

A unos metros de allí, más allá del pretil, que no era muy alto, había un callejón, con una escalera de incendios, en la sexta planta del edificio vecino. Desde allí, tendría varias opciones: irrumpir por la ventana en alguno de los apartamentos, descender al callejón o subir al tejado colindante con otros dos edificios, el uno una fábrica donde había un trasiego permanente de vehículos entrando y saliendo. Todo cuanto debía hacer era salvar de un salto el espacio aquel sobre el callejón.

Abajo, en la calle, apareció un tranvía haciendo sonar la campanilla, rechinó hasta detenerse. Luego reemprendió la marcha. Oyó el taconeo de unas pezuñas —quizás el carro de carbón— y la sirena ululante de los coches de policía alemanes yendo a toda velocidad por las calles de la ciudad. El aire olía a carbón, a cebollas fritas, y desde donde se hallaba vio el lucero del alba brillando aún con intensidad, aun cuando tendía a desvanecerse en la luz creciente del amanecer. Luego oyó el roce de una ventana al ser subida, a una mujer riendo, de forma estridente, sin contención, era divertido lo poco que le importaba su risa.

Al volver la cabeza, vio a una mujer asomada a la ventana de uno de los edificios vecinos. En el apartamento por encima de donde él estaba. Llevaba un vestido estampado y antiguo arremangado, delantal y un pañuelo anudado en la frente. Su expresión era resuelta: ahí estaba ella, a tempranísima hora del día, limpiando a fondo su casa. Agitó un plumero fuera de la ventana y lo golpeó contra el alféizar, y luego una segunda vez, sólo para que tuviera presente el plumero quién mandaba allí.

Cuando vio a De Milja, se lo quedó mirando, como a un animal escapado del zoológico. «Desde luego —pensó él—. Acaba de ver a un hombre con una pistola automática en su mano, arrodillado tras una chimenea. *Ocultándose* tras una chimenea. Mmm. Probablemente un criminal. Pero no está solo en el tejado. Desde su posición —dio al plumero un golpecito sin motivo, para salvar las apariencias—, veía a otro hombre, éste paseándose de un lado a otro por la azotea y fumando un cigarrillo. Quizás ataviado —si Dios quiere, fue lo que pensó De Milja— con su uniforme, o si va de paisano, con uno de esos estúpidos sombreritos con plumas alpinas que tanto gustan a los alemanes».

De Milja observó a la mujer, ella lo miró de forma desvergonzada, y luego en otra dirección, probablemente al hombre paseándose. Después a él de nuevo. Él percibió algún movimiento detrás, algo que la distrajo brevemente. Casi llegó, fue lo que sintió él, a alejarse sin más de la ventana y seguir limpiando el apartamento: alguien dentro del cuarto acababa de decirle que lo hiciera. Sí, sí, pensó De Milja, eso era exactamente. Ella volvió la cabeza y dijo algo, algo en tono de guasa, y se volvió a observar de nuevo a esos dos tipos en la azotea. Era una mujer de hombros anchos y grandes manazas rojas: a ella nadie le decía lo que debía hacer. De Milja la miró directamente y abrió los brazos, y las palmas, en un gesto interrogativo de alcances universales: «¿Qué esta pasando?».

Ella no reaccionó al principio. No pensaba ayudar a un ratero. Su expresión era de suspicacia, y hostil. Pero entonces, apenas un segundo después, cambió de opinión. Y alzó una mano, con los dedos rígidos: «Alto». De Milja volvió a apoyar su mano en el suelo, tres, cuatro, cinco. Pausa. La mujer sostuvo la mano en alto. Luego, al iniciarse una nueva secuencia de pasos, le hizo una seña, emocionada: «Ahora, sí, ahora, sí, no puede verlo». Tres, cuatro, cinco. Pausa. «No, alto, está mirando hacia usted». Tres, cuatro, cinco. Pausa. «Ahora, sí...».

De Milja se alzó de donde estaba y corrió por su vida.

Y casi lo consiguió.

Pero igual que él podía oír al policía paseándose, el hombre lo oyó de inmediato cuando echó a correr.

—*Halt!*

Al llegar al pretil, De Milja pudo ver claramente el rostro de la mujer: su boca formando una «O», su mano alzándose hasta su cara, presionada contra su mejilla. Horrorizada ante lo que iba a ocurrir. El primer disparo cortó el aire y le rozó la oreja, justo cuando se apoyaba en el pretil. La distancia era grande. Desde abajo, siete pisos más abajo, le llegó un destello de cristales rotos. El pretil estaba recubierto de azulejos, era curvo y resbaladizo. Fue un mal salto, uno de sus pies resbaló. Manoteó en el vacío y casi llegó a sortear la barandilla, pero su tobillo izquierdo se enganchó en ella y eso lo arrojó de bruces. Su cabeza dio contra el suelo metálico de la escalera de incendios, a la par que algo resonó. Y alguien dio un alarido.

No había oído la bala, pero ahora estaba de rodillas, y su visión desencajada, como si una roca le hubiera golpeado en el pecho, impidiéndole respirar. Por unos segundos, le pareció que iba a desvanecerse. Luego se recobró. Miró hacia abajo, al alféizar de una ventana, gastado y gris por la intemperie. Una gran gota de sangre dio contra el borde, luego otra. Su corazón se aceleró, se aferró al entramado de hierro, se las arregló para levantarse. El mundo daba vueltas a su alrededor; silbatos, gritos..., un ladrillo estalló y él se apartó. Vio la escalinata conducente al piso de más abajo, se dirigió mitad a rastras, mitad tambaleándose, a la rampa de hierro.

La vía última de escape —para huir de todo y para siempre— estaba clara, y seis pisos más abajo, en el callejón. Lo sabía bien: sólo tenía que alzar una pierna sobre la barandilla y luego la otra, y los terrores de la avenida Szucha dejaban de ser, desaparecían. Ocultarse bajo la tierra, donde nadie pudiera alcanzarlo. Estaba a un paso de hacerlo..., luego se frenó. La ventana que daba a la escalera de incendios pareció estallar de lleno en una cocina, con un estrépito de vidrios rotos, sangre por doquier. De Milja se encontró repentinamente allí, listo para su desayuno.

Una familia en torno a la mesa; una naturaleza muerta, una cuchara suspendida en el aire, entre el plato y los labios, una mujer junto al fogón, un hombre en tirantes. Luego pasó a un salón; un canario piando, un hombre ante el espejo del aparador con rastros de sangre fresca en sus mejillas. Él se precipitó hacia donde estaban colgadas las llaves, dio con la llave y la cerradura apropiadas, la puerta se abrió, luego se cerró a sus espaldas.

Quedó inmóvil. Después la puerta de enfrente del rellano se abrió con presteza y un hombre comenzó a hacerle apasionadas señas desde la

oscuridad de su salón. «Por aquí», le dijo, con la voz ronca por la excitación. De Milja no podía ver nada —los objetos se duplicaban, luego se disolvían en un espectro de sí mismos—, luego un individuo calvo, de rostro severo y ojos pequeños y vivaces, surgió como de una especie de niebla. Iba en camiseta y se sujetaba los pantalones con ambas manos para que no le rozaran el suelo.

Viendo que De Milja no se movía, el tipo lo cogió —tenía la fuerza de un demente, De Milja pensó que bien podía serlo— y lo empujó a través de un pasillo a oscuras. Una vez más, De Milja comenzó a desvanecerse, sintió su hombro derecho rozando una pared, mientras el individuo lo llevaba casi a cuestas por el pasillo. Tuvo una sensación de aire viciado, el olor de una habitación clausurada desde hacía tiempo. Un pasillo serpenteaba ahora, formando ángulos inverosímiles, girando entre paredes sin ningún adorno, y un panel de madera que se extendía indefinidamente, dando paso a un espacio más amplio, hasta que se descubrió dentro de una caja, donde olía a tablones recién aserrados. Luego quedó todo a oscuras, sumido en un profundo silencio. En el preciso momento de perder el conocimiento, comprendió que había sido, quizá, sepultado en vida.

Pero hubo más que eso, aunque él mismo fue cada vez menos partícipe de ello. Sólo era, según le pareció, un objeto de valor. Y no le pareció tan malo ser algo de valor. Sencillamente, se hizo cargo de él un «dispositivo de rescate»: un mecanismo que sabía que no debía esperar nada de los fugitivos, los heridos y perseguidos. Se limitaba a rescatarlos. Así, todo lo que retuvo de aquellos días fueron imágenes, retazos de cuando era transferido de aquí para allá, un objeto dentro de un operativo que alguien dirigía, escondido una vez y vuelto a esconder, el tesoro improvisado de algún avaro celoso de sus posesiones.

Terminó descansando en el sofá de una granja, un lugar donde la seguridad era algo palpable. Fuera lloviznaba, notaba el olor de la tierra húmeda y la primavera. Una fragancia que lo llevó de vuelta a Tarnopol, a la Volinia. Allí también quemaban troncos de roble, había perros mojados junto al fuego, alguien utilizaba chubasquero y el aroma típico de una gran casona de piedra bajo la lluvia se mezclaba con la loción que los tíos Ostrov se ponían siempre después del afeitado.

Le dolía la cabeza, tenía la garganta reseca como la tiza. Al borde del sofá, había una joven doctora, que le examinó los ojos con su linternita en forma de bolígrafo, luego posó su dedo delicado en algún punto sobre su frente.

—¿Duele? —le preguntó.

—No mucho.

—Soy la que lo cosió —le dijo ella—. Dentro de unos días los quitaremos.

Tenía seis puntos al borde del cuero cabelludo. No había recibido ninguna bala, pero la caída en la escalera de incendios le había provocado una conmoción.

Una hora después, un ordenanza lo llevó escaleras arriba, a un despacho organizado en el antiguo dormitorio de la granja, con un pequeño fuego en un rincón. El hombre tras un largo escritorio tenía el pelo y el bigote gris desordenados, y las huellas de la viruela en sus mejillas. Llevaba una chaqueta que le venía pequeña y una corbata gruesa de lana. Al ponerse de pie, para estrecharle la mano, De Milja vio que era bastante alto y delgado.

—Capitán —dijo en voz baja, indicándole una silla.

Lo llamaban mayor Olenik y era el nuevo oficial al mando de De Milja.

—Quizá deba oír primero todas las malas noticias de una vez —dijo—. La habitación del Hospital de San Estanislao fue asaltada por una unidad de las SS. Cuanto archivo había allí fue requisado. El coronel Broza fue herido y lo capturaron. La mujer que usted conocía como Ágata se tragó una cápsula de cianuro. Usted y el capitán Grodewicz son los únicos sobrevivientes.

De Milja no dijo nada, momentáneamente. Luego:

—¿Cómo pudo suceder?

El encogimiento de hombros de Olenik fue elocuente: «No perdamos el tiempo con hipótesis, no lo sabemos y es muy probable que nunca lleguemos a saberlo».

—Estamos trabajando en eso —dijo al fin Olenik—. ¿Sabía usted a qué se dedicaba Ágata? —preguntó.

—No, no lo sabía.

—Bioquímica. Una de las mejores de Europa.

Olenik se aclaró la garganta.

—El Sexto Departamento en París nos ha informado, hace pocos días, de que el oficial de inteligencia al mando ha sido relevado del cargo. Vamos a enviarlo allí en su reemplazo, capitán. Estudió usted tres años en Saint-Cyr, ¿no? ¿Es correcto eso?

—Así es. De 1923 a 1926.

—¿Y su francés es fluido?

—Aceptable. Un francés muy funcional hablado por un polaco. He seguido leyendo, para no perderlo, pero hablarlo me llevará unas semanas.

—Vamos a enviarlo con varios correos. Primero hasta Gdynia, luego en un carguero a través del Báltico hasta Suecia. Le hemos dado una identidad nueva. Una vez en Francia, deberá presentarse ante el director de Inteligencia del Sexto Departamento en París. La decisión final es suya, desde luego, pero quiero añadir, entre paréntesis, que es usted bien conocido por los servicios de seguridad alemanes en Polonia.

Hizo una pausa, esperando la respuesta de De Milja.

—La respuesta es sí —dijo De Milja.

El mayor acogió su respuesta con un educado asentimiento.

En seguida debatieron lo de su escapada de los alemanes. Él se enteró de que el funcionario de aduanas, su familia y madame Kuester habían salido con bien y habían sido trasladados a un lugar seguro en el campo.

El hombre que lo había escondido en su apartamento no era de la red clandestina, según Olenik.

—Pero tenía una conocida que él creía que pertenecía al ZWZ, confiaba en ella y ella supo a quién dirigirse. La noticia llegó hasta nosotros y la gente de «fugas y evasiones» lo rescató, lo llevó de aquí para allá y finalmente lo trajo hasta aquí.

—Le debo a ese hombre la vida —dijo De Milja—. Pero estaba..., no parecía del todo en sus cabales.

—Un hombre extraño —dijo Olenik—. Quizás herido en la guerra. Pero su escondite, bueno, es algo muy común hoy en día. La gente transforma sus casas en un baúl de mago. Es un verdadero arte, la verdad. Dobles paredes, techos falsos, escaleras secretas, trampillas con bisagras que dan paso a un escondrijo conducente a otros edificios.

Olenik hizo una pausa, pareció meditar brevemente en todo ello.

—Sí, bueno, supongo que estaba un poquito majara. Lo que él construyó es muy curioso, fui a verlo por mí mismo, y realmente era muy ingenioso. Con todo, tuvo usted suerte: su carpintero loco era un buen carpintero. Porque la Gestapo registró ese apartamento, cada apartamento del edificio. Sólo que, para encontrarlo, hubieran tenido que echar abajo las paredes y ese día no estaban por la labor. No siempre es el caso (hay apartamentos judíos que han quedado reducidos a polvo), pero todo cuanto hicieron fue destrozar parte del mobiliario. Y aquí lo tenemos ahora.

Olenik sonrió.

—Hay que verle el lado bueno. Cuando menos podemos decir que los *Kulturtrager* —literalmente «portadores de cultura», una idea germánica muy querida por los nazis— nos han traído a nosotros, los «subhumanos», algunas ideas nuevas en arquitectura.

3 de abril de 1940. Los «subhumanos» resultaron buenos discípulos. Seguían de cerca a los *Kulturtrager* en sus procedimientos. Los alemanes tenían, por ejemplo, gran pasión por los papeles importantes. Que estaban todos primorosamente sellados y firmados, franqueados y revisados, el orden y la disciplina se ponían de manifiesto en ellos. Tan impresionantes hábitos alemanes, pensaban los polacos, eran dignos de imitación.

Así que los imitaron escrupulosamente. Cuando De Milja fue trasladado hacia el Norte por la Polonia ocupada, se lo proveyó de una espléndida colección de documentos oficiales. *Passierscheine*, *Durchlassscheine*, *Urlaubsscheine* y *Dienstausweise*: pases generales, permisos de circulación, licencias médicas y permisos de trabajo. Los polacos los tenían todos: robados, imitados, duplicados (si había un ciudadano legal, ¿por qué no podía haber dos? No hay nada tan terrible en compartir una misma identidad), falsificados, impresos en secreto, alterados, reutilizados y, muy de vez en cuando, obtenidos con todas las de la ley. Para los alemanes, la documentación era una barrera; para los polacos, una escalera.

Y descubrieron un hecho curioso respecto a la policía encargada de la seguridad alemana: tenía cierta aprensión por los soldados. Nada serio, desde luego, o de lo que fueran conscientes, sólo que se sentían muy poderosos cuando apartaba a codazos a los civiles polacos en un tren de pasajeros, por ejemplo, pero con los soldados alemanes parecían encogerse, de manera que evitaban meterse con ellos.

Los ínfimos *Untermenschen* captaron rápidamente esa rareza de sus amos: el nuevo oficial de inteligencia del ZWZ asignado a Francia llegó al puerto de Gdynia en los *Sonderzuge*: trenes de noche especialmente fletados que llevaban a los soldados de la Wehrmacht de vuelta a casa. Esos convoyes eran utilizados también por los trabajadores ferroviarios, que los empleaban para enlazar con otros trenes que iban y venían de las estaciones de toda Polonia. De Milja fue uno de ellos. Según su documentación y permisos era un encargado del sistema de frenos destinado a Dantzig. Al cuidado de quienes

operaban en las «vías de escape», se movió hacia el Norte durante tres noches.

Tres noches de abril. A veces tibias, luego lluviosas, con los grillos cantando en los campos y los manzanos recién florecidos, De Milja no volvería a ver ese país: era ese hábito extraño de las cosas de enseñarte su cara más hermosa justo antes de perderlas.

Los trenes marchaban pausadamente, con su traqueteo metálico, bajo las estrellas, a campo abierto. Cruzó el río sobre el reconstruido puente de Novy Dvor, después a Wyszogrod, luego siguió las curvas y virajes del Vístula en su derrotero hacia el mar. Los trabajadores ferroviarios se reunían en unos pocos asientos de la parte trasera del último vagón en los trenes *Sonderzüge*, y los fatigados soldados de la Wehrmacht los dejaban en paz. Sólo eran buena gente trabajadora haciendo su labor, indiferente a la política. Un trozo de pan o una patata cocida envuelta en papel de diario, un cigarrillo, un pequeño diálogo en voz baja con los colegas: ésa era la apariencia de los trabajadores polacos en el tren.

El capitán De Milja casi no hablaba, sencillamente se confundía con el entorno. Quienes operaban en las «vías de escape» eran en su mayoría jóvenes: el chico que lo había traído al pueblo de Forum tenía apenas dieciséis años. Pero los alemanes lo habían ayudado a crecer rápidamente, afinando sus inclinaciones conspirativas hasta el límite. Nunca había sido un angelito, pero debería haber estado mintiéndole a algún profesor acerca de un trabajo no concluido o al padre de una novia con la que iban a una fiesta. En lugar de ello, estaba diciéndole: «Linda tarde, ¿no, sargento?» al *shkopy* de la estación de Wloclawek.

—¿Es nuevo? —dijo el sargento.

—Ajá —dijo el adolescente.

Afable, pero no tenía mucho sentido esperar nada más. El sargento había tenido una muestra de calor humano en ese país tan dejado de la mano de Dios. Tendría que conformarse con eso. Estampó el sello en los documentos de De Milja, lo miró apenas un segundo. Fin del asunto.

Durante el día, lo mantenían oculto en apartamentos y aprovechaba para dormir unas horas en algún sillón mientras los jóvenes charlaban en voz baja a su alrededor. El piso franco en Torun estaba a cargo de una muchacha no mayor de diecisiete, de nariz respingona y el pelo como de paja. De Milja sintió una mezcla de ternura y deseo, todo a la vez. Un deseo duro como una vara. Se aseguró de ofrecerle un buen sitio para dormir, una colcha raída y



una jarra de cerveza. Dios Santo, le dolía pensar en ella, en todas ellas. Ninguna viviría, de seguro, más de un año.

Los alemanes también pensaban en cifras y su inventario para el contraespionaje era infinito: el Abwehr, la KRIPO —policía criminal—, la SIPO —policía de seguridad, incluida la Gestapo—, las unidades SD de inteligencia, la Gestapo ucraniana, la policía ferroviaria, los destacamentos especiales para los caminos, puentes, bosques, el tráfico fluvial y las industrias. Toda Polonia estaba tomada por los correajes y las armas al cinto. Y a veces había detenciones.

—Hay sopa —le dijo Nariz Respingona cuando despertó.

—Gracias —dijo De Milja.

—¿Esas gafas son falsas?

—Sí.

Dado que disponían de su foto, se había dejado crecer un pequeño bigote y ahora usaba gafas sin graduar.

—No debe llevarlas en Torun. Los alemanes de aquí conocen el truco: paran a la gente en la calle y si sus gafas no tienen graduación los arrestan.

La gente entraba y salía sin cesar; susurraba cosas, discutía otras, dejaba mensajes, sobres. Pese a su juventud, Nariz Respingona era la autoridad local y nadie osaba desafiarla. Esa noche llegó otro hombre del ferrocarril, éste de dieciocho años, y el viaje de De Milja siguió adelante.

Abandonaron ese tren en Grudziadz, a última hora del atardecer. De Milja, enfundado en una camisa y pantalón azules de ferroviario, con su fiambarrera metálica en la mano, caminó bajo la lluvia por una calle que daba justo a la estación. Una prostituta en un portal le arrojó un beso, un cartel medio arrancado en una pared mostraba a un soldado polaco con el uniforme hecho harapos y Varsovia en llamas al fondo. El soldado agitaba furioso el puño ante un retrato de Neville Chamberlain, el primer ministro británico. «¡Inglaterra, he aquí tu obra!», decía la leyenda. Junto con su propaganda, los alemanes hacían infinitas proclamas, con los términos «estrictamente prohibido» y «pena de muerte» intercalados en cada frase.

La policía los detuvo brevemente, pero no fue nada serio. Se limitaron a representar el papel de polacos infinitamente pacientes. Los alemanes sabían que Rusia había poseído Polonia durante ciento veintitrés años, hasta 1918. Ellos aspiraban a mejorar esa marca. El policía dijo en un alemán parsimonioso: «Veamos vuestros papeles, muchachos». Joder, a quién le importaba lo que hicieran los políticos. ¿No eran todos ellos, a fin de cuentas, tan sólo la buena gente trabajadora deseosa de un poco de paz en esta vida?

Pasada la medianoche, el tren que tomaron serpenteaba con lentitud a través de la planicie camino de la costa, hacia Gdynia y Dantzig. En el exterior seguía lloviendo, los soldados dormitaban, fumaban y miraban por las ventanillas del vagón a oscuras.

El enlace en Gdynia era la propietaria de un bar de los muelles. De aspecto rudo —el pelo negro y crespo como el alambre, los labios pintados de un rojo escarlata—, pero con un corazón de oro.

—Algo anda mal aquí —refunfuñó—. A los *shkopy* acaba de salirles un grano en el culo.

En un cuarto iluminado de azul por un neón en el exterior que ponía bar, los mensajeros entraban y salían. La mayoría portaba información acerca de la actividad naval alemana en el puerto.

—Mire por la ventana —dijo la mujer—. ¿Qué ve?

—Nada.

—Exacto. Ocho barcos alemanes previstos para esta semana: dos destructores y el resto mercantes. ¿Dónde están?

—¿Dónde cree usted?

—Algo pasa. Tropas o aprovisionamientos de guerra: munición y lo demás. Eso es lo que están desplazando, quizás a Noruega, o Dinamarca. Eso significa una invasión, mi amigo.

—Debo llegar a Estocolmo —dijo De Milja.

—Le va a ir muy bien, tranquilo —dijo ella. Una sonrisita irónica sugería que no sería del todo así, al menos en el largo plazo, ni tampoco para ella—. Los suecos son neutrales. Y no es un mero tecnicismo: están haciendo una pasta gansa vendiéndoles el mineral de hierro a los alemanes, así que se cuidarán bien de mantener a Hitler contento. Y él tampoco los va a molestar: no habría pánzers sin el hierro de los suecos.

De hecho, era verdad: los suecos estaban amasando una fortuna, De Milja había visto un informe al respecto. Mientras tanto, seguían mostrándose tan virtuosos como un párroco, emitiendo resonantes acusaciones en cada oportunidad que se les presentaba, subidos siempre a su pedestal para enjuiciar al resto del mundo. Piadosos hipócritas, pensó, aprovechándose de la situación.

—¿Cuándo me voy? —preguntó en voz alta.

—Mañana —dijo ella—. En el *Enköping*.

Antes del alba llegaron dos hombres con ropa de obreros y le entregaron a De Milja una vieja camisa llena de grasa, un mono y una gorra. De Milja empezó a tiritar después de ponérselos. Uno de los recién llegados extrajo un poco de polvillo de carbón de una bolsa de plástico, lo mezcló con agua y se lo restregó en la cara y las manos a De Milja. En seguida le dieron una pala y lo llevaron hacia el área de los muelles. Un funcionario de aduanas alemán se mantuvo lo más alejado que pudo de él, con una expresión de hondo disgusto en los labios, cuando le correspondió examinar el pase de De Milja para entrar en el puerto.

Luego se sumaron a otros estibadores polacos que operaban las dos grúas que iban a cargar la bodega del *Enköping* con carbón. Los marineros suecos los ignoraban, fumando en su pipa y apoyados en la barandilla. De Milja llevaba en torno a su cuello una bolsita de cuero con un microfilm, un reloj, una barra de chocolate y una pequeña botella de agua. Con absoluta naturalidad, uno de los trabajadores descendió por una escalerilla de cuerdas a la bodega. De Milja lo siguió.

—No vamos a llenar todo esto hasta los topes..., le dejaremos un pequeño espacio a usted —dijo el hombre—. Sólo asegúrese de colocarse al costado. ¿De acuerdo?

—Sí.

Sobre sus cabezas, una de las grúas resoplaba y gemía.

—Buena suerte —le dijo el hombre—. Dele a las suecas un beso de mi parte.

Se dieron la mano y el hombre trepó de vuelta por la escalerilla de cuerdas. A ello siguió una avalancha de carbón. De Milja se apretó de espaldas contra las planchas de hierro de la bodega a medida que caía en una cascada el mineral, que se iba transformando en una montaña. Cuando paró, sólo había un metro o poco menos entre De Milja y la cubierta. La puerta de la bodega se cerró y unos tornillos crujieron al ser apretados. La oscuridad era ahora total. Más tarde, por la mañana, oyó órdenes en alemán y el ladrido de los perros durante el registro del barco. Luego las calderas se pusieron en marcha y el carguero empezó a surcar las aguas del Báltico.

Eran setenta horas hasta Estocolmo.

Las planchas de cubierta exudaban humedad por efecto de la condensación y ese líquido ácido, impregnado de carbón, goteaba de manera persistente sobre él, empapándolo hasta los huesos. Al principio, la

incomodidad lo mantuvo alerta: se retorció y dio vueltas en su sitio, mojado, rabioso. Pero no duró mucho. Con el vaivén del barco y el retumbar de las calderas, en medio de la negra oscuridad y el frío, y el aire enrarecido, De Milja cayó en una especie de sopor, que no dejaba de ser agradable, más bien al contrario. Se puso a divagar en torno a su vida, a visualizar determinados momentos que ahora parecían flotar ante él. Vio las hojas muertas en un sendero del bosque en la Volinia, se vio pateándolas al cruzar por allí, a una niña que había venido a pasar el verano en casa de un vecino, un beso, algo más. Algo que los hacía reír nerviosamente, cada vez más. Qué asunto más tonto ese... ¿qué sería lo que tanto les gustaba a los adultos de todo eso? No tenía idea de que estaba agonizando, y que no duraría mucho. Una nevada copiosa cubría la ventana en Varsovia, madame Kuester se miraba de reojo en un espejo una marca de color rojizo allí donde él la había cogido con excesiva vehemencia. Él le decía que lo sentía, ella se encogía de hombros, con gesto pensativo, agrídulce. «Debe ser hora de dormir», pensó, ya no sentía frío. Se sentía aliviado. Su esposa hundía las manos en los bolsillos de su abrigo, permanecía de pie junto a la orilla del lago al caer la tarde. Parecía ligeramente compungida, eso era todo. Si uno se distanciaba lo suficiente, el mundo ya no era de temer. No era nada. Al final, sólo estaba un poco triste por lo que venía ocurriendo. Verdaderamente, tenía que haber algo mejor. El marco de la ventana en la casa solariega, el primer destello del sol al borde de las colinas, dos perros correteando fuera del bosque hacia el prado húmedo. Finalmente se dio cuenta de lo que sucedía, por un breve instante. E hizo lo único que cabía: inhalar profunda, largamente. «Carbón —pensó—. Azufre, monóxido de carbón, espacio cerrado, glóbulos rojos de la sangre». Todo era muy confuso. Un aguijón doloroso de pesar: un cuerpo inerte, un polizón polaco encontrado en un carguero sueco. Al capitán Alexander de Milja le repugnaba la idea, sólo una muerte más, inútil, sin ningún sentido, en tiempos de guerra. Estaba tendido de espaldas al pie de un chopo, viendo hacia arriba cómo el viento hacía entrechocar las hojas.

Todos los veranos había siempre un día que era perfecto.

Las aguas que lamían el barco se detuvieron un segundo, luego descendieron. Las calderas aminoraron el ritmo, las paredes de hierro se estremecieron, un remolcador arrastró al *Enköping* hasta el muelle. Los pernos oxidados rechinaron, la portezuela de la bodega se abrió y una grúa comenzó a extraer el carbón. Algún tiempo después, bajo la luminosidad en exceso brillante del

muelle, contra el fondo pálido del cielo al atardecer de Suecia, una voz tronante resonó en el interior de la bodega, avisándolo, buscándolo.

# **EL ÚLTIMO DÍA DE LEZHEV**

Era el 3 de junio de 1940.

Un día primaveral en París y, aunque resultara engañoso en esos días finales, especialmente fresco y jovial. «No —se dijo Lezhev—, no te dejes seducir». *Le printemps*, como cualquier otro espectáculo en el teatro francés de la vida, era un fraude. Eso era a la vez un absurdo, y Lezhev lo sabía: la primavera era siempre la primavera. Pero esta vez decidió permitirse una pizca de rencor y arbitrariedad, luego sonrió con acritud ante su propia intransigencia. Ese día en particular podía decir lo que le viniera en gana: nadie contradice a un hombre que está escribiendo su nota de suicidio.

De pie ante la ventana de la apestosa e ínfima buhardilla donde vivía, había visto llegar como siempre la primavera a los arrabales parisinos: hacerse presente en la callejuela sombría, cubierta de boñigas y repulsivos desechos líquidos, ante las mujeres gordas que esperaban de brazos cruzados en los portales a ser insultadas, ante las jovencitas. Y qué jovencitas. Hubieran sido precisos un Blok, un Bely, un Lezhev con sus versos, para hacerles justicia. «En *Luces de un atardecer extraviado*, el décimo volumen de Boris Lezhev, este apóstol bravío de Esenin revela una voz algo más tierna, un punto más lírica que lo habitual. Así, por ejemplo, en el poema que da título a la obra, Lezhev...».

Y sí, sí que estaban esas jovencitas. Tan leves, tan fugaces, captadas con el rabillo del ojo y luego nada. Desaparecían como por encanto. Nada bueno perduraba en el mundo, pensó ahora, por eso y no otra razón eran necesarios los poetas, para aprehender todo aquello, esa fugacidad, cuando pasaba junto a nosotros.

Bueno, de vez en cuando sucedía algo bueno. Genya Beilis, por ejemplo. Genya. Sí, claro, Genya. ¿Leve y fugaz? ¿Una jovencita?, no se la podía llamar así. Ninguna jovencita tenía a su favor esas hondonadas secretas, los misteriosos pliegues de Genya, ninguna podía siquiera aspirar a llenar el fondo de su mente como Genya lo hacía. La iba a echar en falta, allí en su nube o dondequiera que ahora se encaminase. Terriblemente en falta. Ella había sido su salvación —la única cosa buena en una vida insatisfactoria— durante esos años finales de su prolongado exilio. En ocasiones su amante,

otras no, pero siempre una amiga leal, su propia puta deslumbrante, con su linaje centenario y múltiple.

Era cierto, la suya era una mezcla extraordinaria. Su padre, el editor Max Beilis, era ruso, judío y francés. Su madre, una española por cuyas venas fluía aún la ancestral vertiente árabe originaria de Córdoba. Había además una abuela irlandesa por parte de madre. Santo Dios, pensó ahora, ¿habría algo que ella no fuera? Uno sentía, en su presencia, los varios afluentes raciales que circulaban en su interior. Su piel era extraña: cetrina, aceitunada, suave y tersa. El cabello grueso y negro, con un matiz rojizo a plena luz del día, del largo suficiente para que ella misma se lo recogiera de formas diversas y complejas. Las cejas pronunciadas, la cintura flexible, las manos seductoras, los ojos penetrantes y sagaces, unos ojos que parecían ver a través de la gente... Hacías bien en temerle un poquito a Genya Beilis. La sola idea de que un gran cetáceo germano, fofo y despojado de sus ropas, se refocilara sobre ella hacía estremecerse a Lezhev de ira, se levantaría y...

No, ya no haría nada de eso. Las divisiones alemanas, con los pánzers a la cabeza, avanzaban rumbo al Sur desde Bélgica, las tropas francesas se rendían o corrían en desbandada ante su avance, la policía lo arrestaría en cualquier momento. Cuanto más próximos los alemanes, peor se volvía la situación para los Lezhev de todo París. Así que ya no sería más el ángel guardián de nadie, ni siquiera de sí mismo.

Lo habían conseguido: llevarlo al borde de la tumba. Había sido expulsado de San Petersburgo en 1922 por los bolcheviques. De ahí había huido a Odessa. En 1925 lo habían expulsado de allí. Así que se había ido a Alemania. Y escrito para los boletines de emigrados, colaborado en la política de los emigrados. 1933: entra Hitler, Lezhev se va una vez más. Vuelta a escapar, ahora a la triste Bruselas; a la ingenua y neutral Bélgica. No le quedaba mucho para entonces; cada vez que debía escapar, las cosas desaparecían a su alrededor: sus ropas, el dinero, sus poemas, los amigos. En 1936, vuelta al camino para ir a pelear en España: el NKVD casi logró cogerlo allí, hubo de cruzar los Pirineos de noche, hundido hasta las rodillas en la nieve. Apenas si había conseguido llegar a la patria de la *Liberté, Egalité y Fraternité*, cuando lo metieron de nuevo en prisión.

Sorprendente, pensó Lezhev, la de cosas que había hecho hasta allí. Siendo un adolescente en el San Petersburgo de 1917, había arrebatado la porra de manos de un policía zarista y se la había partido en la cabeza. Solía



pasar noches enteras en vela, merodeando por los callejones oscuros de la ciudad y entre las mujeres de por allí: hablándole a las prostitutas, incitando a los intelectuales. En cierta ocasión, presencié cómo ejecutaban a un hombre con una cuerda tras sentarse en una silla de cocina, en alguna esquina singularmente ajetreada de la ciudad. Era uno más entre los trabajadores del mundo. Al menos durante un año o dos siguió siéndolo. Trabajaba con la pluma, que sólo resultaba tan poderosa como la espada cuando era, aproximadamente, del mismo tamaño. Había eludido el tronar de los disparos, a las turbas enloquecidas, a los nazis bramando, el estruendo de los tanques y a la policía secreta de al menos seis naciones.

*Mi maleta, bella, de ojos negros.  
Aprisa, está bajo tu cama.  
No hay nada en ella,  
y nada tengo que guardar,  
igual me la llevo conmigo.*

Y por fin, después de todo eso, ¿quién lo había atrapado? Los *ronds-de-cuir*. Los burócratas franceses, trabajando el día entero en sillas de madera, propensos a que el fondillo de sus pantalones adquiriera cierto brillo. El antídoto era un redondel de cuero del tamaño de la silla —el *rond de cuir*— que todos los días portaban consigo al trabajo, para depositarlo con unción bajo sus sacrosantas posaderas. Los hacedores del argot parisino no tardaron mucho en advertir las posibilidades del caso. A Lezhev, los *ronds-de-cuir* le habían parecido al principio un lastimoso aunque ineludible indicio de la vida francesa; con el tiempo, su percepción cambió. Quisquillosos, estrechos de miras, insaciables, se parecían, en algún sentido, a esos ventarrones infames de Cataluña, que no apagaban las velas pero bien podían conducir a un hombre a su tumba. Y ahora —finalmente lo entendió— iban a conseguir lo que no habían podido los agentes de la Okrana ni las checas, ni los nazis ni los chulos callejeros, ni las ametralladoras ni los cocineros españoles.

Iban a matarlo.

Pero quizá no.

En sus rondas nocturnas de ese día, en Le Chasseur Vert y el Jean Bart del decimoséptimo *arrondissement*, y en el Petrukov de Pigalle, sintió resurgir

dentro de sí la fuerza de la vida. En el cuarto trastero del Petrukov, entre las fregonas y escobas, se folló a la pequeña asistenta de un fabricante de guantes. Luego dilapidó sus últimos francos en la barra, mientras una buena porción del París inmigrante se emborrachaba a su costa y le decía lo buen tipo que era. A alguna hora de la madrugada, estuvo en compañía del muy excepcional dramaturgo Yushin, muy cargado ya para ir demasiado lejos, apoyado en un muro y mirando al Sena desde el Puente de Alejandro III.

—No te rindas ahora —dijo Yushin—. Has pasado por demasiadas cosas. Todos las hemos pasado.

Lezhev eructó y asintió vigorosamente con la cabeza. Yushin tenía razón.

—¿Te acuerdas de cuando te persiguieron los cosacos?

—Mm —dijo Lezhev.

Los cosacos jamás lo habían perseguido, Yushin lo confundía con algún otro poeta venido de San Petersburgo.

—¡Cómo corrías!

—¡Mm!

—Así y todo, no te cogieron.

—No.

—Bueno, ahí está.

—Tienes razón.

—No cedas ahora, Boris Ivanovich. No permitas que esta panda de mojigatos y pedantes te apuñale en el corazón con su pluma.

—¡Bien dicho!

—¿Te parece?

—Sí, claro.

—Muy generoso de tu parte.

—De nada.

Lezhev advirtió que tras el cumplido Yushin, aún de pie, apoyado contra el muro de piedra, se había quedado dormido.

Pero entonces, la mañana del 4 de junio, tuvo que presentarse una vez más en la prefectura de policía y acabó deslizándose —como un hombre incapaz de aferrarse a ningún saliente en una ladera congelada— hacia abajo, hasta la más negra depresión. La sección de inmigración lo había puesto en lo que se denominaba *Régime des Sursis*. Lo de *sursis* significaba «indultados»; lo de *régime* era más indefinible. Las autoridades hubieran dicho «sistema de», pero el término se empleaba para designar una forma de fiscalización, y eso

implicaba control, y ciertas incomodidades. Lezhev lo describía como «una forma refinada de crueldad».

En marzo, los franceses habían declarado a Lezhev un extranjero indeseable, sujeto a ser deportado a Alemania, su último país de residencia legal, visto que a Bélgica, España y Francia había entrado ilegalmente. Por cierto que en Berlín lo aguardaban toda clase de pesadillas judiciales; podía imaginarse el campo de concentración, palizas y con seguridad su ejecución. Los franceses entendían perfectamente sus apuros. «Puede usted —le dijeron — recurrir la orden de deportación».

Fue lo que hizo y le fue concedida una estancia adicional... de veinticuatro horas. Puesto que el plazo iba a caducar a las 17:00 horas del día siguiente, debía ir a la prefectura a las 13:00 horas para ponerse en la cola de rigor. A las 16:20, le sellaron los documentos: eso lo autorizaba a permanecer en Francia otras veinticuatro horas. Y así sucesivamente, una y otra vez. Durante cuatro meses.

Las colas de la prefectura —frente a la catedral de Notre-Dame, en la Île de la Cité— tenían vida propia y Lezhev se sumó estoicamente a ellas. Durante su vida, había sido aporreado en la cabeza, se había saltado infinidad de comidas, había sido vapuleado de lo lindo por el destino. Ponerse en la cola cada día no suponía un gran esfuerzo para él. Le impedía hacer algún dinero entre tanto, pero Genya Beilis tenía algunos recursos y lo ayudó; otros también lo hicieron. Había escrito tras las alambradas, apoyado en un saco de arena, bajo un puente, ahora debería hacerlo mientras hacía cola.

Pudo sobrellevarlo en marzo y abril, pero en mayo comenzó a flaquear. Los *ronds-de-cuir*, del otro lado del mostrador y los barrotes, no se volvían más amistosos con el correr del tiempo. Eso sorprendió a Lezhev, para después horrorizarlo y finalmente enfermarlo. ¿Qué clase de seres humanos se comportan de esa forma? ¿Qué clase de corazón reptiloide permanece inmutable ante alguien en problemas? La clase que evidentemente latía en el pecho hueco del hombrecito con su bigote de hombrecito. Que vivía entre el pecho desmesurado de la mujer repeinada con laca y labios pintados de una tonalidad escarlata, o tras el pañuelo de tres puntas de Coquelet el Gallito, con su cresta gallinácea de pelos tiesos y su cacareo triunfal en medio del estercolero. «Mañana entonces, monsieur Lezhev. Bien tempranito como siempre, ¿eh?». Y el sello —chac-chac—, la firma, el secante, el gesto mecánico, la entrega y una sonrisa.

Durante esa primavera de 1940 la cola que serpenteaba alrededor del edificio y hasta el pequeño muelle era un verdadero manicomio: judíos,

republicanos españoles, gitanos, artistas húngaros, todos los extraviados y despojados del mundo, criminales que no habían cometido aún ningún crimen, el batiburrillo completo de la porción más indeseable de la humanidad... Murmuraban y discutían, hacían trueques y conspiraban, reían y lloraban, robaban y compartían, improvisaban sus vidas hora tras hora.

Pero lenta, inevitablemente, el *Régime de Sursis* los iba corroyendo hasta consumir una de esas vidas, hacerse con una víctima, y luego otra. Zoltan en el río, Petra con cianuro, Sygelbohm bajo un tren.

El 4 de junio, Boris Lezhev, con sus documentos sellados para un día más, volvió tarde a su cuarto. Se había parado en un café, oído un noticiario por radio que detallaba la partida de la Fuerza Expedicionaria Británica, en pequeñas embarcaciones, desde las playas de Dunquerque. Pero la población debía mantenerse en calma a toda costa: el primer ministro, Reynaud, había pedido al presidente Roosevelt que enviara «nubes de aviones de guerra». La victoria era inminente.

Lezhev se distrajo brevemente de su escrito por un altercado de borrachos que tenía lugar en la calle bajo su ventana. Uno de los dos quería defender París a toda costa, el otro proponía que se la declarara ciudad abierta: sus tesoros, los puentes, las arcadas y museos serían distribuidos entre todos. Hubo un intercambio subido de pareceres, luego insultos, los dos viejos se dejaron llevar por un arrebató de ira fulminante. Se abofetearon —lo cual los puso a ambos furibundos—, lanzaron blasfemias de lo más historiadas, se amenazaron con darse patadas, vociferaron y se pusieron ambos de color granate, luego se alejaron tambaleantes y en direcciones opuestas, amenazando con vengarse, blandiendo el puño.

Cuando el episodio concluyó, Lezhev se sentó en una silla rota, ante una caja del revés y escribió, en una hoja arrancada de su bloc de notas, una larga carta a Genya Beilis. Quería que fuese ella la albacea de su obra poética. En el curso de los últimos años, había intentado remendar infinitamente su obra, en un proceso de avances y retrocesos, por aquí y por allá. Ahora, en esta noche tan especial, debía tomar la decisión última: donde ponía «un abedul» debía decir «un chopo»; el mar «hecho añicos», no «derritiéndose»; Tania no olía a reses o a la tierra en primavera: simplemente vagaba por el sendero aquel donde la hiedra había arrancado la valla de estacas.

«... No es que me sienta exactamente agradecido, Genya: mis sentimientos por ti son algo más hondos que la mera cortesía. Diré, más bien,

que te evoco incesantemente. Que he pasado un tiempo considerable evocándote con todo detalle. Es un cumplido, mi amor, vives en mi imaginación. El mundo debiera ser así de perfecto...».

7 de junio de 1940. Cementerio de Boulogne-Billancourt.

Pocos deudos para acompañar a Lezhev: se había hecho los enemigos que un poeta emigrado suele hacerse, aunque algunos de los habituales habían huido ya al Sur, y era un atardecer tibio, húmedo, con la tormenta anunciándose en el horizonte. Aquellos que asistieron eran los que, a falta de algo más, mantenían su fe en la comunidad: una docena de hombres de apostura militar, en trajes oscuros, con medallas prendidas al bolsillo delantero. Había algunas barbas: los colegas de Lezhev, individuos sombríos, con demasiado carácter en sus rostros. Y mujeres ya viejas, veteranas en lo de quedarse ante las sepulturas vacías, no había forma de ser enterrado sin que acudieran. El sacerdote era, como siempre, el padre Ilarion, obligado una vez más a rezar por el alma de un agnóstico/anarquista —pero ¿quién estaba nunca seguro de eso?— y las exigencias ineludibles de la vida en el destierro.

*Doz' vidanya*, Boris Ivanovich.

No había demasiadas flores, pero sí un surtido de entremeses que esperaba a la comitiva fúnebre en la habitación encima del Balalaika —el restaurante de Effimov, en San Petersburgo, también quedaba a unos pasos del cementerio—: vodka, canapés de esturión o pepino, galletitas con cerezas confitadas. Genya Beilis, amante, musa, enfermera, editora y prácticamente una diosa para el muerto, se había comportado una vez más con generosidad. «Dios la bendiga», le dijo una mujer, cuando caminaban por el sendero de gravilla hacia el restaurante.

Genya agradeció la bendición con una sonrisa y la anciana se adelantó cojeando para alcanzar a una amiga.

—Madame Beilis, mis condolencias.

Los zapatos del hombre crujieron en el sendero de gravilla. Su primera impresión de él se vio obstaculizada por el velo negro que cubría su rostro. El francés no era su idioma, eso era evidente, pese a lo cual no se había dirigido a ella en ruso.

—¿Amigo del señor Lezhev? —preguntó ella.

—Por desgracia, no.

«Educado», pensó ella. A través del velo, apreció su frente ancha y pálida. Un hombre al final de la treintena. Con un corte de pelo nada barato, al estilo

levemente militar. «Un aristócrata —pensó ella—. Pero no de aquí».

—Un colega de monsieur Pavel —dijo él.

Oh.

Ella se sintió, por un instante, furiosa. Boris estaba muerto, nunca más oiría su voz.

Con todas sus borracheras y pependencias, había sido un alma tierna, atrapada accidentalmente entre las banderas y la sangre, el sentido del honor y la historia. Ahora estaba muerto a causa de ello. Y ahora, justo a su lado, había un hombre cuya labor orbitaba en torno a esas cosas. «Estoy harta de las naciones», quiso decirle. Pero no lo hizo. Caminaron juntos por el sendero de gravilla, el primer trueno de la tormenta resonó en la distancia.

—La ayuda que nos ha brindado hasta aquí es muy apreciada —dijo él en voz baja. Ella tuvo la sensación de que él adivinaba lo que había estado pensando—. El gobierno deberá dejar París ahora..., pero queríamos establecer un protocolo de contacto para el futuro, si resulta aún aceptable para usted.

Ella dudó unos segundos, luego dijo:

—Sí, es aceptable.

De pronto se sintió mareada, pensó que iba a desmayarse. Se detuvo y puso su mano en el antebrazo del hombre para sostenerse. Otro trueno retumbó y ella apretó con fuerza los labios. No quería llorar.

—Hay un banco allí —dijo él.

Ella negó con la cabeza, hurgó con torpeza en su bolso en busca del pañuelo. Los demás asistentes los rodearon. Yushin el dramaturgo se tocó el ala del sombrero con los dedos.

—Siento tanto, Genya Maximova, siento tanto. Justo la otra noche, él..., mi pésame. —Caminó de espaldas uno o dos pasos, volvió a tocarse el ala del sombrero, luego se volvió y desapareció de la vista.

El hombre a su lado le extendió un pañuelo inmaculado y ella se lo llevó a los ojos. Olía ligeramente a colonia.

—Gracias —dijo ella.

—De nada.

Reiniciaron la marcha.

—El contacto hará mención de la iglesia de Saint-Etienne-du-Mont y la vista de la rue de la Montagne. ¿Podrá recordarlo?

—Sí. Me gusta esa iglesia.

—El contacto puede llegarle por correo o en persona. Pero llegará..., tarde o temprano. Como he dicho, estamos muy agradecidos.

Su voz se desvaneció en la última frase. Ella asintió, lo entendía, claro que sí; sí, claro, colaboraría; sí, sí, era algo que había que hacer; sí, sí, cualquier sí que necesitaran escuchar ese día. Él lo entendió al instante.

—Una vez más, nuestras condolencias —le dijo. Y luego—: La dejo aquí... Hay agentes de seguridad franceses en un coche al pie de la colina.

Se adelantó a ella, yéndose por el sendero. No parecía tan malo, pensó ella. Sólo que la información le llegaba como las olas a una playa, y él sólo era un oficial de inteligencia haciendo su labor en tiempos de guerra. Grandes goterones comenzaron a caer sobre el sendero de gravilla y uno de los hombres vestidos de negro y con medallas en el pecho apareció a su lado para resguardarla con su paraguas.

Era un largo trecho desde los barrios rusos en Boulogne hasta Neuilly — donde ahora pernoctaba, en la villa de un industrial huido a Canadá— y la tormenta persistía en el horizonte, pero el capitán Alexander de Milja decidió ir a pie, caminando al atardecer, rumbo al Norte, bordeando la curva del Sena, cruzando ante las fábricas, muelles y vías muertas del sector, ante los barrios obreros y pequeños cafés donde los barqueros del río acudían por las noches a beberse una copa.

Lo habían arrastrado fuera, renegrado por el polvillo de carbón, más muerto que vivo, de la bodega del *Enköping*, depositado cuan largo era en el asiento trasero de un coche de la embajada polaca y llevado allí a toda prisa. Fue un intervalo extraño. Desconectado por completo del mundo real, yendo a la deriva entre luces tenues y sonidos huecos, sumido en una suerte de paraíso mágico, y cuando dijeron: «Estocolmo», él sólo pudo preguntarse qué significaría eso. Dondequiera que había estado, no había sido Estocolmo.

¿Y ahora? ¿Dónde estaba exactamente? Un lugar llamado el París pobre, pensó. En la Francia pobre. En el camino vio los carteles, rasgados, ondeando inútilmente en los muros de una fábrica de ladrillos: nous vaincrons car nous SOMMES le plus forts. Firmados por el nuevo primer ministro, Paul Reynaud: «Venceremos porque somos los más fuertes». «Sí, ya», fue todo lo que pensó De Milja. ¿Qué más podía uno pensar ante esa perorata y esos alardes vacíos? París había sido bombardeado dos veces, no con gran intensidad. Pese a lo cual, estando la Wehrmacht aún muy al norte de la ciudad, Francia había capitulado. Él lo sabía —era contra lo mismo que él y el

coronel Broza habían combatido en Varsovia—, presentía que también iba a pasar aquí.

Había llegado a París a finales de abril y se había puesto a las órdenes del coronel Vyborg, el «caballero báltico» que lo había reclutado para el ZWZ cuando los alemanes iniciaron el asalto a Varsovia. Al principio, fue como si hubiera regresado a su antiguo empleo: labores de oficina en la inteligencia militar. Hubo reuniones, cenas, documentos escritos y leídos, asuntos serios y urgentes pero, en lo esencial, la vida de cualquier agregado militar. Había colaborado parcialmente en la recaudación de fondos para la inteligencia, establecido contacto con oficiales franceses.

Eran todos ellos muy solidarios: «pobre Polonia». Los vuelos en secreto para llevar dinero y explosivos a la red clandestina comenzarían en cualquier momento, en cualquier momento. Había problemas técnicos, se necesitaba que hubiera luna llena, buen tiempo, tanques de gasolina extra en los aviones. Eso era cierto, De Milja lo sabía. Así y todo, algo le decía que eso no llegaría a ocurrir ni siquiera en las condiciones deseadas. «Hay que seguir presionando —decía Vyborg—. Los representantes de un gobierno en el exilio tienen que ser pacientes, individuos corteses que no pierden la calma». De Milja lo entendía y sonreía.

Su oficial francés de contacto, un tal mayor Kercheval del SR —Service de Renseignements, el operativo de inteligencia que aportaba datos al Deuxième Bureau del Estado Mayor francés—, lo invitó a conocer la Línea Maginot. «Muéstrese impresionado», le aconsejó Vyborg. Y bueno, de veras que quedó impresionado. Un largo recorrido en coche, bajo la llovizna primaveral, por el Mouse, el Marne y los varios campos de batalla durante la guerra del 14. Luego muchos alambres de espino y una puerta de hierro con rejilla, dando paso a un túnel excavado a gran profundidad en la ladera de un cerro. Sobre la entrada había un cartel: ILS NE PASSERONT PAS (no pasarán). Después, nueve metros hacia abajo en un ascensor y una jaula con ratitas colgada a la entrada —en caso de una fuga de gas, las ratitas caerían las primeras—, un túnel brillantemente iluminado por el cual circulaba un trenecito que hacía sonar la campanilla. En varias y amplias recámaras de hormigón había oficinas, pizarras, infinidad de teléfonos: un gran centro de «control de fuego», lleno de soldados jóvenes, enfundados todos ellos en monos blancos. Un general le hizo de guía y pidió a De Milja que escogiera un blanco alemán de entre varias fotos en blanco y negro. Todo lo que él veía eran árboles y arbustos, pero su ojo experimentado de cartógrafo alcanzó a discernir la cabaña de un leñador junto a un arroyo y la indicó con el dedo.



«Voilà», dijo el general. A ello siguió una fase de gran actividad: campanillas sonando, soldados hablando por sus teléfonos, mapas enrollados, cifras escritas a toda prisa en las pizarras. Al final, un disco en una pared fue puesto del reverso y el tañido de una campana quedó resonando en el aire. «El objetivo ha recibido una descarga total de la artillería. Está completamente destruido». De Milja quedó impresionado. Se preguntó, por un breve segundo, por qué los franceses, oficialmente en guerra con los alemanes, estaban allí haciendo sonar todas esas campanas en vez de andar disparando, pero eso era un detalle sin importancia, supuso. De hecho, la serie de búnkeres subterráneos podía dirigir un enorme poder de fuego contra el adversario. La Línea Maginot llegaba hasta la frontera misma con Bélgica. Allí se detenía.

Así, el 10 de mayo, cuando Hitler decidió que había llegado la hora, la Wehrmacht pasó a través de Bélgica. Y un oficial francés le comentó a De Milja: «Pero ¿no lo ve? ¡Han violado la neutralidad belga! ¡Han caído en nuestras manos!».

Justo donde el río circunda la Île de Puteaux, De Milja se topó con un *tabac*, una *boulangerie* y varios cafés baratos, un pueblecillo en sí mismo. Por exigencias del oscurecimiento nocturno, las farolas de París habían sido pintadas de azul y ahora la ciudad aparecía bañada de una luz mortecina y extraña, que creaba un efecto surrealista. El viernes por la noche, los cafés deberían haber estado atestados de parisinos: «¡A la mierda todo, bébete tu vino! ¿Te parece que nos veamos en casa...?». Ahora estaban todos tristes, medio vacíos. Y eso en los barrios obreros. En las afueras, en Passy, Neuilly, Saint-Germain y Palais-Royal, no quedaba nadie. Todos habían tenido la necesidad repentina de irse al campo; a visitar a la *tante* Giselle o su adorada *grandmère* o al chalecito junto al río, lo que fuera. Donde se habían ido en 1914. Donde se habían ido, puestos a ello, en 1789.

Entre tanto, en Polonia, la gente se suicidaba. Vyborg se lo había dicho, con líneas blancas de ira marcándosele en las comisuras. Francia era una especie de paraíso para los polacos, con su cultura tan arraigada, el ingenio consumado de su gente, su astucia ancestral, tan displicente. Para los polacos, la opción era bastante más simple: no cedas, sigue en la pelea, cuando a Hitler se le ocurra ir contra los franceses será su fin. Pero eso no fue lo que sucedió, ahora lo tenían claro; a riesgo de su vida, escucharon una vez más la BBC y lo que el locutor no quería decir: los franceses se habían dado a la fuga. No

pelearon, ni lo harían ya. Una ola de suicidios recorrió Varsovia, Cracovia, las mansiones en las montañas.

Una chica de un café miró a De Milja. Con boina y chubasquero, el pelo rizado y cobrizo con un mechón caído sobre la frente, un lunar resaltando contra la blanca piel de sus mejillas, los labios pintados de un rojo intenso, melodramático. Con la mirada, pareció preguntarle algo que no cabía exactamente en palabras. De Milja sintió que la deseaba —las deseaba a todas—, pero siguió caminando y ella volvió a su copa de vino. Qué andaría buscando, se preguntó. ¿Dinero? ¿Un marido improvisado para algún problemilla que ahora había en su vientre? ¿Un hombre que le diera una paliza al casero? Algo, algo. Nada allí era gratis: lo había aprendido en la década de 1920, cuando estudiaba en Saint-Cyr. Se volvió y la miró nuevamente; ahora sumida en la tristeza, mirando fijamente su copa. Su labio superior era grueso y suavemente curvado. Casi pudo imaginar la contundencia de sus pechos bajo la blusa de algodón. Santo Dios, qué bella era; todas lo eran. No podían evitarlo, no era culpa de ellas. Se detuvo y volvió a medias, luego siguió caminando. Una prostituta, quizá, pero no quería pagar por hacer el amor.

«Sí, bueno».

El industrial que había huido a Canadá no había llegado a sacar sus cosas de Neuilly y había dejado tras de sí montones de ropa de mujer, la mayor parte de ella aún envuelta en papel de seda, una caja con una veintena de teléfonos dentro, una pila de cajitas muy elegantes, primorosamente envueltas en papel dorado, y docenas de grabados —animales de todo tipo; leones, cebras, camellos— con la firma «Dovoz» hecha a mano. De Milja había hecho con todo ello una pila en el comedor y se había desentendido. El cepillo de dientes en el baño, la pasta dental reseca, simplemente los había tirado.

Es difícil dormir en una ciudad a la espera de un invasor. De Milja miró por la ventana al jardín de la villa vecina. La llegada de los bárbaros estaba ya prevista, los planes diseñados, las opciones de supervivencia calculadas. Leyó un rato, brevemente, a Joseph Roth, un libro que había encontrado en la mesita de noche: *La marcha Radetzky*. Roth había sido un inmigrante que se había eliminado a sí mismo en París un año antes. Le costaba leer en alemán, pero De Milja era paciente y faltaban aún unas horas para el amanecer.

*Los Trotta no eran una de esas familias rancias y con una tradición a cuestas. El título le había sido concedido a su fundador tras la batalla de Solferino. Como era esloveno, adoptó el nombre de su aldea natal, Sipolje. Y, aun cuando el destino lo*

*había escogido para una hazaña excepcional, se las arregló para que su recuerdo quedara al final oscurecido ante la posteridad.*

*Siendo teniente de infantería, había estado, allí en Solferino, al mando de un pelotón de hombres. La batalla había durado ya hora y media. Desde donde se hallaba, podía apreciar a tres pasos de él la espalda enfundada en blanco de sus hombres. La línea en vanguardia estaba arrodillada, la de atrás de pie. Se los veía a todos alegres, confiados en la victoria. Habían...*

Ahora llovía, con fuerza. De Milja se había tumbado en un largo sofá de color rojo y ribetes dorados, con un almohadón de brocados bajo la nuca. En ese momento se levantó con el índice en el interior del libro para no perder la página, y escrutó la noche desde los ventanales. Alguien había almacenado viejas esculturas a espaldas de la villa, la piedra relucía ahora con el agua y a la luz de los relámpagos. El viento aumentó de intensidad, la lluvia comenzó a caer en auténticas láminas sobre el jardín, luego la atmósfera se calmó de forma repentina y sólo quedó el rumor de los truenos resonando en la lejanía, proyectando su eco en las calles desiertas.

9 de junio de 1940, Avenue de Tourville, Hôtel des Invalides.

De Milja llegó puntualmente a su cita de las once con el comandante Kercheval, del SR. Las calles en torno al complejo militar amurallado en el centro del séptimo *arrondissement* estaban silenciosas —los residentes se habían marchado—, pero en el patio bullía gran actividad, con el personal cargando a toda prisa archivos en varios transportes militares. Hacía calor, y ni una pizca de brisa. Los soldados se habían quitado las guerreras, llevaban la camisa arremangada, los tirantes a los costados, eso les daba el aspecto de los fusileros en la guerra franco-prusiana de 1870.

Tuvo que esperar un cuarto de hora. Luego, un sargento de cierta edad, con gran abundancia de condecoraciones en su pecho, lo condujo arriba por un largo tramo de escalinatas, hasta el despacho de Kercheval. El saludo del mayor fue amistoso, pero a la vez distante. Se sentaron frente a frente en sendas sillas tapizadas. El despacho era impresionante, una pared entera cubierta de incunables, mapas históricos en marcos de gran finura colgaban de la *boiserie* de nogal.

—No es un momento feliz —dijo Kercheval, viendo cómo cargaban los camiones en el patio.

—No —dijo De Milja—. Pasamos por esto mismo en Varsovia.

El entrecejo de Kercheval se frunció al oír eso: «Esto no es Varsovia».

—Creemos —dijo— que aquí no va a ser todo tan grave. De hecho, sólo estamos transfiriendo algunos de nuestros archivos para salvaguardarlos

temporalmente.

De Milja profirió un murmullo de cortesía para manifestar su acuerdo.

—¿Cómo está todo en el Norte? —indagó.

Kercheval formó una especie de torre con los dedos.

—La situación del Décimo Ejército parece estabilizada en el Somme. En el río Oise tenemos aún algunos problemas: principalmente logísticos, de aprovisionamiento y, en fin, de todo tipo. Pero esperamos que todo se despeje en setenta y dos horas. Nuestra evaluación actual es la siguiente: aún nos quedan dos o tres días de infierno, luego llegaremos a una situación estática (*une situation statique*). La cual podemos mantener indefinidamente, por cierto. Lo que yo digo es: durante dos semanas aguantaremos la paliza y luego, con la primera oleada de calor, arremeteremos contra ellos. Los alemanes son nórdicos: no les gusta el calor.

De aquí derivó a los asuntos específicos que ambos compartían: el flujo de información proveniente de fuentes abiertas y clandestinas, cuánto de todo ello podían conocer los polacos. Él se explayó sin ambages, largamente, en un tono confidencial. El sentido de lo que decía, según logró deducir De Milja, era que la gente por encima de ellos, los diplomáticos y oficiales de mayor rango, en esa atmósfera enrarecida de las relaciones bilaterales, debía aún completar la tarea de crear un mecanismo de cooperación estable, pero lo haría muy pronto, claro, tras lo cual De Milja y sus colegas podían confiar en que habría un incremento sustancial de la información compartida.

Kercheval estaría en los cuarenta y tantos, más cerca de los cincuenta, era un individuo de piel reseca y correosa a la altura de la papada, de cabello lustroso y suave, peinado impecablemente hacia atrás. Un cuello de tortuga, pensó De Milja. La boca pequeña y nerviosa, ya fuera cuando hablaba o comía, reforzaba esa impresión. El exterior era impertérrito: cortés, seguro de sí, refinado y frío como el hielo. Si Kercheval mentía, lo hacía por razones de Estado —*raisons d'état*— y si uno lo escuchaba con atención podía advertir en sus palabras un leve indicio, muy sutil, que lo invitaba a uno a coincidir con él en que la decepción era, en fin, parte de la vida, como bien lo sabían y habían asumido, triste pero sabiamente, las culturas más antiguas del orbe. «Vamos, que debe usted admitirlo y ya».

—Es un calvario, y de carácter indefinido —prosiguió—, pero la experiencia nos ha demostrado que las relaciones resultan mucho más llevaderas, y por cierto más productivas, cuando los supuestos iniciales están formulados con precisión.

Sonrió cálidamente a De Milja, quizá con un matiz de disculpa en su rostro: «Nuestra amistad sobrevivirá a todo el sinsentido que estoy obligado a comunicarle, no creo que deba usted tomarlo como algo personal o en mi contra. La vida es demasiado corta para permitirse el lujo del rencor, mi buen amigo».

De Milja se esforzó por asentir y manifestar su acuerdo de manera tan entusiasta como fue capaz, con una sonrisa adherida a sus labios. La *situation statique* en el Somme consistía en que el Décimo Ejército había sido ya rodeado y aniquilado, y De Milja lo sabía. Para Kercheval, sin embargo, el destino de un ejército en particular era de importancia secundaria en comparación con el diálogo que estaba manteniendo con él. Lo relevante era que la información adversa y humillante no debía ser enunciada ante un extranjero, de menor rango e inferior posición social. En cuanto a lo de «sólo estamos transfiriendo algunos de nuestros archivos», al cruzar De Milja el portal y tomar hacia la derecha para ir a coger el metro, cruzó junto a sesenta camiones allí aparcados y esperando a entrar en el patio del recinto.

En el metro leyó *The Daily Telegraph* para averiguar qué pensaban los británicos esa mañana. Al preguntarle a un portavoz francés si París sería declarada ciudad abierta, éste respondía: «Jamás. Tenemos confianza en que las hordas mecanizadas de Hitler jamás llegarán a París. Pero en caso de que efectivamente llegaran tan lejos, puede usted decirle a sus conciudadanos que defenderemos cada piedra, cada pedazo de tierra, cada farola y cada edificio, pues preferiríamos ver nuestra ciudad derruida hasta los cimientos antes que en manos de los alemanes».

Al asomar en la estación de Pont de Neuilly, vio a un grupo de basureros de pelo cano —veteranos de guerra, cada uno con sus condecoraciones en el pecho— trabajando en una hilera de doce camiones de basura. Estaban absortos, montando sendas ametralladoras en los camiones y, esa misma tarde, la policía de París comenzó a utilizar cascos de metal y portar fusiles.

—El gobierno se traslada a Tours —dijo Vyborg.

—Por lo que he visto hoy en la mañana, desde luego que están trasladándose a *alguna* parte —dijo De Milja.

Últimas horas de la tarde, un anónimo café de la rue Blanche de paredes teñidas de marrón por el humo de los Gauloises, con paneles de cristal

grabado entre los compartimientos y las mesas. Una vieja dama con un perrito sentada a la barra, el propietario aburrido y con el ceño fruncido, mientras leía uno de los diarios de una sola hoja que habían sustituido a las ediciones habituales.

Vyborg y De Milja estaban frente a frente en uno de los compartimientos, bebiendo cada uno una cerveza. La tarde era calurosa y estable, una mosca revoloteaba en torno al ventilador detenido en el techo. Ocasionalmente, se dejaba oír el claxon de algún coche desde la columna de refugiados que remontaba fatigosamente los bulevares, a una manzana de allí. Vyborg llevaba un traje raído y de color gris, sin corbata, con el cuello abierto. Parecía, fue lo que pensó De Milja, uno de esos abogados que no pagan el alquiler ni gozan ya de ninguna clientela.

—Cuesta creer que todo haya terminado aquí. Que el ejército francés haya durado apenas un mes —dijo Vyborg.

—Se ha acabado, entonces.

—Sí, claro. París será declarada ciudad abierta hoy o mañana. Los alemanes estarán aquí en una semana o quizá menos.

—Pero Francia seguirá peleando.

—No, no lo hará. Reynaud envió un telegrama a Roosevelt y le pidió la intervención norteamericana; la respuesta de Roosevelt fue un discurso vacilante que no decía nada. Pétain se presentó ante el gabinete en Tours y dijo que un armisticio es, desde su punto de vista, «la condición necesaria para la supervivencia de la Francia eterna». Ésa es la situación.

De Milja se mostró incrédulo. Francia seguía siendo una nación poderosa, su armada era formidable, tenía unidades militares en Marruecos, Siria, Argelia, podría haber combatido durante años.

—En Varsovia...

—Esto no es Varsovia —dijo Vyborg—. En Tours se les perdió un telegrama confidencial. Pusieron el castillo patas arriba buscándolo. Finalmente, una criada lo encontró, arrugado en la cama de la amante de Reynaud. No es la primera vez en la historia del mundo que estas cosas ocurren, así es como son las cosas, y punto. Es como si se hubieran despertado repentinamente de un sueño y descubierto que la casa estaba en llamas, se hubieran encogido de hombros y después se hubieran ido en lugar de llamar a los bomberos o ir en busca de un cubo. Si lee usted la historia, verá que hay ocasiones en que las naciones fallan. Es lo que aquí ha ocurrido.

Vyborg extrajo un paquete de Gitanes del bolsillo, le ofreció uno, cogió uno él mismo, encendió ambos con un encendedor plateado. En la rue

Blanche, una familia de refugiados se había apartado de la hilera y se movía ahora hacia el Sur por París. Un hombre tiraba de un carromato cargado hasta arriba de enseres domésticos, aquí y allá la pata de una silla asomaba del conjunto. Su esposa arrastraba a dos cabras de una cuerda. El perro de la granja, jadeando profusamente por el calor de la tarde, caminaba a la sombra del carromato. Detrás del mismo, iban tres niños, la niña mayor llevaba de la mano a los dos más pequeños. La familia había estado tiempo en la carretera, eso era evidente; sus ojos, velados por la fatiga, no apreciaban nada de lo que acontecía a su alrededor.

El propietario del café dejó por un momento de lado su diario y miró atentamente a la familia con su paso fatigoso. Era un parisino duro y su único comentario consistió en volver el rostro y hacer un chasquido con la lengua antes de volver al diario, moviendo imperceptiblemente la cabeza a derecha e izquierda. El perrito faldero de la vieja dama ladró con fiereza a las cabras. El perro de la granja lo miró e ignoró por completo: «Una cosa ínfima de lana en París convencida de ser un perro; las cosas que uno ha de ver cuando va de viaje». La vieja dama hizo callar al perro, murmurando algo acerca de esos «pobres desgraciados» que De Milja apenas oyó.

—Alemanes del carajo —dijo calmadamente Vyborg, casi con resignación—. Son unos matones de barrio: llegan el viernes por la noche a golpear a quien sea del vecindario. Que es la razón, supongo, por la que franceses y polacos han sido siempre amigos entre sí: comparten el problema.

—Supongo —dijo De Milja—. Así que nos vamos a Londres. A menos que ocurra un milagro.

—No ocurrirá ningún milagro —dijo Vyborg—. Y, sí, Londres es la meta. Tenemos un destructor atracado en la desembocadura del Loira, en Nantes, no muy lejos de la sede del gobierno en Tours. Voy para allá mañana, tenemos que estar donde esté la Francia oficial. Usted se queda. Será el último hombre en irse. Trabajaré en el programa de reactivación, lo que sea que pueda aún hacer. Pero no se aleje demasiado de la base, lo cual significa Neuilly. Esa villa es ahora la sede francesa del servicio de inteligencia militar polaco. En cuanto a la fecha de partida, es difícil predecirla con exactitud. Será a última hora: el honor polaco exige al menos eso, con los obuses cayendo en el puerto y nuestra cola en llamas. Lo contactarán cuando sepamos algo más, por teléfono o algún correo directamente. Le será dada una clave. La BBC ha aceptado transmitir mensajes para nosotros..., es probable que lo hagamos así, en los *Messages Personnels*, así que búsquese un aparato de radio que funcione y escúchelo, a las diez, las cuatro y medianoche. ¿Sabe?, me gusta la

jardinería. ¿Sabía usted que la vincapervinca sirve para cubrir una colina a la sombra...?

Estaba ya oscuro cuando De Milja volvió a Neuilly. Llevaba un baqueteado maletín lleno de francos franceses y un nuevo listado en clave de los agentes polacos en París. Se había contactado ya a los agentes como Genya Beilis, sólo quedaban los peces chicos, un listado sorprendentemente grande. Pero Polonia siempre había gozado de un servicio de inteligencia muy activo: un rasgo habitual de las naciones pequeñas con grandes adversarios.

De Milja hizo un contacto exitoso esa misma noche, a las 23:20, en un salón de baile en Clichy: un funcionario añoso y seco del Almirantazgo francés, al cual se le pagaba una pequeña suma mensual. Luego fue a toda prisa a la estación de metro de Notre-Dame-de-Lorette, pero la mujer a quien esperaba, una polaca de pura cepa a cargo de un grupo de ingenieros en la industria húngara de armamentos, no apareció.

A la mañana siguiente, se despertó y comprobó que el cielo estaba encapotado, las hojas del árbol junto a su ventana recubiertas de una pátina aceitosa y los pájaros habituales en cada primavera, ausentes. Más tarde, un taxista le confirmó lo que sospechaba: los alemanes habían bombardeado los depósitos de gasolina en Levallois-Perret, la nube de hollín había alcanzado la ciudad.

En la cita programada adicionalmente, a las 14:25 —ahora fue a la estación de Abbesses—, la polaca de pura cepa sí apareció: con un fular de Chanel, envuelta en una auténtica nube de perfume y renuente a mirarlo a los ojos cuando le entregó el pago de cinco mil francos. Se iba, pensó él. Pero se mostró doblemente amable, le agradeció su ayuda y entregó el protocolo de contacto. Lo más que podía hacer era intentar dejarle una impresión positiva: el mundo era un escenario cambiante, la buena fortuna a veces cambiaba, sólo quería hacerle sentir que trabajar para el servicio polaco era un seguro de vida en un mar tormentoso.

París agonizaba.

Los refugiados lo cruzaban en oleadas, entre ellos soldados franceses desarmados, aún con el uniforme. La ciudad ahora silenciosa, aparentemente vacía, de no ser por la columna de refugiados caminando a rastras por sus calles. El hecho de que el gobierno hubiera abandonado su sede había



provocado consternación: hasta los diarios de una sola página habían desaparecido, los quioscos estaban cerrados con candado y nadie recogía ya la basura.

De Milja no podía rehuir una sensación de tristeza. Aun cuando habían arremetido sobre ella el fuego y la muerte, Varsovia había luchado desesperadamente por sobrevivir; improvisando una vez, y otra, oponiendo ingenio y coraje al metal y las bombas. No habían tenido la menor oportunidad, pero habían combatido igual; con valor, engañándose a sí mismos, con obcecación. Al cerrar los ojos, veía de nuevo a los pasajeros del tren de cercanías a Pilava con sus ropas mugrientas, aquí y allá manchadas de sangre, entrando a pie en Rumanía con las pesadas cajas llenas de lingotes.

Hizo un esfuerzo por mantener el espíritu en alto. Luchar contra la desesperación era, se dijo a sí mismo, otra forma de combatir a Alemania. Pero a medida que la vida se iba replegando de las calles, se preguntó por qué las banderas y naciones adquirirían tanta importancia. Una ciudad tan ancestral como ésa, donde todo había ocurrido, la gente se había amado, había muerto en ella, pero nada, verdaderamente nada, parecía importar ahora demasiado. O quizá fuera cosa de él: quizá fuera, sencillamente, que estaba cansado de la vida. A veces era así de simple.

Había programado un contacto al amanecer en el decimonoveno *arrondissement*, por el Canal de l'Ourcq, en el atracadero, en el hogar de un capitán de barcaza holandés con vastos conocimientos de lo que producían las refinerías de crudo a lo largo del alto Sena. No servía de mucho, de momento: cada litro de gasolina francesa estaba ahora en llamas o era bombeada a toda prisa al depósito de los coches gubernamentales para su fuga. Pero en el futuro bien podía ser de utilidad saberlo.

A las 2:00 de la madrugada, comenzó a dar vueltas en la cama, incapaz de dormir. El silencio en la callejuela era agobiante. Se trasladó a un sillón, donde siguió leyendo *La marcha Radetzky*, pero al poco empezó a dar cabezadas. Luego se despertó sobresaltado: no sabiendo por qué, hasta que oyó un segundo golpe en la puerta. Cruzó a toda prisa el vestíbulo y atisbó por la mirilla. Un bretón, pensó. El cabello rojizo y cortado casi al cero sobre las orejas, la piel muy clara, la expresión fría, una corbata de seda y cierto aire de estar acostumbrado a esperar. De Milja lo dejó allí y fue silenciosamente hasta la puerta trasera. El que esperaba allí tenía las manos en los bolsillos y miraba distraído al cielo y las estrellas.

Volvió al dormitorio, se puso a toda carrera los pantalones, la camisa y los zapatos mientras el de la entrada llamaba de nuevo. «¿Está usted ahí?». Si

había una voz ducha en llamar a través de las puertas era ésa: «Estoy siendo educado..., no abuse de mi paciencia. *Allons, eh!* ¡Venga ya! Último aviso». De Milja abrió la puerta.

El tipo emitió un leve gruñido de satisfacción: al menos esa parte ya estaba hecha.

—Capitán De Milja —dijo educadamente, en un tono oficial—. Lamento molestarlo, pero...

Pero ¿qué? ¿Estaban los alemanes a las puertas de la ciudad? ¿La época que nos toca vivir?

—¿Sí? —dijo De Milja.

—Quizá deba vestirse, nos han ordenado escoltarlo hasta nuestras oficinas.

—¿Y eso dónde es, si fuera tan amable?

—La prefectura de policía.

—¿Podría identificarse, por favor?

—Desde luego. Usted perdone. —Extrajo una pequeña cartera de cuero con un documento de identidad de la ST (Surveillance du Territoire) y la sostuvo frente a De Milja para que la viera—. ¿Está bien?

—Adelante —dijo De Milja.

El tipo pasó al interior, silbando entre dientes, ninguna melodía en particular, cruzó a zancadas la casa y fue a abrir la puerta trasera. El que esperaba tenía un bigotito perfectamente recortado sobre el labio. Al entrar echó una ojeada a la casa, por pura curiosidad.

—Vaya sitio, ¿eh? ¿Es suyo?

—Soy sólo un inquilino —dijo De Milja.

—Ah. —Era un escéptico profesional, le divertía hacer creer que se conformaba fácilmente.

De Milja fue al dormitorio. El que le había parecido un bretón lo siguió y permaneció de pie en el umbral, viéndole ponerse la corbata, ordenarse el cabello, ponerse la chaqueta. Llevaba un arma, y pretendía usarla, todo era cuestión de tiempo.

—Estoy listo —dijo al bretón.

A la luz azulada de la calle, De Milja vio un Citroen de ciertas proporciones, negro y muy limpio. El bretón abrió la puerta trasera, luego dio la vuelta al coche mientras el otro esperaba junto a De Milja. «Ahora», pensó. El más débil primero.

—Esto va a provocar muy serios problemas —dijo De Milja. El tipo lo miró con aire de reproche. ¿Estaba loco?—. En la programación —se

apresuró a añadir—. Me esperan en otro sitio.

—Bueno... —dijo el tipo.

Qué hacerle, la vida es así.

—El problema es..., se supone que debo entregar ciertos fondos —dijo De Milja. El bretón puso en marcha el vehículo, que volvió resonante a la vida, chisporroteando y atragantándose—. Cuarenta mil francos... No me gustaría dejarlos aquí.

El tipo estaba posiblemente orgulloso de su inexpresividad —los policías no reaccionan si no quieren—, pero De Milja vio que lo había tocado. Eran al menos dos años de su salario.

—Me pregunto —continuó él— si no podrían ustedes guardarme ese dinero, en la prefectura. Luego iré por allí, más tarde, esta misma noche. Después de mi reunión.

El tipo del bigote abrió la puerta trasera y dijo algo al que conducía. Luego se volvió hacia De Milja:

—¿Dónde está?

—Adentro.

—Vamos.

Estuvo en las calles el resto de la noche. Ellos salieron por una de las puertas con un maletín, él por la otra, diez minutos después. Él se puso a cubierto, para verificar qué ocurría desde un punto estratégico. A las 3:15, comprobó que había otros vehículos, uno en cada extremo de su calle, ambos con la silueta del conductor y un pasajero.

*Au revoir.*

Caminó varios kilómetros hacia el Este, yendo hacia París propiamente e intentó quedarse en dos hoteles, pero estaban cerrados bajo siete llaves, la cadena en la puerta, las ventanas clausuradas. En las principales avenidas persistía el flujo de refugiados; en el cruce de los bulevares Saint-Germain y Saint-Michel, una parte de la humanidad colisionaba y batallaba entre sí, pues una columna se desplazaba hacia el Oeste y la otra al Sur. En las líneas del metro que hacían el trayecto Norte-Sur —Porte d'Orléans-Clignancourt—, la gente peleaba por abrirse paso hasta vagones y trenes que nunca volverían a moverse. De Milja caminó y caminó, ocultándose en el caos.

Al menos no lo habían matado. Pero había calculado que no llegarían tan lejos. No significaba nada para ellos, probablemente un tipo al que había que mantener encerrado hasta que llegaran los alemanes. Bienvenidos a París: no

tenemos un ramo de flores, pero he aquí un espía polaco. El bretón y el del bigotito como dibujado a lápiz se habían vuelto adondequiera que fuese su lugar de origen e informado —con eso les habría bastado— de que no estaba en casa, tras lo cual se puso en marcha el paso siguiente y aparecieron los dos coches en cada extremo de la calle.

Era una madrugada tibia, un poco extraña, bajo un cielo de nubes purpúreas deslizándose con parsimonia en lo alto. Vio una hilera de monjes flamencos, su rostro rubicundo, lustroso, bajo la sotana de lana, pedaleando con esfuerzo en bicicletas de mujer. Un autobús de Lille atiborrado de varias familias, un coche de bomberos de Caen, un tanque —con unas ramitas patéticas en la torreta a modo de camuflaje—, una ambulancia, un Daimler con su chófer, todo ello desplazándose a dos kilómetros por hora en el bulevar desbordante. Cruzó junto a un loro abandonado en una jaula, un organillo, un coche fúnebre con humo saliendo del motor y un colchón amarrado al techo.

Estaba cansado; se sentó en un banco, al lado de un plátano surgido de alguna parte, y presionó la nuca contra sus manos. El instinto básico, la supervivencia, lo hizo ponerse en pie al instante y seguir rumbo Norte, hacia Clichy y Pigalle, las putas, que vivían en cuartos de hotel donde nadie hacía preguntas.

Entonces se le ocurrió una idea mejor. El vecindario en torno a la Gare Saint-Lazare, en lo más hondo del noveno *arrondissement*, era un batiburrillo de pequeños negocios de todo tipo, ninguno muy respetable. Un universo en sí mismo, donde los edificios y las calles, y la gente, eran todos ligeramente retorcidos. Uno podía obtener un seguro de la Agencia ABC, en la planta de arriba, al final de la escalera de madera (¿quién no necesitaba toda clase de documentación oficial en esta época y tan compleja?), pero si uno pretendía luego ir a exigirles el pago de la póliza, sus dueños hubieran sufrido una suerte de vahído y quizás hasta se hubieran arrojado en pos de las maletas siempre listas que mantenían cerca de la puerta. Las pieles de los cinturones y bolsos que vendía Frères Brugger eran, por cierto, de algún animal, pero, hablando con franqueza, ¿quién era uno para exigirles que ese animal fuera una vaca? Y nadie lo obligaba a uno a andar exponiéndose bajo la lluvia, eso lo primero. Había una agencia de camareros cantantes, una empresa importadora de bambú, una oficina del sindicato de carromatos que recogían los huesos en las carnicerías...

Y hasta una editorial, las Ediciones del Partenón. Ahí, ¿lo ve? ¿El dibujito con las columnas rotas? ¡Ése es el Partenón! Sus dueños exhibían con orgullo, en la sucesión de pequeños despachos que ocupaban en el n.º 39 de la rue de

Rome, la variedad tan amplia de los libros incluidos en su catálogo. La poesía de Fedyakov, Vainstok, Sygelbohm y Lezhev. Las obras de Yushin y Var. Y toda clase de novelas, de toda índole. Como *Trigo de octubre*, que hablaba de la nobleza de la vida campesina en Ucrania. Como *El mar*, una saga que, a través de una familia de pescadores en Crimea oriental, sugería las altas y bajas de la marea y de la existencia humana. Como *Las perlas Baronsky*: una familia noble pierde todos sus bienes y sobrevive gracias al amor; o *Carta desde Smolensko*: un relato experimental de la vida de las máquinas en una fábrica de tractores, donde no aparecía ningún personaje humano; o *Natasha*: una muchacha de la calle alcanza fama y fortuna. Allí podía uno encontrar la versión inglesa de *La habitación privada*, de Henry Thomas; o *La maestra de Lausanne*, una historia sobre la importancia de la disciplina en un colegio para señoritas, de Thomas Henry; o *El abedul escuálido*, que no trataba, como se podría suponer, del romántico atractivo de la estepa ucraniana, obra de Martín Payne. Todas esas novelas en inglés habían encontrado una audiencia ávida de sus páginas, primero entre los soldados británicos y americanos al final de la Gran Guerra, y luego entre los turistas de ambas naciones, dichosos de contar en sus viajes a París con libros en su propio idioma, afines a sus intereses y aficiones.

Las dos enormes y muy antiguas puertas de hierro de la rue de Rome 39 estaban firmemente cerradas, pero De Milja llamó insistentemente y se negó a marcharse cuando no hubo respuesta. Finalmente, con las primeras luces del alba, uno de los paneles corredizos de la conserjería, situada a un costado del portal, se descorrió levemente y un gran ojo asomó por el hueco para espiar el exterior. Evidentemente, ese individuo no era del ejército alemán —sólo un hombre con la corbata ladeada y los ojos irritados, alguien que había estado caminando la noche entera— y la puerta se abrió al fin rechinando. El conserje, que no tendría menos de ochenta años, armado con un fusil Lebel en sus manos temblorosas, le advirtió lo que ocurría.

—Estamos cerrados. ¿Qué desea?

—Dígale, por favor, a madame Beilis que ha venido un amigo a preguntar por ella.

—¿Qué amigo?

—Un amigo de la iglesia de Saint-Etienne-du-Mont, dígame eso.

—¿Un cura? ¿Usted?

—No —dijo De Milja—. Sólo un viejo amigo.

14 de junio de 1940. Al amanecer. En las calles llovía sin parar. Parecía lo apropiado. No había un alma en todo París. En la Porte d’Auteil, el ganado abandonado a su suerte había roto la verja de los corrales y vagaba por las calles vacías mugiendo y buscando algo de comer.

Por el extremo norte de la ciudad, se oyó viniendo desde los suburbios el rumor de una motocicleta alemana, una máquina perfectamente engrasada. Un joven soldado de la Wehrmacht cruzó a toda velocidad por la Place de Voltaire, giró hacia abajo, aceleró un poquito —«ya estoy aquí, chicas»—, puso la marcha que correspondía y desapareció, en un estruendo creciente, por la rue Grenoble.

Desde el Noreste, desde Bélgica, Luxemburgo y Alemania, una hilera de camiones recubiertos con una lona cruzó a través de la Porte de la Villette. Uno de ellos se salió de la hilera y se desplazó a marcha lenta por la rue de Flandre, en dirección a las estaciones de trenes: la Gare de l’Est, la Gare du Nord y la Gare Saint-Lazare. El camión se detenía cada cierto intervalo de manzanas y de la parte trasera saltaba un único soldado alemán. Como los demás, el de la rue de Rome llevaba guantes blancos y una correa blanca cruzada en diagonal sobre el pecho. Un policía de tráfico. Cuando los carros blindados y transportes de tropas pasaron una hora después por allí, él los dirigió.

A las siete treinta de la mañana, el ejército alemán ocupó el Hotel Crillon y fijó un despacho para las labores de administración local en el vestíbulo. Dos oficiales se personaron en el complejo militar recién abandonado por el mayor Kercheval y sus colegas en Les Invalides y exigió la devolución de los estandartes de guerra alemanes capturados en 1918. Francia había perdido una guerra, pero aún era Francia. Los estandartes de guerra, les explicó un oficial, se habían extraviado. Por cierto, los caballeros podían buscarlos ellos mismos, faltaría más.

Los alemanes izaron una bandera con la esvástica en la Torre Eiffel y otra en el Arco de Triunfo.

Sobre la rue de Rome, Genya Beilis recorrió los visillos y observó al policía de tráfico de la Wehrmacht en la esquina. Encendió un Lucky Strike y exhaló el humo por las fosas nasales.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó.

De Milja se acercó y se quedó de pie junto a ella, apartó con delicadeza la tela de las cortinas de sus dedos y volvió a correrlas.

—La batalla cambia de modalidad —dijo él—. Y la gente se oculta. Se oculta dentro de sí misma, o se oculta de la guerra en la cama del adversario, o se oculta en las montañas. Tarde o temprano, termina ocultándose en las alcantarillas. Viviendo bajo la ocupación, descubrimos que tenemos más ratas de lo que suponíamos.

—Se desharán de nosotros, ¿no? —preguntó ella.

—¿Nosotros?

—Todos los... ¿los qué? Los pequeños restos que el mar arroja siempre a la playa de París: rusos, judíos, los españoles huidos de Franco, los polacos y lo que sea. Los perseguidos. Gente que danza desnuda en sus buhardillas y agita sus bufandas al viento, gente que pega con cola plumas y conchitas en una tabla.

—Esos «nosotros» —dijo De Milja—. Los franceses, los verdaderos franceses, estarán a salvo si saben conservar los modales. Pero los demás, mejor que desaparezcan.

Ella se alejó de la ventana, fue a sentarse en una silla del comedor. Nunca estaba claro dónde terminaba el despacho y comenzaba la vivienda. Sobre la mesa de caoba había varias columnas de un librito delgado con la sobrecubierta de un color azul pálido: *La concha dorada*.

—No se supone que deba usted estar aquí, ¿o sí? —dijo ella.

—¿Por qué dice eso?

—Monsieur Pavel, su... ah... antecesor... se le veía muy fugazmente. Aquí o allá, en un museo o una gran cervecería, algún lugar público.

—Es la forma recomendada.

—Pero a usted eso no le importa.

—Me importa —dijo él.

Lo pensó un momento, después se encogió de hombros.

Ella se levantó y fue a hacer café, con el cigarrillo en los labios. Su blusa era de un color rojo opaco y llevaba pendientes dorados. De perfil a él, cogió unas cucharadas de café de un recipiente, generosas, después preparó una jarrita plateada. El humo subía por los alrededores de su cara y quedaba orbitando bajo la lámpara de bronce en el techo. No pudo evitar mirarla; la textura de su pelo no casaba del todo con el color, pensó. Era tan negro que debiera haber sido más grueso. En lugar de ello, colgaba libre y sedoso, y se movía en su sitio a medida que ella hacía cosas con las manos.

No, no podía evitar mirarla. Estaba en su apartamento desde el día antes, había dormido en el cuarto de invitados, la había deseado tanto que había llegado a dolerle. A cualquiera le hubiera ocurrido, pensó luego; hombre,

mujer o árbol. No es que fuera bonita. Era más que eso. De tez oscura y movimientos felinos, con sus dedos permaneciendo en lo que tocaba un segundo más de lo que era preciso. Sintió deseos de llevarla a la cama, de poner sus manos en la pretina de todo lo que llevaba encima y bajárselo. Y a la vez, un miedo intenso de tocarla.

En la pared sobre un escritorio colgaba un retrato del editor Max Beilis, su padre, un hombre menudo y guapo, de ojos burlones, sagaces, y mirada chispeante. Ella debió de ser su única debilidad: «Todo lo que ella quisiera».

Ella encendió la radio, esperó a que se calentara y sintonizó la BBC. Él se aproximó, pudo percibir un rastro de perfume en el humo del cigarrillo. «Gente que baila desnuda en las buhardillas», había dicho. Parte de su mundo: la respiración contenida de los oyentes, el sonido de los pies descalzos arrastrándose por un suelo de tablones fríos. El corazón tan afín a lo parisino del propio De Milja no se sorprendía con esas cosas.

En la BBC sonaba música moderna, atonal, discordante. Música para la caída de una ciudad. Se diluía y volvía, desaparecía con la estática, y volvía incluso más fuerte. Sin interferencias, aún no: las interferencias vendrían, a veces más, a veces menos, lo comprobarían pronto y de qué manera. Cuando el locutor reapareció con su voz, Genya se inclinó hacia delante con gesto reconcentrado, encendió un nuevo cigarrillo, se recogió el pelo detrás de una oreja:

—Y ahora las noticias...

El gobierno francés había abandonado Tours y establecido su sede en Burdeos. Reynaud había declarado que «Francia puede proseguir la lucha sólo si la intervención norteamericana revierte la situación y garantiza la victoria aliada». En Estados Unidos, el presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado sugirió que, puesto que para los británicos era imposible seguir combatiendo solos, debían rendirse a Alemania. La lucha continuaba esporádicamente en Francia, la Línea Maginot estaba ahora siendo abandonada. Las tropas alemanas habían cruzado el Marne. Las fuerzas alemanas en Noruega esto, en Dinamarca eso otro, en Bélgica y Holanda aquello de más allá. Esa mañana, las tropas alemanas han entrado en París y ocupado la ciudad.

Cuando hubo concluido, otra sinfonía.

16 de julio de 1940. Banque Nationale du Commerce, Orléans. 11:30.

«¿Era francés?».



Monsieur LeBlanc echó una segunda ojeada al hombre que esperaba tras la barandilla, esa que separaba a los empleados del banco de las ventanillas. Sabía calar a la gente: eso de quién es quién y qué es qué, como se dice. Este individuo había sido, en su día, un tipo relevante. Un atleta o un soldado: cierta altivez en los hombros y la postura así lo sugerían. Aunque, últimamente, las cosas no le iban tan bien. Lentes baratos, el sombrero sostenido entre las dos manos —un gesto inconsciente de sumisión—, los zapatos raídos. ¿Bebedor inmoderado? No, algo de vino tal vez, como todo el mundo, pero no más de lo que correspondía. ¿La muerte de una persona amada? Muy posible. Por ahora, muchos de los refugiados que habían emprendido rumbo al Sur habían encontrado el camino a casa, pero muchos otros habían muerto, los delicados de salud, algunos de los más fuertes también.

«¿Francés? Ni por asomo».

Monsieur LeBlanc no sabía cómo lo sabía, pero así era. La conformación de la boca o el ángulo de inclinación de la cabeza, un gesto sutil, revelaban su condición de extranjero, un extraño. ¿Podría ser alemán? ¡Ja! ¡Qué ocurrencia! Ningún alemán estaría ahí esperando a monsieur LeBlanc, sería atendido ahora mismo, antes que nadie, y con todo derecho, por cierto. Sí, no cabía sino admirar esa faceta. Una pena lo de la guerra, una esvástica ondeaba ahora sobre el *lycée* del que él había sido alumno y los oficiales alemanes llenaban los mejores restaurantes, pero, por otra parte, eso no se decía, claro, bien podía ser que no fuera ésa una opción tan mala para Francia. El trabajo duro, la disciplina..., dos grandes virtudes alemanas, habrían de combinarse con el don de gentes tradicional de los franceses. Una combinación triunfal para ambas naciones, se dijo monsieur LeBlanc, dentro de la Nueva Europa.

—*Monsieur* —indicó una silla frente a su escritorio.

—*Bonjour, monsieur* —dijo el hombre.

«¿Francés? Ni por asomo».

—¿Y usted es...?

—Lezhev. Boris Lezhev.

—Muy bien. ¿Y necesita usted...?

—Una caja de seguridad, monsieur.

—¿Se ha trasladado usted recientemente a Orléans?

—Sí, señor.

¿Eso era todo? Esperó. Evidentemente, eso era todo.

—¿Y qué tamaño tenía usted en mente? Las tenemos de tres tipos.

—La menos gruesa, sería lo mejor.

«Ignorante». Quería decir la menos *grande*, pero usaba la palabra *gros*, que quería decir gruesa o pesada. En fin, qué podía hacer uno. De pronto, se sintió harto de ese ruso hecho polvo. Abrió uno de sus cajones y extrajo una hoja grande de papel amarillo. Hundió la pluma en su tintero y comenzó a escribir las señas particulares de Lezhev; nacimiento y familiares, número de la tarjeta extendida por la policía y permisos de residencia, trabajo y así sucesivamente. Cuando hubo concluido, garrapateó sus iniciales en la hoja y fue a buscar el listado de las cajas de seguridad disponibles.

En la oficina del cajero adjunto lo aguardaba una sorpresa. Ésta era una ciudad de gran interés en lo cultural, pero no tan importante: Juana de Arco se había marchado hacía tiempo de la soporífera Orléans, ahora un centro regional para los negocios de granjeros. Con todo, cuando monsieur LeBlanc tuvo en sus manos la lista de cajas disponibles, sólo quedaba una libre. Evidentemente, un alto número de los residentes locales esperaba un golpe de suerte.

Cuando Lezhev firmó los documentos y aceptó las llaves, monsieur LeBlanc tomó discreta nota de su reloj. Faltaban sólo unos minutos para el mediodía. Excelente. ¿Qué día era hoy? Miércoles. En Tante Marie eso significaba, hum, *blanquette de veau* con guarnición de zanahorias pequeñas.

—Gracias, monsieur —dijo el ruso.

—De nada, nos complace tenerlo como cliente, monsieur.

«Vaya un bárbaro».

Y Mildred Green no era mucho mejor: monsieur LeBlanc, en caso de habérsela topado, se hubiera encasquetado el sombrero hasta las orejas y hubiese salido huyendo.

Era una mujer achaparrada, de Texas, con el cabello ralo, boca fruncida y genio más bien vivo. Las cualidades que la redimían no eran conocidas por todos, sólo por los soldados americanos heridos en la Gran Guerra, cuando había sido enfermera del ejército, y por el agregado militar americano en Francia, para quien trabajaba ahora como secretaria y perro guardián.

La oficina del agregado militar se había trasladado a Vichy el 5 de julio, con la lengua fuera y a la cola del gobierno galo; de Burdeos se había trasladado a Vichy el primero de julio, junto al río Allier, un antiguo y estirado balneario lleno de hoteles ostentosos y residencias particulares que

tuvieron que cobijar a la burocracia recién arribada y, a la vez, a los privilegiados que se arrodillaban a sus pies cada día.

La vida no había sido fácil para Mildred Green. La gente que ahora gobernaba en Francia abominaba de los británicos y detestaba a sus primos americanos. Mejor los alemanes, mejor cualquier cosa, que los británicos o los yanquis. La asignación de los espacios habitables en Vichy reflejaba ese punto de vista, de manera que la villa designada iba a requerir, al menos, algunos arreglos. El agua salía a borbotones de los grifos, las ventanas habían sido abiertas por última vez durante la ola de calor de 1904, en uno de los armarios vivía una familia de ratas, en el otro una de ardillas, y sólo Dios sabía lo que vivía en el tercero, porque pudieron oírlo allí dentro pero nadie consiguió abrir la puerta.

Mildred Green no perdió la calma, inclaudicable en mitad del martilleo y claveteo circundantes, y los arrebatos artísticos y cuentas enormes que le eran presentados, con toda cortesía, por servicios o productos de los que ella no tenía noticia. Había trabajado en Francia desde 1937, sabía qué esperar, cómo lidiar con ello, y sabía cómo mantener su propio equilibrio, durante una parte del tiempo, al menos. Sabía, por ejemplo, que todos los trabajadores paraban de trabajar alrededor de las diez cada mañana para tomar el *casse-croûte*, un poco de pan y algo de vino tinto para sostenerse en pie hasta la comida.

Así, no dejó de sorprenderse cuando, estando ante su máquina de escribir, un hombre con una caja de herramientas y un mono *bien de travail* llamó a la puerta y pidió autorización para hacer unos ajustes en el tendido eléctrico del tejado. Ella dijo que sí, pero no tenía intenciones de abandonar el despacho. Temiendo no tanto por los libros de códigos cifrados sino por las máquinas de escribir. El electricista hizo un gran numerito, golpeteó la pared con el mango de un destornillador, luego se acercó hasta el escritorio de Mildred y le entregó un sobre, en cuyo interior había, advirtió ella al tacto, una llave.

—No soy electricista —dijo el hombre en francés—. Soy oficial del ejército polaco y necesito hacer llegar esta carta al gobierno polaco en el exilio.

Mildred Green no reaccionó al principio, sencillamente golpeteó pensativa una esquina del sobre contra su escritorio. Sabía que los servicios franceses de contraespionaje eran muy versados en el uso de *agents provocateurs*.

—No estoy segura de que pueda ayudarlo —dijo en un correctísimo francés.

—Por favor —dijo él—. Por favor, ayúdeme. Ayúdenos.

Ella respiró hondo, dejó escapar el aire, con el rostro aún impertérrito.

—No puedo prometerle nada, señor. Lo hablaré, se llegará a alguna decisión. Si no procede, iré a la papelería. Es todo lo que puedo hacer por usted.

—Léalo —dijo él—. Sólo dice que deben contactarme y les dice cómo hacerlo, a través de una caja de seguridad en Orléans. No puede hacerle ningún daño entregar esa información a los polacos de Londres. Si se lo da usted a los franceses, yo estaré acabado.

Mildred Green le respondió con su mirada de texana desconfiada, que recayó sobre el falso electricista en *bleu de travail*. Esto era, con toda seguridad, una treta, pero quizá no. Lo que el polaco no sabía es que, al volver a su casa esa noche, tendría en la recepción del hotel un puñado de mensajes para ella, todos entregados con absoluta discreción. De judíos, intelectuales, toda clase de gente huyendo de Hitler. Unos pocos dejaban su nombre, otros únicamente instrucciones: para publicar anuncios personalizados, encontrar notas ocultas en talleres abandonados, contactar a través de terceros. Cada caso era urgente, sin excepción, a veces desesperado. Europa había incubado durante largo tiempo sus odios, ahora la herida estaba abierta y sangraba y parecía, de pronto, que todo el mundo quería solucionar sus problemas a través de ella.

—Tendremos que verlo —dijo ella—. No puedo prometerle nada.

Lo dijo por si había algún oído escuchando. Su verdadera respuesta fue deslizar el sobre dentro de su gran bolso de piel: un gesto que el polaco entendió de inmediato. Él inclinó la cabeza en señal de gratitud —casi en una reverencia—, después saludó y desapareció.

Las noches de julio eran particularmente suaves en aquel verano parisino. Todos los coches, taxis y autobuses habían sido requisados por los alemanes y con el toque de queda, fijado a las 23:00 horas, las ventanas cubiertas por cortinajes que ayudaban al oscurecimiento y las farolas veladas, la ciudad brillaba con un resplandor azul como el de un claro de luna hollywoodense, mientras los pasos de un solitario policía resonaban en las calles vacías. Los ruiseñores volvieron a la ciudad y entonaban su canto entre la vegetación, y la brisa nocturna portaba consigo la fragancia de las flores de los parques. París, como una princesa en un cuento de hadas, se descubrió a sí misma envejecida, encantada y encadenada.

Oculto en una callejuela del séptimo *arrondissement* —el más rico y exclusivo de todos los barrios parisinos—, la Cervecería Heininger era un

oasis de vida en esas noches silenciosas. Abiertas por varios fabricantes de cerveza que competían entre sí a principios de siglo, las *brasseries* de París nunca se habían desprendido del todo de aquel resplandor que evocaba el *fin-de-siècle*. En la Heininger, una escalinata de mármol blanco subía hasta una habitación de banquetas rojas y lujosas, espejos de marco dorado, cupidos pintados en las paredes y lámparas de resplandor atenuado. Camareros de grandes patillas cruzaban de un punto a otro sobre la alfombra, llevando bandejas de langosta con mayonesa, carnes a la parrilla y salmones cocinados al vapor con trozos de gelatina dorada. El espíritu de la cervecería era de refinada locura; uno iba allí a abrir su corazón, a reír y dar voces y contar sus secretos mejor guardados... Bien podía ser, cualquiera de esas noches, la última noche del mundo y no había otro lugar más indicado en la tierra donde pasarla.

Y si la cocina de la Heininger era rica y aromática, no lo era menos la historia del lugar. En 1937, cuando las nubes presagiaban ya la tormenta que se cernía sobre Europa, el jefe de camareros, un búlgaro, Omaraeff, había sido liquidado de un disparo en el baño de damas por un asesino del NKVD mientras dos de sus cómplices barrían las paredes cubiertas de espejos del lugar con sus metralletas. Un único espejo sobrevivió a la velada. El único agujero de bala que tenía lo transformó en monumento, y la mesa bajo él —la número 14, con capacidad para diez personas— pasó a ser el lugar de encuentro favorito de la clientela del lugar. Se decía que lady Angela Hope, luego denunciada en *Le Matin* como una agente del servicio de inteligencia británico, había reclutado al espía conocido como Curate —un corresponsal ruso— en dicha mesa. Ginger Pudakis, esposa del barón de la carne de Chicago, había hecho de ese punto su cuartel de operaciones al atardecer, con Winnie y Dicky Beale, los millonarios americanos fabricantes de estufas, la condesa polaca K... y su galgo, y la misteriosa LaReine Haric-Overt. Fum, el simpático payaso del Cirque Dujardin, fue a menudo visto allí con el tenor Mario Thoeni, el empresario Adelstein y el disoluto rey de la noche Roddy Fitzware. ¡Qué de cosas no sucedieron en la mesa 14! Revelaciones asombrosas, brillantes maniobras de seducción, fortunas perdidas, placeres encontrados.

Entonces vino la guerra. Y desde el 4 al 28 de junio, la gran *brasserie* estuvo inactiva y sumida en la oscuridad, detrás de sus postigos cerrados.

Pero un lugar así no podía morir, al igual que el propio París; de hecho, había vuelto pronto a la vida y la mesa 14 había vuelto a ser el centro de la escena en el teatro de cada noche. Algunos de sus habituales regresaron:

Mario Thoeni estaba a menudo allí —aunque a su amigo Adelstein hacía tiempo que no se lo veía—, el conde lava aún iba con regularidad, igual que Kiko Bettendorf, el corredor de coches y saltador de vallas olímpico en representación de Alemania, ahora al servicio de la administración.

Los refinados amigos de Kiko, nada más llegar a París desde Hamburgo o Munich, habían hecho de la Brasserie Heininger su segundo hogar. Esa noche de verano en particular, estaba allí Freddi Schoen, que acababa de cumplir los veintiocho, luciendo un uniforme de oficial de la armada primorosamente confeccionado para él, que resaltaba su rostro anguloso y sus bonitos ojos avellanados. Junto a él estaba su prima, Traudl von Behr, con el rostro muy próximo a una tonalidad escarlata a causa de la excitación, y su amigo, el oficial de Estado Mayor de la Wehrmacht Paul Jünger. A ellos se había sumado, en la mesa 14, el general ruso blanco Vassily Fedin —que le había dado al Ejército Rojo tantos dolores de cabeza en las afueras de Odessa en 1919—, el viejo compañero del general en su compartido destierro, el conocido poeta y trotamundos Boris Lezhev, y la muy adorable Genya Beilis, de la familia propietaria de las Ediciones del Partenón. Cerrando la partida estaban M. Pertot —cuyas Boucheries Pertot proveían de carne a las instalaciones alemanas de la Baja Normandía—, esta noche acompañado de su bella sobrina, y el barón Baillot de Coutry, cuya empresa aportaba el cemento requerido por los proyectos de edificación alemanes a todo lo largo de la costa septentrional de Francia y Bélgica.

Justo después de la medianoche —la Brasserie Heininger no tenía problemas con el toque de queda, las autoridades de ocupación se habían ocupado oportunamente de ello—, Freddi Schoen dio unos golpecitos a una jarra de cristal con su cuchillo y alzó una copa de Pétrus a contraluz.

—Un brindis —dijo—. Un brindis.

El grupo se tomó unos minutos antes de calmarse —no todo el mundo hablaba la misma lengua, pero los suficientes hablaban lo suficiente de ellas: francés, alemán, inglés, de manera que todo el mundo entendía más o menos, con la ayuda ocasional de algún vecino, la mayor parte de lo que estaba ocurriendo—. En este medio, uno aprendía pronto que una vaga sonrisa era lo más apropiado ante más del 90% de lo que acontecía en el mundo.

—Por esta noche —dijo Freddi, moviendo la copa hacia atrás y adelante ante la luz—. Por los tiempos que corren. —Aún había más, todo el mundo esperaba algo más. M. Pertot, con sus cabellos platinados y su tez rosada, sonreía alentándolo—. Por... —añadió Freddi.

La sobrina del barón Baillot de Coutry le guiñó el ojo un par de veces.

—¿El vino y la amistad? —propuso el poeta Lezhev.

Freddi Schoen lo miró fijamente unos segundos. Ése era su brindis. Pero Lezhev, en fin, era un hombre de letras.

—Sí —dijo Freddi, con un leve matiz enfurruñado en la voz—. Por el vino y la amistad.

—Escuchad, escuchad —dijo M. Pertot, alzando su copa en señal de aprobación—. Me parece muy justo brindar por este vino espléndido. —Hizo una pausa, luego añadió—: Y por la amistad, claro. En una época como ésta, eso significa mucho.

Freddi Schoen sonrió. Eso era precisamente lo que intentaba decir..., eso de las uniones, las armonías.

—Una sola Europa —dijo el general Fedin—. Hemos tenido demasiadas guerras, demasiadas reyertas. Debemos seguir adelante unidos.

Era un hombre de rostro duro, con los huesos del rostro bien marcados bajo la piel, y fumaba un cigarrillo en una boquilla de marfil.

Jünger se excusó y abandonó la mesa, M. Pretot le habló en tono confidencial a su sobrina, el camarero vertió algo de vino en la copa de mademoiselle Beilis.

—¿Es a eso a lo que se refería, Herr Lezhev? —dijo Freddi en voz baja.

—Sí, sí. Tendremos una sola Europa ahora, con un liderazgo fuerte. Y la fuerza es, a fin de cuentas, lo único que los europeos entendemos.

Freddi Schoen asintió para manifestar su acuerdo. Estaba levemente borracho y parecía preocuparle algún diálogo que sostenía en su interior.

—Le envidio su destreza —dijo al cabo de unos segundos.

—¿La mía? —La sonrisa de Lezhev tenía un deje de acritud.

—Sí, claro, la suya. Es difícil —dijo Freddi.

—No creo que sea muy «fácil» ser un oficial naval, teniente Schoen.

—Pff. —Freddi Schoen rió para sí—. Firmar un documento, dar una orden. Los oficiales y funcionarillos de poca monta, ya sabe usted, me dicen lo que debo hacer. Puede convertirse todo en un tecnicismo. Pero la gente como usted, que puede ver una cosa y hacer que cobre vida... —Meneó la cabeza con pesar.

Lezhev lo miró de soslayo.

—Usted escribe, teniente —le comentó en tono amistoso.

Una sombra de rubor subió hasta las mejillas de Freddi Schoen, que volvió a negar con la cabeza.

—¿No? ¿Y entonces?

—Yo... intento plasmar algunas cosas en la tela.

—Pinta.

—Lo intento, a veces...

—¿Retratos? ¿Desnudos?

—Escenas campestres.

—Ah, bueno, pero eso es ciertamente difícil.

—Intento aprehender el paisaje y expresar alguna emoción. Sentir la emoción que transmite y hacerla aflorar. La melancolía del otoño. En la primavera, el abandono.

Lezhev sonrió y asintió, como confirmando algo para sí mismo: «Ahora entiendo a este chico, toda la noche dándole vueltas y ahí estaba, eso que no conseguía dilucidar del todo».

—He aquí... ¡adivina quién! —El salvaje alarido venía del teniente Jünger, que había vuelto a la mesa con una francesa alta, impresionante, y en cautividad.

Era pelirroja, cuarentona, con un mohín a lo Cupido en su boquita pintada de carmín y dos pechos exuberantes, encorsetados y con las puntas marcándose en el vestido de seda negra. Jünger la sostenía con firmeza por el codo.

—Os lo ruego, perdonad la interrupción —dijo ella.

—¡Díselo! —gritó Jünger—. ¡Tienes que hacerlo!

Era un hombre enjuto, de hombros reducidos y gafas de carey. Muy borracho, sudoroso y pálido en ese momento, se tambaleaba atrás y adelante.

—Mi nombre es Fifi —dijo ella—. Mi nombre original es Françoise, pero me llaman Fifi.

Jünger se dobló en dos y aulló de risa. Pertot y Baillot de Coutry y las dos sobrinas mostraban la sonrisa tensa de la gente que sabe que la gracia del chiste acabará por relucir en algún momento.

Freddi Schoen dijo:

—¿Paul?

Pero Jünger estaba concentrado en recuperar el aliento y, cogiendo a la dama por el codo, se las arregló para murmurar:

—Diles lo que haces. Diles lo que haces.

—Trabajo en el guardarropa..., me ocupo de los abrigos y los sombreros de los clientes.

—¡La chica del guardarropa! ¡Fifi, la chica francesa del guardarropa!

Jünger soltó otra carcajada estridente y se aferró a la mesa para no perder su precario equilibrio; el mantel comenzó a deslizarse de su lado, pero Pertot —con la sonrisa alegre y expectante aún fija en su rostro— proyectó su mano



en el aire para alcanzar la botella de Pétrus. Una copa en forma de globo con trocitos de melón nadando en licor de kirsch derramó su contenido hasta alcanzar el borde de la mesa y varios camareros corrieron a limpiarlo.

—Mira que eres malo, Paul, pero que muy malo. —Los ojos de Traudl von Behr tenían un brillo de admiración. Era una mujer de hombros rectos, cabello pajizo y la piel muy blanca, que se había vuelto incluso más roja con el proceder del teniente Jünger—. Bueno, siéntate de una vez —dijo ella misma a la altísima mujer francesa—. Tienes que contarnos todo lo de esos sombreros, y de cómo haces para llevar el control.

Jünger se encogió de la risa. La comisura de Fifí comenzó a temblar en su sitio y un individuo de cabello entrecano apareció de pronto a su lado y se la llevó.

—¡Un problema en el guardarropa! —explicó volviéndose, con la nota de humor justa para que la fuga de ambos quedara muy bien.

—¡Vaya par! Eran como una pareja de mi escuela —dijo Freddi Schoen a Lezhev—. Bueno, todos éramos así. —Sonrió evocando algo que le resultaba grato—. Qué locura —añadió—. Qué días. ¿Conoce la Universidad de Gotinga?

—No —dijo Lezhev.

—Si tuviera yo su talento..., no es como otros lugares y los estudiantes tampoco son como los demás. Su mundo, el de todos ellos, tiene... —lo pensó brevemente—: ¡un brillo! —concluyó triunfal.

Lezhev lo entendía. Freddi Schoen pudo apreciar que así era. Curioso encontrar tanta simpatía en un ruso, habitualmente tan toscos y tan insensibles. Un guisante le dio en ese momento en la sien. Se cubrió los ojos con la mano: ¿qué podía uno hacer con amigos como éstos? Echó una ojeada a su alrededor para descubrir a Traudl von Behr valiéndose de una página arrancada de la *carte des vins* ahora enrollada y convertida en una cerbatana. Estaba bombardeando a una pareja en otra mesa, que fingía no haberlo notado.

—No hay manera de hablar —dijo Freddi Schoen a Lezhev—. Pero me gustaría continuar esta conversación en otra oportunidad.

—¿Esta semana, quizá?

Freddi Schoen iba a responder, entonces Jünger gritó su nombre, de modo que se encogió de hombros y esbozó un asentimiento y se volvió a ver qué quería su amigo.

Lezhev se disculpó y fue al lujoso baño de hombres, todo revestido en mármol de color verde agua y guarniciones de bronce pulido. Se miró al

espejo e inhaló una bocanada de aire. Le pareció estar a veinte mil kilómetros de todo. De uno de los reservados le llegó la voz del general Fedin, una voz cortante que le habló en ruso.

—¿Estamos solos?

—Sí.

—Cuidado con él, Alexander.

Mediodía, el último día de julio, caluroso y sin una brizna de viento. El Estado Mayor de la Kriegsmarine había escogido para sus oficinas la mansión de un financiero cercana al Hotel Bristol, a sólo unos pasos del elegante Faubourg St.-Honoré. Lezhev esperaba en el parque al otro lado de la calle, a medida que los oficiales de marina, en grupos de dos o tres, bajaban ágilmente los escalones de la entrada y se iban caminando por el sendero de gravilla a comer. Al ver aparecer a Freddi Schoen en la puerta y echar un vistazo a su alrededor, Lezhev le hizo una seña.

—¿Está seguro de que no se sentirá incómodo conmigo? —le preguntó Freddi Schoen, cuando ya iban los dos rumbo al río.

—Estoy seguro —dijo Lezhev—. ¿Va todo bien?

—Sí, supongo que sí.

—Todos los días algo nuevo, ¿no? —dijo Lezhev.

—No. Tendría que estar en el ejército para entenderlo. A veces un superior riñe de veras a un subordinado. No hay que tomárselo de manera personal... Es sólo la forma en que estas cosas se han hecho siempre.

—Bueno, mañana le tocará a usted desquitarse.

—Tiene toda la razón, es la forma de enfocararlo.

Caminaron por las calles veraniegas, cruzaron el Sena por la Place de la Concorde. Los parisinos se trasladaban ahora en carritos tirados por bicicletas, las taxicletas, que se anunciaban ofreciendo: «¡Rapidez, comodidad, seguridad!». Los conductores —los antiguos taxistas de París— no habían cambiado sus modales ni su estilo. Ahora simplemente pedaleaban como locos en lugar de no soltar el pie del acelerador.

—¿Se exige usted mucho al escribir? —preguntó Schoen.

—Cuando puedo. Tengo un pequeño trabajo en las Ediciones del Partenón, me ocupa casi todo mi tiempo.

—A todos nos pasa.

Se detuvieron a admirar a una pareja de francesas con dos vestidos tan ligeros que flotaban en el aire aunque no hubiera ni el menor asomo de brisa.

—Buenas tardes, señoritas —dijo Schoen con una sonrisa encantadora, tocándose la visera. Las chicas lo ignoraron con un mohín no del todo en serio. Eso pareció hacerlo sentir un poco mejor—. ¿Y puedo preguntarle sobre qué está escribiendo en estos días?

—Ah, toda esa mezcolanza rusa de siempre: la pasión por la tierra, la melancolía eslava, la vida, el destino. Ya sabe.

Schoen se rió por lo bajo.

—Lo importante, creo, es que no pierda usted la perspectiva.

Llegaron al barrio de Saint-Germain-des-Prés, uno de los centros de las artes parisinas y sus artistas. Los cafés estaban repletos; los clientes jugaban al ajedrez, leían los diarios colaboracionistas, discutían, coqueteaban y conspiraban envueltos en la niebla del humo de pipa. Freddi Schoen y Lezhev doblaron por una callecita donde había tres coches alemanes aparcados con las ruedas sobre la acera. Schoen estaba nervioso.

—No estará muy concurrido, ¿verdad?

—No se dará ni cuenta.

Subieron cinco plantas hasta una puerta sin ninguna señal en ella que permanecía abierta unos centímetros. Dentro había nueve o diez oficiales alemanes, las manos enlazadas a la espalda o metidas con indolencia en los bolsillos, muy concentrados en lo que observaban. Uno de ellos, un coronel del Ejército, se volvió brevemente para ver quién había llegado. El mensaje de su rostro quedó clarísimo: no evidencie que está aquí, nada de toser o que crujan sus botas o silbar o, Dios no lo permita, decir algo.

En el extremo más alejado de la estancia, iluminado por una vasta claraboya, Pablo Picasso, con unos pantalones muy amplios y alpargatas, bosquejaba con un carboncillo en una gran hoja de papel rugoso clavada en la pared. Al principio, la forma pareció una pura abstracción, pero entonces surgió un caballo. Con una de las patas dobladas hacia arriba, la cabeza de medio lado y tratando de alzarse: no era una pose natural, así no se movía un caballo. Lezhev lo entendió: un animal forzado a una postura extraña. Lo entendió demasiado bien.

—Dios mío —murmuró Freddi Schoen con asombro reverencial.

La cabeza del coronel se volvió instantáneamente hacia ellos, su mirada feroz dejándolos a los dos de piedra mientras Picasso seguía dibujando su bosquejo en la áspera hoja de papel.

2 de agosto. Con o sin ocupación, los parisinos dejaron París en agosto: las calles vacías, el calor fluyendo en oleadas. Un telefonazo de Freddi Schoen canceló la cita para comer al lado de las Ediciones del Partenón. Demasiado trabajo.

4 de agosto. Un café a última hora de la tarde. Pero no en el Faubourg St.-Honoré. La incorporación de personal extra, se disculpó, había obligado a su sección a encontrar, probablemente de manera temporal, un nuevo cuartel de operaciones: una antigua facultad de Farmacia no lejos de un almacén de vino que había al extremo este de la ciudad.

7 de agosto. Una velada para celebrar el nuevo estudio de Freddi Schoen en el Barrio Latino. Aperitivo y cóctel a las siete, cena a continuación. Las invitaciones se habían enviado a finales de julio, pero la hora de la cita se cambió. Los avisos telefónicos de un secretario alemán la fijaron ahora para las ocho. Después para las nueve y media. Freddi Schoen no apareció hasta las once y cuarto, pálido, sudoroso y sin aliento.

Las pinturas, colgadas alrededor del estudio y expuestas en tres caballetes, no estaban tan mal. Eran borrosas y densas. Los paisajes, escenas de canales, podrían haber sido, y probablemente lo eran, luminosos. Pero la luz y la sombra eran algo desconocido para Freddi Schoen. Aquí había un bosque. Vale. Allí había agua. Vale. El primero era verde. La última, azul.

Tras unas copas de vino, Freddi meneó la cabeza con palpable tristeza. Él lo notaba.

—En el campo está allí, enfrente de uno —le dijo a Lezhev—. Entonces uno trata de reproducirlo en la tela y mire lo que sucede.

—Oh —dijo Lezhev—, no siga por ahí. Todos hemos pasado por eso.

Lezhev advirtió que el todos había hecho que Freddi Schoen se estremeciera de placer. Él era uno de ellos.

—Es todo cuestión de tiempo —añadió el amable poeta.

—¡Tiempo! —dijo Freddi—. Le digo que no lo tengo... Hice algunos de éstos cuando todos estaban comiendo.

—Déjeme llenarle la copa —dijo Genya desplegando su amabilidad.

Había estado aliviando a escritores histéricos desde que era una niña: a esas alturas era como un instinto adicional. Conocía bien ese mundo donde nada era nunca suficientemente bueno. Y bueno, que no lo fuera. ¿Qué más daba?

Freddi Schoen le sonrió agradecido, entonces unos amigos alemanes llamaron su atención. Genya se inclinó hacia Lezhev y le dijo:

—¿Me llevas a casa cuando esto termine?

Las ropas descansaban en una silla junto a la personalidad de Lezhev. Un verdadero alivio tras un día que había parecido durar cien horas. De Milja miró fijamente sobre la cama de Genya, recorrió en su mente la velada, resolvió que no lo había hecho tan bien. «Soy un cartógrafo —pensó—. No puedo lidiar con estas cosas, estos engaños». Todo lo que había querido siempre era mostrarle a la gente el camino de vuelta a casa... y ahora, mira en lo que se había convertido, el hombre más extraviado del mundo.

No era su culpa haber quedado aislado del Sexto Departamento en Londres: estaba improvisando, haciendo lo que creía mejor, haciendo lo que suponía que a ellos les hubiera gustado y esperando a que ellos restablecieran contacto. «Sí, pero aun así», se dijo a sí mismo. Esto no era una misión, era una... una *aventura*. Y él sospechaba que no iba a terminar bien para nadie.

Pero ¿y si no, qué?

—Comparte esto conmigo —dijo Genya.

Él inhaló su aliento y su perfume entreverados con el humo. Tenía una sombra oscura sobre el labio superior y una línea oscura que iba del ombligo al triángulo entre sus piernas. O al menos allí era donde desaparecía, como una costura. Él lo recorrió suavemente con la yema del dedo.

Ella apagó el cigarrillo con delicadeza, cogió el cenicero y lo devolvió a la mesita de noche. En seguida se tendió de espaldas nuevamente, cogió su mano y se la puso entre las piernas y la dejó allí. Después suspiró. No era un suspiro de pasión, sencillamente quería decir que le gustaba sentir su mano entre sus piernas y que no había muchas otras cosas en el mundo que la hicieran tan feliz, y el suspiro se debía a la segunda parte del razonamiento más que a la primera.

—Sí —dijo ella, refiriéndose a su sexo—, es para ti.

Desde luego, en unas horas más volvería a espiar para él, si era eso lo que quería. No podían permitir que los *schleuh*... —los alemanes—, en fin, no podían permitirlo, eso era todo. Eso era Francia, ella era francesa, había cantado el himno nacional en la escuela con su manita sobre el pechito..., perdón, sobre su corazoncito. Si el mundo exigía pelear, ella pelearía. Nada más salir de la cama. ¿Qué? ¿Aún quieres más?

«Francia se abre de piernas», había dicho él una vez, en un momento de frustración. Sí, ella suponía que de algún modo lo había hecho, todo el mundo lo decía. Lo habían dicho en latín, válgame Dios, así que debía ser cierto. Además, ¿no lo aprobaba él, lo de abrirse de piernas? ¿No le gustaba a él abrirla de piernas? Ah, perdón, *évidemment*, un malentendido por su parte. ¿Y

también le parecía que Francia estaba, como ella, a cuatro patas? ¿Qué quería decir exactamente eso? Eso, exactamente.

Habían oído hablar de un piloto inglés abatido en las primeras incursiones aéreas sobre Francia. Había sido ocultado por los granjeros en la Picardía, que lo habían perdido todo a manos de los alemanes en la última guerra. Sabían que los pilotos de guerra eran armas, igual que los fusiles o los tanques. No eran unos angelitos los de allí arriba. Así que se lo fueron pasando, del cura a la directora de la escuela, a la condesa y hasta al cartero, y a finales de junio fue a parar a París, justo después de la rendición. Se proponía volver a Inglaterra para volver a combatir. Así ser abatido y morir..., ¿un destino que le había sido arrebatado en su primer intento?

Pero no quiso ser incluido en las «vías de escape» hasta los Pirineos, guiado en el trayecto a la libertad por los patriotas, o vendido a la policía española: todo dependía, en esos días, de con quién tuviera uno la suerte de toparse. Entonces conoció a Sylvie o Monique o Francette o quienquiera que fuese, y decidió que París bien podía ser, incluso escondido, el lugar preciso donde pasar la guerra. Porque ya entonces había aprendido una terrible verdad acerca de los alemanes: a menos que fueras judío, no te molestarían si tú no los molestabas a ellos. Los franceses habían entendido eso de inmediato.

Así que el piloto permaneció oculto, y luego se arriesgó en apuestas, y luego se arriesgó a ganar en una carrera de caballos. La segunda semana de julio las carreras de caballos se reanudaron. Goebbels había ordenado que Francia volviera a la alegría y el jolgorio o haría que los colgaran a todos, así que las pistas de carreras se sumaron a las casas de putas y los cines, que habían cerrado durante veinticuatro horas el día que llegaron los alemanes. El caballo del piloto ganó. Y ganó de nuevo. Corría como el viento. Era lo mejor que podía hacer un caballo en una ciudad con carniceros ávidos de su carne con la ternera racionada. El piloto inglés no tenía prisa alguna en volver a casa.

Ésa era una respuesta posible a la pregunta de «qué deberíamos hacer respecto a los alemanes». Genya Beilis estaba desnuda delante de la ventana y recorrió la cortina para ver el cielo.

—Ay, Dios, las estrellas —dijo.

Él apartó la sábana húmeda y fue junto a ella, con la piel desnuda de ambos rozándose. Dobló levemente las rodillas para ver sobre los tejados, un desorden medieval de chimeneas, tejas rotas y macetas con flores. Y allí estaba el cielo. No había luz en la ciudad, los cielos veraniegos eran como de negro satén con un brochazo de estrellas blancas.

—Mira —dijo ella.

15 de agosto. Treinta y cinco grados en las calles. No tenían idea de cuántos serían en la buhardilla, bajo el tejado laminado en cobre, entre los arcones y cortinajes de gasa apilados allí arriba, los marcos amontonados y un maniquí de costurera, todo recubierto de polvo. La BBC tenía un sonido particular, muy identificable, y les preocupaban los vecinos o la gente que pasaba por la calle. Algunos parisinos habían concluido de inmediato que los alemanes debían ser tratados como cualquier turista; debían ser vestidos, alimentados y convenientemente ordeñados. La voz británica tan característica, en medio de la estática y el siseo de los aparatos de radio, implicaba que había un «terrorista» o un «bolchevique» en el vecindario y uno podía obtener una muy buena suma por uno de éstos si sabía con quién hablar en la comisaría del barrio.

Hacía demasiado calor y estaba todo muy sucio para andar con ropas, así que se desnudaron al pie de la angosta escalera y subieron en ropa interior. Se sentaron en un viejo sofá de muelles que alguien había cubierto con una sábana y pusieron la radio en el suelo, con un alambre para que sirviera de antena. Al atardecer, cuando la recepción era un poquito mejor, Genya se quedaba mirando al vacío, concentrada, oyendo la radio; con sus brazos morenos y desnudos envolviendo sus rodillas, el cabello suelto en la atmósfera veraniega y húmeda, el sudor brillando bajo sus pechos.

«La medianoche del siglo», había denominado alguien a esa época; ella era, en ese sentido, la compañía perfecta para eso. Había tenido suerte, pensó, de haber encontrado al final una mujer con la cual quedarse. Porque el fin había llegado ya muy claramente. Primero Checoslovaquia, luego Polonia, Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda. Después Francia. Ahora Inglaterra. No se discutía si ocurriría o no, sólo cómo sería. Y después sería cuestión — no tan complicada— de conciliar los propios asuntos con la Nueva Europa.

Respecto al futuro inmediato, se había sabido en fecha reciente algo por dos generales franceses. Weygand, que había ayudado a los polacos a vencer a los rusos en 1920, había dicho que los alemanes iban a «retorcerle el pescuezo a Inglaterra como a una gallina». De Gaulle, un antiguo ministro de Defensa, había asomado a la superficie en Londres y estaba intentando venderle a los franceses la idea de la resistencia, mientras *L'Humanité*, el diario comunista, lo calificaba de agente británico y aconsejaba a los

trabajadores franceses que dieran la bienvenida a los soldados alemanes y los hicieran sentir como en casa.

Aquel atardecer sofocante del 15 de agosto, la BBC emitió «músicaailable, con la Harry Thorndyke Society Orchestra, de Brighton», después las noticias: «Sobre los cielos de Gran Bretaña hubo hoy más de mil quinientas incursiones contra diversos objetivos, neutralizadas por cientos de aviones de combate de la RAF».

Entonces irrumpió el propio Harry Thorndyke.

—Buenas noches a todos. Buenas noches, buenas noches. Esta noche nos ha parecido que lo más justo es convocar aquí al señor Cole Porter..., gracias, gracias..., así pues, sin más dilación, ¿por qué no intentamos sencillamente... *Volver a empezar...*?

Genya se tendió boca abajo, con las manos bajo el mentón. Los dos escucharon la música en silencio por un rato, luego ella dijo:

—¿Cuánto tardarán?

—Unas semanas.

—Quizá los aviones ingleses puedan batirlos.

—Quizá. Pero los aviones alemanes seguramente son mejores.

—Los franceses tenemos aviones de combate, ¿lo sabías? Fabricados por un tal monsieur Bloch..., que aprovechó para hacerse muy rico con todo ello, claro. Se los conocía como los *cerceuils volants*, los ataúdes volantes, pero a nadie le importaba mucho. Era una oportunidad para los pilotos franceses de demostrar que eran más diestros y valientes que sus adversarios alemanes, que tenían mejores máquinas.

No hubo respuesta.

—Hace calor —dijo ella—. Estoy empezando a oler.

No hubo respuesta tampoco. La música siguió sonando en el crepitar de la noche, y ellos oyéndola, preocupados y en silencio. Él le desabrochó el sujetador y ella se irguió brevemente para que pudiera liberarla de la prenda. Él pasó su dedo por la marca que dejaba en la piel de su espalda.

—¿Por qué te hace eso?

—Demasiado apretado —dijo ella—. Y barato. Los compro en el mercadillo del bulevar Clichy.

—¿Y éstas?

—Seda.

Él le deslizó las bragas hacia abajo.

—¿Te gusta? —preguntó ella.

—Sí.



—Las chicas francesas tenemos el culo más bonito de toda Europa.

—Bueno, al menos esta francesa en particular.

—No, Alexander, hablo en serio. Las mujeres son frías en esta parte, no hay mayor encanto ahí. Y nosotras estamos hechas del modo que estamos hechas. Lo que me pregunto es... ¿te parece que ésa es la razón por la que siempre quieren invadirnos?

—¿Quieres decir que tal vez sea lo que en secreto buscan los conquistadores?

—Sí.

—Tal vez. Y el oro. Y la siderurgia, los castillos. Los caballos de raza y la pintura. Tu reloj. —Pasó su dedo por sus curvas.

—¿Alexander?

—¿Sí?

—¿Deberíamos irnos a Suiza?

Él lo pensó unos segundos.

—Nos echarían al poco. Y no todos en Europa pueden irse a Suiza.

—Sí, pero nosotros sí. Estamos a tiempo aún. Y si nos quedamos aquí, tengo el presentimiento de que nos van a matar. No le importamos a nadie, mi amor, a nadie en absoluto.

—No me parece —dijo él pausadamente— que sea tiempo de huir.

Ella cerró los ojos, movió levemente los labios, respiró hondo y luego exhaló poco a poco el aire, un gesto que pareció afligido.

—¿Sabes lo que pasa, Alexander? Me gusta follar. Es así de simple. Beber una copa de vino. Ver cómo transcurre el día, de la manera más absurda.

—¿De veras? ¿Te gusta esa clase de cosas?

—Vale, me rindo. Sigue adelante y logra que me maten. Pero ¿sabes cuál será mi venganza? Escribiré en el testamento que levanten una estatua en alguna plaza pública: tú y yo, justo como estamos ahora, en piedra pulida. Se llamará *Patriotas en 1940*. Un monumento fiel a la realidad, a tamaño natural, para que lo visiten los turistas. ¡Uy! Sí, bueno, eso es exactamente lo que estarás haciendo en la estatua.

—Lezhev, tiene que ayudarme.

Era una forma de decirlo, pero cuando Freddi Schoen empleaba esa expresión, incluso con el ruido de fondo habitual en las líneas telefónicas galas, el «tiene» parecía resonar en el aire.

—Claro. ¿De qué se trata?

—Antes que nada, debe entender que estoy enamorado.

—Bravo.

—No, Lezhev, se lo suplico, no se lo tome a guasa. Ella es, el tema es..., no se ría, ¿quiere?

—Está usted encandilado.

—Sí. Eso es. Cupido con sus flechas..., fue una emboscada, absolutamente imprevisto. Una cena en Passy, yo no quería ir. El hombre se dedica al textil, es un vizconde, según él, tiene algún nexo muy complicado con mi familia. Me esperaba lo peor, pero fui igual. Y entonces...

—¿Es francesa?

—Muy francesa. Y una familia de altísimo rango..., ése es el problema.

—¿El problema?

—Bueno, le cuento lo que pasó. Yo llegué tarde y muy nervioso. Acababa de hacerme con una finca en el campo; un sitio precioso y, para suerte mía, de alquiler indefinido, puedo tenerla por el tiempo que desee. El propietario era un tipo de lo más servicial. Así que, naturalmente, hablé de ello durante la cena..., dónde está ubicada y lo antigua que es y del río tan cerca..., y ella quedó encantada. «*Ah, les collines d'Artois, mais qu'elles son belles!*», dijo. Así que yo dije: «Pero debiera usted venir a conocerla». Y estoy seguro de que ella quería, pero eso provocó, cómo decirlo, una reacción gélida, momentánea, claro está. ¡Entonces me di cuenta! El hecho de proponérselo a ella sola era ciertamente embarazoso, pero con otros amigos... Así que rápidamente añadí que una pareja que conozco venía de visita el domingo y ¿no querría ella comer con nosotros? Y sus padres también, ¡por favor! Pero no, tan pronto como supieron que habría otra pareja recordaron que tenían que hacer una infinidad de cosas. De modo que...

—Nosotros somos la pareja.

—¡Tiene que aceptar!

—Sí, claro. Con el mayor placer.

—Gracias a Dios. Haré que Fauchon prepare la merienda, en cestas de mimbre, con Dom Pérignon y copas de champán grabadas al ácido, y langosta, y esas servilletas que caben en la presilla de las cestas. ¿Qué le parece?

—Perfecto.

—Ahora bien, éste es el plan que tengo en mente. Mi chófer nos llevará a nosotros dos hasta allí..., llegar desde París requiere casi toda la mañana..., así estaremos solos un rato, pero por pura casualidad, desde luego, así que todo será muy correcto.

—Una situación de lo más natural.

—¿Quién podría objetarlo? Entre tanto, usted y mademoiselle Beilis pueden coger el tren hasta Boulogne..., llega de París al mediodía. Y nosotros los recogeremos. ¿Le he dicho ya el día? El domingo.

—¿Boulogne? —Genya lo miró sorprendida, a la par que hacía cuentas en la oficina del Partenón—. No sé de nadie que haya estado allí desde 1890. Deauville, te creo. Cabourg, bueno, puede ser. Pero ¿Boulogne?

—¿Cómo es?

—Es como cualquiera de esas pinturas *sur-la-plage*: la bandera francesa ondeando al viento, kilómetros y más kilómetros de playa, porque la marea está siempre baja, perritos y señoras con sombrero.

—Siendo estrictos, por la forma en que él lo describía, sonaba a que la casa está tierra adentro: «Los cerros de Artois».

—Bueno, espero que no se le ocurra excavar en el jardín: sólo encontrará huesos y obuses que nunca estallaron. Eso es Flandes, no es más que eso.

La diosa en cuestión era, tal y como se la había publicitado, una diosa. De fina porcelana y mirada de esmalte celestial, las mejillas levemente coloreadas, pelirroja y de fuertes cabellos, con un mechón que apenas le rozaba el cuello por detrás, y un corazón también de porcelana. Freddi Schoen estaba lelo: si se hubiera puesto a cuatro patas y ladrado feliz hubiera sido quizá, sólo quizás, un poquito más obvio.

Con Lezhev y Genya la muñeca de porcelana no perdió el tiempo. Un dechado de dulzura con ambos, pero uno podía entender que un caballero extranjero no tuviera las habilidades sociales requeridas en otro país, claro que sí; así y todo, si se decidía a tomar posesión de ese perrito faldero, podían estar seguros de que ésa sería la última hija de poetas y editores inmigrantes a la que vería en su vida. Sobre todo si eran de la rue de Rome.

A Lezhev le resultó muy difícil ser Lezhev. Los brindis, los retazos de poemas, el entusiasmo desbordante y lo de mantener el tipo: su propia versión de un poeta ruso «que ama y vive la vida locamente». Ocasionalmente, se disculpaba en silencio con el fantasma del pobre Lezhev; ciertamente, él no había amado la vida hasta ese punto, pero a Freddi Schoen parecía gustarle mucho ese papel, así que lo representaba, con Genya amando la vida hasta las cachas junto a él.

De Milja, por otra parte, tuvo una reacción imprevista ante la muñeca de porcelana. Para su sorpresa, aquellos dengues ofendieron al aristócrata que había en él, y le vinieron a la mente los tíos Ostrov, que hubieran despachado rápidamente tanta presuntuosidad.

Con todo, cualquiera que fuese su preferencia en cuanto a aristócratas francesas, Freddi Schoen había acertado en lo relativo a la finca, una vieja casona normanda. Cómo se las había arreglado para sobrevivir a las guerras interminables que habían tenido lugar en esa región del mundo, sólo Dios podía saberlo, pero allí estaba. Maderas antiguas y yeso desconchado, paredes panzudas, de ventanas pequeñas para evitar que entraran las flechas y gruesas paredes para evitar que saliera la humedad. Descansaba sobre una colina de poca altura próxima al río Authie, que justo allí era muy hermoso, serpenteando con su caudal por una red de canales. Naturalmente, agosto debía ser el mes más florido, con los bosques proyectando un millar de tonalidades verdosas y doradas bajo la tierna luz de la campiña francesa, las hileras de sauces bordeando la ribera de los canales, las hojas danzando a la suave brisa marina. Visto que sólo estaban a unos pocos kilómetros de *La Manche*, la denominación en francés para lo que en la orilla opuesta, a unos cincuenta kilómetros de distancia, se denominaba *The English Channel*.

Luego de comer, frieron a dar un paseo, con el conductor asignado a Freddi Schoen vistiendo uniforme de chófer para la ocasión. El camino corría por un paisaje campestre que logró extasiarlos, el bosque a la izquierda, las marismas a la derecha. Era sorprendente cómo la tierra se había recuperado desde 1918, pero así era. La hierba crecía exuberante y con un hondo verdor, y había una nube de mariposas anaranjadas al borde de un canal, donde hasta las barcazas —unas doscientas cuarenta, según la cuenta de Lezhev; en rigor, tardaron varios minutos en cruzarlo— parecían formar parte de la belleza natural del lugar. O cuando menos, no extrañas a él; todas de casco firme y cuadrado, negras y recubiertas de brea tras los miles de viajes realizados, con tan sólo el nombre de cada una, nombres holandeses, belgas, alemanes o franceses, pintado a un costado, rompiendo la superficie tan armónica de la bella y antigua madera de que estaban hechas.

Freddi Schoen, en su vena seductora y parloteando desde el asiento delantero del gran Mercedes, estaba en su salsa, locuaz y encantador, ingenioso como sólo él podía serlo; la muñeca de porcelana sonreía encantada y eso era todo lo que Lezhev y Genya podían hacer, a su vez, para estar a tono. Sentado junto al conductor, con el codo apoyado en el respaldo, Freddi

los entretenía a sus anchas: «Por supuesto que el almirante era un prusiano, con su cara grandota y colorada como, bueno... ¡como una pelota!».

Ja, ja. Pero ¿eran efectivamente dieciocho, en total, los remolcadores amarrados en fila tras el cruce con la Route Departamentale 34? «No, veinte», le aclaró Genya más tarde.

—¡Un ciervo! —gritó Freddi Schoen.

Entonces, cuando ambas damas se volvieron hacia el bosque, le guiñó el ojo a Lezhev. ¿No era espléndido todo eso? ¿Esas dos bellezas francesas paseando con ellos en coche por un camino que parecía sacado de un cuadro de Pissarro? Lezhev sólo componía la sonrisa de infinita sagacidad propia de un poeta, corroborada por un ligero y sabio asentimiento de cabeza. No, la vida no era tan mala después de todo, tenía momentos de gran pureza, digamos un día veraniego y cerca del mar, cruzando un canal singularmente encantador, en cuyas orillas algún alma noble y antigua, de una generación previa, había plantado hileras de chopos originarios de la Lombardía, donde un total de treinta y un remolcadores con rumbo a la desembocadura, unidos por las abrazaderas, se mecían con suavidad cuando el viento alteraba mínimamente la superficie del agua.

—¡Lo he visto! —exclamó Genya.

Freddi Schoen abrió asombrado los ojos. Su pequeña broma había cobrado alas. El destino había puesto un ciervo de verdad en el bosque. Hasta la diosa de la Fortuna estaba ese día con ellos.

19 de agosto, Banque Nationale du Commerce, Orléans.

Una mujer de cierta edad, con un sombrero apropiado para un funeral, había entrado antes que él en una de las salitas en que uno comulgaba unos instantes con su caja de seguridad. Podía oírla a través de la pared, hablando entre dientes consigo misma, luego contando, cada cifra susurrada con ferocidad. *Quatorze. Quinze. Seize. Dix-sept. Dix-huit.*

Lezhev tenía menos que susurrar. Sólo una hojita de papel: «Hotel Bretagne. 38, rue Lepic. Habitación 608. Usted será monsieur Gris, de Lille».

Qué diablos, sólo quedaba subir esa colina infinita por entre las callejuelas de Montmartre, un hotel de seis pisos, de sólo dos ventanas de ancho, el olor a baño en el vestíbulo era muy fuerte ese día ardiente de agosto.

Llamó a la puerta.

—¿Sí?

—Monsieur Gris. De Lille.

Medía escasamente un metro y medio, era de cabello rubio y corto bajo una gorra de muchacho, sobre una cara redonda y la nariz respingona. Muerta de miedo, intrépida, polaca.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó él en francés.

Ella se limitó a permanecer allí de pie. Lo intentó de nuevo en polaco.

—Diecisiete —dijo ella.

En seguida fue hasta el desgastado armario y lo abrió. La maleta con la radio estaba ya abierta, lista para transmitir.

—Se supone que usted no debe estar aquí cuando envío —le explicó—. Es una orden. —Él le indicó que lo entendía. Ella prosiguió, con un discurso cuidadosamente memorizado—: El coronel Vyborg le envía saludos. Deberá encargarse de la información relativa al plan alemán de ataque a Gran Bretaña. Dónde, cómo y cuándo. No hay que decir que los ingleses son ahora la única esperanza. Han planeado arrojar municiones, dinero y especialistas en Polonia. Nos piden nuestra ayuda en Francia, de cualquier manera que podamos. Yo debo transmitir para usted, cuando quiera, todo lo que quiera.

—¿Cómo llegaste aquí?

—En un bote de pesca hasta las costas de Bretaña, desde Escocia. Después en un tren.

—Con la maleta por mano.

Ella se encogió de hombros.

—No hay control en los trenes. Es muy distinto aquí.

—¿Dónde vivías en Polonia?

—En Lodz. Vine a Francia como correo, después huimos en el *Batory*, un barco, desde Burdeos. El 22 de junio, tras la rendición. Fuimos el último barco que zarpó de Francia.

—¿Cómo debo llamarte? —preguntó él.

—Janina —dijo ella.

Su sonrisa era radiante, eran camaradas de armas, estaba orgullosa de servir a su lado. Volvió al armario, y sacó un grueso paquete de francos franceses.

—Los venceremos, monsieur Gris. Eso es seguro, los venceremos.

Los dos hermanos eran dueños de un garaje en Saclay, en los suburbios más pobres de París, hacia el Sur. Era miércoles, faltaban aún tres días para el

afeitado del sábado, las púas blancas y erizadas en sus mejillas relucían con el aceite de coches, negras de mugre. Oculto en algún rincón, entre los cobertizos a medio desplomarse, había un cerdo en engorde para venderlo; De Milja y Fedin lo oían gruñir y resoplar en el barro.

—¿Cuándo estará listo el cerdo? —preguntó De Milja.

—Para octubre —dijo uno de los hermanos—. Lo llamamos *Caníbal*.

—Necesitamos una pequeña furgoneta Citroen.

—Caro sale eso.

—Lo sabemos.

—Podrían ser quince mil francos.

—Nueve quizá.

—Quince, me parece que he dicho.

—Once entonces.

—¿En qué billetes?

—Francos franceses.

—Nos gustan los dólares americanos.

—Sólo tenemos francos.

—Catorce quinientos..., es una ganga. ¿Los tiene aquí?

De Milja le enseñó un fajo de billetes, el hombre asintió y gruñó satisfecho. Al inclinarse hacia él, De Milja olió a vino.

—¿De qué país viene? —preguntó—. Me interesa.

El otro hermano había abandonado la pocilga luego de mostrar el dinero: De Milja apenas si lo había notado. Fedin estaba ahora de pie en el umbral, negando con la cabeza y apuntando una Luger.

—Deje eso en el suelo —dijo.

La respuesta fue en tono lastimero:

—Sólo iba a cortar algo de leña. Para preparar la comida.

Se valían de lo que hubiera.

Aún quedaba algo de la red clandestina polaca: robustos operadores ruso-blancos que se habían ofrecido a hacer servicios, y amigos, y amigos de esos amigos. No les preocupaba tanto ser traicionados. Eso iba a ocurrir de todas formas: la cuestión era cuándo, y si se sorprenderían o no cuando descubrieran al que lo había hecho.

—Te vas haciendo viejo, terminas aceptando que la venalidad existe. Luego aprendes a apreciarla: la única certeza en un mundo incierto —hablaba

Fedin, el calavera, con la Luger oculta bajo el sobretodo y la boquilla entre dientes, como un señor de la guerra chino en una película de Fu Manchú.

Enfundados en sus sobretodos, condujeron la furgoneta a marcha lenta por lo que aún sobrevivía de las calles de Dunquerque. Doscientas mil armas habían quedado en las playas manchadas de petróleo, abandonadas por la Fuerza Expedicionaria Británica y varias divisiones francesas. A todo lo largo de la costa, los soldados alemanes intentaban hacer algo con el lío ese, despojando viejos camiones, sus neumáticos cosidos a balazos, vaciando las municiones que aún había en las tiras de las ametralladoras.

En las calles a espaldas de la playa, dieron con una mujer voluminosa que caminaba con una caña en su mano y era dueña de una tienda de muñecas no lejos de los canales. Pintaba las cejas de las muñecas más pequeñas con un pelo robado al bigote de un gato y contabilizaba las barcazas que veía cuando paseaba a su añoso caniche. Era francesa. Su marido polaco, un minero del carbón, se había ido a pelear a España con la Brigada Dabrowsky. Era lo último que había sabido de él. El antecesor de De Milja la había encontrado a través de una sección de apoyo, y ahora el servicio polaco era su *petit boulot*, su trabajillo. Antes de que llegaran los alemanes, había actuado como buzón en una ruta secreta de envío de correspondencia, como correo, como la dueña de una habitación discreta en el piso de arriba de su casa, donde uno podía olvidarse del mundo por una o dos noches sin necesidad de quedar registrado en ningún hotel, y tampoco por la policía.

—Una semana difícil, monsieur —dijo mientras De Milja contaba los francos.

—¿Está segura de las cifras?

—Oh, sí, monsieur. Ciento siete de esas cosas bestiales. Me llevó cuatro viajes encontrarlas todas.

—Bueno, entonces siga con su labor. Esto puede durar todavía unos cuatro meses.

—¿Mmm? Pobre *Roquette*. —La cola del caniche dio un único golpe lánguido contra el suelo cuando oyó su nombre. Puede que lo de *Roquette*, cohete, hubiera sido el nombre apropiado para él alguna vez, pero de eso hacía mucho—. Tener que caminar tantos kilómetros por esa pista de ceniza... —añadió la mujer.

—Cómprele una chuleta de cordero —dijo De Milja, poniéndole unos francos extra en la mano.

Fedin tenía toda la razón, pensó De Milja cuando un centinela alemán les hizo señas para que no tomaran un desvío. Lo bueno de la venalidad era que



madame sería leal en la medida que hubiera francos.

La furgoneta se acercó a un puesto de guardia. De Milja la abandonó y se aproximó al centinela.

—Perdone, buen señor. ¿Este lugar...?

Le enseñó una lista al soldado, que sonrió de manera involuntaria ante el alemán tan raro de De Milja. En la parte baja, un inventario de latas de salchichas y sardinas; arriba, una dirección.

—El campo aéreo —dijo el centinela—. Deben ir por este camino, pero sin curiosear.

Los alemanes parecían dudar entre dos opciones, según apreció De Milja. En el camino que iba hacia la playa, todos los preparativos eran defensivos. Posiciones bien edificadas —en hormigón—, con ametralladoras de gran calibre apuntadas hacia el canal. En la línea de la marea baja, alambres de espino unidos a pilones de hormigón. Los prisioneros franceses cavaban trincheras y construían emplazamientos para el armamento antiaéreo y había piezas de artillería agrupadas justo detrás de las dunas. Esto tenía poco que ver con una eventual invasión a Inglaterra: esto sugería a alguien preocupado de que los ingleses regresaran, por improbable que ello pareciera. Pero parecía que entonces alguien había exclamado: «¡Vamos a invadir Inglaterra!», y Freddi Schoen y todo el resto de la Kriegsmarine, la armada alemana, había comenzado a desplazar barcas arriba y abajo por los canales de Europa. Debían haber despojado cada río de la Europa septentrional, pensó De Milja. Reducido el comercio fluvial a la nada. En el Danubio y el Rin, el Weser y el Mosela, el Yser, el Escalda, el Canche y el Somme nada se movía.

Fedin le expuso la situación. Varios de los generales rusos en París no habían estado jamás en ningún ejército, pero Fedin era un general de verdad, que había tenido bajo su mando a tropas reales en batalla, y lo había hecho bastante bien. De Milja observó admirado cómo planificaba la invasión de Gran Bretaña en una servilleta.

—Doce divisiones —dijo—. Bien escogidas. Con cien mil efectivos en la primera oleada, a todo lo largo de la costa inglesa, en un tramo de, digamos, unos trescientos kilómetros. Es la concepción de la Wehrmacht: una invasión por extenso, desgastar las fuerzas defensivas británicas, los ánimos, los recursos, todo. Infinidad de refugiados desplazándose por las carreteras y los camiones con pertrechos teniendo que cubrir kilómetros y más kilómetros, haciéndole sonar el claxon a Mrs. Jones y su cochecito de bebé para que abra paso. Para la armada alemana, como contrapartida, el tramo de trescientos kilómetros a invadir sería una pesadilla, justamente lo que no quieren.

Necesitan una cabeza de playa donde concentrarse, los barcos yendo y viniendo a toda prisa a través del canal, multiplicando su capacidad de carga por hora, con aviones sobrevolando para mantener alejados a los bombarderos británicos.

—Ésa es la clave.

—Sí, ésa es la clave. Si consiguen evitar que la RAF interfiera, los alemanes podrán asegurar las playas. Eso bastará. Disponen de setenta y dos horas, veinticinco divisiones que hacer cruzar, con los tanques, las grandes piezas de artillería, todo el material que sirve para ganar las guerras. Churchill pedirá a Roosevelt que le envíe nubes de aviones de combate, Roosevelt hará una arenga y nada más, los gobiernos en el exilio saldrán pitando para Canadá y eso será todo. La Nueva Europa estará completada; una suerte de asociación mercantil pragmática con directivos alemanes asegurándose de que todo funcione como ellos quieran.

—¿Cuánto tardarán en cruzar el canal?

El café estaba en la línea de playa frente a Veleuttés. El general Fedin miró fijamente hacia el mar —muy en calma— unos segundos, luego cogió otra servilleta.

—Bueno, digamos... unas dos mil embarcaciones deberían bastar. Con la proa acondicionada con rampas, que puedan ser alzadas y bajadas. Necesitarán lanchas a motor para trasladar a los oficiales y los médicos. Unas mil doscientas de ésas. Para mover las barcazas..., quinientos remolcadores. Y unos doscientos barcos de transporte. Ésos para el material en grande, los tanques y armas pesadas, y talleres de reparaciones... y para los caballos, que todavía hacen el ochenta por ciento del transporte militar.

—Cuatro mil embarcaciones, ¿no es eso?

Fedin se encogió de hombros. La guerra era una cuestión de logística. Si tenías calcetines extra para tu infantería, podría marchar otros cincuenta kilómetros sin problemas.

—Necesitarán que haga un tiempo decente. No pueden permitirse esperar al otoño, el canal terminaría engullendo las barcazas. Así que... a finales del verano es el momento.

—¿Y la fecha?

Fedin sonrió para sí mismo. Hojeó las páginas de un diario francés que alguien había dejado en una silla, luego pasó el dedo por una de las columnas hacia abajo:

—El diecisiete de septiembre —anunció—. Con luna llena.

Fueron en coche hasta Bélgica, y a Holanda. La ocupación alemana lo facilitaba: toda la Europa septentrional estaba, poco más o menos, bajo un mismo gobierno. En los puertos belgas —Ostende y Blankenberge y Knokke-Le-Zoute— y otros tan al norte como Rotterdam, hablaron con los estibadores, porque los estibadores siempre sabían lo que estaba pasando. El ciudadano corriente imaginaba la «flota de invasión» como algo atracado junto a una playa, extendiéndose por varios kilómetros, toda ella en una hilera. Pero los puertos no operan de ese modo.

Los puertos suelen adentrarse en tierra firme, lejos del mar; multiplicarse en dársenas secundarias y muelles, canales excavados un centenar de años atrás para algo en extremo importante que ya nadie recuerda. Vías de agua alternativas para esto o aquello, con hileras de hierbajos flanqueando aguas oscuras y estancadas, donde los gatos van a cortejarse a la luz de la luna y los hombres hacen el amor de pie. Uno podía ocultar una flota para una invasión en tales lugares, en Zeebrugge y Breskens. Era justo lo que los alemanes intentaban.

—Cuatro remolcadores —les dijo un holandés fumando de una pipita—. Bien acondicionados y listos para zarpar.

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó Fedin.

—Nosotros los hicimos.

De vuelta a París. De vuelta a Janina.

En la sofocante habitación del último piso del Hotel Bretagne, ella codificó los datos, luego se dispuso a esperar que fuera de noche, la mejor hora para emitir. Cuando oscureció, se subió a una silla y encajó la antena en un agujero encima del armario, a una tubería que cruzaba el techo.

Se paró un momento y en seguida, por el entrenamiento recibido, repasó una lista en su mente, una suerte de catecismo, hasta concluir aparentemente satisfecha que todo estaba en orden. Entonces enchufó la radio, la encendió y se puso los pesados audífonos en las orejas. Con el índice y el pulgar formando una delicada pinza, exploró la amplitud de frecuencia. Su vecino hacia la izquierda estaba muy lejos, muy débil, y sintonizaba a un ritmo más lento que el de ella. Pero siempre allí, ese vecino, y todavía transmitiendo cuando ella cerraba la transmisión. A su derecha, un zumbido bajo y profundo, constante, algún equipo que operaba toda la noche. Una emisión de radio, pensaba ella, empleada por los alemanes o los ingleses con algún propósito desconocido; no era cosa de ella averiguarlo. Una estratagema

electrónica; un faro que orientaba o bien un faro que confundía. Ella se preguntaba si quienquiera que dependiese de ello, para fortuna o pesar de ellos, oía su transmisión. Quizás unos submarinistas. O pilotos de avión. Todos ellos moviéndose en la oscuridad del océano o la noche.

119 675, comenzó. Era su saludo inicial. Janina en París.

En Londres, en los cuarteles que el Sexto Departamento ocupaba en el Hotel Rubens, sito en Buckingham Palace Road, cuatro oficiales y un operador esperaban en un cuarto a oscuras, con el humo de los cigarrillos arremolinándose en el aire. Todos miraban su reloj desde mucho antes. Las 20:22. París estaba adelantado una hora. Para entonces, el crepúsculo había dado paso a la noche. Las 20:24. Un minuto después de la hora de transmisión programada. Desde luego, hay cierto grado de incertidumbre en la vida, se decían a sí mismos. Los relojes marchan más rápido o más lento, los operadores perdían a veces los trenes o escuchaban ruidos sospechosos, y a veces los equipos fallaban. Las 20:27. El operador, con los audífonos puestos, tenía el hábito fastidioso de morderse el labio inferior cuando estaba concentrado. Las 20:28. Estaba enfrascado con su dial, los ojos como platos de lo muy concentrado que se lo veía. El coronel Vyborg tomó la bocanada profunda de aire con que se preparaba para las malas noticias. ¿Tan pronto? ¿Cómo podían haberla capturado tan pronto?

Entonces, la cara del operador se relajó y todos supieron lo que sucedía antes de que él mismo dijera: «Aquí está». Lo dijo como si no hubiera habido motivo alguno para preocuparse. Él mismo la había entrenado. Nada podía salir mal.

El operador del Sexto Departamento transmitió la secuencia 202 855. «Sé que tienes algo importante que decirme, cariño, vamos a un lugar donde podamos estar a solas». Luego movió su dial de la banda de 43 a la de 39 metros.

Y emitió 807 449.

«Hola, Janina».

«Pero no aquí». En el Hotel Bretagne, el dial se movió a la banda de 49 metros.

Emitió 264 962..., lo emitió varias veces, de la forma que los operadores transmitían los saludos iniciales, hasta que su base los reconocía. Un saludo inicial falso, en esencia, que en verdad quería decir: «Ahora podemos hablar».

551 223. Londres estaba de acuerdo.

No era una noche perfecta, el húmedo atardecer de agosto auguraba tormenta y las interferencias crepitaban a la par que el operador del Sexto

Departamento se mordía el labio. Los alemanes no interferían su frecuencia, pero eso podía significar que estaban escuchándola en silencio. Eso podía significar mil cosas.

Entre tanto, Janina, la muy imperturbable y muy fiable Janina, emitía sus secuencias. El sudor corría por sus flancos y oscurecía su blusa por la espalda, los tablones crujieron cuando un hombre grandote caminó por el pasillo al baño, una mujer gritó algo. Para Janina sólo había aquellos números.

Muchos números. Canales, barcazas, pueblos, carreteras. Tres cargueros anclados en el puerto de Boulogne sin ninguna carga a bordo, un tren de municiones llegando a Middlekerke, la insignia de los Zapadores de la Wehrmacht avistada en Point Gris Nez, la expresión «Operación León Marino» referida por una prostituta en Amberes.

«Quince minutos, Janina. Recuérdalo, te lo advertí claramente».

Pero en tal caso: ¿qué debía relegar? ¿De qué ríos, por ejemplo, a la RAF le daba lo mismo saber algo? No, el dispositivo para envío de la información del capitán Alexander de Milja vibraba y rechinaba, había una fuga de vapor junto a un trapo anudado en torno a una cañería rota, pero aún funcionaba, y necesitaba bastante más que quince minutos para dar cuenta de todo lo que había descubierto.

La Funkabwehr —la unidad de inteligencia de señales de la Gestapo— tenía sus oficinas en el bulevar Suchet. Ellos también operaban en habitaciones a oscuras, con operadores rastreando las frecuencias nocturnas.

—¿Qué es esto en la banda de 49? —dijo uno de ellos, anotando la hora, las 21:42, en su bitácora.

—Estaban allí anoche —dijo su colega.

Ambos escucharon durante medio minuto.

—La misma —insistió el otro—. Baja y estable..., no comete errores, nada lo perturba.

El primer operador subió una clavija que transfirió la señal telegráfica a un altavoz, escuchó unos minutos, luego cogió el teléfono y marcó un único dígito. Un minuto después, el Sturmbannführer Grahnweis apareció.

Grahnweis era una leyenda y no le importaba serlo. Era enormemente gordo —con la forma de un querubín renacentista inflado hasta lo grotesco— y se desplazaba con pesada dignidad. Estaba cenando cuando recibió la llamada, una servilleta de seda pendía aún del cuello de su negro uniforme de la Gestapo y un camarero lo había seguido hasta el despacho llevando una

bandeja con embutidos de caza y media jarra de cerveza. Grahnweis asintió a sus operadores y sonrió con benevolencia. Les perdonaba que hubieran interrumpido su cena.

Luego escuchó.

Tal vez sobreactuó un poco, pero ¿quién podía reprocharle un toque de histrionismo? A medida que los números iban sonando de fondo, con el revuelo atmosférico y los chirridos en primer plano, Grahnweis inclinó la cabeza a un lado y frunció los labios; luego, pausadamente, aprobó con la cabeza. Sí, sí. No había ninguna duda.

—El diagnóstico es el que ustedes sospechan, caballeros. Herr Doctor Grahnweis se hará cargo del asunto. Tenga la bondad de servirme la cena en mi despacho —dijo al camarero.

El escritorio era suficientemente amplio y contenía todas sus armas.

Cinco en total: un buen receptor de radio, un mapa callejero de París, dos discos de celuloide con un arco de 0 a 360°, con hilos de seda adosados a sus centros de precisión, y un teléfono.

Grahnweis se había pasado la vida en lo de la radio: como precoz radioaficionado, en su infancia en Munich había construido sus propios receptores de cristal. Había trabajado para la empresa Marconi, después se había alistado en el ejército, en 1914, y servido como suboficial de señales en el frente oriental. A ello había seguido una fase en paro, después el Partido Nazi —que hizo un uso intensivo de la radio— en 1927 y finalmente la Gestapo, con el grado de mayor. «Envíen las furgonetas, por favor», dijo al teléfono, cortó un trozo de solomillo de ciervo, lo mojó en el puré de castañas y se valió del cuchillo para untarle en la punta una pizca de mermelada de grosellas. Al masticar, cerró los ojos de placer, un suspiro resonó en lo hondo de su pecho, gotas de sudor afloraron a su frente.

Como por casualidad, sin dejar de lado el tenedor, encendió su receptor de radio, luego cambió el dial con el dorso de la mano hasta dar con la emisión en la banda de 49 metros.

236 775 109 805 429.

—Tómate tu tiempo, amiguito —dijo en voz baja—. No hay por qué darse prisa en una noche de verano tan cálida como ésta.

Las furgonetas abandonaron el garaje del bulevar Suchet en cuestión de segundos tras la llamada de Grahnweis. Eran dos furgonetas ROR — Rastreadoras de Ondas Radiales— fabricadas por la empresa de Radios

Loewe-Opta para efectuar lo que técnicamente se denominaba «goniometría». Corrieron a toda velocidad por las calles vacías hasta sus posiciones previamente asignadas: una en la Place de la Concorde, la otra al frente de la Gare de l'Est. En cuanto llegaron a esos dos puntos, estaban contactando por radio con el despacho de Grahnweis.

«Place de la Concorde informa una emisión de radio a 66 grados».

«Gare de l'Est informa una emisión de radio a 131 grados».

Grahnweis devolvió el tenedor al plato, se limpió las manos con la servilleta, bebió un sorbo de cerveza. Dispuso los discos de celuloide sobre el mapa callejero de París, uno en cada punto donde se hallaban las furgonetas. Enseguida tensó los dos hilos de seda a lo largo de los ángulos. El punto de intersección era Montmartre.

4 de septiembre, 18:30, estación de Calais.

De Milja y Genya Beilis se despidieron en el andén. Ella había sido reclutada como correo. Iría de los puertos del canal al Hotel Bretagne, puesto que De Milja y Fedin no podían ya ir y venir por allí. La luna llena de septiembre estaba demasiado próxima, la gasolina para la furgoneta requería de tantos cupones de racionamiento que dejó potencialmente expuesta la operación ante la policía francesa y, a medida que el plan de invasión germano cobraba impulso, la información comenzó a fluir tan aceleradamente que a duras penas podían manejarla.

El vestido estampado y veraniego de Genya se agitó por efecto de la locomotora que entraba en la estación. Ella se acercó a De Milja hasta rozarlo con sus pechos.

—¿Sabes? —dijo, su voz apenas audible con el ruido del tren—, podrías ir conmigo hasta Amiens y luego regresar aquí.

—Es un tren directo —dijo De Milja—. Expreso a París.

—No, no —dijo Genya—. Este tren para en Amiens. Estoy segura.

De Milja sonrió melancólicamente. Genya lo escrutó.

—Aunque bueno, pensándolo bien... —dijo bajando la mirada.

Él la miró fijamente, al principio lo tomó como una broma de amantes. Pero ella no estaba sonriendo. Sus ojos brillaban a la escasa luz del andén y sus labios parecían hinchados. Él la tomó por los hombros, la estrechó un momento. Para sugerirle —sin intentar siquiera un diálogo— que era su deber hacer lo que estaba haciendo, que estaba cansado y asustado, que la amaba.

Pero ella se encogió de hombros.

—Bueno —dijo.

Cogió un hatillo liado con una cuerda, en el momento en que los altavoces anunciaban la salida del tren. La forma en que los parisinos sobrevivían al racionamiento consistía en obtener alimentos en las áreas rurales: todo el mundo en el atiborrado andén tenía una maleta o un enorme paquete en sus manos.

—Unos pocos días —dijo De Milja.

Ella lo alejó de sí y corrió a la escalerilla del vagón justo antes de que empezara a moverse. Al volverse hacia él, su rostro había cambiado. Ahora era la máscara de una burguesa descerebrada y le hacía una seña —como una tonta irremediable, una mujer que no se merecía tener un marido— y clamaba:

—*Au revoir! Au revoir! À bientôt, chéri!*

En silencio, Fedin y De Milja abandonaron Calais por un sendero rural, el E2, que iba hasta el pueblo de Aire, donde el río Lys se encontraba con el canal de Calais. Iban a encontrarse con un hombre llamado Martagne — antiguamente el director del puerto de Calais, ahora el asistente de un oficial naval alemán—, en la antigua casa de su padre en el poblado.

A los pocos kilómetros de conducir por el E2, un carro artillado y camuflado de la Wehrmacht les bloqueó el paso. Un soldado que sostenía la pistola a la altura del hombro alzó su mano.

—Fuera del coche —dijo.

Al incorporarse para abrir su puerta, Feldin preguntó en voz baja:

—¿Quiénes son?

—Feldengendarmerie —dijo De Milja—. Unidades de la policía regional. Están comenzando a asegurar las áreas que serán el escenario para la invasión.

Se preguntó dónde estaría la Luger de Fedin. Normalmente la ocultaba bajo el asiento del conductor.

—Papeles, por favor.

Ambos le dieron sus papeles.

—Ruzicki —dijo a De Milja—. ¿Es polaco?

—Ciudadano francés.

—Su permiso de trabajo caduca en noviembre, ¿lo sabe?

—Lo sé. Pienso renovarlo en breve.

Miró los papeles de Fedin, después les hizo un gesto para que abrieran la puerta de atrás. Examinó las cajas de embutidos y sardinas, el nombre del distribuidor impreso en la madera.



—Descárgenlo —dijo.

—¿Todo?

—Ya me han oído.

Encendió un cigarrillo mientras ellos trabajaban y otro soldado se le unió, ambos observándolos cuando arrastraban las cajas fuera de la furgoneta y las apilaban en el camino.

—¿No estaba esta furgoneta en Le Tousquet la semana pasada? —preguntó el otro soldado.

—Puede ser —dijo De Milja—. A veces vamos por allí.

—¿Dónde es por allí?

—Sainte Cecile..., ya sabe, el orfanato.

—¿Los huérfanos franceses comen salchichas?

—Es para las hermanas, creo. Las monjas.

Cuando terminaron, se hicieron a un lado. El primer soldado extrajo una bayoneta de la funda que llevaba al cinto y la introdujo cuidadosamente bajo una tablilla floja de una de las cajas de sardinas. Pinchó una de las latas, la alejó de su uniforme para evitar el aceite que chorreaba, la olió, después la sacudió en el aire y limpió la bayoneta en los hierbajos junto al camino.

—Cárguenlo —dijo.

Mientras trabajaban de nuevo, el soldado se puso a dar vueltas alrededor de la furgoneta. Algo no le gustaba, algo no estaba bien. Abrió la puerta del lado del pasajero, se agachó, examinó atentamente la cabina. De Milja sintió que estaba a un paso de introducir su mano bajo el asiento delantero y encontrar la pistola de Fedin.

—¿Sabe usted, señor? Cogimos una caja extra de embutidos. Hay una más de las que se supone que llevamos.

El soldado se paró y fue hasta la parte trasera del vehículo. Su rostro estaba ensombrecido por la ira.

—¿Qué significa eso? ¿Por qué me dice usted eso?

De Milja se quedó anonadado.

—¿Por qué? Eeeh, no lo sé, no pretendía...

Su voz quedó flotando en el aire, el soldado se inclinó hacia él, vio el miedo pintado en sus ojos.

—No se ofrecen sobornos a un soldado alemán —le dijo muy suavemente—. Es algo que simplemente no se hace.

—Desde luego, ya lo sé, no pretendía... —farfulló De Milja.

El soldado le señaló con un gesto de la cabeza el camino: quería decir «Marchaos de una vez». Fedin cogió las dos últimas cajas. Cuando intentó

poner en marcha el vehículo, éste se ahogó. El motor arrancó al fin, rechinando, el vehículo dio una sacudida hacia delante, estuvo a un paso de ahogarse nuevamente. El soldado dio media vuelta y se olvidó de ellos, enlazó las manos a la espalda y se quedó mirando en la dirección de donde habían venido.

4 de septiembre, 21:26.

En las oficinas de la Funkabwehr en el bulevar Suchet, al final del pasillo donde estaba el despacho del Sturmbannführer Grahnweis, cundía un ambiente de gran excitación. Grahnweis se mostraba relajado y eficiente pese al calor del estío. Podía vérselo a través de la puerta abierta revisando algunos documentos, estudiando informes, alguna vez escribiendo un comentario en los márgenes. El trabajo continúa, parecía sugerir, su gloria y sus miserias turnándose, así es la vida.

Unos cuantos oficiales de alto rango habían creído necesario estar en las oficinas de la Funkabwehr esa noche, charlando en voz baja con el atento personal de menor graduación, atareado con las miles de pequeñas labores que habían de hacerse cada día en un negociado militar. «El demonio está en los detalles», dicen los alemanes.

Klaus estaba intentando cazar el archivo carnet, Helmut necesitaba echar un vistazo a los cupones de pago de julio para la estación de Estrasburgo, Walter le preguntaba a Helmut si los planes para la torre de transmisión de Lyon estaban aún retenidos en el comité en Berlín. Heinrich, a las 21:27, asintió para sí, mantuvo los audífonos presionados contra sus orejas un momento para cerciorarse y luego marcó un único dígito en su teléfono. La muchedumbre en las oficinas de la Funkabwehr supo al instante que lo que había sido hasta allí una altísima probabilidad estaba confirmado: Grahnweis había atrapado a un espía.

Pero el Sturmbannführer dejó que el auricular descansara en su arnés. Terminó el último párrafo de su informe, puso sus iniciales en la esquina inferior y sólo después respondió al teléfono. La frecuencia era la misma de anoche, le informó Heinrich. Grahnweis se lo agradeció, se volvió hacia su receptor, se entretuvo con el dial hasta que las cifras emitidas comenzaron a llegar fuertes y claras. Varios de los oficiales de mayor rango y unos pocos de su personal acudieron a su amplio despacho, colocándose a distancia suficiente de su escritorio para escuchar lo que estaba ocurriendo.

Las dos radiofurgonetas Loewe-Opta habían ocupado sus posiciones desde el atardecer, estratégicamente situadas a cada lado de la colina de Montmartre. Grahnweis les dio unos pocos minutos para que fijaran las emisiones, después llamó a la furgoneta número uno a través de su radio.

—Puedo confirmar la banda de 49 metros..., ¿la reciben?

—La oímos, pero la dirección está un poquito borrosa. Por la forma en que la recibimos, oscila entre los 18 y 23 grados.

—Ya veo. —Grahnweis estudió su mapa de la ciudad por unos momentos—. Entonces suba hasta la rue Caulaincourt, intente una lectura allí y llámeme.

Desde la segunda furgoneta, en el lado de Montmartre donde está el bulevar Barbes, había mejores noticias. La señal que percibían era clara, justo alrededor de los 178,4 grados. Grahnweis se aseguró de que el disco de celuloide estuviera perfectamente centrado, después tensó el hilo de seda a través de la línea con los grados indicados.

—Podría ser en el Sacré-Coeur —dijo—. Tal vez en el campanario. Me pregunto... ¿no tendrán también allí un jorobado, como en Notre-Dame?

La primera furgoneta habló por radio pocos minutos después.

—No mucho mejor, Herr Sturmbannführer. Puede que sea la altura..., algo está interfiriendo aquí y altera la recepción.

—Pero no en Londres, esperemos.

Hubo una pausa, en la que el técnico de radio hubo de decidir cómo respondía a eso último. Grahnweis lo sacó del apuro.

—Lo estamos haciendo bien. Quédese donde está, volveré con usted en un momento.

El técnico dijo «Sí, señor» y cerró apuradamente la transmisión. Esto de trabajar para una leyenda requería muchos nervios.

Grahnweis buscó en el cajón de su escritorio un mapa especial de París, en forma de libro, impreso en papel grueso, que mostraba cada arteria, cada callejón y el número de cada edificio. Entonces marcó en su intercomunicador el número de un funcionario y le ordenó que telefonara a su vez a las subestaciones eléctricas del sector norte. Momentos después estaba hablando con el supervisor francés del turno de noche, pidiéndole que lo comunicara con la oficina del teniente Schillich.

Mientras esperaba, podía oír el zumbido en tonos graves de las grandes turbinas de la estación. El teniente Schillich pensó: «Vale más que cojas esta llamada y no te hagas el loco con Grahnweis».

—Teniente Schillich —dijo una voz juvenil.

Grahnweis le explicó lo que necesitaba, partiendo por el flanco de la rue Caulaincourt en Montmartre y moviéndose a lo largo de cierta línea hacia el Este, calle a calle. Después subió el volumen de su receptor y rogó en silencio que el radiotelegrafista siguiera transmitiendo.

—Partiendo de Caulaincourt, ahora —anunció Schillich.

Y por el altavoz: «562 511».

—La próxima en la lista es la Avenue Junot, del número 30 en adelante.

Los congregados en torno a Grahnweis estaban silenciosos y en ascuas, presintiendo que la presa estaba cerca. Bajo la dirección del Leftenant, los ingenieros de la subestación se abrieron paso hacia el Este, a través de la maraña de callejuelas empinadas y retorcidas que conformaban la antigua aldea sobre París.

—Luego tenemos —dijo Schillich, siguiendo su propia edición del mapa de Grahnweis— la rue Lepic.

Grahnweis encontró la calle y la marcó con el índice.

Y por el altavoz: 335.

Luego 428.

Luego silencio.

El cuarto se oscureció de pronto en el Hotel Bretagne. La mano de Janina quedó congelada en la clavija ahora muerta y se quitó los audífonos. Pero no oyó nada, nada excepto el hondo silencio de la noche en una ciudad ocupada. Por unos segundos permaneció allí sentada, entonces, antes de que hubiera hecho nada, las luces se encendieron, el filamento rojo de los tubos dentro del radiotransmisor volvió a brillar.

Era sólo un breve apagón, dedujo, algún problema con la red eléctrica.

A unos kilómetros al sur del control, Fedin abandonó el sendero y condujo un rato por una pista de tierra. No había que discutir nada. Sencillamente tomó el arma de debajo del asiento y caminó hasta el bosquecillo que separaba dos parcelas entre sí. Teóricamente, se fijarían bien dónde la habían tirado y algún día volverían a recuperarla.

De Milja fumaba pensativo, con la vista fija en los campos. Los campesinos, trabajando con la última luz del crepúsculo a finales del verano, cosechaban el trigo con máquinas tiradas por caballos. Había en el aire una nube de polvo, las cigarras zumbaban enloquecidas, las máquinas se

balanceaban a medida que iban cortando el grano maduro. Aprovechó para estirar las piernas y advirtió una ligera vibración en el suelo. Por unos segundos, no hubo ruido alguno. Entonces surgió un estruendo en la lejanía. Fedin volvió del bosque, se paró junto a la furgoneta y miró de soslayo al cielo del ocaso.

El suelo temblaba, luego comenzó a sacudirse. El ruido iba en aumento, después pareció estallar en el aire, volviéndose a cada momento más intenso, hasta que De Milja pudo sentir sus ondas martillándole el pecho. En un gesto instintivo, se arrodilló, luego intentó contar las negras siluetas que se desplazaban con lentitud por el cielo, volviendo de Londres o Liverpool. Tal vez cincuenta Heinkels 111 y quizás un número igual de Junkers 88, el mejor de los bombarderos alemanes, y su escolta, unos treinta Messerschmitts 110.

Lo había visto en Varsovia, la fachada de los edificios se desplomaba en mitad de la calle envuelta en una nube de polvo, la silueta de un bombero en el tejado: sus piernas y brazos desgajados por la explosión como los de un muñequito, y el fuego blanco en rededor, el fuego azulado, a una mujer joven lejos del impacto, a una manzana de distancia, cayendo sentada, muriendo allí sin ninguna huella en su cuerpo. Conocía bien las habilidades de los ingenieros alemanes.

Sobre su cabeza, uno de los bombarderos dejaba una delicada estela de humo blanco que le salía de debajo del ala. Otro volaba muy bajo y muy por detrás de la formación. De Milja pudo oír el motor; encendiéndose, luego el silencio, encendiéndose, silencio. Parecía vacilar; un ala inclinada, la nariz del aparato apuntada hacia abajo, luego se enderezaba. Quizás el avión y el piloto estuvieran tocados, los dos, pensó De Milja. Pero dos aviones de un centenar... ¡sólo dos! Otros habrían caído al mar, quizás. Alguno en la cocina de la pobre Mrs. Brown. Pero la mayor parte estaría de vuelta para cumplir su cometido al día siguiente. Hasta las mangueras para incendios se acababan gastando, pensó De Milja, y la superficie de hule se llenaba de estrías blancas y rasguños.

El ruido se diluyó gradualmente hacia el Sur, del lado de la base de la Luftwaffe cercana a Merville. Las cigarras retomaron su canto, los caballos de tiro prosiguieron con el arrastre y las segadoras crujieron de nuevo entre los trigales. Un campesino normando caminaba junto a su caballo —a paso lento, cabizbajo, como un anciano—, con una mano descansando en el anca del caballo.

Funcionó. Una vez determinabas una calle, cortabas la electricidad hasta que la transmisión cesaba y tus furgonetas podían identificar el edificio por la fuerza de la señal. Y radiaron el dato a Grahnweis: «el Hotel Bretagne». La partida de caza se organizó a toda prisa; dos detectives de la Gestapo —tipos corpulentos—, unos pocos oficiales con sus armas reglamentarias y Walter y Helmut, que se apretaron en el segundo vehículo, alentados por un guiño de Grahnweis. Los dos automóviles aceleraron en la noche parisina y llegaron a la rue Lepic a tiempo: el radiotelegrafista estaba aún en su tarea, según informaron los técnicos de las furgonetas.

La irrupción en el hotel quedó reservada a los dos detectives, junto a dos de los oficiales, a los que no había modo de negarles la entrada, a Walter —en representación del fiel equipo de Grahnweis— y desde luego al propio Grahnweis.

El conserje de noche, un anciano con un ojo en blanco, quedó tiritando de miedo al ver los uniformes entrando por la puerta. Les enseñó el registro de pasajeros; de allí seleccionaron, de inmediato, a la mujer con el nombre de «Marie Ladoux», que ocupaba desde hacía diez días una habitación en la última planta. Alquilada para ella por un primo, les dijo el hombre, una semana antes de que llegara ella misma.

—No duerme aquí —le confió a uno de los detectives—. Dios sabe adonde va.

Más tarde reconocieron entre ellos, en voz baja, que la jovencita francesa o inglesa, o lo que quiera que fuese, se había mostrado muy valiente: muy muy valiente. Cuando derribaron la puerta simplemente se volvió hacia ellos y los miró con fijeza, como si acabaran de cometer un gesto de extrema descortesía, con su mano aún sobre el pulsor.

—Es extraño que no tuviera vigilantes de apoyo —dijo luego Walter a los demás en el bulevar Suchet.

—Un asunto organizado un poco al buen tuntún, me parece —dijo Helmut—. Algo improvisado.

Una sonrisa triste y el encogimiento de hombros correspondiente: los británicos estaban perdiendo ahora, vapuleados sin tregua bajo las bombas alemanas, aguardando el golpe inminente, mientras un ejército de predadores implacables esperaba en los farallones de Boulogne. Los mismos farallones en que la Grande Armée de Napoleón había esperado su turno. Y seguido esperando. Pero esto no era lo de Napoleón. Y los oficiales más jóvenes leyeron, muy apropiadamente, que había una pizca de desesperación en la misión asignada a la jovencita aunque bien podía denominárselo «sacrificio».

En todo caso, logró impresionarlos. Las reglas del juego especificaban que el radiotelegrafista se entregara, se enfrentara al interrogatorio, aceptara las consecuencias de ser una espía, que no habían cambiado en un centenar de años: el patio, la venda en los ojos. Pero aunque no se resistió cuando la cogieron, sólo alcanzaron a llevarla al asiento trasero del Mercedes de la Gestapo convenientemente esposada, con uno de los detectives a cada lado. Así y todo, se las arregló para hacer lo que debía: de pronto fue el crujido leve de un vidrio mordido y, a los pocos segundos, su cabeza cayó de lado como la de una muñeca rota, y ése fue el final de Marie Ladoux.

Grahnweis se quedó con uno de los oficiales para examinar el auténtico trofeo de todo el asunto: la radio clandestina. Que resultó ser el viejo y noble transmisor-receptor Mark XV —en rigor, su primo de primera generación, el Paraset—, el equipo estándar del MI-6. Y Grahnweis asintió para sí satisfecho, aliviado. Los científicos británicos lo ponían nervioso: a veces resultaban grandes chapuceros, a veces no. Había temido que, bajo la presión de la guerra, se hubieran superado a sí mismos y hecho aparecer de la nada algún aparato diabólico que haría de su vida un infierno. Pero, hasta allí, nada ni remotamente parecido.

Material estándar. Dos frecuencias de transmisión: de 3,3 a 4,5 megaciclos y de 4,5 a 7,6 megaciclos. Cuatro a cinco vatios de poder: el suficiente para alcanzar hasta Londres. Tres tubos metálicos americanos, un encendedor piloto 6V6 de cristal, la caja de acero y cadmio, terminaciones en plata. Una curva de calibración, para ayudar al operador, montada en la esquina superior izquierda, en esencia una carta gráfica con una diagonal. Grahnweis extrajo de su chaqueta del uniforme un estuche de herramientas y escogió un destornillador apropiado para explorar el panel de control. Al oficial que miraba por sobre su hombro le dijo:

—Tal vez haya algo nuevo dentro.

Lo había.

Grahnweis dejó el hotel por el lado del edificio que daba a Saint-Rustique, mientras el oficial lo hacía por la rue Lepic: un hecho enigmático en sí, esta separación, que nadie llegó a explicarse jamás. Durante algún tiempo, se pensó que Grahnweis nunca llegaría a ser encontrado, pero, con perseverancia y un puntilloso análisis de los detalles, lo fue. La corona en el segundo molar bicúspide, las incrustaciones en los caninos superior e inferior, una muesca en el incisivo. Sí, ése era Grahnweis, si aún era posible darle algún nombre a un mazacote carbonizado bajo un revoltijo de ladrillos y tejas.

Los oficiales jóvenes de la Funkabwehr quedaron en extremo impactados por ese giro último e imprevisto en los acontecimientos. Les pareció, en lo más íntimo de sus corazones, un gesto cruel. Nunca hubieran pensado que el carácter británico fuera capaz de semejante crueldad. De haber sabido, ciertamente, que los polacos habían sacado a su superior del cuarto aquel, hubieran puesto el grito en el cielo. ¿Qué menos? Pero los británicos, los británicos eran distintos: arios, septentrionales, civilizados, y bendecidos ciertamente con algunas virtudes germánicas: el sentido del honor en la amistad, el amor al conocimiento.

En rigor, los británicos eran quizás un poquito peor que los polacos, pero los alemanes no llegarían a verlo hasta mucho después.

—Personalmente —concluyó Heinrich—, es el tipo de cosas que me resulta muy difícil perdonar.

7 de septiembre, 14:30.

Genya Beilis estaba sentada junto a la ventana en el Café Trois Reines, próximo al cementerio de St. Pierre, en Montmartre. Parecía una ensoñación, incluso bajo el calor de fines del verano. Con un sombrerito blanco y con un lazo ligeramente inclinado hacia un costado, un vestidito blanco, unas gotitas de Guerlain. No era lo habitual en ese vecindario, pero vaya uno a saber qué clase de negocios podía tener la realeza allí: quizás un pariente pobre, o un ramo de flores para un antiguo amante, que habría alguna razón en el arrabal. Fuera cual fuese el caso, ella relucía por sí misma y su té le fue servido con todas las cortesías, y sin derramar una gota.

Era turbadora su forma de caminar. Puede que uno no creyera en el Cielo, pero bien podía uno creer en eso. El mentón y hombros altivos, la curva de la espalda recta como una hoja de acero, el repique de sus tacones en el suelo de baldosas de un café. En el *cabinet de toilette*, madame se quitó uno de los guantes de cabritilla y deslizó un sobre marrón detrás del radiador. Y volvió a disfrutar de su té.

A unas manzanas de allí, cierto número de caballeros de la Gestapo leían los periódicos en sus vehículos y los portales, mientras se aclaraba el embrollo de la rue Lepic, aunque todo eso era inútil y ellos lo sabían. Nadie aparecería por allí a ver qué le había sucedido a X. El cese abrupto en las transmisiones, la ausencia de señales de inicio codificadas —la secuencia de inicio equivocada, la fecha incorrecta—, bastaría para que los de Londres supieran que la radio había sido descubierta. Siempre se enviaba luego a los



lectores de periódicos en vehículos o a pararse en los portales, pero se sabía muy bien cómo funcionaba el asunto.

La encantadora dama de blanco volvió al *quartier* del Café Trois Reines en dos ocasiones, pero no encontró ninguna marca de tiza en la lápida de M. Laval y la carta en el buzón del baño quedó sin ser recogida, así que al final las últimas noticias acerca de los canales y barcazas existentes en los puertos del Gran Canal quedaron sin leer.

Aunque ella nunca había visto a su corresponsal, sintió pena, siendo como era una veterana en el asunto y sabiendo lo que una carta no recogida implicaba. Luego pasó frente al Hôtel Bretagne, reparando en los lectores de periódicos diseminados por los alrededores, reparando en el absoluto silencio de la prensa de París en torno al tema de ciertas bombas que habían explotado y pensando para sí si todo aquello no encajaría de algún modo.

Pero lo suyo no consistía en descubrir la causa de todo ello. Lo suyo era viajar ahora al Sur, al Banque du Commerce Nationale en Orléans, humillar al más vulgar y grasiento empleado de banca que Dios había puesto nunca en su camino y recoger un nuevo listado de procedimientos.

Ahora era el decimoséptimo *arrondissement*.

Ahora el Café du Jardín.

Ahora el cementerio vecino de Passy.

«Qué morbosos», pensó para sí.

Noche estrellada en el pueblecito de Aire. En 1430, el puente romano sobre el río Lys había sido sustituido y la familia Martagne había edificado una bella casa al final de él, de manera que la brisa tan fresca que soplaba sobre las aguas hiciera placenteras las habitaciones de piedra en los atardeceres veraniegos.

Martagne, el supervisor portuario de Calais, era de rostro rubicundo y cabellos negros, la nariz rota y bigote enorme. Se sentó en la oscura cocina con De Milja —Fedin esperaba en el límite del pueblecito—, bebiendo de una jarra de piedra un calvados hecho en casa.

—Sírvese otro «calva» —le dijo—. Mi tío lo hacía ya en 1903.

A Martagne le gustaba pasar el rato en los bares con los estibadores polacos y ellos lo habían puesto en contacto con Fedin y De Milja, después de que expresara su cabreo con los alemanes y amenazara con «hablar con alguien».

Ahora estaba borracho. Mirando cabizbajo la vieja mesa llena de rayones, dándole vueltas a algo. Finalmente dijo:

—¿Es un espía?

—Sí.

Martagne hizo una mueca.

—Yo soy normando —dijo—. No francés..., sea lo que sea lo que eso signifique. Pero igual peleamos en sus batallas del carajo. Son buenos a la hora de insultar, no tanto a la de pelear. Mala combinación, estará de acuerdo.

—Sí.

—Lo de pelear, ésa es la cuestión..., siempre encontrará en ello a un Martagne. Crècy, Agincourt, Sedán, Poitiers, el Marne, Jena, Marengo. Posiblemente cruzaron el canal con Guillermo el Conquistador. Fue la última vez que alguien lo logró, dicho sea de paso. Posiblemente había allí alguno con mi feo careto. —Martagne se rió con la idea—. No soporto a los ingleses —dijo—. ¿Le importa?

—No —dijo De Milja.

—¿Y a ellos?

—No.

Martagne rió de nuevo.

—A mí tampoco —dijo.

Se levantó, vaciló unos segundos y abandonó el cuarto. A través de una rendija en la contraventana, De Milja vio que la luna y la luz de los astros iluminaban el antiguo pueblecito y oyó el rumor del río Lys donde se precipitaba en un pequeño salto de agua. En algún rincón de la casa, Martagne estaba abriendo y cerrando cajones. Finalmente reapareció y le extendió a De Milja tres hojas de papel carbón usado.

—Siento no haber traído los originales —dijo—. Vamos a tomarnos otro «calva», uno más. —Lo sirvió generosamente en las jarras, el olor a manzana alcanzó a De Milja—. Ahora, monsieur el espía, una historia cortita antes de que se vaya.

De Milja bebió un sorbo del calvados.

—La última semana de junio, el día de la rendición, cuando Pétain habló en la radio de cómo él estaba preservando el honor de Francia, mi abuelo se puso un camisón que nunca en su vida había usado y se metió en la cama. Era un pájaro viejo, con una salud de hierro, tan divertido como una fuente de agua. Pero se quedó en la cama, no habló más, no volvió a sonreír, sólo miraba fijamente a la pared. Vino el médico, un amigo de la infancia. No sirvió de nada. Hizo los mismos chistes de siempre, dijo las mismas cosas, le

dejó un tónico en la mesita de noche. Una semana después murió, mi abuelo. «Ha muerto de vergüenza», dijo el médico. Así que ahora..., eso que tiene usted en su mano..., ésa es su venganza. Y la mía, claro. ¿Lo entiende?

—Lo entiendo, sí —dijo De Milja.

Lo demostró levantándose al fin para marcharse. Martagne miró a otro lado; enfadado por lo que había hecho, enfadado con el mundo por forzarlo a hacerlo. De Milja le dio las buenas noches y cruzó la puerta.

Oro. Aquellas tres hojas de papel carbón resultaron ser oro, ni más ni menos.

12 de septiembre. En Nieuwpoort, justo al cruzar la frontera belga, el polvillo de la cosecha en los trigales flotaba en el aire tibio y los campos relucían bajo una luz dorada; los muelles estaban en llamas, el puerto olía a pescado muerto, un Blenheim-IVF de la RAF cruzó a no más de quince metros de altura sobre el malecón, con las ametralladoras vomitando y arrasándolo todo. Los cristales del Café Nieuwpoort saltaron sobre un pescador y un camarero abatidos y un cabo alemán salió corriendo del baño con los pantalones en los tobillos. Un barco de pesca repleto de caballas comenzó a arder y el cocinero de a bordo saltó para alcanzar el muelle. Ocho rondas de las ametralladoras 303, incluyendo una trazadora de efectos incendiarios, acribillaron un costado del depósito de gasolina del puerto, de unos diez metros de alto. Y no ocurrió nada. El cocinero gritó que no sabía nadar; dos taxistas corrieron hasta el borde del malecón, pero cuando el Blenheim se lanzó de nuevo sobre el lugar en un giro inclinado, se arrojaron ambos de bruces y, para cuando volvieron a mirar hacia el agua, ya no quedaba nadie.

Los alemanes disponían de un cañón antiaéreo en la cima de la colina, emplazado en el jardincillo a espaldas del ayuntamiento, y rojas bolas de fuego zumbaban sobre el puerto buscando alcanzar al Blenheim. Pilotado por un loco —un piloto rhodesiano con pocas horas de vuelo—, el Blenheim pareció enfurecerse por la réplica, dio la vuelta a toda velocidad sobre el mar y volvió en un vuelo rasante sobre Nieuwpoort, vomitando fuego sobre la posición del cañón y dándole a dos de los artilleros y al secretario del ayuntamiento.

Desde el último piso del Hotel Vlaanderen, junto a los muelles, De Milja y una prostituta vestida sólo con una combinación, más un marinero turco en ropa interior, observaban juntos el combate a través de una ventana con los cristales rotos. De Milja se había refugiado a la carrera allí dentro al iniciarse

el ataque, pero la prostituta y el marinero no parecían notar su presencia. El cuarto se estremeció de pronto y la onda expansiva de una potente explosión al otro lado del pueblo hizo retumbar los cristales. De Milja se asomó a la ventana para ver, justo sobre la silueta del pueblo, una gruesa columna de humo negro y denso, alzándose con lentitud vacilante hacia los cielos, lo cual implicaba el fin de una u otra instalación industrial que se alimentaba de petróleo de alta densidad. Entonces los proyectiles alcanzaron el hotel, el marinero dio un alarido y se aferró a la prostituta muerto de miedo con tal violencia que su peluca rubia se quedó ladeada, revelando el cabello negro y recogido bajo ella. «Ssh», le dijo ella, y le acarició el cabello.

De Milja presionó la palma de su mano contra el linóleo gastado del suelo, tanteando la temperatura y para determinar si no habría fuego debajo. De momento, estaban lo más a salvo que cabía esperar en esas circunstancias. Los bomberos parecían trabajar al norte de Nieuwpoort, cerca de la estación. Las volutas de humo negro del fuego antiaéreo discurrían ahora de vuelta al pueblo. Fedin debía de estar a mitad de camino de Abbeville. A De Milja sólo le cabía esperar que no hubiera muerto en la incursión.

El barco de las caballas estaba ahora en llamas; un hombre corrió hacia él y arrojó un cubo de agua absolutamente inútil sobre la cabina del timonel, después salió corriendo.

—Pobre pueblecito —dijo la prostituta a media voz.

El marinero dijo algo en turco y ella, en respuesta al tono de sus palabras, dijo:

—Sí, es verdad.

Al volver De Milja a la ventana, el Blenheim pasó como un destello, la punta de su ala a no más de tres metros, el motor aullando, haciendo vibrar los marcos de las ventanas. El piloto describió un círculo a baja altura sobre el pueblo y volvió hacia el mar, rumbo a los acantilados de Dover, a casa. Los alemanes volvieron a abrir fuego con su cañón antiaéreo y le enviaron una ráfaga que quizás hizo alguna muesca en la cola del aparato. El piloto reaccionó sin demora; inició con el avión un repentino ascenso, luego hizo un viraje pronunciado en lo alto y se perdió entre las nubes bajas. En la calle se oyó un campanileo: el coche de bomberos de Nieuwpoort se paró un momento. Dos de los bomberos aferraron un trozo de hormigón caído y lo arrastraron hasta el borde del malecón por las varas retorcidas de hierro que afloraban de él.

Los dos hombres volvieron al vehículo y éste avanzó alrededor del puerto hasta donde estaba ardiendo el barco de las caballas. El fuego había pasado ya

al malecón. Un coche abierto de la Feldengendarmerie alcanzó por detrás al camión de los bomberos y un soldado corrió hasta la ventanilla del conductor para indicarle la dirección contraria. El soldado volvió a su coche y ambos vehículos iniciaron el largo proceso de dar la vuelta evitando que una de sus ruedas desbordara el malecón.

«Bien», pensó De Milja. Algo importante había pasado y los alemanes están muy disgustados. Aun así, De Milja había visto arder equipos alemanes desde septiembre de 1939 y debía admitir que eso no parecía frenarlos en su avance. Se limitaban a parchear y remendar, improvisar y seguir adelante. «Llevan la guerra en la sangre», pensó. Siempre encontraban la forma de hacer su labor y seguir hacia el próximo pueblo.

Otro avión irrumpió disparando frente al hotel, el tableteo de las ametralladoras resonó en el cuarto. No era el mismo Blenheim de antes, según apreció De Milja. Había estado escondiéndose sobre el mar en algún sector o un poco más abajo por el litoral, y esta vez, como en un truco de magia, el depósito de gasolina estalló con un gran estruendo de llamas anaranjadas y humo negro. El piloto trazó un círculo alrededor del pueblo para tener una buena perspectiva desde la mira de sus ametralladoras, evidentemente orgulloso de lo que acababa de hacer. Entonces meneó las alas —los artilleros le lanzaron todo lo que tenían, excepto su almuerzo— y se alejó velozmente sobre el mar hacia el litoral inglés.

Una llovizna esa misma noche. El marinero turco fue a embarcarse —en caso de que hubiera aún un barco en el cual pudiera hacerlo— y De Milja le pagó a la prostituta para que se quedara con él en el cuarto. Bernette se llamaba. Ya no era una jovencita. Tenía una figura baja y robusta, decididamente orgullosa, a juzgar por la expresión de su rostro, de las infinitas pruebas que la vida le había puesto. Colgó la peluca rubia en uno de los pies de metal de la cama y se deshizo en atenciones para con ella, peinándola y llamándola «mi pobrecito castor», como ajena a la estampa que componía con sus braguitas y sus cabellos blanquinegros.

De Milja le dio algún dinero, ella lo guardó en su falda y fue a un café cercano que dijo que conocía, donde guisaban en una cocina de leña —la red eléctrica de Nieuwpoort estaba caída—, y volvió con una bandeja de lentejas con tocino, aún tibias y cubiertas con un periódico del día anterior, y dos botellines de cerveza negra. Deberían perdonarlos por no poder darles, a la

dama y al caballero, ningún vaso, pero la cristalería no había sobrevivido al ataque de la tarde.

La lluvia repiqueteaba en las calles del muelle, contribuyendo a calmarlo todo un poco. En la lejanía, las campanillas de los coches de bomberos siguieron sonando indefinidamente. Olía como en Varsovia; a yeso chamuscado, aceite ardiendo y a cordita. Bernette arrugó la nariz y se bañó con una colonia fortísima, de modo que el cuarto olía ahora a bombas y gardenias. ¿Iba a querer el caballero, quiso saber, un polvo con mamada cuando hubiera terminado con las lentejas? El dinero que acababa de darle lo hacía acreedor al menos a eso. No, le dijo De Milja. Los acontecimientos de la jornada no lo habían dejado muy para esas cosas. «Es extraño —pensó— lo mucho que me gustas. Eres como yo, un alma errante, siempre lejos de casa».

Y resultó ser verdad. Había tenido una vez un hogar, y un hijo, una familia, pero, bueno, ¿qué más daba? Dios no había querido que los conservara y ahora no los tenía. No había mucho más que contar.

Bueno, al carajo entonces «con todos», dijo él. Empezaba a cansarse de las cuatro paredes... ¿No le apetecía dar un paseo? Ella estuvo de acuerdo. Pese a estar asustada, estuvo de acuerdo. «Extraño —pensó él— cómo se topa uno, cuando menos se lo piensa, con la secreta nobleza del mundo».

Al ir ella al baño por el pasillo, De Milja vertió en su camisa la mitad de una de las cervezas. Al volver, ella hizo una mueca de disgusto. Podía lavársela en el fregadero, si quería. No, dijo él, y apartó el rostro para que la mujer no llegara a notar que se había enjuagado la boca y peinado con el resto de la cerveza.

En principio, todo estaba en calma en el exterior, con la lluvia siseando en uno o dos fuegos que persistían aquí o allá. Algunas de las gentes del pueblo husmeaban en el café arrasado por las llamas, alzando entre todos una plancha de madera carbonizada, que soltaron de pronto, al ver lo que había bajo ella. El patrón, el hombre más recio de Nieuwpoort, estaba sentado en un borde y sollozando, con un pañuelo sucio en su mano. «Aj», dijo Bernette conteniendo las lágrimas, luego se recompuso. El hollín les llovía encima a medida que avanzaban, con suma cautela, visto que la niebla había comenzado ya a descender sobre el pueblo. El agua estaba en calma esa noche, lamiendo los pilotes del muelle en la marea baja. Al alejarse del centro de Nieuwpoort, dos soldados de la Wehrmacht les dieron el alto. Los dos crispados, tensos, ahora que, por un segundo, habían conocido el lado menos bueno de esa guerra. Algo que no les había gustado nada.

Pero ¿qué podían hacer con un paleta que hedía a cerveza y una puta, yendo hacia la playa para una buena mamada? Él era un tal Rosny, belga de ascendencia checa, una larga historia. Al final, los alemanes les indicaron por señas que siguieran, aunque por menos de nada le hubieran destrozado a él la barbilla con la culata del fusil, sólo para verlo tirado en el suelo. Porque ahora había amigos suyos recién muertos, y otros medio muertos, y otros que hubieran estado mejor muertos —De Milja sabía lo que un bombardeo provocaba en la gente— y estaban ciegos de ira, resultaban peligrosos. Bernette, la dulce Bernette, los miró de algún modo singular y eso quizá diluyó su ira lo suficiente para evitar que le rompieran a De Milja la quijada, pero estuvo cerca.

Las sirenas cesaron alrededor de una hora después de medianoche y De Milja y Bernette se alejaron de la playa y fueron hasta las dunas. Estaban ahora en lo que el pueblo consideraba la fosa de la vergüenza —vidrios rotos, trapos viejos, un zapato olvidado—, un lugar oculto de las miradas para los ciudadanos de Nieuwpoort que debían hacer algún cometido íntimo y no podían permitírselo a puertas cerradas. De Milja buscó la protección de una duna, se sentaron los dos en la arena húmeda, él la abrazó por los hombros y ella se acurrucó contra él, su protector.

Poco más que un gesto, con todo lo que había sucedido en Nieuwpoort esa noche.

Los Blenheim eran el primer acto, unos malabarista dando un par de vueltas en sus monociclos. Ahora era el turno de la *troupe* completa, que irrumpió por las bandas laterales. Bombarderos Lancaster, según adivinó De Milja. La playa se estremecía con el impacto de las bombas, con prolongados estruendos y destellos anaranjados en la oscuridad. Una o dos veces estuvo verdaderamente cerca, la arena los roció y Bernette gimoteó como un caniche, apretujándose contra él. Los servidores del antiaéreo emplazado en el ayuntamiento se apuntaron un tanto nada más comenzar el ataque y le dieron a un Lancaster de lleno antes de que llegara al puerto. De Milja juraría que vio una nube negra, súbitamente iluminada por el estallido, extendiéndose en un radio de treinta kilómetros a la redonda. Pero la mayor parte de los aviones resultó ilesa y atacaron el pueblo y el puerto y los pueblos cercanos y sabe Dios qué más. Muy pronto, todo Nieuwpoort estaba en llamas, y el Hotel Vlaanderen no era más que una pila de ladrillos humeantes.

El segundo ataque británico sobrevino a las 3:30 y todo quedó muy silencioso cuando hubo concluido. De Milja y Bernette comenzaron a dar cabezadas, luego despertaron al alba, ateridos de frío, tiritando, desolados. El mar había vuelto a la vida con las primeras luces y las olas orladas de blanco se tomaban algún tiempo antes de romper, con las gaviotas graznando y detenidas en el aire, sobre las crestas de espuma. De Milja fue hasta la orilla a mojarse la cara y allí mismo, oscilando adelante y atrás en el agua, con un rastro de espuma amarillenta en la espalda y el uniforme, estaba el primer alemán. Boca abajo, con los brazos extendidos. De Milja se lo quedó mirando. Una ola un poco más fuerte que las precedentes lo impulsó hacia la playa, dejándolo tirado en la arena mojada.

No estaba claro cómo había muerto: no tenía rastros de quemaduras, ni había sido alcanzado por un obús. Probablemente se había ahogado. Vestía el uniforme gris de batalla, llevaba el cinto bien provisto de cartucheras para las municiones y la bayoneta. «Uno de los míos», pensó De Milja. Pero no era uno, sino tres, no, una docena. Cientos. Al principio, el gris de los uniformes se mezclaba con el color del mar, pero al ir cambiando la luz vio que había más, bastantes más. La mayoría con pesadas mochilas a la espalda, meciéndose en la espuma del mar. A ratos, el mar depositaba a alguno en la playa, luego, o eso le pareció a De Milja, volvía en busca de otros.

*Un funcionario de confianza del puerto informa de que el personal de seguridad ha alertado a las unidades de defensa costera de una maniobra de desembarco con efectivos equivalentes a una división, empleando barcazas y remolcadores, en Westende, un punto de la costa belga, la noche del 12 de septiembre.*

La causa de su muerte.

Hubiera sido un suicidio ir hasta Westende, por lo cual se había decidido por Nieuwpoort, para apreciar allí lo que pudiera. Y ahí estaba. Algunos de los muertos estaban quemados: quizás algún barco había recibido un impacto directo. Quizá varios barcos. Eran tropas pensadas para una invasión, a juzgar por la mochila y todo el equipo: los alemanes se habían puesto el disfraz para un desembarco en las playas de Gran Bretaña.

Y los británicos, el suyo.

Era en extremo arriesgado quedarse allí. El infierno no tardaría en desatarse en esa playa cuando los alemanes descubrieran lo que la marea estaba trayendo. Al volverse en busca de Bernette, la descubrió de pie a su lado, con los pies hundidos en la arena, cruzada de brazos.

Él llevó la mano a su hombro, pero ella no reaccionó. Así que la retiró. Entonces se arrodilló, extrajo de sus bolsillos una hojita de papel y un lápiz, y



garrapateó el dibujo que había en el distintivo a la altura del hombro de uno de los soldados muertos: un caballero blandiendo una espada sobre su cabeza, el escudo con una cruz, como los de la época de las cruzadas. Sobre el dibujo: Grenadierregiment 46. Debajo: 21 Infanteriedivision Dresden.

Guardó la hojita de papel en el dobladillo del pantalón y se alzó.

—Sé que eres una patriota —dijo.

Ella había visto, y entendido, lo que acababa de hacer. Era un acto de guerra enterarse de quiénes eran los muertos.

—Sí —dijo ella—. Lo soy.

Era un secreto más, pensó para sí misma. Uno entre los muchos que guardaba.

15 de septiembre.

Martagne había sustraído tres hojas de papel carbón de la oficina en el puerto de Calais; la del ejercicio de desembarco alemán fue una de ellas.

De Milja se dirigió al Sur, hacia el pueblo de Sangatte, por la carretera a orillas de la costa entre Boulogne y Calais. Fedin lo esperaba en una villa cerrada, propiedad de un barón ruso —un fabricante de juguetes, antiguamente uno de los maestros de equitación del zar— en París. De Milja llegó poco después de las 13:00, Genya Beilis lo hizo en un taxi desde el balneario de Le Bouquet, una hora después. Todos los trenes de París a Boulogne y Calais habían sido suspendidos, les dijo. Sólo se permitía el paso a los vehículos militares. A los trenes artillados. A los hospitales de campaña.

La hora había llegado.

Los caminos estaban atestados de pánzers, piezas de artillería del calibre 88 y camiones cisterna con cruces rojas pintadas sobre ellos para despistar a la aviación británica. Los planificadores de la invasión de la Wehrmacht jugaban ahora a un ajedrez curioso: los grandes cañones en Calais se habían enfrascado en un combate con la artillería británica emplazada al otro lado del canal, las frecuencias de radio eran interferidas, las torres de radio y radares atacados. «Ahora vamos».

«Los puertos del adversario son nuestra primera línea de defensa». Ése había sido lord Nelson en 1805 y nada había cambiado desde entonces. Gran Bretaña contaba con su pequeña franja de agua que siempre se guardaba bajo la manga. Los príncipes de toda Europa podían reunir la infantería que quisieran; al llegar a las costas de Francia, debían pararse.

Un general ruso, la hija de un editor parisino, un cartógrafo polaco. Ya en la villa, se sentaron un rato en los sillones cubiertos con sábanas, en una habitación en penumbra tras las contraventanas cerradas. Aquello había acabado, y lo sabían. Fedin, el más fuerte de los tres, pensaba De Milja, era ya un sesentón. Para sobrevivir en Rusia tenías que luchar: luchar contra el frío, luchar contra la tristeza, luchar contra el vodka. Los que lo conseguían eran tipos duros, espíritus de hierro. Genya se había empolvado las ojeras, lo advirtió de reojo. A él le parecía que las ojeras le daban un toque sexy y decadente, y que ese intento de encubrirlas la avejentaba, como a una mujer enmascarándose ante el mundo. En cuanto a él, no sentía nada, estaba insensible, como si algún nervio en su interior, machacado de manera persistente, hubiera dejado de latir.

Los tres fumaban. Servía para reemplazar la comida, las horas de sueño.

—Han arrestado a Rijndal —dijo Fedin—. El capitán holandés, el de la barcaza. Su mujer informó a otro amigo nuestro.

—¿Saben por qué? —preguntó De Milja.

—No.

—¿Y qué podría decirles?

—Que habló con inmigrantes..., rusos, polacos, checos..., gente que trabaja contra los alemanes.

—Me voy a dormir —dijo Genya, dando por sentado que habría un dormitorio arriba.

Fedin y De Milja oyeron poco después sus pasos deambulando por varias habitaciones.

Fedin y De Milja abandonaron la casa por un rato, para ir caminando hasta un bar próximo, desde donde telefonearon a otro bar. Bebieron café en silencio, durante casi una hora. Luego, una ambulancia aparcó en el exterior. El conductor se les unió en la mesa, pidió un coñac, abrió un periódico.

—La fuerza de Alemania y la cultura francesa inspiran a la nueva Europa —leyó en voz alta, citando a un ministro francés.

—¿Cómo toleras esa basura? —inquirió Fedin.

El tipo de la ambulancia se encogió de hombros.

—Me gustaba más eso de: «Nace un cerdo con dos cabezas», pero esto es todo lo que hay ahora. —Miró su reloj—. Puedo dejárosla dos horas. Si vais a usarla, más vale que sea ya.

Fedin le entregó un manojito de francos.

—¿Qué estáis trasladando? —preguntó el tipo.

—Jamón —dijo Fedin.

El conductor alzó las cejas de un modo que quería decir: «No me importaría quedarme con uno». Fedin sonrió con malicia y le palmeó el hombro. «Los negocios son los negocios».

Fedin condujo la ambulancia, De Milja se tendió en la camilla de la parte trasera. Los días en que aún podían usar la furgoneta habían concluido. Sólo se permitía a los vehículos franceses de emergencia circular por los caminos costeros. Siguiendo la red de carreteras rurales, llegaron al pueblo de Ciolombert, en la D6. En la plaza principal, un policía militar de guantes blancos dirigía el tráfico. Fedin le preguntó, el policía le señaló con un ademán abrupto la dirección anhelada: «¡Sí, sí, váyase, y rápido!». En la plaza había un camión militar con un neumático pinchado. Los soldados estaban alrededor, esperando a que el conductor lo cambiara. Llevaban el mismo uniforme que los soldados de la playa en Nieuwpoort, pero el distintivo en el hombro era otro.

—Comandos —dijo Fedin, esforzándose por ver los distintivos—. Para trepar los acantilados con cuerdas.

—Si logran llegar a los acantilados —dijo De Milja.

Fedin giró delicadamente el volante y condujo a través de un prado entre dos hileras de tilos. Los troncos llevaban demasiados años de crecer a sus anchas y apenas si dejaban espacio para un vehículo. El camino se bifurcaba al llegar a un canal. Fedin apagó el motor. Otro lugar íntimo y delicioso, perdido en el mapa: las aguas quietas, el cielo en calma, las hojas moviéndose apenas con la brisa. De Milja se levantó de la camilla.

—Espero que nadie nos pregunte qué estamos haciendo aquí.

Fedin se encogió de hombros.

—Diremos que el hechizo de Van Gogh es impredecible.

Avanzaron por la orilla del canal unos minutos. Al pasar una curva, vieron catorce barcazas amarradas entre sí, atadas a anillas de hierro en lo que, un siglo antes, había sido un camino de sirga. En el agua se veían los troncos de tres tilos renegridos y astillados; varios otros deshojados. Una única barcaza yacía volcada y medio sumergida en las quietas aguas. Fedin golpeteó un cigarrillo contra el paquete, lo puso en la boquilla de marfil y lo encendió con su pequeño encendedor de plata.

—Bueno —dijo—. Al menos lo intentamos.

La villa en Sangatte, a última hora del atardecer. De Milja subió las escaleras, dio con el dormitorio y abrió con suavidad la puerta. Genya estaba dormida, en ropa interior y las manos bajo la cabeza en lugar de la almohada, sobre el colchón y la sábana. Él la observó unos instantes. Estaba soñando. A los ojos del mundo, se la veía impenetrable y deslumbrante, pero en su sueño estaba asustada, la respiración agitada. Se tendió delicadamente a su lado, pero ella se despertó.

—Estás aquí —le dijo.

—Sí.

—¿Cómo ha ido?

—No tan bien.

—¿De veras?

—Nos las arreglamos para examinar tres lugares distintos. Había una barcaza hundida, un transporte dañado..., los alemanes habían puesto a un grupo de calafateadores franceses a repararlo todo. En Calais, un anciano que pesca en el malecón nos dijo que una lancha a motor explotó la otra noche, cuando vinieron los ingleses.

Genya no respondió. De Milja estaba cansado. Hacía calor y faltaba el aire en el piso de arriba, a oscuras tras las contraventanas cerradas. Así y todo, pudo sentir cómo se iba el verano. Pudo oír el océano rompiendo en el litoral rocoso. A dos jovencitas en bicicleta, charlando en su pedaleo. A un pájaro que entonaba una única nota grave en un árbol. Se movió un poco más cerca de Genya, de su piel morena contrastando con la sábana blanca, la rozó en el hombro con sus labios. Ella se alejó levemente.

—Estoy dormida.

16 de septiembre. Comenzó a reunirse la flota para la invasión. Habían previsto que Genya llevara un correo al radiotelegrafista de Passy al atardecer del día 15, pero la policía francesa había bloqueado todos los caminos y las estaciones ferroviarias estaban ahora vedadas a los civiles. La región había sido por completo cerrada.

El puerto de Calais era un lío de callejuelas adoquinadas y mal iluminadas, que discurrían entre grandes cobertizos de ladrillo y depósitos de carga, casitas donde vivían los trabajadores del muelle, unos pocos cafés donde se bebían una copa cada tanto y un hotel destartado con un letrero de neón azul —HÔTEL NEPTUNE—, un prostíbulo al servicio de los marineros que desembarcaban.

De Milja y Fedin entraron en uno de los bares, pidieron dos *ballons de rouge*, copas de vino tinto, y pasaron una hora entera cotilleando con el propietario y su esposa, gorda y rubia. El propietario llevaba un gorro de lana y las mangas hasta los codos. Iba mal el negocio, les dijo, a ese ritmo no les duraría mucho. Los ingleses les bombardeaban la clientela, los alemanes pagaban como pagan los borrachos en medio de una juerga o no pagaban. Y creían que lo tenían difícil antes de mayo del 40, *et alors*, ¡quién lo podía prever! La mujer tenía una risa generosa y las mejillas sonrosadas.

¿Y qué era ese depósito al otro lado de la calle?

¿Labard et Labard? Clausurado de momento. Los trabajadores solían venir al bar, primero a espabilarse con una copita a media mañana, después a la hora de comer, para un buen *plat du jour* por unos pocos francos y un buen café. Luego algún cacharrito al terminar la jornada, cuando se reunían allí para armarse de valor y volver a sus casas a enfrentarse con la mujer. La vida no era perfecta pero uno iba tirando. Entonces vino la guerra. El joven monsieur Labard, un oficial, estaba ahora prisionero de guerra en Alemania. El viejo Labard tenía ochenta y siete. Lo había intentado de veras, pero no había funcionado. *Tant pis*, mala pata, así es la vida, qué le iba a hacer uno, así son las cosas. El propietario negó con la cabeza e hizo gesto de pesar. Una pena. Mientras, su esposa le guiñaba un ojo a De Milja y movía las caderas al acercarse desde el extremo de la barra a rellenarles las copas.

Justo después de que oscureciera irrumpieron en el depósito Labard. Con un hierro viejo, descerrajaron el candado, avanzaron a tientas hasta una antigua escalera de madera y subieron al piso de arriba. Allí dieron con una ventana en la que quedaba una rendija entre los tablones claveteados, quitaron un tablón y tuvieron una vista panorámica del puerto de Calais.

Fedin había acertado en lo de la fecha: la luna llena, el 17. Contaron cuarenta transportes de tropas anclados fuera del puerto, otros seis en los muelles. Los camiones de las proximidades, cargados hasta los topes con cajas de municiones. La primera oleada invasora sería embarcada a la mañana siguiente, luego, por la noche, navegaría rumbo a Inglaterra.

—Es la invasión —dijo Fedin, escrutando la actividad perceptible en el puerto—. Espero que tengan algo preparado del otro lado.

—Los ingleses abandonaron un montón de armas en Dunquerque —dijo De Milja—. Eso fue hace tres meses... Me pregunto cuánto de eso habrán podido reemplazar. Qué parte, no todo. Por cierto que cada granjero inglés

cuenta con su escopeta. Que es exactamente lo que decían de Francia, pero los granjeros con escopetas tienen poco que hacer contra la artillería.

Un remolcador de gran calado llegó resoplando al puerto desde el sector donde estaban los canales. Llevaba tres barcas hasta la popa de otra. El remolcador, hecho para desplazar contenedores de carbón entre los puertos de la cuenca del Rin, entró raudo al puerto.

—¿Pensarán cruzar en eso? —dijo Fedin.

—Si el mar está en calma...

—¿Y qué pasa con la Royal Navy?

—Los alemanes deben creer que podrán neutralizarla durante unas cuarenta y ocho horas..., después de eso, ya nada importará mucho. Y si la Luftwaffe puede sacarles ventaja en el aire y sobre el canal, la Royal Navy no servirá de nada.

De Milja observó el puerto en silencio. La actividad no era frenética, pero había unas treinta operaciones en curso, barcos moviéndose, camiones llegando y partiendo..., todo ello con determinación y sin vacilaciones. No se veía a nadie fumando o sin hacer nada. Todos los transportes no militares habían sido atracados en el pequeño puerto deportivo adyacente a la dársena principal. El nombre de uno le sonaba familiar. Tuvo que pensarlo un momento antes de entender por qué. El oxidado carguero, con la pintura negra y desconchada, era, según rezaban las letras a un paso de desaparecer en el casco, el *Princesa de Malacca*. Gran nombre para un viejo trotamundos como ése, pensó. Aparecía en uno de los papeles que Martagne les había entregado: uno con los horarios del tráfico marítimo y comercial que se esperaba que entrara o saliera del puerto de Calais entre el 14/9/40 y el 21/9/40, con una breve descripción del manifiesto de cada carguero.

El primer ataque británico sobrevino a las 22:15.

Aviones de asalto —capaces de volar a ras de suelo—, con los motores aullando cuando cruzaban frente al puerto. Beauforts, pensó De Milja. Quizás una docena. Uno de sus proyectiles impactó en el costado de uno de los cobertizos y, con el resplandor amarillo del impacto, De Milja vio a otro dando una doble voltereta a ras de agua. Los alemanes estaban esperando el ataque. El tartamudeo de las ametralladoras pesadas y el redoble más grave, a dos compases, de la artillería antiaérea retumbaba en los oídos de De Milja, después lo ensordeció por completo. Los Beauforts atacaban a una altitud de

unos treinta metros, portando cada uno cuatro bombas de doscientos cincuenta kilos. Hacían cuatro pasadas cada uno, si les daba tiempo.

Los sobrevolaban Me-109, cazas nocturnos, y uno de ellos persiguió a un Beaufort a todo lo largo de un muelle, con las ametralladoras disparando, en una cacería tan vehemente que terminó rastreando a su presa entre una nube de balas trazadoras. Unos minutos después, aparecieron en el cielo dos bengalas verdes, iluminando a un piloto que oscilaba en el aire con su paracaídas, el cual se posó con delicadeza en el plácido mar y desapareció en la noche cuando las bengalas se apagaron en el agua.

Dos minutos, no fue más que eso. El sonido se diluyó en torno a De Milja, hasta que poco a poco recuperó la audición, justo para permitirle oír el gemido de una sirena que anunciaba el fin del ataque. A la luz de la luna, una barcaza se desplazaba con lentitud por las aguas, un vapor de carga ardía, con la silueta de los bomberos y sus mangueras perfilándose contra las llamas.

—¿Tiene usted un arma? —dijo De Milja a Fedin.

—Ésta —dijo Fedin.

Una Walter P-38, la pistola reglamentaria de los oficiales alemanes. De Milja le tendió la mano. Fedin, tras un momento de desconcierto, le dio la pistola.

—¿Qué...?

De Milja no respondió.

El segundo ataque británico se inició a las 23:16.

Una partida de ajedrez en algún sitio, en los centros de mando subterráneos, conectados a torres de radio, los controladores aéreos británicos moviendo una torre aquí, un caballo allá. Un ajedrez a ciegas. Con los centros de control funcionando a veces y otras no. Alguna vez había que improvisar, hacer lo que parecía mejor. De Milja había visto suficiente de eso en Polonia, donde no había funcionado. Sólo un montón de gente con coraje, muerta, era todo lo que se lograba.

Los pilotos de la RAF —británicos y sudafricanos, canadienses, checos y polacos— iban un punto más allá del coraje. Por segunda vez, volaron al encuentro de la tormenta de fuego y cierto número de ellos pagó el precio. Quizás, en ese pequeño intervalo, el mando había programado una escuadrilla de Spitfires para mantener a raya a los Messerschmitts. Lo cual dejaba los muelles de Londres desprotegidos cuando los Junkers y Heinkels volaran sobre ellos. En eso, precisamente, consistía el ajedrez. Si los muelles de

Calais ardían, los muelles de Londres ardían a su vez. Al ver alejarse a los protagonistas de esa nueva incursión, dos focos rastreadores iluminaron un Beaufort herido, empeñado en escabullirse de la escena, a pocos metros del agua. De Milja no vio al caza que completó la labor. Sencillamente, una explosión tras la cabina y luego el avión chocó contra el agua en una nube de vapor y espuma.

De Milja sintió las manos doloridas. Las soltó del alféizar. Tan sólo quedaba ahora una sirena, algún coche de bomberos en un punto de Calais. No iba a los muelles, nada estaba ardiendo allí. El carguero estaba a salvo..., aunque la barcaza impactada en el ataque de las 22:15 se había hundido, al parecer, en el cieno de la bahía. Probablemente sería reflatada, reparada y utilizada para llevar munición a través del canal, rumbo a las costas británicas. Quizá dentro de una semana o algo así, pensó De Milja, mientras Londres se defendía con coraje —como lo había hecho Varsovia—, mientras en el resto del mundo la gente se pegaba a las radios para oír, a través de la estática y las sirenas, a los británicos rogando ayuda en su última hora.

De Milja se apartó de la ventana.

—Hay un último recurso que intentar —dijo.

El general Fedin lo entendió perfectamente. Había vivido en guerra, de una forma u otra, durante los últimos cuarenta años.

—Sería un honor acompañarlo —dijo.

—Será mejor que permanezca aquí —dijo De Milja.

Fedin asintió con el gesto grave. Hasta sintió el impulso de saludarlo militarmente, pero ¿cómo?... ¿El saludo de qué país, de qué ejército? De Milja fue hacia la puerta. Por un momento fue una silueta borrosa en la oscuridad del depósito, después nada. Lo último que Fedin oyó de él fueron sus pasos por la escalera de madera.

No era mucho, quizás un cuarto de hora, desde el depósito de los Labard a los muelles. Se movía con rapidez, agachado y pegado a los edificios, presa de una euforia extraña. Rodeó un garaje en llamas, evitó una calle donde las llamas negras y anaranjadas asomaban por las ventanas de una pensión para los estibadores. Se ocultó en un portal cuando un vehículo alemán —siniestro y artillado, con soldados de las SS en ambos flancos— pasó lentamente y con estruendo por una esquina.

En la lejanía se oyó el murmullo de un trueno. Puede que fuera un trueno o las bombas. Probablemente lo último. La RAF estaba machacando



Boulogne, u Ostende o Dunquerque. Escalonando sus ataques, arremetiendo y retrocediendo, como un bóxer. Se dedicarían a ello toda la noche, si los aviones y los pilotos aguantaban.

El puerto era un caos: un revoltijo de calles, luego dársenas con malecones de roca, varios kilómetros de ellos, diques secos y vertederos, verjas combadas por el tiempo y altos muros de piedra. En el acceso principal, bajo el rótulo de PORT DE CALAIS, los encargados de la seguridad habían cortado el alambre de espino y arrimado los postes contra las paredes de ladrillo de la caseta de guardia. No era seguridad lo que querían esa noche, querían una vía expedita, para que los coches de bomberos y ambulancias entraran y salieran sin problemas. Entonces, con las primeras luces del alba, cuando se hubieran retirado los destrozos ocasionados por las bombas, habría tropas y municiones y todo el equipo que había que cargar a bordo. De Milja observaba desde un lugar a cubierto, cuando un camión cruzó a toda velocidad la verja de acceso, balanceándose a uno y otro lado sobre los adoquines, sin aminorar en ningún momento la velocidad. Esperó. Vio el brillo de un casco a través del cristal de la caseta de guardia. Decidió intentarlo en otro sitio.

Se valió de las callecitas que discurrían paralelas al puerto. Una prostituta le silbó desde un portal y se abrió el abrigo. Pudiera ser que necesitara un ayudante, pensó él, y la evaluó unos segundos.

—¿Y? —dijo ella, levemente incómoda con el exceso de atención de su parte—. ¿Tenemos algo inusual en mente esta noche?

De Milja sonrió a pesar suyo. Lo pensó un segundo. «Déjala vivir». Al alejarse, ella le dijo con una voz suave y áspera, como la de una cantante en algún café:

—Nunca se sabe si no lo preguntas, amor.

En la esquina siguiente, halló lo que buscaba. Un Beaufort le había despejado el camino. Al llegar a Francia envuelto en llamas y fuera de control, decidió hacer algo de trabajo en una de las calles al borde del puerto: se había llevado por delante unos treinta metros de alambre de espino, un autobús vacío y la caseta de un vigilante, ahora volcada, lo había apilado todo contra un antiguo muro de piedra y, finalmente, le había prendido fuego. Unos bomberos franceses habían intentado interferir, pero, a medida que el Beaufort ardía en su sitio, se encendieron varias ristas de municiones y los ahuyentó. De las mangueras que habían dejado allí tiradas salía ahora un agua espumosa, mientras se daban instrucciones a gritos entre sí desde los portales donde se habían puesto a cubierto. Alguien le gritó algo a De Milja cuando

corrió a través de la brecha abierta. Ése fue el único problema que hubo de sortear. Ése y algo más que chisporroteó tras él y le rozó la oreja, como para decirle: «Vete de aquí».

Era un área de talleres de grandes dimensiones, naves de piedra enormes como graneros. Probablemente, los franceses habían trabajado allí en la flota que preparara Napoleón. «Dadme la posibilidad de controlar por seis horas el paso de Calais y seré el dueño del mundo». El propio Napoleón había dicho eso: De Milja había debido aprenderse cuando estudiaba en Saint-Cyr. Los talleres estaban repletos de pequeñas máquinas, hélices propulsoras... La mirada de De Milja recayó en un tanque de acetileno y sonrió al cruzar al trote junto a él.

Pareció requerirle mucho tiempo —hasta después de la medianoche, según su reloj—, pero finalmente llegó hasta el viejo malecón del puerto donde estaban atracadas las embarcaciones de recreo. El viejo malecón estaba formado por grandes bloques de hormigón arrumbados un siglo antes contra las marejadas del paso de Calais, esas aguas furibundas del mar del Norte atrapadas entre los acantilados de Inglaterra y Francia. Ahora estaban en calma, bajo la luna de septiembre. Sólo había un leve oleaje que incidía en diagonal sobre las playas; un océano lento e indolente como un gato desperezándose. De Milja pasó de nuevo al trote junto a los veleros atracados —el *Reina del Atlántico*, el *Dominó*—, hasta que tuvo a la vista el casco enorme de los barcos mercantes. Desterrados allí para que no entorpecieran el tránsito de la flota invasora, pero autorizados a entrar en Calais según el programa fijado, de modo que no delataran la fecha y lugar de la invasión.

Se detuvo y miró ansioso a los cielos. «Aún no». No, era sólo una formación de bombarderos alemanes volando a gran altura, rumbo a Inglaterra. Quizás unos doscientos, pensó, parecieron requerir de una eternidad a su paso por allí y sobre su cabeza. La línea del horizonte lo dejaba algo más expuesto, así que mitad corrió, mitad se deslizó al pie del malecón donde el agua lamía las rocas. Las algas apestaban con el calor del verano y nubes de moscas revoloteaban en torno a ellas. Se arrodilló, cogió la Walter y le echó un vistazo. Era la versión 7,65 mm, un arma pesada y fiable, para utilizarla, no para andar exhibiéndola. Ocho balas en el cargador, una en la recámara. Accionó el seguro, reparó en la película de aceite que brillaba en el percutor. «Confíe usted en Fedin —pensó— si desea que todo esté siempre en orden».

La base del malecón permanecía en sombras, de modo que De Milja, invisible al mundo, la utilizó como senda. Pasó junto a dos petroleros griegos,

ambos vacíos a juzgar por la línea de flotación, y junto al casco descascarado de otro que decía *Nicaea*, en torno a cuya popa había una película oleaginosa sobre las aguas. Y enseguida, tan lejos como el encargado del puerto había conseguido atracarlo, el *Princesa de Malacca*. ¡Qué olor! De Milja parpadeó y sacudió la cabeza. ¿Cómo podía la tripulación sobrevivir a eso desde el puerto de Batavia?

Cogió con firmeza la Walter y pensó: «Nada de sorpresas, por favor». Nada de capitanes tozudos que asumieran el cuidado y protección de la carga como un apostolado: nada de fanáticos, nada de héroes. De Milja se desplazó con rapidez desde las sombras del malecón al peldaño inicial de una pasarela de hierro cubierta con una lona deshilachada que se extendía unos tres metros hasta la cubierta. Ya en cubierta, apoyó una rodilla en tierra. «Desierto», pensó. Sólo el rechinar de las planchas de hierro con el vaivén del barco y el crujido del cable al presionar contra el pilote en el malecón. El olor era aquí aún más intenso, hasta le ardían los ojos. De Milja escuchó con atención, creyó oír algo..., no, nada. Sí, algo. El roce de unos pies descalzos sobre la cubierta metálica. Después una voz: un nativo de las Indias Orientales Holandesas hablando en inglés: muy asustado y muy resuelto.

—¿Quién anda ahí —hubo una pausa—, si es tan amable?

De Milja corrió agachado por la cubierta y se aplastó contra la base de un contenedor. Desde allí apreció una silueta de pie, a la defensiva, a pocos centímetros de la puerta de la cabina, escrutando a izquierda y derecha. Con algo contundente en su mano. ¿Algo como qué? ¿Un rifle? A De Milja se le cruzó por la mente la idea de abrir fuego, pero sabía dos cosas: posiblemente no le acertaría desde allí y más de uno, en el interludio calmo y tenso que sigue a un bombardeo aéreo, oiría el disparo e iría con el cuento a la policía francesa o alemana, que acudiría a averiguar de qué se trataba.

De Milja prefirió salir de su escondite y quedarse donde el hombre pudiera verlo, le apuntó con la pistola y le dijo:

—No se mueva.

La silueta quedó como paralizada. De Milja enunció la frase siguiente en un inglés incierto:

—Suelta eso.

Agitó la pistola una o dos veces en el aire, a lo cual siguió el sonido metálico de un objeto al golpear la cubierta. Fuera lo que fuese, no sonó como un rifle. Se acercó al individuo. Era un joven, con sólo unos pantaloncillos de algodón que le llegaban hasta más abajo de la rodilla y un trozo de tela

amarrado en la frente. De Milja se agachó con cautela y recogió lo que el hombre había dejado caer: un palo.

—¿Otros? —dijo.

—No hay nadie, señor. No otros —dijo el hombre—. Sólo yo. Para hacer la guardia.

De Milja bajó la pistola. El joven sonrió e hizo un gesto con las manos y los hombros. «Sea lo que sea eso que usted desea —quería decir—, no merece la pena morir por ello».

De Milja asintió para indicarle que lo entendía. El muchacho tenía familia, en algún lugar de Sumatra o Java, y si las circunstancias lo habían traído a esos confines de la tierra donde la gente se había vuelto loca, bueno, ésa era su guerra, no la suya.

Al principio, no supo cómo hacer lo que De Milja requería pero sabía dónde buscarlo y, a partir de allí, la solución al problema se hizo evidente. Alzar el largo brazo metálico, luego recorrer el *Princesa de Malacca*, encontrar los dispositivos de carga, anclaje y señales, luces de posición y toda la pesca, y poner todo eso en funcionamiento.

Luego esperar.

—Tus cosas —dijo De Milja.

—¿Señor?

De Milja le indicó sus propios pantalones, la camisa, la cartera, la pistola. El hombre asintió con vehemencia y juntos fueron abajo, donde él recogió un pequeño bulto, tras lo cual volvieron a la cubierta principal.

Donde esperaron. El barco se mecía y crujía, el puerto parecía desierto. En el área de la dársena, la actividad seguía igual; varios camiones, visibles aunque llevaban cubiertos los focos, trasladaban a las barcasas suministros para la invasión. Hacia la 1:30 de la madrugada, De Milja comenzó a preocuparse. ¿Qué pasaba si los británicos habían tenido demasiadas pérdidas y decidían suspender las operaciones por esa noche? No, no era posible.

No lo era. A la 1:50, las sirenas que anunciaban un ataque aéreo comenzaron a aullar de nuevo, a todo lo largo del puerto y desde la ciudad misma de Calais. De Milja sonrió al joven y apuntó a los cielos. El hombre asintió, le devolvió la sonrisa, franca y conciliatoria. Él entendía bien lo de tener que dar batalla, entendía que De Milja estaba en una batalla; una suerte de privilegio. Tan sólo no le gustaba del todo verse involucrado en ella..., sin ánimo de ofender, señor.

Pobre Charles Grahame, no le había ido demasiado bien en la vida. Y eso que era todavía joven. Pero su suerte ya estaba echada. Un colegio privado de nombre tan extraño que hacía a la gente preguntarse: «¿Dónde dices?». Un año en la Universidad de Edimburgo, un año con la compañía londinense de Seguros para las Viudas Escocesas. Después, la guerra, un intento de enrolarse en la RAF. Bueno, sí, era justo lo que estaban necesitando, muchos meteorólogos.

Así que se unió a la Royal Navy y con gran determinación, apretando los dientes, se abrió camino hasta la escuela de aviadores de la armada. Al final lo consiguió, siendo asignado al *Avenger*.

No para pilotar cazas, ah, no, eso no era para Charley. Alto y desgarrado, de pelo crespo, que se veía que no le iba a durar mucho, las orejas como las asas de una jarra, pecas por doquier y una sonrisa boba. El rector de su colegio solía comentar que Dios no se había molestado del todo en terminar bien a Charley.

La Royal Navy lo asignó a uno de los Swordfish de que disponía, un avión lanzatorpedos.

El Swordfish era un biplano con el aspecto de una antigualla de la Primera Guerra Mundial. Transportaba un único torpedo. «Un avión muy funcional, de todas formas», decía el instructor de vuelo. Su velocidad en vuelo era de 190 kilómetros por hora. «Pero acabará llevándote», le decía el instructor. Y pensaba, al instante, para sí: «Lo que no sé es si te traerá de vuelta, eso es otra cosa».

No era muy habilidoso como piloto. El método de Charles consistía en aprenderse las reglas y seguirlas al pie de la letra. Hacer esto, luego esto otro, luego lo de más allá. En una época distinta, ese enfoque hubiera resultado en extremo útil, pero, mala pata, a Charles le había tocado un momento de la historia en que la espontaneidad, la solución osada y el destello genial estaban en boga.

Durante las primeras horas del 17 de septiembre, justo después de la medianoche, el *Avenger* calentaba motores en la bahía de Aldeburgh. Charles Grahame subió a la carlinga y su artillero, el subteniente Higbee, se instaló tras él. Despegaron en seguida, después giraron hacia el Sur, en una formación de seis Swordfish asignados a atacar el puerto de Calais.

La formación se mantuvo cerca de la costa, resguardada por las defensas antiaéreas costeras. Un único Me-109 podría haber dado cuenta de todos ellos, así que mantenerse ocultos, a una altitud de tres mil metros, era la mejor —y de hecho la única— defensa. Era una noche cálida y en calma, la luna

confería un matiz plateado a las nubes y brillaba en las aguas allí abajo. Volaron sobre los faros de Shoeburyness y Sheerness, después giraron al Este, hasta Herne Bay, y emprendieron rumbo hacia Margate.

En Margate tenían cita con un escuadrón de Huracanes, volando en algún sector muy por encima de ellos, como los dioses, dueños de las nubes más altas. El jefe del escuadrón de Hurricanes irrumpió en el radio unos minutos después.

—Aló, Héctor, aló. Aquí Júpiter, estamos encima de usted y vamos a hacerle compañía hasta su destino. De aquí en adelante, silencio de radio, pero queríamos desearle una buena cacería. Roger y fuera.

Charles Grahame conocía esa voz, tenía bigotes, conducía un Morgan, sus amigos lo llamaban Tony, era el que siempre conseguía a la chica y, lo peor de todo, él lo sabía. «En fin —se dijo a sí mismo—. Tú sólo apáñatelas. No todo el mundo puede ser el rey del mambo».

Al entrar en el estrecho de Dover, los alemanes abrieron fuego contra ellos. Las volutas del fuego antiaéreo quedaban ahora suspendidas a su alrededor como humo pintado. Los alerones de babor se bambolearon y la cola del avión se sacudió varias veces. Charles probó los controles para ver si aún respondían, y lo hacían, a su manera de siempre.

El escuadrón de Swordfishs atacó en formación de tres, con Charles volando detrás y a la izquierda del líder en la primera arremetida. Higbee gritó: «Buena suerte, Charley», su voz de sólo diecinueve años, como la de un alto tenor, resonando contra el ulular del viento al rozar las juntas. Entonces se desató el infierno: alguien allí abajo parecía tomarse por una vez en la vida en serio a Charley Grahame, hasta el extremo de que intentaba matarlo. Las balas trazadoras llovían junto a la cabina, el fuego antiaéreo estaba ahora por todos lados. Un proyectil impactó en el fuselaje haciendo rechinar el metal. «Con calma», se dijo Charles, y se concentró en hacer lo que le habían enseñado. Paso Uno, acercamiento. Bueno, eso ya lo habían hecho suficientemente. Paso Dos, fijar un objetivo. Para entonces, Higbee debía estar listo para abrir fuego. Pero Charles no conseguía ver nada. Ni un carajo. Se limitaba a avanzar a ciento cincuenta metros sobre la superficie del agua, que estaría allí abajo, teóricamente al menos, y hacia el puerto de Calais. Pero todo lo que veía era un manto de oscuridad desenfocada y confusa. La luna iluminaba las aguas aquí y allá, pero eso no le servía de nada. Lo habían entrenado para atacar un transporte de tropas o, casi tan bueno como eso, un remolcador. O una barcaza, que bien podía llevar a bordo ochocientas toneladas de pertrechos, una buena tercera opción. Pero ahora no conseguía

dar ni siquiera con un puerto, con ninguna ciudad, con nada. Probablemente fuera Francia, probablemente...

¡Dios!

Justo en el centro de la trayectoria del torpedo, un barco acababa de encenderse como un árbol navideño; las luces de cabina, las de señalización, las que se usaban para atracarlo al muelle, las de navegación... y en la turbia oscuridad del litoral apagado y sin luces parecía, en cierto modo, una imagen *divina*. Higbee y Charles tragaron saliva.

—¡Alto el fuego! —gritó Charles y viró bruscamente a la izquierda, cosa que lo hizo tremolar de la hélice a la cola.

Higbee había estado, en ese preciso instante, a punto de disparar, un tiro que sólo hubiera servido para enviar el torpedo a abrir una honda zanja en el cementerio protestante de Calais.

—¿Es una treta? —La voz de Higbee estaba ahora peligrosamente cercana a la de un soprano, pero Charles no llegó a notarlo.

¡Una treta! No, joder, no era una treta. Eso de ahí era un *barco* y a él le habían informado de manera fiable de que eso era Calais y su labor consistía en dispararle a un barco en Calais, así que eso era precisamente lo que se proponía hacer. Para lo cual atravesó Calais, atrayendo el fuego de todos los antiaéreos. Pero, inexplicablemente, el Swordfish era demasiado grande y lento para que pudieran darle.

Charles lo hizo bien: los pasos uno, dos y tres, todos bien. Se alejó suficientemente del blanco antes de girar en redondo y ajustar la altitud a cien pies. El barco creció de tamaño, cada vez más, y más, a medida que caían en picado hacia él, con sus luces, las del barco, brillando a más no poder. Al final parecía enorme, una ciudad entera brillando en la noche.

—¡Torpedo! —gritó Higbee al fin, su voz entrecortada por la emoción.

El avión corcoveó en el aire y en seguida, liberado del peso, aceleró. Charles tiró hacia atrás de la palanca, su entrenamiento repitiéndole en la mente «Sube, sube».

Resurgiendo al fin de una tormenta de luces y balas trazadoras y el fuego de la artillería, el desmañado Swordfish remontó hacia arriba en el límpido aire nocturno. Entonces, repentinamente, Charles sintió que el avión se estremecía y quedó, por unos segundos, cegado. Un destello tan intenso y tan blanco que pareció encender por sí mismo las nubes y parpadear como un relámpago. «Te han dado», pensó. Pero se equivocaba. El avión se había bamboleado no por un obús, sino por una tremenda explosión en otro sitio.

Higbee había acertado a algo.

Le había acertado de lleno al *Princesa de Malacca*, convertido ahora en un faro deslumbrante. El torpedo había hecho su trabajo: avanzar en línea recta por el agua, encontrar su objetivo, penetrar en las viejas placas oxidadas del barco y, ya allí, detonar. Provocando el estallido simultáneo de la carga del *Princesa de Malacca*: cien mil galones de nafta.

Ahora podía verse Calais en todo su esplendor.

El *Princesa de Malacca* quedó envuelto en fuego hasta la línea de flotación, durante una media hora —en rigor, se fundió—, ardiendo en la noche como una luminaria, con un fulgor tan intenso que iluminó largo rato cada transporte de tropas, cada remolcador y cada barcaza que había en el puerto.

25 de octubre de 1940.

Sólo había una única pareja en el albergue junto al mar en Cayeux. Las parejas solían ir hasta allí desde París en el otoño, aparcar sus coches de modo que la matrícula no pudiera verse desde la carretera, registrarse como monsieur y madame Duval.

Pero, con la guerra, sólo había una única pareja ese año. A la que no parecía importarle mucho el alambre de espino, ni atraerle salir a caminar por los acantilados, de donde los centinelas alemanes los hubieran echado, de todas formas. A esa pareja en particular parecía darle lo mismo. Permanecieron en la habitación —aunque eso ocurría a menudo en el albergue de Cayeux— y en fin, con tan prolongadas estancias en la habitación, bajaban con mucho apetito al comedor al atardecer, y suficientes cupones de racionamiento, de modo que nadie les pedía explicaciones.

Hacían el amor, cenaban junto a los ventanales, miraban el mar, pagaban al contado. Hacían que el posadero se sintiera nostálgico, evocara los tiempos en que la vida era tan agradable.

El flan estaba hecho con huevos de una granja vecina y De Milja y Genya, sin ningún pudor, no dejaron migaja en sus respectivos platos, luego encendieron un cigarrillo. El camarero —que era a la vez el propietario y el cocinero; su esposa llevaba las cuentas y hacía las camas— fue hacia la mesa y dijo:

—¿Van a querer café, monsieur, madame?

De Milja le indicó que sí.



Mientras se lo preparaban, miraron por el ventanal hacia el mar. Lentas y extensas olas avanzaban contra la costa, el viento salpicaba de espuma las orillas. El agua oscura estallaba al golpear contra las rocas del acantilado, un estruendo casi placentero si uno estaba calentito y seco, cenando.

—No dan muchas ganas de estar allí, ¿no? —dijo Genya.

Estaba en vena «triste, pero sabia» esa tarde y eso teñía su voz de cierta melancolía. Lo que acababa de decir era el diálogo habitual a la hora de la cena, pero aludía a algo más: a flotas invasoras alemanas, a la victoria alcanzada por los británicos.

—No —dijo De Milja—. No es una época del año para andar en bote.

Ella sonrió ante esa última frase. Había dicho *canotage*, en francés. Un término que evocaba al típico hombre con sombrero de fieltro y la mujer con un vestido estampado y la mano descansando lánguidamente en las aguas del río, frente a unos lirios en la orilla.

El cigarrillo de Genya brilló cuando dio una calada. Echó el humo por la nariz.

—Probablemente —dijo— no sepas lo de Freddi Schoen.

—Freddi —sonrió De Milja.

—Su amigo Jünger se estaba yendo de París y me invitó a comer. Freddi obtuvo la Cruz de Hierro. Hubo un ejercicio naval en la costa belga. Resultó un desastre y él tomó el mando y, y... hizo toda clase de cosas, el francés de Jünger no alcanzaba para contar toda la historia. Pero se portó muy valientemente y le dieron una medalla. Postumamente.

—Siempre me he preguntado —dijo De Milja— por qué los Freddi Schoen de Alemania no hicieron algo para deshacerse de Hitler antes de que los manipulara hasta meterlos en esta guerra.

—Honor —dijo Genya—. Si me está permitido resumirlo en una única palabra.

El camarero llegó con el café, auténtico café, muy difícil de conseguir en París por esos días, a menos que fuera en el mercado negro.

—No tenemos azúcar esta noche —explicó el camarero.

—No se preocupe, no tomamos azúcar —dijo Genya.

El camarero aprobó satisfecho: una mentirijilla dicha con gracia y gran dignidad, bien dicha. Una obra de arte para un hombre que entendía las cosas de la vida.

El café estaba muy bueno. Se lo bebieron con los ojos cerrados.

—He aprendido a apreciar las pequeñas cosas de la vida —dijo De Milja—. La guerra me ha dado al menos eso.

Al alzar la vista del café, la luz de las velas proyectó el color del océano en sus ojos y ella cogió su mano sobre la mesa y se la apretó.

—Te mereces el amor de cualquier mujer —dijo Genya con un suspiro—. Sin la menor duda.

—A ti te amaría cualquier hombre —dijo él.

Ella negó con la cabeza. No la había entendido.

Entrada la noche llovió con intensidad, con el agua corriendo en los cristales, silenciando el rumor del mar al chocar contra los arrecifes. Hacía frío y la habitación estaba húmeda. De Milja abrió un armario y buscó una manta, en la cual se envolvieron y comenzaron a hacer el amor.

—Estamos en un bote —musitó Genya—. Los dos solos. En medio del mar. Y ahora hay tormenta.

—Entonces, más vale que nos aferremos a lo que vale la pena —dijo él.

Ella rió.

—Yo ya tengo lo que quiero.

Poco después, él despertó y vio que los ojos de ella brillaban. Ella lo sorprendió mirándola y dijo:

—¿Ves lo que has hecho?

Él se movió bajo la áspera manta y se aproximó a ella. La piel de Genya estaba muy caliente. Ella se enjuagó los ojos con el dorso de la mano.

—Espero que me sigas amando, pase lo que pase —dijo.

La carta llegó una semana después. Él estaba sentado a la mesa en un pequeño apartamento. Ella se había ido a Suiza, y se casaría nada más llegar. Le rogaba que la perdonara, lo amaría siempre.

Él leyó la carta de nuevo. No decía nada distinto la segunda vez. Estaba —una vez más— a punto de cambiar de identidad. De convertirse en otro para hacer lo que fuera que esperaban de él a continuación, y los documentos eran importantes. Con todo, el pobre y viejo Lezhev bien podría haber subsistido otro mes si él hubiera sido suficientemente cuidadoso. Pero algo le dolía a De Milja, así que el pasaporte y el permiso de trabajo, con todo lo demás, fueron a parar a la pequeña estufa renegrada de la esquina del cuarto. No hizo que aumentara el calor, afuera nevaba, los documentos ardieron en pocos minutos, y eso fue el fin de todo.

# **LAS NOCHES DE PARÍS**

Ahora De Milja era valioso.

Y cuando al fin decidieron sacarlo, hacia la neutral España, lo hicieron con gran meticulosidad. De Milja sabía bien lo que eso requería —gente, dinero y tiempo— y retrocedió mentalmente unos pasos, para maravillarse un poco ante lo que ellos suponían que valía. Los papeles de identidad perfectamente falsificados le fueron enviados con un correo. Y recibió una invitación a cenar en el Château de Chenonceaux, un castillo a orillas del río Cher, que era por casualidad el límite entre la Francia ocupada por Alemania y la Francia de Vichy. Llegó al lugar a las ocho de la noche, bebió una copa de champán y luego dio un paseo por el jardín de atrás de la mansión, donde se encontró a un pescador aguardándolo en su bote. Después de eso, vino un camión, después un coche, un hotel silencioso y vacío en los cerros que circundan Marsella, luego un barco pesquero zarpando después de la medianoche.

Nada quedó sujeto a la improvisación.

Ahora era motivo de frases como: «los polacos tienen a alguien en París», «no puedo decirte cómo lo supe», o «perdón, coronel, pero debo pedirle que nos deje a solas». O quizá fuera simplemente *Proteo*, cualquier nombre en clave que le hubieran endosado: y que él no debía saber. Tantas atenciones lo incomodaban. Primero, era peligroso: había aprendido, de 1939 en adelante, a pasar inadvertido, de manera que el gesto de desvanecerse en el aire y no llamar la atención se le había convertido en una suerte de instinto, lo había asimilado de tal forma que ahora lo sentía operar independientemente de él.

En segundo lugar, no le gustaba ser manipulado o controlado y eso era, aunque muy delicadamente, lo que estaban haciendo. Y tercero, todo eso partía del supuesto de que él era bueno en lo suyo, que no era exactamente verdad. Quizás él sólo fuera dos cosas: alguien que no tenía miedo a la muerte y alguien que había tenido suerte hasta entonces. Si hubieran tenido a mano alguna condecoración para un «no temeroso de la muerte y afortunado hasta entonces», la hubiese aceptado sin problemas.

Por ejemplo, él mismo y el joven aquel del barco, corriendo los dos a toda pastilla por el resbaladizo malecón, sólo habían sobrevivido por pura, y

extrañísima, buena suerte. Con aviones en llamas que pasaban zumbando por encima de ellos, el fuego antiaéreo por doquier, y luego una explosión que partió en dos al *Nicaea*, el barco amarrado junto al *Princesa de Malacca*, que sembró los alrededores de trozos de metal candente. Sólo atinaron a arrojar al agua, como hubiera hecho cualquier hombre razonable en esas circunstancias, mientras llovían en torno a ellos, siseando al contacto con el agua, trozos y fragmentos de cargueros sin bandera. Cuando al fin llegó la policía alemana y francesa maldiciendo a voces y con las armas dispuestas, se sumergieron los dos bajo el agua. ¿Quién no hubiera hecho lo mismo? Más tarde, en el jaleo que había en las calles próximas, él y el joven entendieron que era hora de seguir cada uno por separado. De Milja le estrechó la mano y el joven le sonrió, tras lo cual echó a correr para perderse en la noche. Todo esto no podía definirse, según De Milja, como un éxito.

El pesquero que lo sacó de Marsella arribó a las costas de España por la noche, con ayuda de los agentes del Sexto Departamento, que le hacían señales con sus linternas desde la playa. Sí, España era neutral, pero no todo lo neutral que era de suponer. En seguida lo metieron en un sedán negro y brillante y fue conducido a toda velocidad a las afueras de Barcelona. Ya allí, en una habitación con pesados cortinajes en la ventana, en la tercera planta de una casa, le fue servida una cena a base de pollo y una botella de vino. Sus custodios eran jóvenes polacos: de rostro vivaz, muy serios, en buena forma, con ganas de matar a alguien. Había una pila de libros en la mesita de noche («... pon una pila de libros en su mesita de noche, ¡hostias!...»). Leyó alguno de ellos durante una hora o así: *Al llegar la primavera, los lagos alpinos de Eslovenia se transforman en un verdadero milagro de atardeceres violáceos y truchas que saltan fuera del agua...* Después se durmió.

Varios terrores que había sofocado hasta allí volvieron ahora con gran intensidad y, al cabo de dieciocho largas horas, se despertó bañado en sudor bajo la manta de lana. Sólo recordaba algunos retazos aislados de esos sueños y los olvidó tan pronto como pudo. Se dirigió tambaleante al cuarto de baño, se afeitó y duchó. Echó una larga ojeada a su rostro en el espejo. Así, pues, ése era el que era ahora. No dejaba de ser interesante. Más viejo, más encorvado, su rostro marcado por la fatiga, más bien lejano y decididamente alerta. Sobre una silla había unos pantalones limpios, una camisa y un jersey. Se los puso. Luego descorrió apenas unos centímetros la cortina y vio las colinas revestidas de una tonalidad marrón y otoñal. Bastó ese ligero desplazamiento de la cortina para suscitar, en apariencia, un correteo espontáneo allí abajo, ruido de pasos en el sendero de gravilla y bajo su

ventana, así que la devolvió a su sitio. ¿Por qué no ponían, sencillamente, unos cuantos barrotes en la ventana, le daban un traje a rayas y dejaban de lado la simulación?

Vyborg apareció esa mañana. Con un traje marrón de buena calidad y una corbata inglesa a rayas. ¿Siempre había sido un gentleman bajo su uniforme habitual o era sólo una treta de los sastres londinenses? De ser así, no habían conseguido mucho con el rostro: el caballero báltico mirando de soslayo en mitad de una ventisca, listo para degollar a una avanzada completa de lanceros rusos, seguía allí presente, con toda nitidez. Él mismo sugirió que dieran un paseo por las colinas y así lo hicieron, con varios guardias siguiéndoles los pasos por el sendero. Noviembre era un mes extraño en los países de clima seco, pensó De Milja: los colores deslucidos, el cielo gris y lánguido. Vyborg le informó de que su esposa había muerto. Luego, caminaron un rato largo en silencio. Finalmente, De Milja fue capaz de preguntar:

—¿Dónde está?

—En un pequeño cementerio en el pueblo vecino al balneario. Se dijo una misa en su memoria. Hubo que hacerlo con cautela, pero se hizo.

Caminaron otro poco, entre pinos achaparrados.

—Mis condolencias, Alexander —dijo Vyborg en voz baja—. De parte mía y todo el mundo, los que usted conoce.

—Cómo fue. Por favor.

—Gripe.

De Milja quedó nuevamente sin habla.

—Estaba trabajando en la cocina —siguió Vyborg—. A algunos seres humanos les brota lo mejor de sí mismos en los momentos difíciles. Parecía ser su caso. Le sobrevino una fiebre altísima, tres días, y luego murió mientras dormía.

—Creo que preferiría volver a la casa —dijo De Milja.

Visitó Barcelona una o dos veces, pero sólo era otra ciudad recién conquistada, envuelta en ese silencio que presumía de ser la paz, en las cortesías del miedo. El Estado policial se había hecho con el mando, la gente evitaba mirarlo a los ojos. Había aún las huellas de las balas y los orificios de los obuses en los edificios, pero los albañiles trabajan con ahínco y había vidrieros que voceaban cristales de gran tamaño ante los edificios de

apartamentos, con sus láminas de vidrio a lomos de la mula que solía acompañarlos.

Pasó mucho tiempo vagando por las colinas, a veces en compañía de dos individuos del Sexto Departamento; el uno del tipo funcional, el otro un individuo calvo y cabezón, de mostachos bien acicalados y ojos pequeños de mirada rabiosa. Necesitaban saber varias cosas de Francia y De Milja les dijo todo lo que pudo. El calvo, aunque nunca se lo dijo de manera explícita, estaba relacionado con la elaboración de nuevos y mejores telégrafos y De Milja vio que no le sería de gran ayuda. El otro hacía preguntas acerca de la vida política en Francia, bajo los alemanes, y De Milja le fue, si se quiere, aún de menor ayuda. Pero eran dos hombres muy decentes y empeñados en no incomodarlo —«... Visto que estamos todos por casualidad en España, por qué no dedicar unos minutos de nuestro tiempo a saber el enfoque del Partido Comunista francés...»— y De Milja los ayudó todo lo que pudo.

El recuerdo de su esposa volvía una y otra vez a su mente. En octubre del 39 le había dicho adiós, librándola a su propio destino, tal como ella se lo había pedido. Quizá no debió hacerlo. Entonces pensó que nunca, ni una sola vez en su vida, estuviera cuerda o demente, había logrado él impulsarla a hacer algo que no quisiera.

Por el sendero que partía de la casona y a poca distancia de ella, había un pequeño café en el jardincito de otra casa donde vivía una mujer de cierta edad, cuya nieta decía «de nada» cuando servía el café. Y cuando no estaba lloviendo, De Milja y Vyborg solían ir por allí, a sentarse un rato en una mesa herrumbrosa y hablar de la marcha de la guerra.

—La Operación León Marino ha fracasado —le dijo un día Vyborg—. Es la primera vez que alguien le gana a Hitler.

—¿Sabemos ya qué pasó de verdad? —preguntó De Milja.

—En parte. No fue una victoria definitiva, nada parecido a eso. La RAF hundió 21 de un total de 170 transportes de tropas. Es una pérdida significativa, pero no una pérdida que inmovilice a nadie que esté planeando una invasión por mar. De 1900 barcasas, 214 fueron destruidas. Sólo cinco remolcadores de un total de 368; sólo tres lanchas a motor de entre más de mil.

—¿Tres ha dicho?

—Eso es.

—¿Y entonces? ¿Qué los hizo abandonar la idea?

Vyborg se encogió de hombros:

—Una invasión es algo más que unos barcos. En Den Helder, Holanda, volaron un depósito donde había almacenadas quinientas toneladas de munición. El 6 de septiembre les quemaron un almacén con raciones para las tropas. En Bélgica, un tren con municiones fue destruido. Después, en Le Havre, donde había estacionadas varias divisiones alemanas, el sistema de abastecimiento de agua fue inutilizado. Y está además el ejercicio de entrenamiento..., usted vio algunos de los resultados en Nieuwpoort, los trenes alemanes que sirvieron de hospital estuvieron cruzando Bélgica de un punto a otro toda esa noche. Por ende, si la RAF podía asestarle un golpe así de fuerte a un mero ejercicio, ¿qué no haría cuando la cosa de verdad diera comienzo? Hay algo curioso acerca del carácter alemán, son gente valerosa, no le tienen miedo a la muerte. ¡Pero le temen al fracaso! En cierto sentido, nuestra mayor esperanza es la propia Wehrmacht: sus generales. Si Alemania pierde una y otra vez en distintos lados, quizá se les pueda convencer de que su honor radica en un cambio de régimen.

—¿Y podría eso llegar a ocurrir?

Vyborg lo pensó un momento.

—Puede ser —dijo—. Con el tiempo.

Comenzó a lloviznar, luego paró. La niña fue hasta la mesa y metió en el centro de ella una sombrilla deslavada, limpió con un paño la superficie y dijo: «De nada». Le sonrió a De Milja y luego se alejó corriendo.

—Por última vez, hábleme de la gente que lo conoció a usted como Lezhev —dijo Vyborg.

—Freddie Schoen.

—Muerto.

—Jünger, el oficial de Estado Mayor de la Wehrmacht.

—Transferido. A Alemania, está en el cuartel general del OKW.

—Traudl von Behr.

—Está en Lille, de momento. Como asistente de un oficial del Estado Mayor a cargo de los transportes desde el norte de Francia a Alemania.

—Había otros alemanes, pero no sabían quién era yo. Alguien a quien veían aquí y allá, un ruso quizá.

—Tiene que estar absolutamente seguro —dijo Vyborg.

De Milja asintió para indicarle que lo estaba.



12 de enero de 1941.

En el aire frío, inmóvil, del invierno parisino, el humo afluía de las chimeneas y quedaba flotando como sin vida sobre los tejados.

Stein hizo crujir bajo sus pies la nieve que cubría la rue du Château d'Eau, cabizbajo, con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo. Sintiendo el frío de esa hora, las cinco de la tarde, cuando ya estaba oscuro, y más frío aún con la nieve y el viento que venía desde la estepa rusa. Se sentía, decían los parisinos, te mordía. Ocho grados bajo cero, lo decía el periódico esa mañana.

Stein caminaba a paso rápido, respirando de manera visible. Ahí estaba, el número 26 de la rue du Château d'Eau. ¿Era correcto? Buscó en su bolsillo la carta mecanografiada con la firma tan delicada al pie. Notaría LeGros, sí, ése era el edificio. Los notarios y abogados y *huissiers* —funcionarios de los tribunales— estaban todos en ese vecindario. No es que fuera un barrio agradable, porque no lo era. Era sencillamente donde se aglutinaban. Posiblemente algo relacionado, como solía ocurrir, con un decreto napoleónico: una patente, una licencia, una dispensa. Un privilegio.

La portera barría la nieve en el patio de entrada, con dos bufandas a falta de una envolviéndole el rostro, las manos envueltas en trozos de franela.

—¿El *notaire* LeGros? Tercer piso, por la escalera de la izquierda, monsieur.

LeGros abrió de inmediato. Era un hombre de cierta edad, de rasgos finos, bien delineados, y el cabello blanco como la propia nieve. Llevaba un chaleco abotonado bajo la chaqueta y su mano estaba fría como el hielo cuando estrechó la de Stein.

El negocio quedó finiquitado en el comedor, sobre una mesa enorme de madera de castaño, cubierta de documentos oficiales. Huysmanns, un belga de hombros anchos y cuello grueso, estaba esperándolo, se levantó y gruñó algo en un francés gutural cuando se dieron la mano. Stein se sentó, aunque se dejó el abrigo puesto: el departamento estaba helado y aún podía ver su propio vaho al respirar.

—Un duro invierno —dijo Huysmanns.

—Caballeros —dijo el notario.

Fue tomando los documentos de la mesa, como si dijéramos, por su orden geológico: el asunto Stein-Huysmanns enterrado justo bajo el asunto Duval. Los dos visitantes los firmaron uno tras otro, escribiendo la fórmula *leído y aprobado*, luego fechando cada firma, cada uno arañando el papel con su pluma y la respiración claramente audible. Finalmente, LeGros dijo:

—Tengo entendido que el pago acordado son cuarenta mil francos...

Stein rebuscó en el bolsillo interior de su abrigo y sacó un fajo de billetes de quinientos francos. Contó ochenta, se los entregó al notario, quien los contó a su vez y se los dio a Huysmanns, quien se mojó el pulgar para contarlos, pronunciando las cifras en un susurro. Entonces LeGros tosió — una tos de gran delicadeza— y dijo:

—La llamada de la naturaleza, caballeros. Excúsenme un momento.

Abandonó el cuarto, tal como los notarios solían abandonar los cuartos desde los días de Richelieu, eso fue lo que pensó Stein. El resto del dinero sería pagado ahora, en teoría lejos de la vista del honorable notario, lejos de la vista de las autoridades tributarias. Stein contó una suma adicional de veinticinco mil francos. Huysmanns se mojó de nuevo el pulgar y lo comprobó.

El notario volvió, con gran eficiencia, justo cuando Huysmanns introducía el dinero en sus bolsillos.

—¿Seguimos? —graznó.

Firmaron todavía más papeles, el notario extrajo su sello oficial, lo estampó en la cera líquida, luego certificó los documentos con su magnífica firma.

—Quisiera —dijo Stein— asegurarme de la cláusula que especifica que el nombre de la empresa seguirá siendo Huysmanns. Para no perder la confianza de la clientela establecida.

Mientras el notario buscaba entre los documentos, Huysmanns lo escrutó. ¿Confianza? Era un hombre de rostro opaco, con las mejillas salpicadas de una tonalidad brillante, un rostro salido de alguna pintura flamenca de temática guerrera. LeGros dio con el párrafo relevante y lo señaló expresamente. Los dos firmantes lo leyeron siguiéndolo con el índice y gruñeron a la par para indicar su conformidad.

Entonces el notario dijo:

—Enhorabuena, caballeros. —Y les deseó éxito y buena fortuna.

En otra época, se hubieran dirigido los tres a un café, pero esos días ya no existían.

Stein caminó de vuelta al metro, pagó los catorce céntimos por su billete y subió al tren de regreso a la Avenue Hoche, donde había alquilado un gran apartamento, justo al doblar la esquina en que estaba el cuartel general de la Gestapo, en la rue de Courcelles. Era ahora el propietario de una empresa, un *dépôt de charbon* —depósito de carbón— en las afueras y las vías de carga próximas a la Porte de la Chapelle. El tren iba atestado de parisinos de

expresión vacía, la mirada extraviada, mientras su mente se afanaba en apartarse del mundo.

Eran las siete, la cita de Stein era una hora después. Se quitó el disfraz: el abrigo oscuro, el traje negro, la corbata de seda color verde oliva, la camisa blanca, el anillo de diamantes, el reloj de oro. De Milja suspiró fatigado y puso el disfraz de Stein en la silla. Salvo por el bigotito a lo Clark Gable, ya se había quitado aquella personalidad. En seguida se tendió sobre una gran colcha celeste con flecos dorados. Las paredes estaban revestidas de seda de color bermellón, con estampaciones. Frente a la cama, una chimenea de mármol. En la pared junto a la entrada, un gran cuadro pintado en óleo al estilo de Watteau. Donde se veía a un amante dieciochesco con su peluca blanca, una dama con el vestido bajado y que dejaba al descubierto sus pechos empolvados, y los pezones rosáceos, y un cócker jugueteando en el diván, entre ambos. El amante exhibía en su mano una pelotita; cuando la arrojara lejos, el perro saltaría en su busca y el espacio entre él y la dama quedaría libre. El instante captado era cuando la estratagema acababa de ocurrírseles, y los dos estaban encantados con la idea, con lo que seguirá de manera inevitable. Bajo el cuadro, un *chiffonier*, una de esas cómodas estilo Luis XVI, pintada en celeste y con los bordes dorados, sus cajoncitos revestidos de seda en los bordes, el cajón de más arriba conteniendo un cofrecito forrado en piel con botones de nácar, de los que se usan en cualquier esmoquin, y una automática calibre 7.65, de hecho, un Colt 45 con la recámara adaptada a la munición gala. De Milja no tenía muchas esperanzas de sobrevivir al invierno.

Odiaba a Anton Stein, pero Anton Stein era un estupendo disfraz en ese invierno del 41. Un alemán de pura cepa, un *Volksdeutsch* de Checoslovaquia, originario más precisamente de Bratislava, la capital eslovaca. Así que hablaba, como era lo más natural, el alemán rudimentario que hablaba De Milja y el francés malo pero muy efectivo que hablaba De Milja. Incluso había existido alguna vez, según Vyborg. Los registros estaban disponibles, en caso de que alguien fuera a echarles una ojeada: la chincheta en la silla del profesor y el puñetazo en la nariz del policía subsistían aún en los archivos de Bratislava. Pero eso era todo, ése era todo el legado de Stein. «Ya no está entre nosotros», había dicho Vyborg.

Anton Stein llegó a París con la oleada que trajo la ocupación alemana. Un depredador de menor cuantía, sabía oler una oportunidad cuando la tenía

enfrente. Los nazis eran muy considerados con los Anton Stein del mundo, lo habían sido de 1925 en adelante: «Qué pena que nadie le haya concedido a usted, hasta aquí, una oportunidad...». Había una especie de lealtad feroz, una ley de la selva implícita, que, una vez surgía, los amparaba en sus apetencias.

De Milja durmió un rato. El departamento era tibio, la suave colcha le rozaba la piel. En sus sueños, no había ninguna guerra. Uno de sus tíos tallaba un botecito en un trozo de madera, los ojos del pequeño Alexander seguían fijamente sus movimientos. Entonces despertó. Lo que tenía que ser, tenía que ser. Y los jueves, sin excepción, correspondía a madame Roubier hacer el amor a la hora del crepúsculo.

—Consígase una amante —le había dicho Vyborg.

Tras alquilar el apartamento en la Avenue Hoche, la dama de la agencia le había sugerido el nombre de una tal madame Roubier para que se hiciera cargo de la decoración y el mobiliario. El dinero que implicaba todo eso le dolía. En Varsovia, la gente se moría de hambre y se congelaba, caldeando sus casas con tablas arrancadas de embalajes, trabajando todo el santo día y luego fabricando explosivos por las noches, o recargando las armas. Mientras, él estaba allí rodeado de tonos celestes con ribetes dorados.

—Tonos celestes con ribetes dorados.

Madame Roubier era una pelirroja de labios finos, tez pálida, un temperamento fogoso y una historia convenientemente oscura que variaba con sus estados de ánimo. Tenía esa edad indefinida en que las francesas permanecen durante años —como en torno a los treinta y cinco, una suerte de virginal juventud y una madurez de signo más bien perverso—, y un buen tramo de vida ya recorrido. Sí, el tono pelirrojo de su cabello era natural, pero no era bretona, para nada. Eran un poco brutos. En ocasiones era de Macon. O quizá de Angers.

Para escoger los muebles, fue a visitar el apartamento, tomando breves notas con una pluma dorada en un pequeño bloc dorado.

—Y esta ventana de aquí va a necesitar encajes y festones —concluyó.

De pronto sus ojos coincidieron. Y siguieron coincidiendo.

—... Encajes... y... festones...

Su voz se diluyó en un prolongado silencio de estilo hollywoodense: «De pronto comprenden que su destino es convertirse en amantes». Se quedaron juntos de pie junto a la ventana, con la nieve cayendo suavemente en los adoquines grises de la Avenue Hoche. Madame Roubier lo miró intensamente a los ojos, presa de un extraño imán que él ejercía sobre ella, a la par que su propuesta vacilaba hasta quedar en suspenso.

—... Encajes... y... festones...

Su cuerpo era blando y níveo y liberaba sus contornos naturales cuando se quitaba los corsés. «Oh, oh», exclamaba. Se conservaba con exquisitez, la piel de su magnífico culo se mantenía tersa a base de ejercicios en un taburete cubierto con piel de gamuza, la luz de su departamento nunca iba más allá de una bombilla rosada en una pequeña lamparita. «Yo sé lo que tú quieres — solía decirle—, eres un chico con muchas ideas sucias». En fin, pensaba él, al menos eso lo tengo claro, lo que quieren los chicos con ideas sucias.

Hacían el amor en los prolongados atardeceres parisinos —*l'heure blue*—, luego Stein era despachado de la alcoba y sustituido por María, la criada. Poco después, madame Roubier reaparecía, por ejemplo, envuelta en tafetán verde esmeralda —cualquier opción que exacerbaba el brillo rojo de sus cabellos y la blancura de su piel— y Stein diría algo como: «*Oh, mais c'est Hedy Lamarr!*», y ella lo haría callar y lo rechazaría mientras trataba de meterse dentro de un abrigo de armiño blanco.

Después venía la cena. Después un recorrido por la noche parisina. Después los negocios.

Jueves por la noche. Chez Tolo.

Todos los restaurantes del mercado negro estaban en calles mal iluminadas, en callejones, uno debía conocer a alguien para dar con ellos. Chez Tolo estaba al final de uno de esos callejones angostos de la Francia decimonónica y a él se accedía a través de esas grandes puertas de madera de cuatro metros que parecían conducir al patio anterior de un gran edificio. El callejón había alojado en su día varias curtidurías, pero los antiguos talleres habían sido transformados hacía tiempo en viviendas obreras y ahora, merced a la guerra y la escasez, y la nueva vida tan rutilante que afloraba a la superficie en esos tiempos, parecía estar a las puertas de un novedoso resurgimiento.

Los taxis a leña llegaban hasta la puerta, más allá de ahí eran sólo un De Boston con su carrocería en madera, un Citroen con *traction avant* —el coche preferido de la Gestapo—, un Lagonda, un Daimler negro. Madame Roubier tomó nota de este último. «El Comte de Rieu», comentó.

El interior estaba siempre a oscuras y atestado de gente. Stein y madame Roubier cruzaban entre los clientes; una seña, un asentimiento, una sonrisa. Reconocían a la nueva aristocracia: a los que, como Anton Stein, no habían

tenido hasta allí su verdadera oportunidad. Un puñado de francos al *maître* — antaño un funcionario— y los sentaban en una buena mesa.

Madame Roubier comía de manera prodigiosa. Siendo estrictos, Stein nunca lograba sorprenderla en ese cometido, sólo sabía que hacía desaparecer la comida. Ostras, turnedós con salsa de Madeira y nata, servidas con puré de castañas, una ensalada de repollitos, rojos y verdes, con pasas adobadas en vinagre y miel. Después una cascada de gajos de naranja, originarias de España, embebidos en Cointreau, resplandeciendo a la luz de la vela. Stein escogía el champán más clásico, un Moët & Chandon, para acompañar la cena.

Con el coñac llegaban los visitantes. El Comte de Rieu y su amante rumana de diecisiete años, Isia, encantadora y frágil, que veía el mundo a través de una cortina de pelo largo y negro. El conde, del que se comentaba que era asombrosamente rico: traficaba con morfina, diamantes y leche.

—Beba un coñac con nosotros —dijo Stein.

Un camarero trajo dos sillitas doradas. Apretujados alrededor de la mesa, se sentían agradablemente en contacto, respirando una atmósfera donde se mezclaban el humo de los cigarrillos y el perfume y el calor de los cuerpos, y el aliento a naranjas, menta y vino. El conde llevaba el canoso cabello negro peinado hacia atrás, cubriéndole apenas la parte superior de las orejas.

—Estamos de celebración —dijo Stein.

—¿Ah, sí? —dijo el conde.

—Hoy me he convertido en *charbonnier*.

—¿Eso ha hecho?

—Así es.

—Comerciante en carbón, ¿eh? Bueno, en tal caso nos permitirá ser sus clientes. Pero ¿será capaz de cargar los sacos por las escalinatas y hasta el sótano?

—Absolutamente, puede usted contar con ello.

—¡Como un polaco!

—¡Exactamente!

—¿Stein?

—¿Sí?

—Es usted muy gracioso.

Bebieron los dos de las grandes copas de coñac.

—¿Qué año?

—Mil novecientos diez.

—Vaya por Dios, es de antes de tu época —dijo el conde a madame Roubier.

—¿Ah, sí? ¿Eso crees?

—¡Tengo la certeza!

—Querido, ¿cómo hace una para agradecer un cumplido como ése?

El taxi que hacía de limusina los llevó de vuelta desde un club nocturno a alguna hora de la madrugada, la nieve estaba teñida de una tonalidad mortecina bajo la luz de enero. Madame Roubier roncaba a su lado, en el asiento trasero. Dormía arrimada a él, con la tibieza del armiño rozando la mejilla de Stein.

El éxito atraía a los inversores.

Entrabas en la pelea, con suerte la ganabas, después de eso llegaban los hombrecillos de siempre con el dinero en la mano. Vyborg había insistido en advertirle esto último, sabiendo exactamente quién era en realidad De Milja. Vyborg sabía lo feliz que había sido cuando estaba sumergido en sus mapas, sabía de sus colaboraciones académicas, revisadas una y otra vez, sobre las señales empleadas en los cruces de los ríos, o sobre el nivel de sedimentación de los mismos. Se había pasado la vida entera, estudiando la forma en que, según el sistema de Lehman, se representaba el ángulo de inclinación de las pendientes, un dato importante para la artillería, los intervalos entre las curvas de nivel, la simbología hidrográfica. Era, en palabras de Vyborg durante las reuniones del Sexto Departamento, «un digno hijo de su padre». Era un hombre cuya apariencia física traicionaba en algún sentido su personalidad oculta. Íntimamente anhelaba ser un ratón de biblioteca, pero no tenía aspecto de tal y el mundo no lo veía así.

Su madre, era lo que pensaba el propio De Milja, hubiera sido una estupenda espía. Era engañosa, manipuladora, muy atractiva: la gente se sentía inclinada a hablarle. Desde su perspectiva, el mundo era un escenario corrupto y desbordante de cinismo, donde uno había de mantener siempre en alto la guardia, y lo acertado de sus opiniones había provocado, con frecuencia, un suspiro por parte de De Milja y su padre.

Con todo, el oficial a la cabeza del servicio de inteligencia en Francia debía ser un ejecutivo, no un cartógrafo. El presupuesto trimestral de que disponía De Milja era de 600 000 francos; para alquiler de pisos francos, pago de agentes, billetes de tren, hoteles, infinidad de gastos. Los sobornos eran

extras. El dinero para Huysmanns fue un extra... y a De Milja se le había dejado muy en claro que la empresa debía tener éxito, beneficios.

Casi por instinto, siempre supo lo que iba a encontrarse en Carbones Huysmanns. Conocía a los Huysmanns de este mundo: un tipo de individuo flemático, septentrional, un belga. Cada franco obtenido pasito a paso, con tenaz perseverancia... ¿Verdaderamente eran necesarias todas esas luces encendidas a la vez? ¿Qué pensaban, que un hombre como él iba a emplear a un grupito de filósofos ociosos...?

Jamás. En virtud de lo cual, el hombre que De Milja necesitaba ya estaba allí, en el despacho de Huysmanns, a cargo del recinto donde se almacenaba el carbón junto a las vías. Monsieur *Zim-maire*. Zimmer, un alsaciano cincuentón, enfundado cada día en un guardapolvos gris abotonado hasta la altura de la rodilla. En una u otra época, había hecho todas y cada una de las funciones que la empresa requería. Había conducido camiones, cargado sacos de carbón, un oficio que dejaba tiznado de negro al encargado del reparto tras la segunda o tercera entrega. Hablaba con los proveedores —las minas del norte de Francia— y conocía a los clientes importantes: los hospitales, edificios de oficinas y los talleres de lo que fuera. Había además dos secretarías que llevaban los libros y enviaban las facturas, Helene y Cybelline. A sugerencia de Zimmer, despidieron a Cybelline. Había tenido alguna vez una relación ambigua con Huysmanns, lo cual no les importaba lo más mínimo a Zimmer o De Milja, pero ella daba por sentado que eso la excusaba de hacer su labor. En consecuencia, se pasaba el día pintándose las uñas, bebiendo café, cotilleando en el teléfono y coqueteando con los conductores. A Helene, que era la que hacía todo el trabajo, se le aumentó el sueldo.

A Zimmer también. Él sería, de hecho, quien administrara la empresa.

—Yo me dedicaré a buscar nuevos clientes —fue como lo planteó De Milja—. Así que estaré viajando casi todo el tiempo.

Era verdad. El Sexto Departamento le había encargado ayudar en ciertas misiones contra las unidades de la Luftwaffe estacionadas en Francia. Los bombardeos nocturnos no cejaban. Algo debía hacerse.

8 de marzo de 1941.

Al oeste de Bourges, De Milja pedaleaba en su bicicleta por un sendero. Una mañana primaveral, con la primavera recién arribada, cruda y helada, y la neblina a ras de los campos. Encabezando la marcha iba un francés de nombre Bonneau. Quizás en la treintena, había sido el oficial a cargo de un tanque,



herido en combate y hecho prisionero a finales de mayo de 1940. Lo habían enviado a un campo de prisioneros de guerra, una fábrica de municiones cercana a Aachen. Se había fugado. Lo habían capturado de nuevo. Se había fugado otra vez y llegado, en esta ocasión, a Francia.

Justo delante de De Milja iba la hermana de Bonneau, Jeanne-Marie, quizá de veinte años, delgada y vehemente, ávida de combatir a los alemanes. A través de alguna sociedad anterior a la guerra, Bonneau había vendido maquinaria agrícola de fabricación británica en el centro de Francia, había contactado él mismo con alguien de Londres y su nombre había sido dado a los servicios especiales.

A De Milja le agradaba. Un hombre directo, bien parecido, con un escrupuloso sentido del honor. Lo mejor de los franceses, pensaba De Milja, eran esas encarnaciones espontáneas de los héroes surgidos de los libros para niños. O para niñas, puesto que era un principio también aplicable a las francesas. De Milja los había visto enfrentarse a los alemanes más de una vez: idealistas, con una voluntad de hierro, libres y altivos, y absolutamente dispuestos a morir para seguirlo siendo.

—*Bonjour*, monsieur Gache —gritó Bonneau, aminorando la velocidad.

Jeanne-Marie repitió como en un eco el saludo.

Monsieur Gache era un campesino del siglo XIV. Surgió de pronto en mitad de la niebla con una cachava en su mano, rodeado de una media docena de vacas echando vaho por el hocico y haciendo sonar los cencerros. Escudriñó de soslayo a De Milja, con una mirada suspicaz, hostil, bajo la frente ceñuda. Conocía perfectamente cada piedra y cada boñiga de esos campos... ¿Ese desconocido iba a echar una mano de verdad? En fin, muy pronto lo sabría.

«Es primavera, el inicio de la temporada de guerra en Europa», reflexionó De Milja. Y monsieur Gache adivinaba de un modo intuitivo, arcaico, quién era él y qué significaba su aspecto. Nada bueno, con seguridad. César también había enviado, muy probablemente, a alguien en la primavera del 56 a. J. C. a echar un vistazo a la Galia... y ahí habría estado, ya entonces, monsieur Gache con su media docena de vacas.

—Ése es el viejo Gache —le advirtió Bonneau—. Es la tierra de su tío la que vamos a usar.

De Milja gruñó un asentimiento, queriendo decir que le parecía buena idea. Esperaba de veras que lo fuera. Todo esto era un arreglo hecho entre gentes del campo, esos acuerdos rurales demasiado complicados para que ningún extraño los entendiera cabalmente.

Pedalearon otros quince minutos, abriéndose paso por grandes extensiones de tierra recién arada, dividida por franjas de viejos bosques, de robles y hayas, que hacían el efecto de cortavientos. El sendero para las vacas concluía en un pequeño arroyo y Bonneau desmontó como un chico de diez años, avanzó un trecho en un solo pedal y luego saltó del vehículo.

—¡Uup-lá! —dijo, y soltó la risa.

Sonreía siempre, abiertamente, un hombre dispuesto a gozar de lo que fuera que la vida le pusiera enfrente cada día. Herido durante la ofensiva alemana, había peleado otras doce horas, con sólo un artillero sobreviviente a bordo del tanque.

—Ahora, señor, tendremos que ir a pie —dijo Jeanne-Marie—. Veinticinco minutos.

—¿Exactamente? —preguntó De Milja.

—Con buen tiempo, es casi lo que se tarda.

—Si ella lo dice, será verdad —dijo Bonneau en tono como de hastío, con admiración por su hermana y a la par burlándose de ella.

—Aquí está el Creuse —dijo ella, indicando una dirección a campo traviesa.

Pudieron verlo desde la colina, una cinta de agua apacible que corría por entre dos orillas repletas de maleza y se unía, pocos kilómetros más adelante, cerca del pueblo de Tournon, al Gartempe. El cual era afluente del Loira, y todo ello acababa en el Atlántico, a la altura del puerto de Saint-Nazaire.

Lo fundamental era la confluencia de todos esos ríos: un rasgo físico visible desde un avión volando de noche y a la luz de la luna. Siguieron caminando en silencio. El campo estaba a una buena distancia de cualquier camino y, por ende, a buena distancia de cualquier transporte motorizado germano. Pues si los alemanes veían paracaídas cayendo del cielo, organizarían de inmediato una patrulla para ir a averiguar qué pasaba.

El campo había sido escogido muy cuidadosamente, advirtió De Milja.

—Fue elección de Jeanne-Marie —le explicó Bonneau—. Es toda una naturalista: siempre anda por toda la campiña, nadie nota lo que hace.

—Lo he recorrido más de una vez —dijo Jeanne-Marie—. Tiene lo que se sugirió de largo, unos 600 metros, por 220 de ancho.

Bordearon a pie el perímetro.

—Había infinidad de baches, pero los allané con varios trabajadores y caballos de tiro.

En silencio, y en nombre de los paracaidistas, De Milja le agradeció sus cuidados. También apreció que alguien había apartado las grandes piedras.

—¿De cuánta gente dispondrás? —preguntó.

—Cuatro, quizá. Seis en total.

—Vas a necesitar maleza para las fogatas. Es mejor mantenerla bajo una lona para que esté seca. Luego hay que hacer el fuego en forma de flecha, para que señale la dirección del viento.

—Sí —dijo Jeanne-Marie—. Lo sabemos.

De Milja sonrió ante su respuesta. Vaya con el extranjero este, tan misterioso, que venía quién sabe de dónde a decirles cosas que ellos ya sabían perfectamente. Estaba allí frente a él, sosteniendo la bicicleta por el manillar, con el inmenso cielo primaveral de Francia enmarcándola. Unos pocos de sus cabellos habían escapado de debajo de la pañoleta que llevaba y ella misma los apartó con un gesto impaciente.

—¿Comemos algo antes de volver? —dijo Bonneau.

Jeanne-Marie sonrió para sí y asintió. En seguida desanudó la merienda, envuelta en un trozo de tela en la parte trasera de su bicicleta. Se sentaron al borde del campo —tal como se le había pedido, Jeanne-Marie había localizado una zona levemente cóncava— y comieron pan y queso de granja, de ese que se desmigaja fácilmente, y manzanas cosechadas el último otoño, secas y dulces.

—Hay que hacer algo y esperamos que sea pronto —dijo Bonneau—. A la gente de por aquí no le gustan los alemanes, pero no sabe qué hacer. Pétain habla en la radio y dice que todo esto nos ha ocurrido porque Francia estaba sumida en la inmoralidad y la autocomplacencia. Y algunos lo creen. Otros sólo harán lo que les resulte más cómodo. Últimamente, se oye mucho la palabra *attentisme*: la filosofía de esperar indefinidamente. No hagas nada, ya veremos lo que viene a continuación. Esto es muy peligroso para Francia, porque aquí no se vive de veras en un país, usted sabe. Aquí se vive en la casa y con la familia, ésa es nuestra verdadera patria y nuestra nacionalidad, y lo que es mejor para todos se define desde esa óptica.

Fue Jeanne-Marie quien dio la réplica a su hermano.

—Los ingleses harán lo que puedan —dijo de manera abrupta, con un matiz de crispación en la voz—. Pero no porque sientan un gran amor por los franceses. Somos aliados, no amigos.

—De nuevo está en lo correcto —dijo De Milja.

Un tren de cercanías hacia el Oeste, luego a Nantes, después al Norte en una sucesión de trenes de cercanías. «Mucho mucho cuidado ahora», se dijo a sí

mismo. Se dirigía a un área donde los alemanes eran en extremo suspicaces, puesto que guardaban un secreto.

Al ir parándose el tren en los pueblos, De Milja apreció que estaba en el país de madame Roubier. La Bretaña. Todos pelirrojos y altos, de piel suave y pecosa. La mirada aguda. Se veía que no era fácil engañarlos. A menudo venales, visto que el asunto era, en esencia, una cosa de ellos contra el mundo, siempre lo había sido, y para hacer esa guerra interminable se necesitaban recursos.

Era ya el atardecer cuando llegó al pueblo de Vannes, en el litoral, desde L'Orient, uno de los campos para bombarderos utilizados por la Luftwaffe en su campaña contra Inglaterra. Al norte de Vannes estaba Brest, en la orilla meridional del Canal de la Mancha, allí donde se ensanchaba. No había dudas acerca del campo de bombarderos, la estación de tren de Vannes estaba llena de aviadores alemanes que volvían de su permiso o partían con rumbo a la pecaminosa París por diez días.

De Milja mantuvo la mirada baja. Llevaba con él una cartera de cuero barata, el sombrero ladeado y el ala hacia abajo, un traje azul gastado. Un abogado de provincias, tal vez, que se ganaba la vida con herederos en disputa y tozudos propietarios de algo y las imprudencias tributarias de los *petits commerçants*. Recorrió un buen trecho, hasta la salida del pueblo. Ya no había más alemanes. Las aceras se estrechaban, luego desaparecían. Sólo quedaban ancianas con bolsas, unos pocos gatos. El vecindario se volvía sombrío: los edificios se iban desluciendo sutilmente en una pobreza de buen tono, en torno a un ultramarinos con un cartel en la ventana: fermé.

Finalmente, una *confiserie*: una tienda de caramelos donde los paquetitos en miniatura y en papel dorado que se exhibían en la vitrina estaban cubiertos de una fina pátina de polvo. Al entrar, sonó una campanilla sobre la puerta y una jovencita se dispuso a atenderlo tras el mostrador. No tenía ninguna gracia, la tez y el cabello eran del mismo color deslavado, y llevaba un suéter ajustado que era más lo que prometía que lo que seducía. Se olía un intenso aroma a violetas acarameladas y azúcar quemado proveniente de la trastienda en penumbras, que hizo que De Milja se mareara un poco.

—¿Mademoiselle Herault? —preguntó.

—En la trastienda, monsieur. —También su voz era frágil.

Mademoiselle Herault estaba sentada a un escritorio. Una mujer en los cuarenta, calculó él. Pero en cierto sentido mayor. Un rostro duro, surcado de arrugas, severo. Como alguien que hubiera decidido vender caramelos por un desprecio sutil hacia los apetitos humanos, no por un afán de brindarle al

mundo algo dulce. O quizá fuera por el silencio de la tienda, las bandejas manchadas con gotas rancias de dulce de naranja, un pequeño negocio decayendo lentamente, agonizando por fases.

De Milja se identificó —Guillaume— y los ojos de ella buscaron los suyos para ver si era de fiar. Pareció decidir que lo era. La mujer no era singularmente atractiva, pero, con seguridad, nunca le habían faltado amantes, tras haber entendido tempranamente que el atractivo no tiene mucho que ver con el asunto.

—¿Puedo robarle un minuto? —preguntó él.

Lo miró levemente de soslayo: minutos, horas, si había algo que a ella le sobraba era tiempo. Muy lentamente, extrajo un Gauloise de su paquete, golpeteó el extremo contra la uña de su pulgar, lo sostuvo entre sus labios, le extendió a De Milja una caja de cerillas y se inclinó hacia él para que se lo encendiera.

—Gracias.

En seguida abrió un cajón del escritorio, hurgó entre los documentos, dio con un sobre sin cerrar y se lo dio.

—Es esto.

Él extrajo del sobre lo que parecía una nota de buena educación enviada a alguien, escrita en tinta de color añil y en papel ribeteado, de ese de las papelerías. Leyó a toda prisa lo que allí había escrito, descifrando la caligrafía. Luego, al darse cuenta de lo que tenía entre manos, lo leyó de nuevo.

—Esto es..., esto es extremadamente importante —dijo.

Ella asintió en una suerte de vago acuerdo: «Sí, claro, ya lo suponía». Dio una calada al Gauloise y arrojó una bocanada de humo al techo.

—¿Hay alguna razón para esto? ¿La ocupación?

—No —dijo ella. Y añadió—: No soy francesa.

—¿Entonces?

—Soy polaca, aunque vivo aquí desde hace mucho.

De Milja estuvo a un paso de responderle en polaco. Fue sólo un impulso... Después se enfadó consigo mismo por ser tan estúpido. Guillaume era sólo Guillaume. O sea, nadie.

—¿Herault? —inquirió con aire de duda.

Ella se encogió de hombros.

—Un intento de mi padre por integrarse.

—¿Y se integró?

—No —dijo ella. Permanecieron en silencio unos segundos—. No creo que deba darle ningún motivo —agregó ella—. Para haber hecho esto, quiero decir. No creo mucho en los motivos.

De Milja releyó una vez más la carta. *Kampfgeschwader 100, Piloto de Reconocimiento, Haz Knickbein*. Estaba anonadado por la importancia de lo que tenía en sus manos. Había obtenido el nombre de la mujer por Fedin: un antiguo contacto de finales de los años treinta, nada muy provechoso pero, por mero azar, ella se hallaba en la primera línea de la ofensiva alemana contra Gran Bretaña. Fedin había hecho el contacto inicial, luego llegó a París una señal desde Vannes que significaba: «Tengo algo para usted». Pero esto estaba mucho más allá de lo que De Milja esperaba.

—Por favor, mademoiselle. Debo rogarle que me diga cómo consiguió esto.

Por el rostro de ella cruzó una sonrisa un poco espectral. Parecía complacerle levemente su urgencia. Asintió con la cabeza en dirección a la tienda y el mostrador.

—Veronique —dijo.

—¿Quién?

—Mi dependienta.

La mujer estuvo a un paso de soltar la carcajada al verlo tan desconcertado y la expresión alelada de su rostro. Cuando vio que la niebla se había diluido, dijo:

—Esa misma, sí.

—¿Intencionadamente?

Ella hizo una mueca: «¿Quién puede saberlo?». Hizo una pausa, se inclinó y se aproximó a él otro poco, bajó el tono de voz.

—Fea como el pecado, pobrecita. Pero a nadie le falta Dios y, para la pobre Veronique, existía el pobre Kurt. Un chico de dieciocho años, lejos de su casa por primera vez, bajito, hogareño, dientes feos, fea mirada. Lo más insignificante entre lo insignificante de su unidad: ayudante de mecánico, los que están a cargo de los aviones. Creo que las piezas de los aparatos se lavan con gasolina, ¿es cierto eso?

—Lo es.

—Es lo que él hace, fundamentalmente. Por eso tiene las manos irritadas todo el tiempo. Pero es un *conquistador*, monsieur como quiera que se llame. Y acaba de descubrir, en ese proyecto de chiquilla, la *vrai passion*. La lleva, se lo puedo asegurar, al borde de la locura. Incluso más allá, diría yo.

—¿Y le cuenta cosas? ¿En la cama?

—No, monsieur. Los hombres no les cuentan cosas en la cama a las mujeres. Los hombres les cuentan cosas cuando quieren llevárselas a la cama. Para hacerles saber cuán importantes son. Una vez en la cama, ya no se cuentan cosas.

—Pero Veronique hace que se las cuente.

—Sí. Ama a Kurt. Es su hombre, suyo y de nadie más. Un caso en que las fronteras nacionales quedan de lado. ¿Lo entiende?

—Sí.

—Por supuesto que hablan, del modo en que lo hace siempre la gente, y ella me cuenta cosas..., sólo por cotillear, por tener algo de qué hablar. Son inocentes, monsieur.

De Milja asintió con gesto comprensivo.

—A lo mejor, algún día, le toca a usted hacer algo por Veronique.

—¿Y sería...?

—Bueno, las fronteras nacionales nunca quedan del todo de lado. El amor no puede con todo. En las fantasías de Veronique, los alemanes estarán aquí cuarenta años más. ¿Tiene que esperar a tener cincuenta y nueve años para seguir con su vida? Desde luego que no. Por desgracia para ella, sospecho que el fin de esta guerra sobrevendrá antes de cuarenta años. Entonces, las mujeres que hayan hecho el amor con el enemigo no lo tendrán fácil. La gente aquí, que ha colaborado calladamente, *astutamente*, los que hablan mucho pero no hacen nada, esos en particular, la tomarán con las pobres Veroniques de Francia. Y podrían llegar a ser muy crueles. Cuando esto suceda, quizá lo busque, o a alguien como usted, y pueda usted hacer algo por la pobre Veronique.

—¿Cómo sabe todo esto?

—Lo sé. Soy polaca. Venía con la leche materna. ¿La ayudará usted?

—Si puedo, desde luego —dijo él—. Entre tanto, basta. No haga nada más..., ni le permita a ella hacer nada más... Eso podría exponerla. Lo más importante ahora es que nadie sepa lo que ha descubierto.

Llovía en París. Lenta, interminablemente. Las ramas desnudas de los castaños chorreaban agua bajo la luminosidad gris de la hora. A las cinco de la tarde, Anton Stein escrutó por la ventana el recinto donde se guardaba su carbón. Un tren carguero se movía con parsimonia por la vía. Los enganches entrechocaban y se golpeaban entre sí: pararse, dar un breve tirón hacia

delante, pararse de nuevo, retroceder. La vía lateral y las ruedas de los vagones relucían con la lluvia.

En su escritorio estaban los beneficios de marzo. Les iban bien las cosas. Zimmer era implacable. Enfundado en su guardapolvos gris e impecable, atendía infatigable el negocio. Las pérdidas menores. El robo. El combustible para los camiones. Las facturas con recargos ficticios de los proveedores. Los clientes en deuda. El margen de ganancias, las fechas de envío. Anton Stein ganaba dinero.

Y el capitán Alexander De Milja se lo gastaba.

Alquiler del apartamento en la rue A, donde un radiotelegrafista codificaba y transmitía los datos, saltando como una mariposa entre un centenar de bandas de radio para eludir a los expertos de la Funkabwehr. Alquiler del apartamento en la rue B, donde tenía su base un radiotelegrafista alternativo. Alquiler de una villa en las afueras, donde se ocultaba un piloto inglés herido. Por no hablar del apartamento en la Avenue Hoche, con sus ventanales plagados de encajes y festones.

Estaba cansado. Su espíritu desgastado. Esa guerra clandestina desde septiembre del 39... duraba ya demasiado, estaba harto de ella.

Apartó la vista de los vagones de carga y volvió a una hoja de papel barato sobre su escritorio. El escritorio de Huysmanns, madera de roble, lleno de arañazos, con quemaduras de cigarrillos en los bordes, pequeños cajones llenos de gomas elásticas, chinchetas y tampones para los sellos.

En el papel, en su propia clave informal, el borrador inicial de un informe con destino a Londres: en la base de la Luftwaffe en Vannes estaba estacionada la Kampfgeschwader 100, una unidad de pilotos de reconocimiento: esos que volaban en un tipo de formación determinado, denominado Haz Knickbein, porque tenía forma de ángulo agudo. La labor de esos pilotos de reconocimiento en particular consistía en guiar a los escuadrones de bombarderos hasta su objetivo y luego arrojar bombas incendiarias que provocaban fuegos, para que sirvieran de guía a los que venían detrás.

Lo que Veronique, la empleada de la tienda, había descubierto era lo siguiente: los pilotos de la Kampfgeschwader 100 no vivían en la base y en barracones, sino en varios albergues en el pueblo de Vannes, y la tarde antes de una misión eran conducidos al campo aéreo en autobús. Todos juntos, quizás una treintena, con órdenes de guiar varias incursiones nocturnas contra blancos ingleses. De Milja sabía lo que sucedía a continuación. Solía ir al cine en los Champs-Élysées, donde ponían los noticieros alemanes —siempre con



la luz encendida, pues en la oscuridad la audiencia gala hacía ruidos poco delicados— acerca de los bombardeos aéreos. Así que había visto las fábricas ardiendo y los puentes caídos en los ríos y los bomberos sudando exhaustos.

Todos juntos, quizás una treintena, eran conducidos al aeródromo en autobús.

El campo estaba a unos veinte kilómetros de Vannes y había varios puntos de interés en el camino. Una curva con una saliente de rocas al Este, un bosquecillo de pinos medio atrofiados al Oeste, entre el camino y el mar. O quizá la vieja fábrica de conservas pesqueras abandonada en el 38, con varias hileras de ventanas oscuras y los cristales rotos desde hacía mucho.

Bloquear el camino. Un camión lleno de carbón —el carbón de otro— serviría impecablemente para el propósito. Serían necesarios seis —no, ocho— agentes. Darle al conductor y los neumáticos. Eso te dejaba total libertad para encargarte de los pilotos. Granadas de fragmentación por las ventanillas, después alguien podía subir con una metralleta al autobús. A corta distancia, varias ráfagas.

Treinta pilotos de reconocimiento. Con todo ese entrenamiento a cuestas, toda esa experiencia, esas habilidades. Muy difíciles de sustituir. Con la dosis perfecta de coraje y destreza. Volar un avión en una formación determinada implicaba corregir de manera constante el curso de vuelo por la deriva y la señal de radio que se perdía. Volar a la cabeza del ataque implicaba enfrentarse a los focos rastreadores y el fuego antiaéreo. Uno debía tener un auténtico demonio en su interior para hacer algo así.

—¿Monsieur Stein?

Alzó la vista del papel, las iniciales y nombres, una línea curva que indicaba un camino, un rectángulo para el camión que bloquearía la ruta. Helene sostenía en sus manos un gran libro encuadernado en piel.

—Monsieur Zimmer solicita que esto sea enviado hoy mismo, monsieur.

La chica dejó el libro sobre el escritorio de Stein y volvió a su labor. En el interior había varios talones que él debía firmar: una práctica habitual en cualquier trabajo de oficina francés. Se aseguró de que su pluma tuviera tinta y procedió: «Anton Stein, Anton Stein...». Los beneficiarios eran, en su mayoría, minas de carbón en Metz. Le estaba permitido adquirir lo que quedaba una vez que los alemanes, pagando mediante una moneda cuyo valor estaba absurdamente apreciado, habían tomado cuanto querían y lo habían embarcado hacia el Este. Justo después del Año Nuevo, los alemanes habían devuelto a Francia las cenizas de L'Aiglon, el hijo de Napoleón. De ahí la

broma que circulaba aquella semana. «Se llevan nuestro carbón y nos mandan las cenizas».

Dos documentos más que firmar. El uno, una *donation* al Comité Franco-Alemán, entidad organizada en 1933 para estimular la armonía y el entendimiento franco-alemán. Y, bueno, de veras que los habían estimulado: ahora los franceses tenían toda la armonía y el entendimiento del mundo con los alemanes. El otro talón era a nombre de Anton Stein, por una suma de diez mil francos. El dinero para su vida nocturna.

Era el momento del encuentro del atardecer con madame Roubier, en la Avenue Matignon. «Oh, oh», gritaba ella. Simulando que buscaba gozar de su pálido cuello, él echó una ojeada a su reloj: las 20:25. Fuera comenzaron a sonar las sirenas que indicaban ataque aéreo. Con delicadeza, se separó de ella y apagó la lamparilla rosada en la mesita de noche, que hacía brillar su piel con el mismo color. Abrió la ventana, después la contraventana, sólo una rendija.

Había círculos de luz entre las nubes. Luego vinieron las llamaradas y un fuego dorado trazando un arco en la oscuridad. Mañana saldrían los chicos a los parques, pensó, para sumar trozos de metralla a su colección. Un dedo con la uña afilada le recorrió la espalda desnuda.

—*Bonjour, monsieur* —dijo madame Roubier. Le divertía mucho aparentar que era su profesora de francés—. *Comment allez-vous?* —Su dedo volvió en la dirección opuesta.

Él apartó la mirada de las intensas luces, la miró de reojo. Estaba tumbada boca abajo, estirando el brazo para tocarlo.

—Me ignora —dijo con un mohín, como una niña—. Sí, me ignora. —Él se volvió de nuevo a mirar el cielo. Una ráfaga entrecortada, luego un tono amarillo intenso. Después un trazo lento y de color rojo descendiendo en una curva. Le dolió el corazón ver todo eso—. Sí, me ignora.

Brasserie Heininger. 23:30.

A la mesa, siete personas: el Comte de Rieu y su amiguita Isia. Isia había estado esa tarde en Karachine, el maestro sombrerero, quien había confeccionado en exclusiva para ella un sombrero de brillantes cerezas y peras, con un velo rojo que apenas si le rozaba las mejillas.

A su izquierda, Stein, el empresario del carbón, grave y silencioso, con su cigarro omnipresente en los labios. Su compañía, la elegantísima Lisette Roubier, llevaba un vestido de seda color esmeralda. Junto a ella, Labarthe, el comerciante en arte, con el cabello lustroso de brillantina, cuya especialidad eran los maestros holandeses y flamencos, y los parientes encarcelados. Por una suma de dinero, era capaz de sacar a cualquier ser querido de cualquier prisión de Francia. A su compañera de la velada la llamaban Bella, una acróbata de circo de origen báltico.

A su lado, el divertido Willy —la «w» se pronunciaba como «v»— Kappler. El hombre con el aspecto más bobo del mundo: un flequillo de pelo descolorido, la nariz larga y puntiaguda como la de una bruja de tira cómica, las orejas útiles para desviar los vientos; un rostro iluminado por una sonrisa parecida a una gran rodaja de melón, como diciendo: «Bueno, en fin, ¿qué puedo hacer?».

—¡Carbón! —le dijo a Stein—. Bueno, he ahí un negocio afortunado en estos días.

En seguida se rió, de forma melodiosa, contagiosa. Era imposible no reírse con él; puede que no pillaras el chiste, ya lo pillarías.

—Puedo vender tanto como me permitan —admitió Stein. Y añadió—: Pero las cuotas son a menudo bajas.

—Sí, es verdad. Esta guerra absurda se ha alargado ya demasiado..., pero vaya uno a pedirles a los ingleses que actúen con sentido común. Y, Herr Stein, está además el hecho claro de que esos pícaros de las minas no son muy aficionados al trabajo. —Con el puño y el pulgar extendidos simuló una botella, hizo como que la vertía en su boca e hizo glú-glú-glú. Stein se rió—. No, pero si es cierto, usted lo sabe —dijo Kappler.

—¿Y a usted, Herr Kappler —dijo Stein—, qué es lo que lo mantiene en París?

—¡Ja! Qué manera de expresarlo. Difícilmente uno está aquí por la fuerza.

—¿Negocios?

—Ja, ja. Negocios, sí, bueno...

Al otro lado de la mesa, el Comte de Rieu apenas si logró contener una carcajada. Él sabía perfectamente lo que Kappler hacía.

—La verdad sea dicha —siguió Kappler—, sólo soy un viejo poli de Hamburgo..., igual que mi padre. Nací para ello. Un poli con el káiser, un poli en la época de Weimar. Así que ahora trabajo para Heini y Reini, pero créame, Herr Stein, es igual que siempre, la misma cosa.

«Heini» y «Reini» significaba Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich. Lo cual situaba a Kappler en algún lugar dentro del imperio de la RSHA: probablemente en la Gestapo o una de las unidades SD de inteligencia. Stein aspiró su cigarro, pero se le había apagado.

—Permítame —dijo Kappler.

Encendió con presteza un encendedor de plata y Stein giró el cigarro sobre la llama antes de inhalar.

—Diles lo que escuchaste hoy, cariño —dijo Labarthe a su amiga Bella.

Ella pareció confundida.

—¿En el salón de belleza?

—Exactamente.

Ella asintió y sonrió. Había captado lo que se le pedía. Llevaba un sombrero de estilo militar, con una pluma negra, y las mejillas empolvadas de manera muy teatral.

—Fue, fue... —Se volvió hacia Labarthe en busca de apoyo, le susurró algo al oído, él le sopló una o dos frases cubriéndose con su mano y ella asintió con evidente alivio—. La peluquera me contó del rayo de la muerte —dijo ella en un arrebato de brillantez.

—¿El rayo de la muerte? —preguntó madame Roubier.

—Sí. Un invento del mismo que hizo el telégrafo.

—Marconi —apuntó Labarthe.

—Marconi, sí. Ahora ha hecho el rayo de la muerte para Mussolini. Así que la guerra está acabada. —La chica sonrió con entusiasmo.

Willy Kappler se sacudió un poco en una carcajada silenciosa, luego apoyó su mano contra su mejilla.

—A la gente le encantan los rumores —dijo—. Cuanto más extraños, más les gustan. ¿No conocen el de la semana pasada? ¿Ese de que De Gaulle fue asesinado en una incursión aérea sobre Londres y los espías ingleses trajeron sus cenizas a París para enterrarlas en la tumba de Napoleón?

—Yo sí lo oí —dijo el comte—. De boca de mi dentista. Y en mi visita anterior me había dicho que los ingleses han inventado unos polvos capaces de incendiar el agua. Me lo dijo en el más estricto secreto, si no os importa.

—*Mesdames... et... monsieurs!*

El camarero se aseguró de tener la atención de todos y entonces, con un ademán, les presentó un *foie gras blond en bloc*, al menos un kilo. En un cesto, una montaña con triangulitos de tostadas, despojadas todas de la corteza. Y para cada uno de los comensales un platito frío de mantequilla Charentais. La gelatina del color del champán temblaba al cortar el camarero

rodajas de ella y deslizarías con habilidad en los platos, todos con un monograma al centro.

—*Et alors!* —dijo el conde cuando acabó el primer corte y pudo apreciarse la cuantía de la trufa en el interior.

Después la mesa quedó en silencio unos momentos, mientras los cuchillos untaban las tostadas de foie gras y pequeños sorbos de Beaune ayudaban a digerirlas.

—Os lo digo —dijo Willy Kappler, la mirada brillante de placer—, lo mejor es realmente muy bueno.

El *maître* apareció junto a la silla de Stein.

—¿Sí? —preguntó Stein.

—Una llamada telefónica para usted, monsieur.

El teléfono estaba en una mesita de mármol, junto al servicio de caballeros.

—Stein —dijo él en el auricular, pero la línea se limitó a sisear en su oído y nadie respondió.

El encargado del baño de hombres abrió la puerta apenas unos centímetros y le dijo:

—¿Monsieur Stein?

Stein se metió en el pequeño pasillo embaldosado que conducía a los urinarios. En la mesita del encargado había una pila de toallitas blancas, jabones perfumados y peines. Junto a ellos, un platillo para las monedas. El encargado, con su habitual chaqueta blanca, se llamaba Voyschinkowsky, un hombre en los sesenta, con las bolsas típicas del insomne crónico bajo los ojos irritados y las mejillas hundidas. Corría el rumor de que había sido, alguna vez, uno de los hombres más ricos de París, un brillante especulador, conocido como el León de la Bolsa. Sólo que ahora, con su acento húngaro, su voz aguardentosa y su chaqueta blanca, era apenas un gracioso personaje de la noche.

—Tengo un mensaje para usted, monsieur Stein —dijo—. Un joven lo espera abajo, junto al puesto de periódicos. Necesita hablar con usted, es urgente.

De Milja extrajo un billete de cien francos, del rollo que llevaba en sus bolsillos, y lo dejó en el plato de Voyschinkowsky.

—Me pregunto qué será lo siguiente —refunfuñó.

El rostro de Voyschinkowsky permaneció inmutable.

—Gracias, monsieur —dijo.

De Milja bajó las escaleras. Era una noche tibia de abril, en las calles olía a pescado: un camarero con un delantal de hule estaba abriendo ostras y depositándolas en una montaña de hielo picado. El joven que leía los titulares en el puesto de periódicos llevaba una chaqueta delgada y una bufanda.

—¿Me estaba esperando? —dijo De Milja.

El joven lo miró de arriba abajo.

—Fedin necesita verlo de inmediato —dijo.

—¿Dónde?

—En Boulogne-Billancourt.

Boulogne era el sector industrial, al borde de la ciudad, no el pueblecito junto al mar.

De Milja escrutó al individuo. Podía ser cualquier cosa: una emergencia, una trampa. No había nada que él pudiera hacer para discernirlo.

—Vale —dijo—. Ahora vuelvo.

El joven miró su reloj.

—Veinte minutos para el toque de queda.

—Me daré prisa —dijo De Milja.

Tenía un pase que lo autorizaba a circular a cualquier hora, pero no quería echar mano de él en esta ocasión.

De vuelta en la mesa, dijo:

—Una emergencia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó madame Roubier.

—Un accidente en el almacén. Un hombre está herido. —Se volvió hacia el comte—. ¿Sería usted tan amable de acompañar a madame a su casa?

—Por supuesto.

—¿Puedo ayudar en algo? —dijo Willy Kappler, sinceramente interesado—. No hay mucho que yo no pueda hacer en esta ciudad.

De Milja pareció considerarlo.

—Gracias —le dijo—. Creo que lo mejor es que vaya yo mismo, pero se lo agradezco.

Kappler asintió con cordialidad.

—En otra ocasión entonces —acotó.

Fueron en metro hasta la estación del Quai d'Issy. El tren se detuvo allí como era de rigor, pero la policía impidió que nadie lo abandonara porque el túnel superior se había inundado. Así que siguieron hasta la próxima estación, luego tomaron un tren de vuelta y caminaron. El barrio era una maraña de

vías ferroviarias de carga y viejas industrias que rodeaban la planta Renault y los grandes muelles del Sena. Al otro lado del río había un barrio de inmigrantes rusos: todos hacinados en pensiones de ladrillos, empleados en las líneas de ensamblaje de automóviles.

Bajo la ocupación alemana, la Renault fabricaba vehículos militares para la Wehrmacht, así que los ingleses habían bombardeado la planta. De Milja y el correo enviado por Fedin pisaron cristalitas al cruzar por el sector. El agua fluía de las cañerías rotas, un humo negro que olía a goma quemada hizo lagrimear a De Milja, que comenzó a restregarse los ojos. Una ambulancia cruzó por allí con la sirena ululando. En un punto donde un edificio se había derrumbado, De Milja pasó por encima de un colchón ardiendo, abriéndose paso entre cacerolas, zapatos y partituras de música.

En la iglesia ortodoxa de Saint Basil, el joven permaneció detrás. Las lágrimas fluían por sus mejillas, dibujando churretes en el hollín que las cubría.

—Está ahí dentro —dijo a De Milja.

—¿En la iglesia?

El joven asintió y desapareció a toda prisa.

La iglesia estaba siendo empleada como sala de urgencias. El general Fedin estaba tendido en una manta en el suelo de piedra, una segunda manta lo cubría hasta la barbilla. Cuando De Milja se paró junto a él, abrió los ojos.

—Bien —dijo—. Tenía la esperanza de que lo encontraran.

De Milja se arrodilló a su lado. El rostro de Fedin, que había sido alguna vez fiero y como una calavera, estaba ahora desencajado y su piel del color de la cera. De pronto se había vuelto un hombre mayor. Él mismo hizo descender ligeramente la manta que lo cubría —su pecho estaba vendado con gasa— y puso una expresión que significaba claramente: «Nada bueno».

—Mejor sería que estuviera en el hospital, ¿no? —dijo De Milja—. La forma más rápida es un taxi, irá tendido en la parte trasera.

—Dejémonos de tonterías —dijo Fedin educadamente—. Conozco bien este tipo de herida, la he visto muchas veces.

—Vassily Alexandrovich...

Fedin cogió su brazo, quería aferrarlo pero sus fuerzas se lo impedían.

—Basta —dijo.

De Milja se calló.

—¿Cómo ha ocurrido esto? —preguntó al poco.

—Estaba en el Águila Doble, un club ruso, la gente jugando al ajedrez, bebiendo té. Las sirenas anunciaron el ataque, como siempre. Todos nos

encogimos de hombros y las ignoramos, como siempre. Lo próximo que recuerdo es a alguien sacándome a rastras de debajo de unos tablones. Luego desperté aquí.

Hizo una pausa, con los labios muy apretados.

—Tengo sesenta y tres años —dijo.

Estaba oscuro en la iglesia, unos pocos cirios eran la única luz disponible. La gente hablaba en voz baja, caminando con cuidado por el suelo de piedra. Como actores en una representación, pensó De Milja. Algunos aún vestían los disfraces —conductores de taxi, mujeres de la limpieza— que el exilio les había asignado, pero en esa iglesia eran cada uno el mismo de antaño y hablaban y gesticulaban como la gente que alguna vez habían sido. Las últimas sirenas de los coches de policía y las ambulancias se diluyeron en la lejanía y volvió el silencio.

—Siempre pensé que moriría a caballo, en el campo de batalla —dijo Fedin—. No en un club de ajedrez en París. ¿Sabe que peleé en Tannenberg en 1914? Después con Brusilov, en Galitzia. Contra los japoneses, en 1905. En los Balcanes, eso fue en 1912, yo era parte del gabinete del agregado militar ruso en Serbia. 1912. Estaba enamorado.

Sonrió al evocar aquello. Pensó unos segundos, con los ojos cerrados. Luego miró directamente a De Milja y dijo:

—Dios santo, el mundo no es más que un gran matadero. Verdaderamente. Si eres débil, terminarán por cortarte tarde o temprano el cuello..., pregúnteles a los armenios, a los judíos. Los malos van a lo suyo, amigo mío. Y darte cuenta de lo muy malos que son los malos te lleva toda la vida.

Meneó la cabeza de izquierda a derecha con pesar.

—Entonces —dijo—, entonces ¿qué? Te metes, si estás hecho de cierta pasta. Pero entonces te descubres tomando partido y que tienes una cita con el matarife. Hay una larga lista de espera..., pero ellos se las arreglarán para llegar hasta ti, no hay que preocuparse. Dios, míreme usted, abatido por mi propio bando. —Hizo otra pausa, luego dijo—: Una bomba buenísima, muy fina, es un hecho. Fabricada en Birmingham o algún lugar así. No le dio a ninguna fábrica, ésta al menos no. Pero se cargó entero el club del Águila Doble, de una sola vez. Y al general Fedin.

Rió brevemente, entonces entró en otra vena.

—Escuche, sé todo lo que hizo esa noche en los muelles. Corriendo por allí, para que lo mataran, porque no soportaba la idea de vivir en un mundo perverso. ¿Qué coño pensó que estaba haciendo? No puede hacer eso, no



puede entregarse. —Se paró a pensar un momento, luego dijo con severidad —: No es lo suyo, muchacho. No es lo suyo.

Suspiró, divagó otro poco, dijo algo más, pero en voz tan baja que De Milja no lo oyó. De Milja se inclinó sobre él.

—¿Qué ha dicho?

—Quiero descansar un poco, pero no me deje ir todavía —pidió Fedin.

De Milja se sentó a su lado, abrazado a sus propias rodillas, en la penumbra de la iglesia. Miró su reloj: justo la una de la madrugada. Ahora la noche estaba muy silenciosa. Advirtió a alguien en las cercanías, se volvió y vio a una mujer cerca de él. Una mujer de cabellos grises, recogidos a toda prisa en la nuca, con un traje oscuro, que no le sentaba bien, y un estetoscopio en el cuello. Miró a Fedin largo rato, se arrodilló junto a él y le cubrió el rostro con la manta.

—Espere —dijo De Milja—. ¿Qué está haciendo?

Ella se levantó, le puso una mano en el hombro. Él sintió su tibieza penetrándolo, como si la mujer hubiera hecho eso tan a menudo que al final lo hubiese resumido en un único gesto, algo que decía todo cuanto había que decir. En seguida, apenas un momento después, apartó su mano y desapareció.

17 de abril, 3:20. Oeste de Bourges.

Bonneau conducía aquella cafetera que era la camioneta en que viajaban, con Jeanne-Marie sentada al centro y De Milja en la ventanilla. Iban con las luces apagadas, a no más de treinta kilómetros por hora, por senderos. El camión daba tales tumbos que De Milja mantenía los dientes apretados, para evitar que fuera a partirsele alguno.

La luna en fase creciente, los campos visibles una vez que el ojo se acomodaba a la oscuridad. Si tenías tratos con aviones en misiones clandestinas, hacías la guerra según las fases de la luna.

—La granja Soulier —dijo Jeanne-Marie en un susurro.

Bonneau giró el volante con dificultad y la vieja camioneta se balanceó para entrar en una vieja granja. Los perros vinieron de inmediato hacia ellos, ladrando, aullando y saltándoles encima, dejando sus patas marcadas en los cristales.

En el patio de la entrada irrumpió una silueta enorme, con las sombras de los perros bailoteando lejos de sus pies, que les arrojaban patadas y que fueron convirtiendo los ladridos en gimoteos. Un postigo se abrió de golpe en

la casa y en la ventana apareció una lámpara de queroseno. La silueta se aproximó al camión.

—¿Bonneau?

—Sí.

—Estamos todos listos. Venid a beber un café.

—Más tarde quizá. La cita es dentro de cuarenta minutos y tenemos que cruzar a pie los campos.

La silueta exhaló un suspiro.

—No ofendas a mi mujer, Bonneau. Si lo haces, te puedo garantizar que los alemanes estarán aquí varias generaciones.

Jeanne-Marie maldijo entre dientes.

—¿Qué? ¿Quién está ahí? ¿Jeanne-Marie? *Ma biche*... ¡preciosa! ¿Te has apuntado a la guerra?

La silueta rió, Bonneau apoyó la frente en sus manos, que sostenían el volante. Y en seguida informó a De Milja de la situación:

—Soulier fue mi sargento en el cuerpo de tanques. —Después le habló a la silueta—: Tienes razón, por supuesto, un café, es lo que corresponde.

Entraron en la casa, donde la estufa estaba encendida para ahuyentar el frío nocturno. En una mesa de tablones había una barra de pan y un cuchillo dentado, mantequilla envuelta en una tela húmeda y una botella de tinto. Madame Soulier estaba de pie junto a la estufa, calentando leche en una cacerola pequeña y renegrida.

—Violeta nos trajo esto hace poco —dijo.

De Milja estuvo a punto de preguntar quién era Violeta; en seguida, con el rabillo del ojo, percibió la discreta señal de Jeanne-Marie, el gesto de tironearse los pezones.

Madame Soulier apartó con una cuchara de madera la nata que se había formado encima, luego la tiró al aire y ésta golpeó ruidosamente contra el borde del fregadero de cinc.

—Eso es para el diablo —dijo en un murmullo.

De Milja conocía ese tipo de café: era el mismo café amargo, caliente, que bebían en la Volinia antes de salir a cazar los días de otoño. Sostuvo la taza con los bordes mellados entre las manos. Las ciudades diferían en Europa; los campos se parecían mucho de un lugar a otro.

—¿Y los primos Ciarais? ¿Vienen? —preguntó Bonneau.

Soulier se encogió de hombros. De Milja se asustó, por el tipo de encogimiento. Lo entendió perfectamente, de ahí el temor: los primos Ciarais no habían aparecido donde se comprometían a aparecer desde la primavera de

1285, era muy probable que esta noche no fuera distinta. La cara de Jeanne-Marie seguía impertérrita, quizá los primos Ciarais no fueran tan decisivos para la misión y se los hubiera convocado por otros motivos.

—Gente de ciudad —se dijo Soulier, un comentario que lo explicaba todo.

—¿Sería mejor sin ellos? —preguntó De Milja.

—Ah, por supuesto. Sin ninguna duda.

Soulier bebió el último sorbo de su café y emitió un suspiro de placer. Se levantó de la mesa, apoyó las manos en la superficie de madera y dijo:

—Voy a la pocilga a hablar con el cerdo.

Cuando regresó, el aroma lo hizo con él. Se paró junto a la puerta abierta, limpió la suciedad de sus botas y luego entró con los brazos cargados de fusiles. Los depositó sobre la mesa de la cocina y procedió a despojarlos del papel aceitado que los protegía. Luego vertió el contenido de una vieja lata de aluminio en la mesa. Empezó a contar las balas con su grueso dedo índice, un total de dieciocho.

—Recuerdos de la guerra —le dijo a De Milja.

Había cuatro fusiles, Soulier y Bonneau tomaron uno cada uno. No se esperaba de Jeanne-Marie que utilizara esas cosas y De Milja declinó la oferta. Llevaba consigo una automática italiana, una 9 mm que le había llegado junto con la personalidad de Anton Stein, pero no tenía intención de dispararla contra nadie.

Soulier examinó uno de los fusiles.

—Guardábamos éstos en el tanque, sólo por si acaso —dijo.

Sólo por si acaso, pensó De Milja, la guerra de 1914 comenzaba en una nueva versión. Eran fusiles de repetición, de cinco cartuchos en la recámara, que demasiados soldados de la infantería francesa portaban consigo en 1940.

De Milja miró su reloj. Soulier le dijo con afecto:

—Amigo mío, no se preocupe tanto. Esto no es la ciudad, ya sabe. La vida aquí transcurre a su propio ritmo.

—Tendremos que explicarle eso al piloto —dijo De Milja.

Soulier rió de buena gana. Los sarcasmos no le hacían mella.

—No tiene sentido preocuparse tanto —dijo—. Esos armatostes nunca han llegado a tiempo.

El *Message Personnel* de la BBC —emitido en un racimo de frases sin sentido para evitar que los alemanes pudieran analizar el volumen total de lo emitido— había sido transmitido cuarenta y ocho horas antes. «Por la tarde,

visita a la catedral de Rouen». Confirmado luego, al día siguiente, cuando la BBC puso *In a Sentimental Mood* de Django Reinhardt a una hora determinada.

Habían preferido no ofender la hospitalidad de madame Soulier, pero el comité de recepción organizado por Bonneau estaba ahora retrasado. Intentaron ir en bicicleta a campo traviesa, pero estaba demasiado oscuro y sólo pudieron marchar a pie la mayor parte del tiempo, siguiendo senderos que serpenteaban por las colinas bajas, empapándose los pies, sudando en el frío aire nocturno.

De Milja estaba en lo cierto, estaban retrasados para llegar al campo que Jeanne-Marie había escogido. Pero Soulier también estaba en lo cierto: el armatoste no había llegado a tiempo. Un verdadero triunfo de lo que se conocía como el System D, la «D» por el verbo *débrouiller*, salir del paso, ingeniárselas. Usado en primera instancia para describir la respuesta del sistema ferroviario galo a las necesidades de aprovisionamiento durante la guerra de 1914, explicaba, en pocas palabras, el procedimiento francés de organizar la vida.

Así, llegaron al campo con retraso, cuatro en lugar de los seis esperados, y tuvieron que darse prisa para preparar las hogueras de maleza. Lo consiguieron, aunque a la punta de la flecha que señalaba la dirección del viento le faltó un lado. Entonces Bonneau se paró en seco, miró hacia arriba, hizo señas para que guardaran silencio. Se oía un zumbido bajo y distante que fue subiendo de volumen, hasta convertirse en un ruido de fondo. Y luego, muy claramente, el sonido de los motores de un avión.

—*Les flambeaux!* —exclamó Soulier.

Jeanne-Marie tenía las cerillas. Las antorchas fueron encendidas. Trapos empapados con resina de pino y anudados al extremo de sendas ramas de árbol, luego crepitando y chisporroteando y proyectando grandes sombras a medida que el comité de recepción corría entre una pira de maleza y la otra. Jeanne-Marie y De Milja chocaron entre sí en esa carrera de todos contra el tiempo. A la luz de la antorcha, él vio su rostro embargado de una emoción cercana a las lágrimas, una mezcla de rabia y orgullo, de fiera alegría.

Entre las nubes y por encima de ellos apareció un bombardero Whitley, desplazándose con parsimonia y ciertas dificultades.

El piloto inclinó levemente el aparato para tener una mejor vista del trozo de tierra allí abajo. Había sorteado las defensas antiaéreas emplazadas en la costa de Bretaña: una pizca de salvas antiaéreas disparadas al azar, apenas, los artilleros en absoluto preocupados al oír el zumbido alejándose hacia otro

sector. Después había seguido el curso del Loira, hacia el Este, la silueta del avión proyectada por la luz de la luna en el área inmediata al río. Luego tomó —era en lo que confiaba— el trecho del Vienne que fluía hacia el Sur, dio con la confluencia del Creuse y el Gartempe. Allí ajustó sus controles unos grados hacia el sureste y comenzó a contar los segundos. «Ahora», pensó.

Pero no había nada allí abajo, en los campos a oscuras y plácidos. Entonces le llegó la voz del navegante:

—Allí. Sólo un poquito al norte de nosotros, señor.

Abajo había aparecido un fuego de color anaranjado..., luego otro, y otro más. Entonces el piloto presionó un botón, una luz verde se encendió en el compartimiento de la carga, el oficial encargado del salto podía verlo tan bien como él. Primero las cajas, impulsadas fuera de la compuerta, los paracaídas de color blanco oscilando en la oscuridad antes de ser inflados por el viento y tironeados hacia arriba y a la derecha, descendiendo luego en un vaivén hacia los fuegos de aquel campo.

—La mejor de las suertes, caballeros —dijo el oficial encargado del salto, y los cuatro paracaidistas saltaron en rápida sucesión.

Les habían dado pequeñas banderitas francesas de papel y uno de ellos, Lucien, el líder, se las ingenió para enarbolarla sobre su cabeza al flotar hacia la tierra. Había dejado Francia por el puerto de Dunquerque, ni siquiera hacía un año, nadando hasta un pesquero inglés. Había dejado sus pantalones, su camisa y la gorra de oficial en la playa. Su pistola estaba ahora en el fondo del canal. Tuvo la impresión, al sentir el viento azotándole el rostro, de que alguien había gritado algo allí abajo.

Ése era Soulier, loco de entusiasmo.

—¡Ha funcionado! ¡Dios del cielo, ha funcionado!

Bien podría haber dicho *Vive la France* —los paracaidistas hubieran agradecido el gesto—, pero de momento la sorpresa había superado al patriotismo. Los paracaidistas se liberaron de su arnés y apuntaron a la noche y en rededor con sus subfusiles Sten, pero sólo había el comité de recepción en el campo, así que los abrazaron por turnos y les dijeron a cada uno algo en un susurro. Luego el oficial se excusó ante Jeanne-Marie, se volvió, abrió su bragueta, orinó en una piedra y masculló entre dientes algo que estaba entre el alivio y la gratitud. Y el *Vive la France* fue al fin pronunciado.

A medida que los fuegos se consumían, con la barra metálica que tenía Soulier abrieron las cajas. De las cuales extrajeron doce metralletas Sten: subfusiles de poco alcance pero de efecto brutal en distancias cortas, la solución británica al problema del arma requerida para la guerra clandestina.

Había además equipos radiotransmisores, mapas, latas de una gelatina verde que los científicos británicos habían inventado para hacer arder Europa entera.

Todo les llevó más tiempo del que habían calculado. Con el alba vino una llovizna fría y sucia, el viento arrastrando por el aire el olor a tierra de la primavera. Valiéndose de las bicicletas, llevaron el equipo a la granja de Soulier. Todos quedaron muy impresionados cuando el propio Soulier se agachó dentro de la pocilga y abrió una trampilla en el suelo, con el inquilino de la cochinería atento a la maniobra, entrecerrando los párpados con aire suspicaz, desde la verja donde había sido atado previamente.

Y luego, una vez más, en los trenes de cercanías a Vannes.

De Milja había designado a Jeanne-Marie como oficial de enlace para el ataque a la Kampfgeschwader 100. A Bonneau y Soulier como encargados de logística, mientras los paracaidistas serían quienes disparasen.

Viajaban en un compartimento de primera clase. Jeanne-Marie, con el cuello de la blusa abierto y desplegado sobre las solapas de un traje azul y un sombrero de estilo masculino, con una pluma de adorno, se veía exactamente como lo que era: una representante de la alta burguesía o la pequeña nobleza local, la clase terrateniente francesa. Y De Milja, con el maletín en su mano y el sombrero de ala quebrada hacia abajo, como su abogado de provincias.

Dos oficiales alemanes entraron en su compartimento en Poitiers, muy correctos y educados. A juzgar por sus distintivos, estaban relacionados con algún tema de ingeniería. En esencia, eran hombres de negocio alemanes, alejados de su rutina diaria en Frankfurt o Düsseldorf o dondequiera que estuviesen destinados. Pese a ello, se produjo un hondo silencio en el compartimento. Jeanne-Marie, que vivía justo debajo de la línea de Vichy, no había visto a demasiados alemanes ni estaba muy acostumbrada a moverse entre ellos. Por su parte, los alemanes encontraban sencillamente irresistibles a las francesas, y Jeanne-Marie, pálida y reservada, con sus rasgos delicados y bellos, y su talante aristocrático, era singularmente atractiva para los oficiales.

—¿No preferiría madame que abriéramos la ventanilla? —preguntó uno de ellos, con un francés aprendido en vacaciones.

—No, gracias.

—¿No hace demasiado calor para usted?

—Estoy muy bien, gracias.

—Bueno, en tal caso...

El tren proseguía con su traqueteo, dejando con parsimonia y a sus espaldas los campos de Poitou.

—¿Sabe usted, señor, a qué hora llegamos a Nantes?

—No estoy seguro, la verdad —dijo De Milja.

—¿Justo después de las dos, tal vez?

—Creo que sí.

El tipo sonrió a Jeanne-Marie: ¿no es curiosamente grato que todos vayamos rodando juntos por la campiña francesa? No es que sea una *aventura*, no es exactamente eso. Pero tampoco es lo habitual, ¿no les parece...?

En esta marea de creciente banalidad, De Milja presentía el peligro. Eran justo esos momentos, lo sabía por experiencia, los que podían resultar fatales. Cuando uno no los veía venir.

En mitad de un suspiro, un suspiro en señal de disculpa, abrió la hebilla del maletín que llevaba sobre el regazo. Providencialmente, lo había llenado con documentación que corroboraba su identidad falsa, por si alguien decidía revisarlo: la mayor parte eran escrituras relacionadas con propiedades rurales, obtenidas de manos de funcionarios que trabajaban en una oficina del registro de la propiedad en las afueras de París.

—¿Qué tiene ahí, Duval? —dijo Jeanne-Marie.

De Milja dio con un apellido en la escritura.

—Los papeles de Bredon. Me temo que deberemos examinarlos en algún momento, antes de mañana.

Jeanne-Marie cogió la escritura para leerla.

El alemán se cruzó de manos a la altura del vientre y se volvió hacia la ventanilla. Una admisión clara de su derrota.

En Vannes, Jeanne-Marie se registró en el mejor hotel junto a la estación de trenes. De Milja se dirigió a la calle donde estaba la *confiserie* de mademoiselle Herault. El aspecto del vecindario no había cambiado mucho, hasta se había vuelto quizá más sombrío, más silencioso. Una tarde de primavera, a las cinco. Aquello podía ser prometedor. París, hambriento y con frío, y comenzando a crispase luego de un año de ocupación, lograba de algún modo mantener en alto la moral. Aquí, en cambio, era a la inversa.

Entonces dio vuelta a la esquina, vio lo que había ocurrido y siguió caminando. No había mucho que ver: una cortina metálica bajada, una cadena y un candado.

Era lo que hubiera visto normalmente a las ocho de esa misma tarde, cuando mademoiselle hubiese procedido a guardar bajo llave el dinero de la jornada, cerrar la tienda y enviar a su dependienta a casa. Su última acción del día hubiera sido bajar la cortina y pasar una cadena entre ella y una argolla de metal en la base. Pero eso no era lo que había hecho.

De Milja no podía justificar su intuición. Quizás el candado parecía ligeramente mejor, ligeramente más nuevo que el que ella había utilizado hasta entonces, fuera de eso no había nada distinto. La ausencia. A las cinco de una tarde primaveral, incluso en un pueblecito lánguido como ése, incluso en una calle sombría como ésa, alguien va y compra unos caramelos. Pero la tienda de mademoiselle Herault estaba cerrada. Y De Milja tuvo la certeza de que no volvería a abrir.

No dejó de caminar, ni aminoró el paso. Sólo echó una ojeada de soslayo a la cortina bajada, luego se aseguró de estar en la calle correcta. Eso fue todo. Alguien podía estar observando lo que pasaba en la calle, pero algo le dijo que no era así. Ya no había allí nada para ellos, sencillamente lo clausurarían y dirían durante unos días: «Aquí operaba una espía». Era algo que solía ocurrirle de manera instintiva a cualquier policía. Puede que hubieran conseguido alguna prueba, puede que algo se les hubiera pasado por alto.

Así que De Milja intuyó lo que había ocurrido: pero esa clase de intuiciones no era aceptable. No podía volver a París y hacer que su operador codificara algún cuento de hadas para el Sexto Departamento: «Oficial intuye...». Regresó al hotel, se aseguró de que Jeanne-Marie estuviese donde la había dejado. Normalmente, no le hubiera dicho nada, la hubiese mantenido en el nivel que le correspondía, un muro de ladrillos entre ella y mademoiselle Herault. En uno de los primeros intentos franceses de armar una red clandestina, a principios de ese mismo año, un único arrestado había comprometido a otros ciento sesenta y cinco. Así, pues, lo que se hacía era «compartimentar». Y si aquí no estaban al tanto de eso, bien que lo sabían en el este de Europa, donde nadie se hacía la menor ilusión acerca de lo que sucedía en los sótanos de las comisarías. Lo que la gente sabía, lo acaba contando.

No, eso no era así. Alguna gente jamás confesaba nada. Algunos, los más valientes, o quizá los más rabiosos, dejaban que el interrogatorio siguiera su curso y morían en el secreto. Ahora sospechaba, era de nuevo una intuición, que mademoiselle Herault no había contado lo de la operación en curso. Ella era como era: una avinagrada, creía él. Ignorando todo el tiempo a los vecinos



maliciosos, luchando por cada centavo, odiando al mundo, pero fuerte. Más fuerte, al menos, que la gente que intentaría doblegarla. Eso era todo lo que sabía de ella. No la doblegarían, sin importar lo mucho que la torturaran.

Se dirigió al hotel «no tan bueno» cerca de la estación ferroviaria, a través de la plaza donde estaba Jeanne-Marie, y se registró. El abogado Benoit de Nantes, un hombrecillo aburrido haciendo un encarguillo aburrido..., Dios, que se crean eso. Los trenes de carga pasaron bajo su ventana toda la noche. Los alemanes estaban construyendo defensas para repeler una invasión y bases para submarinos, con miras a atacar los embarques ingleses.

De Milja no pudo dormir. Fumó abundantemente, se sentó en una silla cerca de la ventana y escrutó la plaza a oscuras. Ciertas noches podía viajar como un espectro, como rozando el vasto territorio de Europa, los sótanos cubiertos de sangre y las calles silenciosas, los castillos y las princesas y los asesinos que esperaban por ellas, a los lobos en la nieve, en las afueras del pueblo, donde los carniceros elaboraban los embutidos.

A las siete se fue al baño, desnudo de la cintura para arriba, con los tirantes caídos a los lados. Se lavó con agua fría, luego se secó con una toalla.

En el vestíbulo del hotel, un anciano barría el suelo de baldosas, moviéndose con lentitud entre los sillones y sofás de terciopelo. De Milja salió a la calle. Mejor allí, con el sol brillando ya en lo alto, y los adoquines de la plaza relucientes de agua. A la vuelta de la esquina dio con un bar abierto, pidió un café, de pie en la barra, charlando con el *patron*.

El *patron* tenía un amigo llamado Henri, que podía conseguirle lo que quisiera. ¿Un par de bicicletas? Ningún problema. Un arqueo de cejas le indicó que los recursos disponibles de Henri iban mucho más allá de eso. El mismo Henri apareció una hora después trayendo las bicicletas. De Milja le pagó generosamente, luego habló de unos neumáticos de camión. El precio no era un problema. ¿Quizá para el fin de semana? ¡Ningún problema! Henri asentía, gesticulaba, le guiñaba un ojo. Lo que De Milja en realidad quería eran setenta y dos horas durante las cuales Henri se abstendría de venderlo a la policía. Creía que lo había conseguido. Primero los neumáticos, después la traición, era lo que se leía en el corazón de Henri.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, bajo el repiqueteo de la lluvia primaveral, estaban los dos en el camino. Pedalearon lejos de Vannes con unos cuarenta ciclistas, todos rumbo a su trabajo en la planta de aceite de pescado, en las tiendas de maquinaria y almacenes de reparación de botes que uno ve en cualquier puerto, algunos de ellos rumbo, sin la menor duda, a la base situada a veinte kilómetros de allí, donde también trabajaban los pilotos

de la Kampfgeschwader 100. Los ciclistas iban todos en silencio: era demasiado temprano para ir entre desconocidos. De vez en cuando, una de las bicicletas hacía sonar la campanilla, dos o tres veces un automóvil, sin duda portando en su interior a alguien importante y alemán, pasaba rugiendo junto a la hilera.

De Milja dejó que la multitud que pedaleaba con ellos se les adelantara, de modo que pudieran hablar.

—Esta curva —dijo él— es una posibilidad. A la derecha, el bosque de pinos brinda cierta cobertura. A la izquierda, la roca hace imposible que el autobús dé un volantazo y se escape.

Siguieron adelante, Jeanne-Marie tomando notas en su mente del camino, el terreno, la hora del día: todo lo que debería considerarse para un ataque.

—Por cierto —dijo De Milja—, la decisión última dependerá del oficial al mando: desde dónde disparar y todo lo demás. Pero hay puntos a lo largo de la ruta que debiera considerar.

Por delante de ellos sonó una campanilla y un empleado de los ferrocarriles bajó una barrera en un cruce. Después una locomotora hizo sonar el silbato y un lento carguero irrumpió resonando en las vías. De Milja y Jeanne-Marie se unieron a la multitud de ciclistas, sosteniéndose pacientemente en un solo pie mientras los vagones cruzaban frente a ellos. Un coche deportivo de color verde oscuro, con la capota asegurada mediante una correa, se detuvo junto a De Milja. El conductor y su acompañante eran dos jóvenes, con chaquetas de tweed de buena calidad y guantes de piel. *Ach du lieber!*, dijo el conductor, haciéndose sombra con la mano sobre los ojos. Lo que lo había impresionado era una chica con una faldita muy ajustada, a horcajadas en su bicicleta. El otro hombre sacudió la cabeza maravillado y dijo en alemán: «Qué caramelito..., ven a volar conmigo entre las nubes». La chica lo ignoró.

El tren de mercancías pasó y el ferroviario alzó la barrera. El conductor del deportivo lanzó hacia delante su vehículo, los ciclistas se apartaron para dejarle paso y los dos alemanes partieron a toda velocidad, con los ecos del cambio de marchas y el estrépito del motor resonando un rato.

17:30. Los primeros minutos de oscuridad. Los contornos difusos, las caras indistintas. La gente estaba en la calle: volviendo a su hogar después del trabajo, yendo a visitar a alguien, comprando. Las parejas, incluso los

desconocidos, se movían sin problemas por las calles, inadvertidos, nadie en realidad reparaba en nadie.

De Milja cogió a Jeanne-Marie por el brazo, la guió hasta un largo callejón, un pasadizo sinuoso de no más de un metro de ancho, con desagües de plomo que descendían por las paredes a ambos lados del callejón y arcos a punto de desmoronarse en la parte superior. Era un caos: vallas de estacas que ocultaban pequeños jardincillos, cobertizos inclinados y tejados rústicos y oxidados, azulejos torcidos en los muros, cañerías que goteaban, sábanas puestas a secar en tendederos. Mil años de vida de pueblo ocultos a la vista pública.

Dar con la entrada trasera a una tienda en particular debiera haber sido una pesadilla; pero no, de hecho los alemanes le habían hecho un favor. La puerta trasera de la *confiserie* estaba cerrada con otra cadena y otro candado: el mismo dispositivo que habían utilizado para la puerta de enfrente.

La cadena iba de una abrazadera herrumbrosa en la pared a la manilla de hierro de la puerta. Mademoiselle Herault nunca había utilizado ese sistema, y no funcionó, claro. De Milja buscó una barra de hierro en el interior de su abrigo, deslizó uno de sus extremos bajo la cadena, se valió de un trozo de ladrillo roto como punto de apoyo y aplicó todo su peso contra la barra. La abrazadera saltó de su sitio con una nube de polvillo y un trozo de pared. El siguiente paso era el cerrojo de la puerta. Le dio un empujón con el hombro, pero nada ocurrió. Levantó una pierna y estampó el zapato contra la hoja de la puerta. Mismo resultado. Finalmente, aplicó el extremo afilado de la barra a la madera reseca entre la puerta y la jamba, hizo palanca hasta conseguir que el extremo de la barra penetrara hasta el borde interno de la puerta. Empleó todas sus fuerzas. Nada al principio, luego empezó a ceder, finalmente se oyó un fuerte crujido y el ruido de la madera fragmentándose al saltar la cerradura. En seguida empujó la puerta y la abrió. Esperó un segundo. Entró.

Lo que necesitaba saber lo supo al instante: el espacio clausurado quedó expuesto a la luz penumbrosa que entraba por la puerta, y los dos últimos años le habían enseñado a ver en la oscuridad. No había indicios de algo malévolo o perverso, sólo un trabajo hecho por profesionales, frío y meticuloso.

Habían buscado a fondo: vaciado los botes de harina en el fregadero de piedra, luego el azúcar, la sal, el bicarbonato, lo que fuera que hubiera en el anaquel, hurgando en todo. Habían utilizado una varilla de metal y tamizado el polvillo, tanteándolo, a la caza del microfilm o la cámara en miniatura, el libro subrayado de claves o los cristales para la radio. De Milja entró en el

despacho. Cada paso provocaba un ruido quebradizo: habían derramado un tarro de caramelos en el suelo y sus botas los habían molido y transformado en ínfimos fragmentos de color rojo y verde.

El despacho de mademoiselle Herault estaba arrasado. Ni un solo papel a la vista, la tapicería de una silla volcada acuchillada, los cajones del escritorio fuera de su sitio, el escritorio patas arriba. En la tienda en sí habían roto el cristal de los mostradores y separado el revestimiento de madera en los bordes: los espías eran ciertamente diabólicos cuando se trataba de ocultar cosas. Los rastreadores habían quitado el envoltorio a los bombones y los habían estrujado: las hormigas se ocupaban ahora del destrozo, paseándose sobre los cristales molidos.

En la caja registradora, donde discurría la vida de Veronique, la dependienta, De Milja olió algo extraño. Incluso entre la esencia a naranjas, vainilla, menta y Dios sabe qué más..., algo extraño y particular, como a flores. Se arrodilló, el olor se hizo más intenso. Era una botellita de vidrio, reducida a fragmentos, oculta a medias tras la pata de uno de los mostradores. Un perfume de dependienta en una tienda de caramelos, pensó. La habían puesto contra la pared, buscado en su bolso y el perfume se había caído, o quizá lo habían arrojado ellos al suelo.

No estuvo más de un minuto en la tienda. Pero fue demasiado.

Jeanne-Marie lo llamó con un silbido, De Milja se levantó y estuvo fuera en un solo movimiento. Una linterna se movía al otro extremo del callejón. Él cerró la puerta de la tienda con el pie y abrazó a Jeanne-Marie, todo al mismo tiempo. Apasionadamente, presionó su boca contra la de ella. Ella profirió un murmullo de disgusto, se puso rígida, intentó zafarse de él justo al instante en que la linterna los enfocaba a los dos.

—¿Qué pasa aquí? —gruñó la voz.

Era la voz eterna del *flic*, el madero, cansada, irremediablemente agria.

—¿Son novios? —especuló.

De Milja se cubrió los ojos para resguardarse de la luz, mirando de soslayo a su portador en un gesto virtuoso.

—No tenemos otro sitio —explicó.

El poli se lo pensó unos segundos.

—Bueno, no pueden verse *aquí*.

La luz descendió. De Milja oyó el broche de una pistolera al cerrarse.

—Den un paseo —dijo el poli.

Intuía algo, pero prefería no saber nada más. Sencillamente, lo hizo desaparecer de su vista para que no lo molestase.

Esa misma noche cogieron sendos trenes para irse de Vannes. Jeanne-Marie de vuelta al campo, De Milja a la Avenue Hoche.

Inevitablemente ya era primavera en París. Los primeros castaños florecían en las bocas del metro, donde el aire tibio fluía al exterior por las escaleras. Grecia fue ocupada en abril, lo mismo Yugoslavia. Belgrado, asediada en tres de sus flancos por columnas de tanques, se rindió a un capitán alemán y nueve reclutas que se las ingeniaron para sortear las líneas de defensa. Estados Unidos había congelado los activos alemanes e italianos en los bancos americanos.

Para los parisinos, la existencia diaria era una batalla y la gente se limitaba a no interferir con los alemanes. En el primer año de la ocupación hubo una única ejecución: la de Jacques Bonsergent, fusilado por dar un empujón a un oficial alemán en la Gare Saint-Lazare.

El ánimo en los cafés era ahora de resignación, a la derrota por los alemanes se la denominaba la *debacle*. A De Milja le pareció una expresión curiosa, cuando la pensó un poco: justo la especie de trampas lingüísticas a que eran tan aficionados los franceses. Implicaba una derrota absoluta, un derrumbe total. Pero en el espíritu del término latía un matiz absurdo, un lado cómico: no era culpa de nadie, ni tenía sentido buscar responsables, era sólo que todo había salido mal a la vez. Una broma divina, un mariconeo, y ya está: hemos perdido el país.

Los contactos que mantenía De Milja entre la comunidad polaca habían comenzado, finalmente, a darle réditos. Había reclutado a un funcionario de los ferrocarriles y a la hija de un minero de Alsacia: ambos contactos hechos a través del clero polaco en iglesias. El valor de los curas se volvió ahora muy evidente. Tenían su propio enfoque político, a menudo de gran vehemencia, y eran quienes guardaban los secretos de la comunidad. Sabían quién bebía en exceso, quién hacía dinero y quién lo perdía. Sabían quiénes eran colaboracionistas y quiénes patriotas. La gente, quizá por tener que callarse, le contaba todo al cura. A veces en la iglesia, más a menudo en el confesionario o la frutería. Eso no podía hacerle mal a nadie, ¿no? De todas formas el Cielo siempre estaba enterado de todos tus secretos.

La chica alsaciana, muy estudiosa y muy tímida, al inicio de la veintena, se fue a vivir a París a petición de De Milja. Él le asignó el nombre en clave de Vera, luego, en un empeño lento y curiosamente difícil, intentó encontrarle trabajo en alguna dependencia alemana. Ella hablaba un excelente alemán y

un perfecto francés. El asunto debería haber sido más fácil. «Nunca me he sentido exactamente francesa —les decía ella misma a quienes la entrevistaban—. En mi casa siempre hablamos en alemán». Le fueron ofrecidos dos trabajos, ambos de oficina e intrascendentes, en la delegación que manejaba los pagos de dinero que iban de Francia a Alemania: 400 millones de francos diarios, el coste del ejército alemán y la administración civil. No cabía esperar que la ocupación del país fuera gratuita.

Bajo la guía de De Milja, Vera rechazó ambas ofertas, se trasladó a una pensión y esperó pacientemente.

26 de abril de 1941. 3:20. Le Chabanais.

El burdel más refinado de París. Cortinajes, brocados, terciopelo y cristales tallados: todo en tal despliegue que sugería un muro de discreción grueso e impenetrable. Camareras con chinelas doradas servían caviar osetra. En una de las habitaciones, el empresario Anton Stein había invitado al Comte de Rieu y el marchante de arte Labarthe a una cena tardía y cualesquiera otras diversiones que ellos estimaran pertinentes. Y habían disfrutado de una velada apacible, relajada, entre caballeros.

Una «condesa húngara» y su «criada española» habían divertido al conde en una de las habitaciones de la planta alta, vertiéndole la copa de vino encima, castigándole con la chinela, perdonándolo luego, de múltiples formas. El conde regresó moviendo la cabeza, maravillado ante lo que el mundo solía ofrecerle. Encendió un Camel, bebió un sorbito de champán, descansó la cabeza en el respaldo de una silla y arrojó dos bocanadas aparentemente infinitas de humo contra la araña de luces.

No había necesidad de hablar, hubo un gran silencio: un momento para contemplar el deseo humano y las máscaras de que se reviste. De Milja conocía a la condesa, la había visto alguna vez; el pelo de un rojo oscuro, las mejillas magiars, los dedos finos, delicados. Pero un genio como cabía esperar. No muy representativo de lo que suele ser el comportamiento más bien inhibido de una criada de toda la vida.

El conde sonrió a su anfitrión para expresarle su gratitud.

—El placer del exceso —dijo en voz baja.

Labarthe roncaba suavemente en un sofá, con la cabeza caída hacia un costado.

Stein levantó el vaso en un brindis silencioso para asentir a las palabras del conde. Bebió un sorbo y, tras una pausa, dijo:

—Estuve en Alsacia hace poco. Me topé con un tesoro inesperado.

—Déjeme adivinar: ¿una doncella del Rin?

—Oh, no. Justo lo contrario.

—¿En serio?

Stein asintió. Abrió un estuche de carey y escogió un pequeño cigarro de un color pálido. Lo hizo rodar entre los dedos, en seguida le aplicó un encendedor plateado.

—Mmm —musitó, guardando el encendedor—. Una loba..., uno no se lo imagina al verla.

—Oh, me lo puedo imaginar.

—¿Un poco más de champán?

—Ahora mismo no, gracias.

—En cualquier caso, la tengo ahora aquí. En una pensión.

—¿No fue suficiente?

—Eso es. —Stein hizo una pausa—. La cosa es... que se aburre. No tiene nada que hacer en todo el día.

—¿Y por qué no trabaja? Viniendo de allí, ha de hablar alemán.

—Lo habla, sí, sí. Le gustaría trabajar para Jeder Einmal.

—¿Y por qué allí?

—Creo que trabajó en Eszterházy, la agencia de viajes, antes de la guerra.

—Bueno, eso no debiera ser un gran problema. Personalmente, no conozco a nadie allí, pero Kappler podría hacerlo en un tris. Lo llamaré el lunes, si le parece.

—¿Lo haría usted? Eso me ayudaría ciertamente a liberarme del asunto.

—Delo por hecho.

De algún rincón del enorme edificio les llegó el sonido de un violín. Tocaba una melodía popular, lenta y melancólica, algo del Este, rusa quizá. Los dos se quedaron oyéndolo. Labarthe dejó de roncar, murmuró algo, luego volvió a dormirse.

—Notable el estilo que ha adquirido nuestra vida en estos tiempos —dijo el conde—. Esto no se puede ni contar. —Al segundo añadió—: Una loba, ¿eh?

Quería decir, de una manera delicada, que esos gustos le parecían inesperados en Stein.

Éste se encogió de hombros.

—Y muy religiosa —dijo—. Es como un volcán.

Transmisión del 12 de mayo. 1:25.

Al Director. Fuente: Albert.

La Sección Ferroviaria indica salidas 21 de mayo / 26 de mayo. Tercera clase y vagones para el ganado serán acondicionados en recintos de Reims. Ruta: Reims / Metz / Trier / Würzburg / Praga / Breslau / Cracovia / Tarnów. Incluye: 181.º Regimiento de Artilleros, 202.º Regimiento de Fusileros (Stettin), 80.º, 107.º y 253.º Regimientos de Granaderos (Wiesbaden). 151.º, 162.º y 176.º Regimientos de Granaderos (Wehrkreis X, Hamburgo).

De un total de 21 divisiones en Francia al 22/4/41, 9 (135 000 hombres) están siendo trasladadas al Este.

La fuente era el oficinista de ferrocarriles que colaboraba con De Milja. Un hombrecillo quisquilloso y un patriota feroz. Un mensaje dejado en la Église Sainte Thérèse: Albert estuvo en la misa de seis, De Milja en la de diez. La entrega relativa a la programación ferroviaria de la Wehrmacht lo dejó en vilo. Un gran número de tropas —con sus transportes, armamento, archivos y caballos— en camino desde las ya conquistadas Francia y Bélgica a la ya conquistada Polonia. Eso significaba Rusia. Y eso significaba el fin. En Wilno había un poste con una marca histórica, en el camino a Moscú, que decía: «El 28 de junio de 1812, Napoleón Bonaparte cruzó por aquí con 450 000 hombres». Del otro lado, al venir desde el Este, había un mensaje distinto. «El 9 de diciembre de 1812, Napoleón Bonaparte cruzó por aquí con 900 hombres».

¿Haría Adolf Hitler —tan astuto como era— semejante idiotez? Puede que no. De Milja había observado que la suspendida Operación León Marino había sido asumida sin un pestañeo, sin la menor decepción. Si los alemanes iban a intentarlo de nuevo, junio sería el momento de dejar una pista falsa, como un embarque de hombres y armas hacia el Este.

Para descubrirlo, De Milja tenía a Albert por un lado y Vera por el otro. El comte de Rieu había sido fiel a su palabra, Vera había sido contratada como oficinista —«Pero dentro de seis meses, le buscaremos algo mejor»— por la entidad Jeder Einmal; la expresión quería decir: «Todo el mundo conocerá París». Un invento de Goebbels. Un sostén para la moral de los ejércitos, y el sueño de todo espía. «Todo el mundo» quería decir exactamente eso: desde los reclutas a los generales, dos semanas de permiso en la romántica y pícaro París. Los burdeles y clubes nocturnos estaban siempre atestados, el inflado Reichsmark de la Ocupación compraba montones de regalos para mamá y papá y la siempre fiel Helga.

El imperio alemán discurría ahora desde Noruega hasta el norte de África, desde Brest, en Francia, a Brest Litovsk en Polonia. Traer a París a toda esa gente y llevársela de vuelta era una verdadera pesadilla logística, pero no para



la muy eficiente organización Jeder, una vastísima agencia de viajes que coordinaba hoteles, barracones y reservas de tren. Bastaba con que supieran —bastaba con que Vera supiera— dónde estaba cada cual: la localización de cada unidad dentro de la maquinaria de guerra alemana. Dónde era fuerte, y dónde no.

Los estudiantes franceses aún asistían a la universidad. Un privilegio del que no disfrutaban en Polonia, donde por órdenes de Himmler la población esclava sólo debía aprender a contar con los dedos y a reconocer las órdenes con gruñidos afirmativos. La respuesta de De Milja fue la de ocultar a uno de sus radiotelegrafistas en una pequeña habitación del barrio universitario del quinto *arrondissement*. Un agente perfecto para el sitio, con una barbita que le enmarcaba la quijada, una mirada penetrante e incisiva y el cabello cortado por él mismo.

En esa pequeña habitación llena de imágenes de grandes filósofos pegadas en las paredes De Milja se enteró, por una transmisión del Sexto Departamento del 17 de mayo, de que la operación en Vannes debía ser redefinida por completo. Los pilotos de reconocimiento de la *Kampfgeschwader 100* iban ahora en su propio coche a la base aérea en lugar de en autobús.

Y en esa pequeña habitación De Milja también se enteró, por una transmisión del Sexto Departamento del 19 de mayo, de que había sido relevado.

No se lo plantearon así —el término «relevado» no aparecía nunca en la comunicación—, pero era lo que quería decir. La reacción de De Milja fue, al principio, de desconcierto, luego de angustiada incredulidad. ¿Por qué? ¿Cómo podía ser? ¿Qué había hecho mal?

—¿Está correcto esto? —preguntó al operador.

—Me parece que sí —dijo el hombre. Se sentía incómodo, evitaba mirar a De Milja a los ojos—. Puedo pedir que lo retransmitan. Que lo aclaren.

Pero estaba suficientemente claro. La referencia a De Milja por la clave a él asignada, la cita en cierta playa cierta noche, para llevarlo al cuartel general del Sexto Departamento en Londres, para ser reasignado. Lo de preparar a todos los agentes del operativo y el personal técnico para un cambio del oficial al mando.

Así lo hizo. A Vera no le gustó nada. Albert asintió amargamente, la guerra era la guerra. No podía decirle nada a Lisette Roubier, ni a Zimmer, ni a la gente que era ahora parte de su vida, como él de la de ellos. Los franceses concedían gran importancia a los encuentros diarios, las pequeñas amistades que implicaban unos pocos minutos cada vez, y le hubiera gustado decir adiós a muchos.

Contactos perdidos, dinero perdido. La empresa de Carbones Huysmanns y probablemente el apartamento en la Avenue Hoche, todo perdido. Abandonado. Los servicios de inteligencia debían operar así, construir algo y luego dejarlo. Era la esencia de su actividad. Pero De Milja sabía lo que esos recursos podían comprar en una ciudad hambrienta.

Cierta noche de junio, con ternura y a la vez con tristeza, persiguió a madame Roubier alrededor de la cama, con auténtica convicción. «Ay, Dios», decía ella y fruncía el ceño de placer. Entonces fue el momento de dejarlo y él la besó en los labios y ella le echó los brazos al cuello y lo abrazó con fuerza. Luego retrocedió brevemente para echarle una ojeada, y él vio que sus ojos estaban brillantes bajo aquella luz sedosa, que la hacía bella. Ella lo sabía, lo sabía. ¿Qué exactamente? ¿Acaso era posible engañar a una mujer a la que uno hace el amor? Bueno, claro que era posible, reflexionaba él. Y desde luego que no.

Nunca llegaron exactamente a las lágrimas. Las francesas entienden bien el tema del amor. Es algo que empieza alguna vez, algo que termina.

—¿Te veré mañana?

—No estoy muy seguro —dijo él—. Te llamaré por teléfono a la tarde.

—Si no, en otro momento —dijo ella.

—Sí —dijo él—. *Au revoir*.

*Au revoir*: hasta luego.

—*Adieu* —dijo ella.

*Adieu*: adiós.

Más tarde, se detuvo unos instantes en el portal de su piso en la Avenue Hoche. Estaba amaneciendo y el cielo se reflejaba en las ventanas, diversas gradaciones del azul, una docena o más de sus tonalidades lánguidas.

Tuvo que viajar días en tren por la campiña en primavera. Una y otra vez se empeñó en dar con un motivo para lo ocurrido, impresionado de comprobar lo mucho que le dolía. En el curso de esos meses en París, había llegado a pensar que odiaba lo que hacía. Ahora vio que tal vez no fuera así. En el exterior

estaba la primavera, los manzanos florecidos, los pueblecitos con panaderías y ayuntamientos. Había perdido a un montón de gente. A los más evidentes: Janina, la telegrafista, mademoiselle Herault, Veronique. Y los no tan obvios: Genya Beilis y Fedin. ¿Lo habría hecho otro mejor? ¿Era lo que pensaba el Sexto Departamento? «Debieras sentirte feliz de estar vivo», se dijo a sí mismo con rabia. Porque no se sentía feliz.

Cuatro noches en la playa de San Juan de Luz, justo al norte de la frontera española, de donde había zarpado el último barco polaco, el *Batory*, en junio de 1940, doce meses antes. Simuló que era un turista, un espectro de otra época, dando caminatas hasta la playa por las noches, luego cogiendo una bicicleta oculta y emprendiendo rumbo al Norte, hacia un tramo desierto de playas rocosas a varios kilómetros de la carretera. Allí se sentó en la maleza que crecía entre las dunas, a esperar, con el océano rompiendo contra la playa. Pero no hubo ninguna señal luminosa. Se hospedó en el hostel de una pareja portuguesa que llevaba en Francia treinta años y apenas si se había enterado de que había una guerra. Había otros alojados en el hostel, pero todos evitaban mirarlo y no habló con nadie. «Todo el mundo está ahora en fuga — pensó—, en una u otra dirección».

Entonces, finalmente, el 28 de mayo, una luz.

Un bote inflable que llegó deslizándose sobre el mar en calma. Dos marineros con sus caras a contraluz y un hombre al que nunca había visto, quizá su sustituto, desembarcaron. Más viejo, más recio, de aire distinguido y cejas gruesas. Se dieron la mano y se desearon suerte.

Los marineros trabajaron a prisa, hundiendo los remos en el agua. La tierra quedó atrás, Francia desapareció en la oscuridad. De Milja se arrodilló en la popa. Por encima del ruido de las olas que rompían en la orilla, oyó a un perro ladrando en un punto de la playa. Dos ladridos, hondos y apremiantes, repetidos una y otra vez.

En Londres, la gente le pareció demacrada, fría y educada, con los ojos saltones a causa de la fatiga. Se pasaban los días gestionando una guerra, lo cual significaba formular preguntas sin respuesta y participar en feroces disputas internas y burocráticas. Luego, por las noches, las bombas silbaban desde lo alto y la ciudad ardía.

De Milja quedó alojado en un pequeño hotel justo al norte de Euston Station. Se había preparado para recibir las críticas, o una fría desaprobación, incluso acusaciones, pero nada de eso ocurrió. Una parte del personal de

enlace británico parecía no entender muy bien por qué estaba allí. El coronel Vyborg estaba «fuera». Nunca había conocido a los oficiales polacos ante los cuales se presentó aquel mes de mayo y a comienzos de junio. Se dio cuenta de que el ZWZ había crecido. Se había convertido en un organismo, con unas bases, un nivel intermedio y una cúpula. Los polacos habían encontrado la forma de llegar a Inglaterra de cualquier forma que fuera concebible, habitual o milagrosa. Y todos con ganas de dispararle a alguien. Pero llevarlos a ese nivel —alimentados, vestidos, asignados, transportados— requería un esfuerzo extraordinario, un precio que se pagaba en reuniones y memorandos interminables.

Ésa era la guerra en que deseaban que librara ahora De Milja. En el curso de los interrogatorios para conocer sus informes, se le dijo sin ningún dramatismo la razón por la que lo habían relevado. Alguien en algún lugar, dentro de la infraestructura que había proliferado en torno al gobierno en el exilio, había decidido que había perdido demasiada gente. El personal antiguo se había puesto de su lado, en particular Vyborg y sus aliados, pero esa batalla se había perdido, y había otro adversario al que debían combatir de manera prioritaria.

De Milja no dijo una palabra. La gente alrededor de la mesa bajó la mirada, carraspeó, ordenó los papeles que cada uno tenía enfrente. Claro que lo había hecho bien, le dijeron, nadie ponía en duda eso. Tal vez es que simplemente había tenido mala suerte. Tal vez se había convertido en una verdad para determinadas personas la idea de que los astros no lo favorecían. De Milja permaneció silencioso, su rostro impertérrito. Alguien encendió un cigarrillo. Otro limpió sus gafas. Silencio, silencio. «Lo que ahora necesitamos de usted —dijeron— es que nos ayude a administrar todo esto».

Lo intentó de verdad. Se instaló detrás de un escritorio, leyó informes, escribió notas en los márgenes y los despachó de vuelta. Algunos volvían a sus manos. Otros funcionarios aparecían por allí. Un coronel muy agradable, antiguo abogado en Cracovia, lo llevó a un pub y le hizo saber, muy educadamente, que no lo estaba haciendo tan bien como creía. ¿Algo andaba mal, entonces? Lo intentó con más empeño. Entonces, un día al atardecer, levantó la vista de algún análisis «A» y allí estaba Vyborg, de pie en el umbral del despacho.

Ahora al menos sabría la verdad, los nombres y rostros involucrados. Pero no hubo nada muy distinto de lo que ya le habían dicho. Éste ya no era, acabó por entenderlo, el mundo en que había vivido hasta entonces. La operación Kampfgeschwader 100, por ejemplo, había sido cancelada. El alto mando de

la RAF creía que tales tácticas de guerrilla sólo llevarían a que los alemanes se volvieran aún más brutales con los pilotos británicos derribados y capturados: el resultado no justificaba la apuesta.

—Es afortunado por estar fuera de ello —le dijo un día Vyborg al almuerzo.

Solían comer en una cantina militar en Bayswater Road. Mujeres con el cabello recogido bajo una redecilla servían patatas, coliflores y salchichas en lata.

De Milja asintió. Sí, claro, afortunado.

Vyborg lo examinó atentamente.

—Lleva algún tiempo adaptarse a un nuevo trabajo.

De Milja volvió a asentir.

—Lo detesto —dijo en voz baja.

Vyborg se encogió de hombros. «Pues tanto peor».

—Dos cosas, Alexander. Esto es un ejército: nosotros le decimos a la gente lo que debe hacer y ella ha de hacerlo lo mejor que pueda. La otra es que los buenos puestos ya están copados. No irá usted a Madrid o Ginebra.

Vyborg hizo una pausa momentánea, luego prosiguió:

—La única persona que está ahora buscando agentes se encarga del sector oriental. Tenemos a cuatro mil pánzers en la frontera y la opinión mayoritaria es que partirán hacia Moscú el 21 de junio. Habrá cosas que hacer en Rusia, mucho que hacer. Porque esos agentes no sobrevivirán. Serán reemplazados una y otra vez, una y otra vez.

—Lo sé —dijo De Milja.

# **EL BOSQUE**

El 21 de junio de 1941, en las cercanías del puente Kodon sobre el río Bug, se ordenó a los guardias fronterizos rusos —adscritos al Consejo Central de Tropas de Frontera, dependiente del NKVD— que ejecutaran a un espía infiltrado en territorio soviético tres días antes como parte de una provocación urdida para desencadenar la guerra. El hombre, un soldado de la Wehrmacht, había desertado unos pocos kilómetros al oeste de allí, cruzado el río a nado después de que anoheciera y solicitado hablar con el oficial al mando. A través de un intérprete, había contado que era originario de Munich, un trabajador y un comunista de toda la vida. Quería unirse a las fuerzas soviéticas combatientes y tenía información relevante: su unidad tenía órdenes de atacar la Unión Soviética a las 3:00 horas, en la madrugada del 22 de junio.

El oficial ruso telefoneó a sus superiores y la información llegó rápidamente hasta los niveles más altos del aparato del contraespionaje. Con toda probabilidad, el propio Kremlin fue consultado, con toda probabilidad a un nivel muy alto, el más alto. Entre tanto, se mantuvo al desertor en una celda. Los guardias intentaban comunicarse con él por gestos, y unas pocas palabras en alemán. Él era uno de ellos, les informó; ellos compartieron con él sus cigarrillos y se aseguraron de que le fuera servido un plato de tocino con cebada a la hora de la cena.

A última hora de la tarde del 21 de junio, llegó la respuesta de arriba: el desertor alemán era un espía y su misión, una clara provocación. Fusílenlo. El oficial al mando quedó sorprendido, pero la orden era clara y alguien le había advertido confidencialmente de que el servicio secreto inglés había orquestado incidentes similares a todo lo largo de la frontera germano-soviética —la antigua Polonia Oriental— para propiciar las sospechas, o incluso algo peor, entre las dos naciones.

El sargento asignado a cumplir la orden suspiró al ir en busca del desertor. Había llegado a sentir simpatía por el individuo pero, al parecer, se había engañado. Bueno, así era el mundo. «*Podnimaisa zvieshchami*», le dijo al alemán. Esto era una fórmula, parte de un ritual lingüístico que se remontaba a tiempos anteriores a la Revolución y hasta la época zarista. Significaba:

«Vamos yendo, con las cosas». Vas a ser ejecutado. Si hubiera dicho, por ejemplo: «Vamos yendo, con el abrigo, sin las cosas», hubiese significado que el hombre iba a ser deportado y que su manta y su plato debían quedar atrás.

El alemán no entendió las palabras, pero pudo interpretar la expresión del sargento y descifrar fácilmente el significado de la pistola Malakov que llevaba al cinto. «Al menos lo intenté», pensó. Él sabía adonde podía llevarlo y allí lo había llevado, ahora tenía que hacer las paces con su Dios y despedirse. Eso era todo.

Fueron escoltados por otros tres soldados hasta el borde del río. Era una tarde cálida, muy calma, los grillos armaban una barahúnda, había destellos del verano en el horizonte: «¿Ninguna posibilidad?». El sargento se limitó a negar con la cabeza y darle una palmada fraternal en la espalda: «Compórtate como un hombre». El alemán aspiró hondamente, se dirigió hacia donde le indicaba el sargento y éste le descerrajó un tiro en la nuca.

Y después el tiro de gracia en la sien. Luego hizo una seña a los soldados y éstos se llevaron el cuerpo lejos de allí. El sargento encontró una colilla en uno de sus bolsillos y la encendió, formando una cavidad con sus manos. Escrutó el otro lado del río. ¿Qué demonios estarían haciendo ahí enfrente? Era la tercera noche que encendían los pánzers —un rugido feroz que ahogaba por completo a los grillos—, y luego los cambiaban de posición, con las cadenas resonando al rodar el metal sobre la tierra.

El sargento se terminó la colilla y volvió a su barracón. Mala cosa lo del alemán. Pero qué se le iba a hacer, era el destino, no tenía mucho sentido interponerse en su camino. Pero el sargento estaba en medio y un sexto sentido —por el rugir de los tanques alemanes— podría haberle dicho que a él le quedaban menos de siete horas de vida.

Las 3:00 de la madrugada. El sargento dormido. El sonido de botas alemanas resonando a través del puente de madera, llamadas de «¡Urgente! ¡Urgente!» en ruso. El centinela soviético indicó a los soldados alemanes que esperaran un momento y fue a despertar al sargento. Éste metió gruñendo un pie en cada bota y, restregándose los ojos, caminó hasta el puente. Hubo un breve tableteo, una llamarada anaranjada: la fuerza de la ráfaga lo arrojó a él y al centinela de espaldas contra la baranda y al río.

El sargento no murió al instante. Quedó un rato vivo donde había caído, tendido en un banco de tierra, en la orilla del río tibio y lento. Desde allí oyó carreras sobre el puente, las explosiones cuando los barracones fueron volados con granadas de mano, el fuego de las ametralladoras y los gritos en



alemán cuando los comandos acabaron con los guardias fronterizos. Varias siluetas borrosas —zapadores alemanes— se descolgaron bajo el puente y se arrastraron entre los puntales para desconectar los cables de las cargas explosivas. «Avisar al cuartel general», pensó el sargento. Era su instinto de soldado: «Yo estoy acabado, pero el alto mando debe saber lo que está sucediendo». Era algo que ya se había intentado, de hecho. Un joven soldado sangrando en el suelo de la caseta de guardia se las había arreglado para coger el teléfono, pero la línea estaba muerta. Otras unidades del 800.º Regimiento, los brandenburgueses —la fuerza de operaciones especiales de la Wehrmacht—, algunos de ellos hablando en ruso, habían desarrollado su labor desde hacía horas, y todos los cables del telégrafo y del teléfono habían sido cortados a todo lo largo de la línea fronteriza.

El sargento perdió la conciencia, luego volvió brevemente en sí, una última vez. Un millar de piezas de artillería había abierto fuego al unísono. El lecho del río se estremecía con la fuerza de las descargas. En los cielos, cientos de cazas y bombarderos cruzaban vertiginosamente hacia el Este para destruir la fuerza aérea soviética en sus bases. Tropas alemanas equivalentes a tres millones de efectivos cruzaron la frontera, miles de soldados soviéticos, decenas de miles, habrían de sumarse al sargento al despuntar el día.

A pesar de todo, las transmisiones de radio soviéticas continuaron. La Funkabwehr alemana grabó un diálogo cerca de la ciudad de Minsk. Mensaje al cuartel general: «Estamos siendo atacados. ¿Qué hacemos?». Respuesta: «Debéis estar locos. ¿Y por qué no está este mensaje en clave?».

El sargento murió a alguna hora incierta después del amanecer. Para entonces, cientos de tanques habían rodado ya a través del puente Koden, pues ese cruce era el *Schwerpunkt* —la punta de lanza— de la *Blitzkrieg* en la región donde estaba la fortaleza de Brest. Justo al sur de allí, el puente ferroviario de Koden, también asegurado por los brandenburgueses, quedó operativo, en un esfuerzo gigantesco de reaprovisionamiento de las unidades de combate en su extraordinario avance por territorio soviético. Al día siguiente al atardecer, jóvenes reservistas rusos estaban abordando trenes, con sus maletas de cartón en la mano, para dirigirse a los centros de movilización donde debían presentarse, ocupados desde hacía horas por las tropas de la Wehrmacht.

Días de gloria. Los alemanes avanzaban contra los ejércitos soviéticos, sumidos en total confusión. Hitler había acertado: «Sólo hay que dar una patada en la puerta y todo el entramado se vendrá abajo». La cobertura aérea soviética fue pulverizada, las municiones, disparadas, los alimentos,

consumidos, los tanques, destruidos. Los rusos atacaron de frente bajo el fuego de las ametralladoras adversarias y fueron segados por miles. Nada detenía los pánzers, grandes artilugios mecánicos avanzando atronadoramente por la estepa. Algunos campesinos se asomaron fuera de sus cabañas a mirar lo que sucedía. Otros, ucranianos, ofrecían el pan y la sal a los conquistadores que habían venido a liberarlos del yugo bolchevique.

Con todo, aquí y allá, de vez en cuando, algún episodio extraño y enojoso tenía lugar. Como el de cinco comisarios disparando sus pistolas desde una escuela, hasta ser eliminados. O un fusilero deteniendo un avance por espacio de diez minutos. Cuando al fin dieron con su cuerpo, su perro estaba atado a un árbol en las cercanías, como si su dueño hubiera tenido la extraña pretensión de sobrevivir al ataque. O un hombre que saltó de una casa y lanzó dos granadas al enemigo. De algún modo, ésta no era la *Blitzkrieg* desarrollada en la Europa Occidental. Los invasores encontraron una nota doblada dentro de una cartuchera, oculta en un árbol a la vera de la carretera que llevaba a Minsk. «Ahora sólo quedamos tres. Seguiremos aguantando mientras nos quede algo de vida. Ahora estoy yo solo, herido en el brazo y la cabeza. El número de tanques ha aumentado. Hay ahora veintitrés. Probablemente voy a morir. Puede que alguien encuentre mi nota y me recuerde. Soy un ruso de Frunze. Ya no tengo a mis padres. Adiós, queridos amigos. Vuestro, siempre, Alexander Vinogradov».

El avance alemán siguió adelante, nada podía pararlo, ejércitos enteros fueron cercados. Pese a todo, hubo resistencia, y algo en el carácter de la misma resultaba hondamente perturbador. Habían atacado a la URSS. Pero sería la vieja Rusia la que devolvería el golpe.

10 de octubre de 1941. 23:45. Cercanías del puente Koden.

La Wehrmacht había desaparecido hacía rato del lugar. Estaba ocupada peleando camino del Este, en la carretera a Moscú. Ahora estaba todo en silencio de nuevo: tan silencioso como podía estar un lugar donde tres naciones se entremezclaban. Ucrania, Bielorrusia y Polonia. «Gracias al cielo —solía decir Razakavia—, somos todos buenos amigos». La gente solía reírse cuando lo decía: tímidamente al principio, hasta no estar seguros de qué era lo que él esperaba, entonces brotaba una gran carcajada altisonante y lisonjera. Razakavia era un individuo alto y huesudo, con la barba y el cabello blancos, como los de un profeta del Antiguo Testamento. Pero la similitud llegaba sólo hasta allí. Una cicatriz rugosa le cruzaba el cuello a la altura de la nuca —una

bala recibida en 1922— y llevaba un rifle a la espalda. Era un líder: el líder de los parias, de los hombres y mujeres libres, de los bandoleros. Todo dependía de a quién se le preguntara.

Ahora se ciñó la zamarra de piel de oveja y se inclinó a hablarle a su caballo.

—Hace frío, *Miszka*. Apura un poquito el tranco, vamos.

El poni decidió complacerlo y el ritmo de su trote se hizo uno o dos pasitos más rápido. Hacía frío. Razakavia podía oler el invierno agazapado en la atmósfera otoñal y la luz de la luna iluminaba de lleno los campos cubiertos de escarcha. De uno de sus bolsillos extrajo un reloj de ferroviario. Era cerca de la medianoche. Delante de él podía oír el poni de Frantek. Frantek tenía sólo catorce años y era el mejor explorador de Razakavia. No portaba ningún rifle, sólo una pistola entre sus ropas: así podía jugar al viajero inocente tanto como le fuera posible, en caso de que se toparan con algún extraño en los senderos por los que transitaban. En algún punto detrás de Razakavia iba Kotior, su lugarteniente, con una ametralladora cruzada en la montura.

Habían cabalgado por esos campos antes. Esa misión se había intentado ya dos veces desde finales de septiembre. A Razakavia no le gustaba, pero no tenía elección. La gente que había llegado con la Wehrmacht —las SS, los administradores alemanes, los escuadrones de la muerte a la caza de los judíos, toda clase de gente, en rigor— no era muy de su agrado. Estaba habituado a pelear con la gendarmería polaca, que tampoco era muy simpática, dicho sea con franqueza, pero sí un dato habitual en su vida, algo a lo que estaba acostumbrado. Todos esos nuevos señores y amos eran peores. Y a la vez transitorios. No podían entender lo que iba a ocurrirles, y eso los hacía más peligrosos como aliados de lo que habían sido como adversarios. Así que necesitaban nuevos aliados.

Frantek apareció justo delante, su caballo detenido e inmóvil, con el vaho escapando de sus fosas nasales. El río era visible desde allí, no estaba aún congelado pero se había vuelto más lento y más denso. Razakavia detuvo su poni, veinte segundos después llegó hasta ellos Kotior. Los tres se quedaron sin hablar: las voces viajaban demasiado lejos de noche. El viento suspiraba en ese punto, al trepar por la ladera que se erguía junto al río, y Razakavia lo escuchó atentamente unos segundos, hasta que logró discernir el quejido de un avión en la distancia. Quizá funcionara esta vez. Frantek indicó en una dirección: unos pocos grados al Noroeste, a medio kilómetro o algo así del punto en que el río Bug se encontraba con el Lesna. De pronto apareció un

triángulo formado por tres fogatas, con las chispas escapando hacia el aire. Frantek lo miró expectante, a la espera de órdenes.

Razakavia no se movió —siempre sopesaba un breve instante el mundo a su alrededor antes de hacer nada—, en seguida tiró de las riendas y los tres marcharon al trote en dirección a las fogatas.

Había desplegado a seis hombres en el campo, donde el heno había sido segado un mes antes. Estaban de pie y con los fusiles en ristre, calentándose las manos con las fogatas que servían de señales, el rostro teñido de rojo a la luz del fuego. El ruido producido por los motores del avión se hizo más y más intenso, luego decreció y se alejó. En lo alto aparecieron tres flores blancas flotando en el aire.

Frantek las observaba con expresión ávida, a la derecha de Razakavia. Esas cosas lo intrigaban: los aviones, los paracaídas. El mundo se había hecho presente allí con su guerra y Frantek estaba siendo rápidamente formado por ambos a la vez. Kotior se limitó a mirar hacia lo alto, luego miró alrededor. No era muy rápido de mente, pero mataba fácilmente y en gran número, y era leal más allá de los remordimientos.

Las flores blancas estaban justo encima de ellos ahora y Razakavia pudo al fin ver lo que eran. Tal como se le había prometido, un oficial polaco y dos cajas de explosivos. «La vida es larga —pensó Razakavia—, hay que saber aceptar lo malo con lo bueno».

El capitán Alexander de Milja fue el último en abandonar el avión, los otros dos agentes —un experto en explosivos y un correo— habían saltado cuando llegaron a las afueras de Varsovia. Le dolía el cuerpo por las seis horas y media a bordo de un cuatrimotor Halifax en el que cada tuerca y cada tornillo vibraban y el aire frío golpeaba con ferocidad por entre los paneles remachados. Sólo le cabía esperar que el triángulo ese de fuego fuera el correcto... y que quienes habían encendido las fogatas no hubiesen cambiado de bando mientras el Halifax cruzaba Europa con su monótono zumbido. De Milja era un buen botín: 18 000 dólares en rublos de oro zaristas, 50 000 en moneda americana. Una fortuna si la cambiabas en zlotys o la moneda de la ocupación. Con cigarrillos y hojas de afeitar alemanes, ropa de abrigo, dos pistolas VIS, las dos del tipo WZ 35, con el águila polaca grabada en la empuñadura y un centenar de cargadores. Podía ser, pensó, que les fuera más de provecho si lo asesinaban y despojaban de todo eso. Pero no. No estaba allí para hacer que fueran hombres de provecho.

Se había visto obligado a esperar cuatro meses para regresar a Polonia, pues la distancia entre Londres y Varsovia era de 1450 kilómetros: de hecho, la Ruta Uno, que pasaba sobre Dinamarca, era de 1545 kilómetros y De Milja debía aún viajar otros 160 kilómetros hacia el Este. La Ruta Dos, sobre Göteborg, Suecia, era más larga. El radio de alcance normal de un bombardero Halifax era de 2400 kilómetros, su capacidad de carga habitual de unas dos toneladas. Si se le añadía un depósito extra de combustible, el radio de alcance aumentaba a 3400 kilómetros —y el bombardero podía volar de vuelta a casa tras soltar su carga—, pero la capacidad de carga disminuía a poco más de una tonelada: de armas, municiones, pertrechos médicos, gente. Y había que reducir la tripulación de nueve a siete hombres.

La velocidad del Halifax en vuelo era de 240 kilómetros por hora, de modo que una travesía de 3200 kilómetros iba a requerir trece horas en el aire..., descontando el factor del viento. Esas trece horas debían ser horas de oscuridad, desde las 17:00 horas de Londres a las 6:00 del día siguiente. Y eso siendo optimistas. Sólo se podía realizar el vuelo cuando hubiera luna suficiente para apreciar desde el aire la confluencia de los ríos que servirían como marca para el salto. A ese lapso, de la segunda y tercera fases de la luna, se lo denominaba en clave el Terceto. El primer Terceto con suficiente oscuridad era el 7 de octubre: de hecho, era ya el 10 de octubre cuando despegó. Ése era el momento en que había la oscuridad otoñal precisa y la luz de luna necesaria para garantizar a la operación una mínima posibilidad de éxito.

Lo condujeron en automóvil al hipódromo de Newmarket, donde los servicios especiales habían construido un campo aéreo secreto para albergar al 138.º Escuadrón: con tripulaciones británicas y polacas. Hubo una revisión final de sus bolsillos: nada de billetes de autobús londinenses, nada de cajas de cerillas con palabras en inglés. Era ahora Roman Brzeski, un criador de caballos de Chelm. Cuando esperaba para abordar el avión, un jeep cruzó la pista y se detuvo junto a él. Vyborg descendió sujetándose la gorra contra la ventolera suscitada por las hélices del Halifax. El ruido de los motores era atronador, y Vyborg tuvo que gritar cuando se daban la mano.

—¿Será cuidadoso?

—Lo seré.

—¿Necesita algo?

—No.

—Bueno... Nunca se termina, ¿no?

De Milja le hizo un saludo con un deje burlón.  
—Buena suerte —dijo Vyborg—. Buena suerte.  
De Milja asintió para indicarle que lo había entendido.

Uno de los partisanos fue a la cabaña antes del amanecer, dando un toque con su bota a De Milja y los demás.

—Día de trabajo. Día de trabajo —decía.

De Milja abrió un ojo.

—Moved el esqueleto, amigos. Demostrad que no estáis muertos.

Propinó a De Milja, el invitado de honor, una patadita extra en el tobillo y abandonó la cabaña.

De Milja se estremeció de frío al quitarse la manta. Por la puerta entreabierta pudo ver el cielo aún negro, una rebanada de luna. Habría una capa de hielo en el barril de agua, la neblina oscilando entre los abedules. A su lado, Kotior se dio la vuelta y se sentó lentamente en el lecho, sostuvo su rostro con sus manos, maldijo el frío, a los rusos, a los alemanes, lo que las mujeres tienen entre las piernas, al tío que estaba de guardia, el bosque y a la vida en sí. De Milja forzó sus hinchados pies a entrar en sus botas, se sentó, se tocó la cara —una barba de dos semanas, la piel agrietada— y se rascó el tobillo en la zona donde le habían dado.

Había una pequeña estufa de hierro en otra cabaña que servía de cocina. Una joven le tendió un tazón metálico de un té muy fuerte, que escaldaba las manos. El té lo calentó por dentro y terminó de despertarlo. La mujer era de tez oscura, envuelta en pañuelos y varias capas de ropa.

—¿Otro tazón, señor?

Bien educada, pensó, a juzgar por el timbre de voz. Quizá judía.

—Por favor —dijo él.

Sostuvo el tazón entre las manos y dejó que el vapor le calentara el rostro. La banda de Razakavia, unos cuarenta hombres y quince mujeres en total, era de origen múltiple: unos cuantos soldados rusos huidos de la tenaza de la Wehrmacht; unos cuantos judíos huidos de las redadas alemanas; unos cuantos criminales huidos de las cárceles ucranianas y bielorrusas; unos cuantos polacos huidos de las deportaciones rusas de 1939; unos cuantos bielorrusos —desertores del ejército, nacionalistas— huidos de la administración polaca anterior a la ocupación rusa. A De Milja le pareció que media humanidad no tenía otro lugar adonde ir que no fuera el bosque. Terminó de beberse el té y devolvió el tazón a la muchacha.

—Gracias —le dijo—. Estaba muy bueno.

Más tarde cabalgó junto a Razakavia..., como siempre, Kotior iba en algún punto detrás de ellos. Le habían dado, por ser el invitado de honor, un caballo ruso, una *panje* para que la montara. Era pequeña, de melena abundante y greñuda. Siempre que la partida se detenía unos minutos, ella comenzaba a ramonear cualquier brizna de maleza que hubiera por ahí, en apariencia podía comer lo que hubiese. También le habían dado, por ser el invitado de honor que había traído explosivos y monedas de oro, una de las mejores armas del arsenal disponible: un fusil Simonov automático, para diez cartuchos, con la recámara delante del gatillo, y doscientas cargas del calibre 7.62.

Mientras cabalgaban de dos en dos por un sendero boscoso, Razakavia le explicaba que un correo les había traído un soplo de los ferroviarios locales: un pequeño tren iba a partir ese mismo día al atardecer, con soldados que volvían con licencia a Alemania, algunos de ellos heridos. También transportaría plataformas con equipos dañados, destinados a ser reparados en Prusków, a las afueras de Varsovia. El tren era de la Sexta División Panzer, que combatía a 640 kilómetros de Smolensko.

—Los vimos cruzar las vías a finales del verano —le informó Razakavia—. Ciento sesenta trenes en total, contamos. De unos cincuenta vagones cada uno. Tanques, carros blindados, municiones y caballos... y las tropas. Muy sobrados de todo, los alemanes. No había nada que no tuvieran, uno se pregunta qué querrán de nosotros.

Al mediodía abandonaron el bosque y cabalgaron un rato por la estepa. Hacía frío y era un día nublado y húmedo; cruzaron junto a varios tanques rusos volcados y camiones abandonados durante la retirada de junio, luego volvieron al bosque durante una hora más, dejaron que los caballos bebieran en un arroyuelo y salieron de la espesura en un punto donde la línea del tren pasaba a menos de un centenar de metros de los abedules. La línea era una única vía que parecía venir de ningún sitio y dirigirse a ninguna parte, desapareciendo en la lejanía, por ambos extremos.

—Esto va al Noroeste, a Baranovici —le dijo Razakavia—. Después a Minsk, Orsha, Smolensko y Viazma. Eventualmente, a Mozhaisk y Moscú. Es el cordón umbilical del centro de mando de la Wehrmacht. Los rusos dicen que una fuerza alemana no logra sobrevivir a más de cien kilómetros de una vía de tren.

Un individuo llamado Bronstein montó la bomba, rellenando una caja de municiones soviética de cinc con explosivo plástico. En este caso, británico,

facilitado por el invitado de honor, aunque el ZWZ de Polonia también lo fabricaba. Luego insertó un detonador que operaba por compresión, hecho con un frasquito de ácido sulfúrico y papel impregnado en cloruro de potasio.

De Milja se sentó junto a Bronstein mientras armaba la bomba.

—¿Dónde aprendió a hacerlo? —le preguntó.

—Era profesor de ciencias —dijo Bronstein— en Brest-Litovsk. —Cogió el cigarrillo de sus labios y lo dejó en una piedra mientras terminaba de rellenar la caja del explosivo plástico—. Y esto es una ciencia.

Cavaron un hoyo bajo los rieles y metieron allí la mina. El peso de la locomotora haría el resto. El encargado del reconocimiento —Frantek— llegó al galope hasta donde estaba Razakavia justo cuando comenzaba a oscurecer.

—Ya viene —le dijo.

La partida ocupó posiciones al borde del bosque. De Milja se tendió apoyado en los codos, parapetándose tras un tronco medio podrido, sintiendo cómo el frío del suelo se iba filtrando en su cuerpo. El tren llegó despacio, a unos quince kilómetros por hora, para ver que la vía no hubiera sido sabotada. Lo había sido. El artefacto de Bronstein funcionó: un estampido sordo, una nube de polvo que afloró de abajo, por ambos lados de la locomotora ahora a rastras, las ruedas destrozaron las traviesas y la locomotora comenzó a ladearse, lentamente, con un chorro de vapor siseando fuera de la caldera. Un hombre gritó. El pelotón a cargo de una ametralladora montada en la parte trasera del convoy saltó a tierra y corrió hacia el bosque.

De Milja apuntó hacia abajo el Simonov. Entre las rendijas de un vagón para el ganado vio el destello de los fusiles. Devolvió el fuego, agotando el cargador, luego puso otro, mientras las balas repiqueteaban sobre su cabeza y en las ramas. Uno de los hombres de Razakavia salió de una hondonada, del otro lado de las vías, y arrojó una bomba al último vagón del tren. Las paredes del mismo saltaron por los aires y los tablones comenzaron a arder. Los fusileros alemanes, algunos de ellos con vendajes, saltaron del tren por el flanco opuesto y comenzaron a devolver el fuego, resguardados tras las ruedas de los vagones. De Milja oyó un alarido a su izquierda, una bala dio contra el tronco en que estaba apoyado. Apuntó cuidadosamente y descargó la recámara, luego echó una ojeada. Una figura vestida de gris, tan gris como el campo alrededor, acababa de desplomarse bajo el tren, con el viento agitando el vendaje que acababa de soltarse en su cabeza. De Milja puso otro cargador. Algunos de los alemanes se habían parapetado detrás de un tanque que iba en una plataforma y disparaban desde allí. De Milja oía cómo rebotaban los disparos al dar contra el blindaje.



Otro grupo de alemanes empezó a devolver el fuego desde el coche del carbón, que estaba a medias descarrilado allí donde lo había arrastrado la locomotora, y la ametralladora cobró vida. De Milja oyó el agudo toque de silbato indicando que era el momento de volver al bosque.

Corrió junto a los demás, jadeando y medio sofocado, a la par que trepaban por una ligera pendiente hasta el punto donde varias jóvenes cuidaban de los ponis. Abandonaron de inmediato el lugar, a las órdenes de Kotior, con dos de los hombres heridos, cruzados sobre los lomos de los ponis. Un tercer hombre había recibido un tiro demasiado certero para moverlo y Razakavia tuvo que rematarlo de un pistoletazo. El resto de la partida dejó el escenario al galope, desapareciendo en el bosque, con el fulgor del convoy ardiendo en el gris del atardecer.

—Los alemanes siempre contraatacan —le dijo Kotior—. Siempre. —Le indicó en los cielos varios aviones de reconocimiento Fiesler-Storch, pequeños artilugios de dos plazas que ahora zumbaban en una u otra dirección sobre el bosque—. Así es como mueren los partisanos —agregó.

Los aviones estuvieron rondando toda la noche, cruzando el cielo oscuro de aquí para allá. De manera que no se pudo hacer fuego, ni fumar fuera de las cabañas. De Milja se cubrió bien los hombros con la manta y cargó la recámara de su fusil. El frío le entumecía los dedos, y el resorte, como todo lo de origen ruso, era duro, tendía a hacer saltar el mecanismo de retroalimentación, lo que lanzaba los cartuchos medio metro en el aire y provocaba, cada vez, un gruñido parecido a una carcajada en Kotior. A seiscientos cincuenta kilómetros hacia el Este, en la línea Smolensko-Roslavl-Bryansk, la Wehrmacht proseguía la batalla. ¿Cómo diablos se las arreglaban con ese frío?, se preguntó De Milja. Y acababa de empezar octubre. Por la noche, la temperatura descendía y los charcos se congelaban, y grandes nubes se arracimaban en el cielo, pero no nevaba. Y las mañanas eran azules y soleadas: «No habrá invierno este año».

Al alba hubo una alerta. De Milja estaba de guardia del campamento, apuntando a las tinieblas del bosque. En algún punto hacia el Sur, quizás a un par de kilómetros, oyó un débil rumor de fusiles, luego el tableteo de una ametralladora ligera. Dos exploradores volvieron al mediodía: habían tenido un encuentro con una unidad ucraniana de las SS.

—Abrieron fuego contra nosotros —dijo uno—. Y lo devolvimos. Así que comenzaron a disparar con la ametralladora. —Era un chico de unos quince

años y sonreía como un niño—. Frantek los rodeó y le dio a uno, creemos. Daban alaridos y nos gritaban «bolcheviques de mierda», venga votos a Dios y todo eso.

—¿Dónde está Frantek? —preguntó Razakavia.

El chico se encogió de hombros.

—Dejó que lo persiguieran para llevarlos hacia la ciénaga. Ya volverá.

—*Banderovsty* —dijo Razakavia, como escupiendo el término.

Eran nacionalistas ucranianos comandados por un tal Bandera, integrados en un regimiento de las SS denominado *Nachtigal*. Kotior se volvió hacia De Milja y se lo explicó.

—Ellos hacen lo que las SS prefieren no hacer.

Con Razakavia y Kotior, se dirigió a un pueblo en las afueras de Brest-Litovsk. El dueño de una panadería les vendió salvado y harina de centeno para hacer pan.

—Nosotros pagamos —le dijo Razakavia cuando llamaban a la puerta—. No todos pagan.

Como ya sabía De Milja, había en esas tierras una antigua relación entre las partidas en armas y los vecinos de las aldeas. Ambos debían sobrevivir, y entre ambos definían la línea de lo que era honorable.

La puerta de hierro se abrió y un aroma tibio, a pan horneado, llegó a De Milja.

—Pasad —dijo el panadero.

Era un hombre rubicundo, con una panza enorme bajo la camiseta. Se sentaron a una mesa con tablero de mármol. Todo estaba lleno de harina. El panadero se limpió las manos en la camiseta y le aceptó a Razakavia un cigarrillo. A sus espaldas, los hornos de ladrillo estaban encendidos, con alguna llamita escapando ocasionalmente del interior, allí donde las portezuelas del horno no ajustaban del todo. Alguien trajo a la mesa un pan negro, que fue cortado con un cuchillo dentado.

Razakavia y el panadero hablaron del tiempo. El panadero meneó la cabeza con aire apesadumbrado.

—Las viejas *babas* están pendientes de las señales: las orugas, los gansos y la mierda de oso. Probablemente sean tonterías. Pero todas dicen lo mismo: que va a hacer un frío que se nos caerán los huevos.

Razakavia asintió y comió un trozo de pan. En seguida hurgó en sus bolsillos y contó los zlotys que había adquirido con los rublos de oro. El

dinero estaba ahora en montoncitos sobre la mesa de mármol.

—Está en el granero de la aldea de Krymno —dijo el panadero—. ¿Sabes dónde es? El mismo de la pasada primavera. En cajones de madera.

—Me acuerdo, sí —dijo Razakavia.

—Ten cuidado por los caminos, cuando vayas por allí.

—¿Qué está pasando?

—No sé. Alguien va y ya no vuelve. A otro le quitan el caballo. Hay gente que merodea por el bosque.

—¿Partisanos?

—Quién sabe. En esta época, podría ser cualquier cosa —dijo el panadero mirando a De Milja—. ¿Quién es tu amigo?

—Uno de los nuestros. Es de más al Sur, de la Volinia.

—¿Polaco?

—Sí —dijo De Milja.

—Una de mis abuelas era polaca —dijo el panadero—. Un poco loca, ella. Siempre con conjuros y pociones y lo de las fases de la luna, pero muy buena con nosotros. Siempre nos daba mermelada o un bollito. —Su rostro se suavizó al evocarla. Tendió la mano a De Milja y éste se la estrechó—. Los tiempos cambian, quizá podamos tomarnos una copita alguna vez —dijo.

De Milja sonrió.

—Mejor nos la tomamos ahora —dijo.

El panadero rió.

—Bueno.

El sendero que conducía al bosque pasaba por una aldea de nombre Gradh. A menos de dos kilómetros olieron el humo, e hicieron dar a los caballos un rodeo. Cerca del viejo cementerio judío había una huella grande reciente, un zapato perdido, una camisa ensangrentada. Sobre la aldea, los cuervos volaban en círculos, alrededor de una nube de humo gris, de color sucio.

—Era una aldea judía —dijo Razakavia.

El tiempo. Al principio, uno ni siquiera lo notaba. Una hoja caía. Te ponías algo de abrigo, te lo quitabas al poco rato. Luego, de repente, era como si quisiera matarte. Uno lo evitaba lo mejor que podía pero parecía buscarte, perseguirte. En los pantanos y bosques había neblina, nevadas, heladas, aguanieve; luego una masa imposible, inimaginable, de lodo. Como si hubieran sido dos campesinos a los que invadían los malos presagios,

De Milja y Frantek permanecían cerca del camino —el «camino», la «carretera a Moscú»—, escrutando a las columnas alemanas. Algunos días se podía mover el equipo; otros se hundía en la tierra semicongelada y el barro. Por la noche, podían oír los pánzers: cada cuatro horas debían encender los motores, hasta que llegaran a los 60 grados, lo cual les tomaba un cuarto de hora. Entonces tenían que mover los tanques en rededor para hacer funcionar las transmisiones, pues el aceite era de menor viscosidad que la requerida para proteger los engranajes. El bosque de Razakavia estaba bastante lejos de las líneas del frente. Un ataque nocturno era improbable. Pero los alemanes no podían estar seguros, y la fuerza aérea soviética les enviaba de vez en cuando un avión a hostilizarlos, para provocar a sus defensas en las noches gélidas.

Los partisanos atacaron un tren recién reparado a la semana siguiente. Esta vez la bomba de Bronstein consiguió hacer descarrilar los siete vagones y algunos de los operarios del tren quisieron rendirse, al igual que un oficial ferroviario de la Wehrmacht, pero todos los alemanes fueron abatidos, igual que la mayoría de los polacos y ucranianos que trabajaban en el mantenimiento de las vías. Los partisanos saquearon el convoy, cogieron las herramientas, el carbón, los cigarrillos, las municiones. Uno de los trabajadores polacos, herido de levedad, pidió clemencia. Frantek quitó el cerrojo a su fusil, pero De Milja se interpuso.

—Déjame —le dijo.

El hombre cayó de rodillas e intentó aferrarse a las piernas de De Milja.

—Piedad.

De Milja lo cogió por el hombro y le hizo levantarse.

—Ya basta —le susurró en polaco.

El hombre siguió lloriqueando.

—Tengo hijas. Cuatro, son pequeñas.

De Milja vio que Razakavia lo miraba: «Considérelo un regalo, pero no pida otro».

—Está bien —dijo De Milja—. Puede venir con nosotros.

A su alrededor, entre los restos humeantes del tren —una maraña de vagones con las ventanillas hechas trizas, una plataforma con una grúa torcida—, se oían disparos aislados, dando cuenta de los que quedaban.

El hombre al que De Milja había salvado era de oficio zapatero remendón y pasó sus primeros días en el campamento cosiendo botas e improvisando arreglos de todo tipo. De Milja lo llevó, un día al atardecer, a una aldea

próxima al bosque, donde una joven viuda vendía vodka. Si se le daba un dinerillo extra, uno podía bebérselo en un cobertizo de herramientas que había tras la casa: hasta podía ser que la viuda aportara unos leños para alimentar la estufa.

—Mi familia es de Rovno, al sur del pantano de Pripet —le contó el hombre—. La vida no era tan mala allí. Los polacos teníamos que estar atentos, pero había mucho trabajo, la policía nos protegía, teníamos todo lo que necesitábamos. Quizás hasta un poquito de más.

Echó un trago de la botella, se limpió el bigote con la mano. Fuera comenzaba a oscurecer y la lluvia repiqueteaba sobre el techo del cobertizo.

—Entonces llegó septiembre del 39. Y con él los rusos. Ocuparon el pueblo. Éramos gente trabajadora, no presumíamos de nada y siempre nos habíamos comportado de manera decente con los campesinos, así que, cuando los comisarios nombraron un consejo de trabajadores, a nosotros nos dejaron fuera y nos permitieron seguir con nuestra vida. Para decirle la verdad, muchos de ellos tenían botas por primera vez en su vida... eran los deportados los que iban descalzos... de modo que nos necesitaban y lo sabían...

»Así y todo, algunos de mi familia no lo pasaron tan bien. Una de mis hermanas era monja. Desapareció. Otra hermana estaba casada con un funcionario. Los enviaron al Este en un tren de carga. Se esfumaron. Allí quedó la puerta de su casa movida por el viento, dando contra el marco, y la comida pudriéndose en la mesa. Te ponía enfermo sólo de verlo. Mi hermano era un sargento del ejército. Lo habían hecho prisionero en los primeros días de la invasión. Quizá fuera mejor para él. Al menos no fue arrestado y era de una unidad que se rindió cuando las tropas soviéticas dijeron que habían venido a combatir a los alemanes...

»Así que a él lo enviaron a un campo de prisioneros de guerra, un campo del NKVD llamado Ostashkov, no lejos de Smolensko. No parecían saber lo que iban a hacer con ellos. A los oficiales..., la mayoría de la reserva, a los ingenieros, los profesores, los médicos..., se los llevaron a todos. Se decía que a un campo en los bosques de Katyn. Stefan, ése era mi hermano, y otros que se habían alistado se limitaron a quedarse allí sentados y morir de hambre. Finalmente, lo enviaron a Moscú.

—¡A Moscú! ¿Es cierto eso?

—Es cierto. Se lo juro. Lo que pasó con Stefan fue..., los rusos pensaron que era uno de ellos. Por pura casualidad..., pero bueno, él es así. No como yo, que no importa lo que haga, todo me sale siempre mal. Stefan no, él es

distinto..., si el mundo hubiera seguido adelante como siempre, hoy le estaría yendo estupendamente.

El zapatero echó otro trago de vodka. Quedó con la vista perdida en el crepúsculo, viendo con agrado lo bien que le iba a su hermano.

—¿Y qué pasó? —preguntó De Milja—. En el campo.

—Ah, sí. Se hizo amigo de uno del NKVD.

—¿Un oficial?

—¡No! Ni mucho menos. Un sargento, como él. El hombre tenía un perdiguero, una cócker, y su pasatiempo era irse a los pantanos con la perra y dispararle de vez en cuando a un pato, y la perra corría entre los juncos y se lo traía. Pero un día la perrita quedó herida, y no quería comer, y se estaba muriendo. Stefan lo descubrió y le dijo al del NKVD lo que debía hacer, y la perrita mejoró. Y fin del asunto..., sólo que no fue el fin. Un día el tipo vino hasta donde tenían encerrado a Stefan y le dijo: «Vas a tener que elegir. Todo el mundo aquí se va a un nuevo campo, en los bosques de Katyn. Es mejor que les digas que quieres ir a una escuela, en Moscú». Y eso fue lo que hizo Stefan.

—¿Y entonces?

—Bueno, volvió a casa.

—¿Así de simple?

El zapatero se encogió de hombros.

—Sí.

—¿Un hombre libre?

—Bueno, sí. Por un tiempo, en todo caso.

—¿Qué sucedió?

—Pobre Stefan.

—¿Otro trago? Queda un poco.

—Sí, claro, gracias. Le debo la vida, ¿sabe?

—Bah, cualquiera podría haber hecho lo mismo. Pero... ¿qué pasó con Stefan?

—Stefan tiene muchos cojones. A veces no sirven de mucho. Se fue un día al pueblo, no sé por qué. Y a algún alemán no le gustó cómo miraba y le pidieron sus papeles, y Stefan lo golpeó.

—¿En Rovno?

—Sí. Se las ingenió para escaparse. Un amigo lo vio y nos lo dijo. Pero lo atraparon de nuevo. Le dieron una paliza y se lo llevaron en uno de esos camiones negros y ahora está en la prisión de Czarny. —El zapatero extravió la mirada, su rostro enfadado y con un deje de amargura—. Van a colgarlo.

—¿Tiene familia?

—Sí, claro. Igual que yo.

—¿Y su apellido es el mismo que el suyo?

—Sí. Krewinski, el mismo. ¿Por qué tendría que ser distinto?

—No se enfade.

—Una cosa terrible. Es culpa de los rusos, nunca nos han dejado en paz.

—Hizo una pausa, tomó un sorbo de vodka—. ¿Usted cree que hay esperanzas? Quiero decir, siempre se nos dice que recemos por esto y lo otro..., que siempre hay esperanzas. ¿Usted cree que es verdad?

De Milja lo pensó brevemente.

—Bueno —dijo al fin—, siempre hay esperanzas. Pero pienso que sería bueno que rezara por su alma. Sería lo más aconsejable, creo yo.

El zapatero negó con la cabeza, dando a entender que estaba de acuerdo, aunque fuera a regañadientes.

—Pobre Stefan —dijo secándose las lágrimas.

Kotior mandaba la unidad enviada a Krymno a retirar el grano. Fue en compañía de Frantek, de Pavel, su compañero de batidas, de un hombre de más edad llamado Korbin, de De Milja y de dos campesinas ucranianas que conducían los carromatos. Los fusiles iban bien ocultos bajo sacos de arpillera en los carromatos.

El viaje duró toda la mañana, a través de un sendero que discurría entre pantanos con juncos que se cimbraban al viento, en un aire frío y denso. La aldea estaba a no más de veinticinco kilómetros de Brest pero lejos del bosque, a cierta distancia dentro de los marjales que bordeaban un afluente del Pripet. Unas pocas cabañas de madera, una granja con graneros de piedra, luego más juncos, pozas de agua negra y quieta, y el cielo barrido por los vientos, todo horizonte.

Los perros de la granja les ladraron al verlos llegar y el granjero salió con una escopeta baqueteada apoyada en el brazo. El hombre hablaba algún dialecto que De Milja apenas consiguió entender, pero Kotior le advirtió que sujetara los perros, desmontó y le explicó pausadamente quiénes eran y a qué habían venido. Entonces fueron todos al granero: el calor de una vaca, el olor de las boñigas, la paja húmeda, y los perros bebiendo con avidez de charcos donde había fermentado el grano.

—¿Dónde está el resto? —preguntó Kotior frente a los cajones de madera vacíos.

El granjero, presa de la agitación, parecía estar refiriéndole a Kotior una larga y complicada historia. Kotior asentía, como un hombre razonable que aceptaba todo lo que se le decía, hasta que de pronto aplicó su brazo contra la garganta del campesino y lo aplastó contra la pared. En su mano apareció una bayoneta rusa —de cuatro filos, que causaba una herida en cruz— y aplicó la punta bajo el mentón del individuo. La escopeta cayó al suelo. Los perros enloquecieron, pero Frantek le dio una patada certera a uno y salió pitando con el resto.

El campesino no se resistió. Su cara adoptó un aire pasivo. Estaba dispuesto a morir. Kotior lo dejó ir.

—Dice que se llevaron el grano. Una partida del maquis. Piensa que planean volver por el resto.

Tras un breve debate, decidieron esperar, al menos hasta el día siguiente. Guardaron los carromatos dentro del granero, apostaron a Frantek y Pavel en ambos extremos de la aldea y durmieron por turnos.

Los otros volvieron al amanecer. Pavel avisó a tiempo para que les prepararan una emboscada. Kotior indicó a De Milja que se apostara en el pajar del granero, con el Simonov cubriendo el sendero.

La columna apareció entre la neblina gris, en completo silencio, salvo por el chapoteo de los cascos en el barro del camino. Eran cuarenta, bien armados. De Milja vio varios fusiles automáticos, varias *pepechas* —metralletas rusas— y otras armas que no logró identificar. De no ser por eso, se los podía confundir con la partida de Razakavia. Llevaban chaquetas de lana, gorros y botas puntiagudas, alguno un abrigo o pantalón del ejército. El líder, De Milja supuso que era el líder, llevaba unos prismáticos y la pistola en una cartuchera.

El campesino salió del granero y levantó el brazo. La columna se detuvo. El líder —De Milja había supuesto bien— desmontó y tiró del caballo por las riendas. De Milja le apuntó. Tendría unos cuarenta años, eslavo, impecablemente afeitado, con algo de viejo militar en la forma de erguir los hombros. Habló con el granjero un momento. Después Kotior salió del granero y se unió al diálogo. Acabó haciéndole señas a De Milja para que bajara.

A ellos se unió otro hombre, a quien el líder de los recién llegados se refería como el *politruk*. La conversación fue tensa.

—Me ha dicho que van a llevarse el grano —dijo Kotior con voz monocorde.

—Está requisado —dijo el líder en ruso—. Para los partisanos.



—Nosotros también somos partisanos —dijo Kotior.

—¿No seréis bandidos?

—Partisanos polacos.

—Entonces somos amigos —dijo el *politruk*—. Polonia y la Unión Soviética son aliados. —Llevaba un chaquetón de cuero, el pelo casi al cero y era de tez albina. Con las manos hundidas en los bolsillos. De Milja casi pudo ver la Makarov reglamentaria del NKVD—. Esto del grano ha sido un malentendido —añadió.

Kotior y De Milja siguieron en silencio.

—Venid a nuestro campamento, podemos sentarnos y hablar.

—En otra ocasión, tal vez —dijo De Milja.

El *politruk* se molestó.

—La guerra no espera —dijo.

De Milja no vio que se hicieran ninguna señal, pero los partisanos a caballo se movieron, algunos de ellos hasta quedar fuera de su vista.

—Pienso que sería mejor... —El *politruk* se paró en mitad de la frase.

De Milja lo miró a los ojos. Se volvió a mirar lo que él estaba viendo. Uno de los carromatos salía lentamente del granero, la pareja de caballos greñudos avanzaba trabajosamente en el lodo. La chica ucraniana sostenía las riendas entre las rodillas y apuntaba con un fusil a los dos rusos. El líder hizo un gesto: *basta*, dejadlos. Frantek llegó en su caballo, con la pistola en ristre y la expresión de un chico enfadado. En su otra mano, las riendas de los caballos de De Milja y Kotior. Cuando escupió al suelo, con toda la intención, el *politruk* pestañeó.

De Milja puso el pie en el estribo y montó en el poni. El *politruk* y el líder se quedaron mirándolos, sin ninguna expresión, cuando el grupo se fue alejando, a la velocidad del carromato. Los cielos sobre los marjales parecían tener vida, una nube gris, deshilachada, era arrastrada hacia el Oeste y unos copos escasos y compactos comenzaron a caer.

—Vamos a necesitar a alguien en la retaguardia —dijo De Milja a Kotior, cuando la granja quedó detrás.

—Sí, lo sé. Quédese usted, con Frantek. —Hizo una pausa—. Puedo entender a la mayoría de los rusos cuando hablan, todos podemos en esta región. Pero... ¿qué es un *politruk*?

—Significa «comisario político».

Kotior se encogió de hombros. Aquello era adornar la vida a niveles donde ya no era vida.

—Necesitaremos una hora —dijo, indicando los carromatos—. Como poco.

—La tendrá —dijo De Milja.

No tendrían mucha cobertura. Frantek y De Milja cabalgaron al final de la columna hasta que dieron con una colina donde había un pinar que demarcaba el límite del bosque al este de Brest. Allí esperaron, atentos al sendero, con el frío haciendo su labor a través de sus zamarras de lana de oveja.

A De Milja le parecía que Frantek había nacido para la vida que llevaba. Sus padres habían ido al mercado un sábado por la mañana y nunca más habían vuelto. Así, pues, al cumplir los doce años se había ido al bosque y topado con Razakavia. Las bandas de los bosques siempre necesitaban exploradores y Frantek y sus amigos lo sabían. Ahora se apoyó en un árbol, cruzó los brazos alrededor del rifle, contra su pecho, y levantó las rodillas, absolutamente relajado excepto por los ojos, que mantenía entrecerrados y fijos en la nieve, atento a quienquiera que se aproximara.

—¿Te gusta la vida en el bosque? —le preguntó De Milja, cansado de oír el silbido del viento.

Frantek lo pensó unos segundos.

—Echo de menos a mi perra —dijo—. Se llamaba *Chaya*.

Los rusos llegaron media hora después, cuatro exploradores a caballo en fila india. Uno de ellos desmontó, se puso en cuclillas, determinó que la boñiga de caballo era reciente y volvió a montar. Se movían a paso lento, a la velocidad de los carromatos, a la espera de que la otra partida dejara atrás la estepa y entrara en el bosque.

—No dispaes —dijo De Milja a Frantek, cuando se agacharon los dos tras los pinos—. Es una orden.

Frantek la reconoció como tal..., vagamente. De Milja le parecía un individuo cauteloso, incluso un poco vacilante, y él mismo había matado a suficiente gente como para saber que eso te volvía cauto. Pero también había pasado por muchas cosas inexplicables en su corta vida y había decidido que De Milja era una de ellas.

De Milja apuntó el Simonov hacia abajo, a una distancia de unos cuatrocientos metros. Bang. Eso provocó cierta agitación entre los rusos y suscitó una risita de aprecio en Frantek. Los otros desmontaron y se arrojaron al suelo. Disciplinados, no volvieron a dispararles. En lugar de ello, esperaron. Diez largos minutos.

—El mío es el del extremo izquierdo —dijo Frantek, observando a través de la mirilla.

—Aún no —dijo De Milja.

Uno de los rusos se alzó y apoyó en una rodilla, con el rifle en la cadera, barriendo el sendero. Luego se alzó del todo.

—¿Ahora? —dijo Frantek.

—No.

El explorador recobró su caballo. Montó en su caballo. Bang.

Al principio, De Milja tuvo miedo de haber calculado mal y haberlo matado, le pareció que el tipo había salido volando del caballo, el cual dio un respingo y corrió unos metros alejándose del lugar. Los otros tres exploradores comenzaron a devolver el fuego: un prolongado tableteo, como un *staccato*, que consumió al menos la mitad de un cargador de una *pepecha*. Algunas ráfagas fueron hacia donde ellos estaban. Alguna hizo una muesca en el tronco de un árbol, con un sonido parecido al de una tela rasgándose. Pero no con esa concentración entusiasta que indicaba que sabían dónde estaban. Entonces el tipo al que De Milja había disparado se movió, cambió de posición, se arrastró a toda prisa por el suelo y llegó hasta otro punto, donde se pegó al suelo.

La mayor preocupación de De Milja era Frantek, un tirador excelente con la buena vista de los jóvenes. Pero primó la disciplina. De Milja extendió su mano izquierda, con la palma hacia abajo, los dedos ligeramente separados: «alto, no hagas nada». Frantek se aplastó contra el suelo, indignado por tener que aguantarse las ganas en medio de ese tiroteo insultante pero, de momento, controlado.

El viento aumentó, los copos de nieve oscilaban, girando como polvo en el aire, blanqueando el sendero. Eso les salvó la vida, dijo Razakavia más tarde. «Los rusos leen la nieve como los curas la Biblia». O quizá fuera que, ese día en particular, nadie estaba para morir.

Los rusos montaron en sus caballos, lenta y deliberadamente, bajo la mirada de los tiradores invisibles en la espesura, y se fueron de vuelta por donde habían venido.

De Milja había logrado mantener la cabeza fría durante mucho tiempo —no había, para él, otra forma de hacer lo que debía hacer—, pero Rovno consiguió asustarlo. Los alemanes eran los señores de Rovno. Las SS estaban por doquier, con la calavera y las dos runas, esa forma de caminar, esa sonrisa. Los Einsatzgruppen cruzaban por allí a sus anchas, cuando iban camino de asesinar a más judíos en algún otro gueto. Había SS ucranianos, SS

letones y criminales alemanes, asesinos, que los nazis habían reclutado en las prisiones a partir de 1927. Al igual que los alemanes comunes y corrientes, eran unos buenos vecinos, a quienes si les dabas la oportunidad, resultaban menos bonachones. Ésos eran los peores, todo lo que necesitaban era probar el gusto de la sangre.

De Milja se topó con sus miradas en Rovno. Allí se permitió no rehuirlas más y devolverlas, avanzando fatigosamente por la nieve, frío y ausente, absorto en sus asuntos. Y armado. Iba contra todo sentido común: bastaría un registro en la calle y estaría perdido. Pero no lo cogerían vivo. La cápsula de cianuro cosida al cuello de su camisa era el último recurso, aunque la VIS que llevaba al costado le confería al menos la ilusión de que podría sobrevivir.

El correo secreto del ZWZ operaba en toda Polonia, gran parte de él a través de tiendas de ropa, con agentes que llevaban cartas de una ciudad a otra. De Milja lo había empleado para informar del contacto con los rusos. La respuesta, entregada en un parque en Brest-Litovsk, fue que lo citaron en Rovno. Con el mayor Olenik, su antiguo superior en Varsovia y, ahora que ya no estaba a las órdenes directas del Sexto Departamento en Londres, su superior inmediato otra vez.

Rovno había sido siempre una ciudad fronteriza: una posesión polaca, aunque reclamada por Rusia, poblada por ucranianos. De calles angostas, edificios de ladrillo negros por el humo de las fábricas, y el hielo y la niebla de noviembre, y los coches de la Gestapo con cadenas en los neumáticos.

—Aun puede que tomen Moscú —dijo Olenik—. O puede que no. Los rusos tienen ahora un arma a la que denominan Katyusha, también conocida como El Órgano de Stalin. Es una plataforma que dispara varios misiles simultáneamente. La plataforma va montada en un camión. A los alemanes no les gusta nada. Las temen. Corrieron como conejos cuando se las encontraron en Smolensko. Además, los rusos tienen un nuevo tanque, el T-34. Los proyectiles alemanes rebotan en el blindaje. Si pueden fabricar suficientes, terminarán por anular a las divisiones pánzer. Está eso y el hecho de que nuestra gente predice en diciembre temperaturas en las afueras de Moscú de veinte grados bajo cero. Ya veremos lo que eso hace con su *Wehrwille*.

El término significaba «voluntad guerrera», una idea atesorada por los alemanes: el más resuelto a ganar, gana.

De Milja y Olenik estaban en la sala de un piso franco en Rovno, un apartamento al viejo estilo, como si una pareja hubiera envejecido allí y nunca hubiese cambiado nada de sitio. Todo eran cortinas, tapetes de ganchillo y relojes de tictac resonante: cierta fragancia mustia, cierto silencio de fondo.

De Milja se preguntó cómo serían las cosas en el bosque a veinte grados bajo cero. Olenik pareció adivinar su pensamiento.

—Esperamos que acabe usted su labor antes de eso —dijo.

Olenik no había cambiado nada. Con sus hombros estrechos, el cabello gris desordenado y el bigote también gris, las mejillas marcadas de viruela: desaseado y pese a todo triunfal, con su chaleco abotonado de color gris, era la clase de individuo con que uno se cruza en cualquier avenida del mundo sin reparar en él. Al momento hurgó en su maletín, dio con una pipa, se entretuvo con ella hasta que logró encenderla. Luego buscó de nuevo en su interior hasta que encontró un papel amarillento donde venía algo impreso.

—Échele una ojeada.

El diario se llamaba *Miecz i Mlot*: «La espada y el martillo». Una publicación en polaco de la Liga de Amistad con la Unión Soviética y el PPR, Polska Partía Robotnicza, el Partido de los Trabajadores Polacos.

—Circula en Bialystok —dijo Olenik—. En Stryj, Brody y Wilno. En Brest y Rovno. En todos los distritos orientales. Es curioso, entre un total de ciento sesenta y cinco diarios editados por imprentas clandestinas en toda Polonia, incluidas las de cada partido anterior a la guerra, el socialista y el de los campesinos, y todos los demás, en éste hay una referencia clara a una red clandestina comunista en Polonia. Si existe, no sabemos nada de ella. Si existe, no hace otra cosa que existir, pero ésa puede ser precisamente la cuestión. Su existencia les hará más fácil decir, luego, que el Estado comunista de Polonia estuvo precedido por una red clandestina comunista.

De Milja le devolvió el diario y Olenik lo guardó.

—Por supuesto —dijo Olenik— que no estamos gastando vidas y recursos para saber lo que piensan los rusos de nosotros. Nos mantuvieron avasallados por espacio de ciento veinte años. Nos atacaron en 1920. Nos atacaron de nuevo en 1939. Y volverán sobre nosotros, empujando las olas de color gris de la Wehrmacht. Tenemos que decidir lo que haremos entonces.

»Si siguen directo hasta el Oder, hasta el Rin, estamos listos: terminarán ocupando el país. Así de simple. De manera que lo que tal vez debamos hacer, en el momento justo, es expulsar a los alemanes por nosotros mismos y declarar a Polonia un Estado libre, con el reconocimiento de los ingleses y los americanos. Eso implicará un alzamiento, y un costo terrible en sangre. La alternativa: revelar las intenciones soviéticas..., clavarle un cuchillo a Stalin antes de que llegue a la mesa de negociaciones. Gran Bretaña no le cederá Polonia, pero los americanos son ciegos a todo lo que sucede al otro lado de los dos océanos que los circundan. —Se detuvo un momento y pareció

divagar por su cuenta, tras eso prosiguió en un tono más suave—: Si eres una nación pequeña y tienes por vecino a un matón, que Dios te proteja porque nadie más lo hará. Estás solo. Clamarás por ayuda en la noche y nadie acudirá.

Se interrumpió de repente, acababa de decir más de lo que su corazón temía y quería confesar. Carraspeó.

—Lo que importa ahora —continuó— son las intenciones concretas y demostrables del Estado soviético. Si sus partisanos cogen alimentos sin pagar... y es lo que hacen... si esos partisanos cuentan con comisarios políticos... y ello es así... si están obligando a los polacos a combatir con ellos y quemando las aldeas que se resisten a ello, y sabemos que es a la vez lo que están haciendo, entonces se están conduciendo como gente que combate en una nación enemiga y entre enemigos.

—Fue lo que ocurrió en Krymno —dijo De Milja—. Y se nos pidió... aunque ésa no sea la palabra exacta... que fuéramos a su campamento.

—Dos de nuestros hombres, en el distrito septentrional polaco, lo hicieron, eso mismo. Creyeron que iban a algún lado a sentarse un rato y llegar a algún acuerdo. Uno está muerto. El otro, según nos han dicho, en la Lubianka. Así que ambos combatimos a los alemanes, pero eso no implica que seamos aliados.

Se paró un momento a considerar lo que iba a decir.

—Así, pues —dijo—, a nosotros, quiero decir a Londres y Varsovia, nos interesa muchísimo la historia del sargento Krewinski, el hermano del hombre capturado en el ataque al tren reparado.

—¿El hombre que está en la prisión de Rovno?

—Sí. Lo que queremos, capitán, es que entre en la prisión de aquí y libere a Krewinski... y a dos agentes del ZWZ que también están a su vez allí. Todos a punto de ser ejecutados.

De Milja observó los ojos del mayor, pero su mirada era opaca y lejana. Había habido tres intentos de tomar por asalto prisiones alemanas de los que De Milja tenía noticias, todos fallidos. Entonces lo comprendió. Estaban en la sección de operaciones y, si le asignaban la que de hecho era una misión suicida, no había nada que Olenik pudiera hacer.

—Entonces, ¿tiene que ser ya? —dijo De Milja.

Olenik abrió los brazos: «Por supuesto».

El mayor Olenik acabó su misión y dejó la ciudad por tren al día siguiente, al atardecer. Como ingeniero del sistema de aguas, sus papeles le permitían viajar adonde quisiera dentro de los territorios ocupados por Alemania. Antes de partir, le entregó a De Milja un grupo de claves y procedimientos de contacto con oficiales y agentes del ZWZ en el distrito. Explosivos, armas, lo que fuera que necesitara, estaban disponibles.

De Milja regresó al bosque y le contó a Razakavia su misión. El primer paso era cambiar de campamento, irse de aquellas cabañas en un claro del bosque a una granja abandonada al borde del mismo, a unos quince kilómetros de Rovno. La granja serviría como alojamiento de los prisioneros liberados y para algunos miembros del comando de asalto. Un médico y una enfermera organizarían una sala de curas en la granja, veinticuatro horas antes del ataque.

De vuelta en Rovno, contactó con un agente del ZWZ conocido como Vlach, un hombre al final de la veintena, de nariz respingona, el cabello rubio cuidadosamente peinado hacia atrás y un mohín de viveza en los labios. El ZWZ solía reclutar personalidades más sobrias y estables; Vlach había sustituido a alguna de ellas a finales de julio. Había sobrevivido, había impresionado al mayor Olenik: eran todas sus credenciales. A sugerencia del propio Vlach, se encontraron en un salón de té en la plaza central de Rovno, un lugar muy apropiado, donde las esposas y novias de los oficiales germanos podían beber un té con pastas saladas y pastelillos.

—Ja, ja —rió Vlach—. ¿Se da cuenta? ¿A quién se le ocurriría buscarnos aquí? —En seguida adoptó un aire de mayor seriedad—: Podemos conseguirle lo que desee. Coches, camiones, lo que usted diga.

—¿Cómo pueden hacer eso?

—Todos hacemos lo mismo aquí, todos los que usted ya sabe. Vea, la Luftwaffe y los pánzers, ellos sí saben hacer su trabajo. Lo que sea que los rusos tuvieron aquí se ha desinflado, está acabado. Nunca había visto un desbarajuste igual: los coches del personal unos encima de otros, las vías ferroviarias arrancadas de cuajo y oscilando en el aire, los campos aéreos transformados en vertederos. Así que ahora es propiedad conquistada, y ahora hay que reconstruirlo todo.

»Así que, justo cuando la Wehrmacht acabó con el último francotirador y colgó al último comisario, llegaron las grandes empresas constructoras alemanas. Jo, jo..., ¡ahoga vamos a hacer dinego, Fritz! Las autoridades militares les dijeron lo que necesitaban..., aeródromos, barracones, hangares

para los aviones, depósitos para el combustible..., justo lo que acababan de volar por los aires.

»Y ya puestos, carreteras, algo que nunca habían tenido por aquí... Así que las constructoras obtuvieron todos esos nuevos contratos, pero cuando terminaron de frotarse las manos y hacerse guiños entre sí, comenzaron a caer en la cuenta de que iban a necesitar a alguien que hiciera el trabajo. Ah, pero no era así de fácil. No podían traer gente de Alemania, ya sea porque allá en Essen están fabricando aviones o submarinos, o porque están matando a más rusos a novecientos kilómetros al este de aquí. Y vea, cuando usted mata a un ruso, alguien pone otro en su lugar, aunque ellos no se han dado cuenta de eso aún.

»Sea como sea, tendrían que usar la fuerza de trabajo local. Conseguimos que contrataran a un tipo. El sueño de lo que un polaco debiera ser, según los alemanes: cooperador, amistoso, religioso, fiable. Un cincuentón, maquinista de toda la vida, Henryk. Así que todos los alemanes adoraban a Henryk. Podían contar con él, nunca se emborrachaba, nunca robaba nada, no era contestón. Uno le decía que estuviera en su lugar de trabajo a las cinco y media de la madrugada, y ahí estaba él.

Vlach infló las mejillas para imitar una carota alemana.

—«Heynrik, *mein* amigo, ¿quizá tienes tú un pgimo?». Bueno, adivine qué, lo tenía. Y también un tío, una tía, un amigo de toda la vida, un sobrino..., ése soy yo..., y unas dieciocho personas más, por una u otra vía. Vamos adonde nos da la gana, usamos los camiones de la empresa, dos automóviles Opel. Y si queremos trasladar algo que sea... inusual, ya me entiende, podemos pedir un conductor de la propia Wehrmacht. Cuando ellos van al volante, nadie mira nada.

Un hombrecillo de aspecto respetable, con gafas de montura de carey que le conferían una vaga semejanza con el comediante americano Harold Lloyd. Sólo que Harold Lloyd se hubiera comprado gafas nuevas si se le hubiera roto un cristal.

—Los rusos lo enviaron a un campo en el treinta y nueve —dijo Vlach.

—¿Y cómo salió de allí? —preguntó De Milja.

—Me escapé —dijo el hombre.

Estaban con De Milja y Vlach en el apartamento, con un mapa de Rovno desplegado en la mesa de la cocina.



—Desde la central telefónica, que está aquí, hay tres caminos que salen de Rovno. —Indicó lo que decía, sus manos aquietadas y despellejadas por su trabajo de friegaplatos en un restaurante—. La vía principal va hacia el Oeste, a Lutsk. Luego tenemos un ramal hacia el Norte, a Klesów, y uno hacia el Sur, a Ostrog. De allí una carretera iba a Kiev..., pero está a menudo cortada o bloqueada. Los rusos la interfieren de cualquier forma que pueden.

—¿Y del teléfono..., sabe algo?

El hombre había sido el gerente económico regional del sistema telefónico antes de la guerra.

—Había cinco estaciones —dijo.

—Así que, si desarticulamos éstas y cortamos las líneas telefónicas...

—Utilizarían los radios de uso militar. No creo que pueda silenciarlos, señor.

Al guardia de la prisión no le gustaba su trabajo, nunca le había gustado. Le pagaban un salario de esclavos para que estuviera sentado en la tapa de un cubo de basura, tal y como él lo veía. Pero era mejor que nada, así que hacía lo que debía. Una vida miserable, la suya: todo había de ser medido, ahorrado, racionado, las bombillas eléctricas, el jabón, la carne, el carbón. Nunca había tenido, ni una sola vez en su vida, una buena cantidad de algo que le gustara. Sus hijos se habían marchado, vivían ahora sus propias miserables vidas. Su esposa estaba aún con él, de lo cual había que dar gracias ante todo a la Iglesia, pero lo que fuera que había habido alguna vez en su interior había muerto irremediablemente hacía años. En cuanto a él, solía instalarse en un bar luego del trabajo y empaparse en vodka hasta que estaba suficientemente atontado para volver a casa. Le hubiera gustado, al llegar a viejo, irse al campo, donde había crecido. Desde que empezó la guerra era posible adquirir un terrenito, no costaba demasiado, sólo que siempre era más de lo que él nunca había tenido.

Así pues, cuando le llegó la oferta, no dijo que no. Probablemente habían estado observándolo, su forma de mirar, la miseria evidente en su paso. El anciano que le hizo la oferta no era un mal tipo. Polaco, de pómulos marcados, como a veces los tenían los polacos. Y educado, quizá muy educado.

—Ha tenido ya suficientes días malos —dijo el anciano—. Es hora de que se pasee usted un rato al sol.

Luego le mencionó una suma de dinero, y el guardia se limitó a asentir.

—No tiene que hacer nada en particular —dijo el anciano—. Sólo dibuje lo que hay en el interior, los corredores, oficinas y las celdas, y enséñeme cómo está numerado todo.

—¿Qué va a ocurrir?

—No me lo han dicho. Los rusos me dieron este encargo.

—Bandidos. Tenemos a algunos de ellos allí encerrados.

—Usted sólo dibuje y numere.

—Lo haré en mi casa —propuso el guardia.

El anciano le puso una hoja de papel y un lápiz enfrente.

—¿Y por qué no ahora mismo? No hay nadie más aquí.

Así que lo hizo. Y cuando su mente daba vueltas esa noche, ya en su cama —¿debía contarle, podía vender al anciano a los alemanes, debía haberle exigido más dinero?—, se dio cuenta de que su bosquejo tan infantil era una confesión firmada. Eso lo asustó. Por lo cual se limitó a esconder el dinero bajo el colchón y mantener la boca cerrada.

Vlach y De Milja tiritaban de frío en aquel garaje sin calefacción. En el exterior, la nieve silbaba en el aire congelado. Henryk era exactamente como Vlach lo había descrito, de mandíbula cuadrada y hombros cuadrados, con las mangas y el cuello abotonados. Un hombre honesto, sin un solo hueso retorcido en su cuerpo. Y un patriota, algo que a los ejecutivos de la construcción no se les había pasado por la mente.

Estaba ahora tendido de espaldas bajo un gran camión alemán, trabajando con una llave. Su rostro se había puesto rojo al negarse una de las tuercas oxidadas a ceder, luego crujió en su sitio y comenzó a girar. Tiró del silenciador, lo dejó en el suelo y apareció de debajo del camión, limpiándose las manos en un trapo.

—Enciéndalo —dijo.

De Milja subió a la cabina y giró la llave. El estruendo era ensordecedor, hizo vibrar los paneles acristalados del garaje. Vlach apareció en la ventanilla del camión, cubriéndose con las manos los oídos, y De Milja hubo de leer sus labios, pese a que parecía estar gritando.

—¡Apague esa mierda de una vez!

En el silencio del apartamento, quebrado tan sólo por el tictac del reloj, habían corrido los sofás hasta pegarlos a las paredes, para dejar un espacio

libre en el suelo y al centro. Los tapetes del respaldo de las sillas estaban arrugados y manchados por las muchas personas que habían apoyado la cabeza, y la moqueta azul celeste, con un dibujo de vino y rosas, estaba también echada a perder manchada de grasa de las armas y aceite.

El arsenal estaba desplegado sobre la moqueta: tres Simonovs, tres metralletas rusas PPD, la *pepecha*, rudimentaria y letal, así denominada por el ritmo que seguían los disparos. Dos metralletas alemanas, del modelo MP34, todo acero. Conocida como la Bergmann, el modelo había sido fabricado fuera de las fronteras alemanas para eludir las limitaciones armamentistas del Tratado de Versalles. Estaban también las dos VIS automáticas que habían acompañado a De Milja desde Londres, con el águila polaca en la empuñadura, y cuatro VIS automáticas hechas después de la ocupación alemana..., sin el águila, por cierto. Y dos Colt 45. Y una Gepisztoły 39M húngara, una pistola automática muy rápida que disparaba munición Mauser. En cuanto a granadas de mano, tenían de la variedad denominada Sidolowski: fabricadas en los talleres clandestinos del ZWZ, así bautizadas por su semejanza con las latas de betún Sidol..., además de lógico, los talleres estaban ocultos en la fábrica Sidol.

Los hermanos tenían diecinueve y diecisiete años, eran altos, de hombros anchos, los dos rubios. Se paseaban todo el día por Rovno en busca de un candidato. Vieron a un mayor de las SS salir de un cine donde se exhibían filmes románticos alemanes y noticieros que mostraban a la victoriosa Wehrmacht en el frente ruso. Un sargento de las SS, larguirucho, saliendo de un restaurante. Dos cabos de las SS comiéndose con los ojos a las chicas en el puente sobre el río que pasaba por Rovno.

Entonces, a última hora de la tarde, dieron con otro sargento de las SS, de contextura mediana, contemplando los fotogramas expuestos en el exterior del cine. Tras dudar, lo vieron pagar y entrar. Ellos hicieron lo mismo. Él avanzó por el pasillo buscando sitio, ellos se sentaron a sus espaldas. No había mucho público, la mayoría soldados alemanes de permiso. En la pantalla, un hombre enfundado en un esmoquin estaba sentado en un elegante club nocturno, hablándole en un alemán muy rápido a una rubia de ricitos, con un vestido negro y un collar blanco que le hacía de pechera. Ella estaba cabizbaja y se mordía el labio, él era un hombre de cabellos frondosos y negros, bigotito recortado. Los hermanos no sabían mucho alemán, pero entendieron que el individuo estaba disculpándose.

La mujer no estaba verdaderamente segura de lo que sentía. Insistía en echarle al individuo miraditas tímidas por debajo de sus largas pestañas oscuras. *Se supone que debería amar al querido Helmut...* ¿Qué me pasa?, era lo que parecía decirse a sí misma. Entonces había un revuelo a la entrada, donde el *maître* hacía guardia junto a la cinta de terciopelo que impedía el paso. Un guaperas con gorra capitana quería cruzarla y bajar las escalinatas, pero los fornidos camareros se lo impedían y ahora batallaban todos entre sí junto a las palmeras plantadas en macetas de la entrada.

El sargento de las SS salió al pasillo y el mayor de los hermanos dio un codazo al menor. Dejaron pasar un breve intervalo, luego fueron a los servicios. El sargento de las SS estaba abotonándose la bragueta. Visto de cerca, era más grande. Tenía varias medallas y cintas prendidas al pecho, y una cicatriz en la frente. Pero los hermanos tenían práctica, eran expertos en lo suyo, y tardaron muy poco en estrangularlo. Luego lo despojaron de su uniforme y lo dejaron en el suelo con la boca abierta en las baldosas manchadas, aún con la corbata verde que habían empleado.

La cárcel de Czarny, en la calle de Zamkova. Sumida en un hondo silencio a la hora del crepúsculo. Hacía más calor, y los adoquines lucían ahora mojados, cubiertos de la nieve derretida y sucia. Habían construido la prisión en 1878. Era una serie de patios interiores tras de un muro de tres metros de alto, con el yeso descascarándose de los bloques de hormigón. El vecindario estaba desierto. Había una tienda de ropa cerrada con tablones, una pensión incendiada. La gente evitaba la calle de Zamkova. De Milja avanzó por ella a paso rápido, como alguien que tuviera algún asunto cerca de allí. Las ventanas, visibles desde la calle, tenían cristales verdes y opacos, y estaban cubiertas con una rejilla metálica. Una *mazmorra*, era el término que se le venía a uno de inmediato a la mente. A un lado de la verja principal había una caseta para los guardias con una gran bandera con la esvástica. Una anciana de negro se acercó hasta la puerta en el centro de la verja, el chal cubriéndole la cabeza, los brazos cruzados para sujetarlo y conservar el calor. Un gran camión de color marrón, con la trasera cubierta con una lona, apareció rugiendo por la calle y avanzó hasta parar frente a la caseta. El conductor bromeó con el guardia. Era alemán. El guardia, se sabía, era de una unidad letona de las SS que vigilaba el exterior de la cárcel. La vigilancia del interior estaba a cargo de celadores ucranianos de la localidad.

—Oye, tú, ¿qué miras?

De Milja se volvió a ver quién le hablaba. Dos alemanes en uniforme de tonos negros y plateados. De Milja sonrió vacilante y comenzó a alejarse cuando uno de ellos le dio una patada en la pierna. Se dio fuerte al caer. Fue cómico, los pies en el aire, resbalando en la fría nieve derretida. Los alemanes rieron y se alejaron. De Milja se levantó y se fue cojeando en la dirección opuesta.

26 de noviembre, 16:30.

El comando de asalto se reunió en el apartamento. El Grupo Uno constaba de cuatro hombres: De Milja, Vlach y dos tipos a los que nunca había visto hasta esa tarde; uno de ellos utilizaba el alias de Kolya, un individuo en la veintena, magro de carnes y de mirada dura, y el otro, al que denominaban Bron, era el encargado del arsenal, más pesado y más viejo, de expresión decepcionantemente blanda. El Grupo Dos era de seis hombres, guiados por un oficial del ZWZ que había saltado en paracaídas en la zona de Lodz a finales de octubre, un antiguo oficial de una unidad de reconocimiento del ejército polaco. Llevaba una barba tupida y se lo conocía como Jan.

Todos filmaban nerviosamente, consultando su reloj, hablando en voz baja, yendo a repasar una y otra vez los planos hechos a lápiz de la cárcel. Bron dijo: «Mejor me voy a ocupar en algo», se levantó y dejó la estancia. Uno de los hombres de Jan probaba el mecanismo de una metralleta Bergmann. El ruido del percutor y el cerrojo, acero aceitado sobre acero, se colaba entre las voces.

—Bron —dijo, llamando al encargado del arsenal.

Bron vino desde la cocina; llevaba sólo la ropa interior y las piernas desnudas, enrojecidas a causa del frío, y un cigarrillo en la comisura de los labios, a la par que se abotonaba una guerrera de sargento de las SS.

—¿Qué hay? —dijo.

El hombre probó el cerrojo de la Bergmann y le dijo:

—¿Está bien esto?

—La desarmé esta mañana. Funciona.

El hombre la probó una última vez y la cruzó sobre sus rodillas. De Milja miró su reloj, el minuterero estaba donde estaba la última vez que lo había mirado. Le dolía el costado, por la caída en la acera. Era fuerte el alemán ese. Les encantaba dar patadas, añadía algo injurioso a la agresión, según ellos, y eran duchos en hacerlo, probablemente por todo ese fútbol que jugaban.

—¿Y? —dijo Vlach y alzó las cejas.

Sonrió con astucia, pero su rostro era muy inocente.

—Falta un poco para las once —dijo De Milja.

Vlach no respondió. Alguien estaba dando rítmicamente con su pie contra la pata del sofá. Bron volvió al cuarto. Con el uniforme de las SS puesto, apagó la colilla y encendió otro cigarrillo. De Milja se alzó.

—Tiempo de irse —dijo—. Buena suerte a todos.

Dos de los hombres se persignaron. Jan se caló un sombrero de fieltro frente al espejo del vestíbulo. De Milja abrió la puerta del apartamento y todos salieron rápidamente, con las armas automáticas bajo el abrigo, los sombreros sobre el rostro.

Uno de los hombres en la unidad de Jan dio una palmadita en el hombro a De Milja cuando cruzó junto a él y le dijo: «Buena suerte». Un vecino oyó que había gente en el pasillo, abrió mínimamente su puerta, luego la cerró a toda prisa.

De Milja se volvió a echar una ojeada al apartamento a oscuras, luego cerró la puerta tras de sí. En el marco de la puerta había un recuadro del ancho de un bolígrafo con dos agujeros hechos hacía tiempo, un indicio de algo que había sido quitado. De Milja sabía que los judíos solían tener junto a su puerta alguna divisa de metal, aunque no consiguió recordar cómo la denominaban. En apariencia, los antiguos habitantes del apartamento la habían quitado, pensando quizá que nadie advertiría ese vacío donde antes había estado la placa.

Con Bron al volante, parecían tres oficiales superiores de la Gestapo con un chófer de las SS. El Opel giró en la calle de Zamkova cuando ya estaba casi oscuro, a las 17:00 horas, una hora antes del toque de queda en Rovno, con una o dos personas yendo a toda prisa por la calle, cabizbajas, de vuelta a casa. El segundo Opel y el camión, la unidad de Jan, siguió adelante, rumbo a la entrada de las oficinas de la prisión.

El primer Opel llegó hasta la caseta del guardia. Bron abrió la puerta, asomó medio cuerpo, de modo que el guardia pudiera apreciar su uniforme de las SS. Comenzó a vociferar órdenes en un alemán muy acelerado, amenazante, impaciente. Furibundo. El guardia había visto antes ese comportamiento y se apresuró a abrir la verja. El vehículo cruzó raudo, entonces uno de los civiles saltó de la trasera y fue corriendo hasta la caseta del guardia. El guardia quedó desconcertado. El hombre que corría, Kolya, le puso una pistola automática en la sien.

—Las manos sobre el arma.

El guardia letón hizo lo que se le pedía. Kolya vació la recámara y le devolvió el fusil.

—Ahora monte guardia, haga lo que siempre hace —le dijo, sentándose en la caseta por debajo de la ventanilla, presionando la VIS contra la rabadilla del sujeto—. Lo de siempre —insistió.

El guardia asintió.

El segundo Opel y el camión avanzaron por la calle perpendicular a la de Zamkova. Del camión salieron dos escalerillas que quedaron apoyadas contra el muro. La prisión había sido edificada para evitar que la gente se escapara..., poco había sido hecho para evitar que alguien entrara. Mientras la unidad de Jan trepaba por las escalerillas, el camión fue conducido unos cincuenta metros más allá por la calle y aparcado, con el motor al ralentí, haciendo el ruido suficiente para encubrir los disparos que se produjeran al interior de la prisión.

La caseta de la calle era visible desde la que había en el interior, así que Bron condujo el Opel a velocidad normal, luego se detuvo y vociferó de nuevo en alemán. El guardia no entendió a qué venía tanto barullo. «¿Qué pasa?», preguntó al sargento de las SS. Vagamente, percibió a dos hombres de paisano en el interior del vehículo: eso significaba gente importante del servicio secreto. Evidentemente, sus superiores habían zarandeado un poco a aquel pobre desgraciado, pero... ¿era razón para que la tomaran con él? El sargento de las SS casi tartamudeaba y se ponía a cada minuto más rojo. El guardia se encogió finalmente de hombros y abrió la verja. El coche la cruzó raudamente y uno de los tipos de paisano saltó del interior y corrió hacia él.

Había sido un error.

El guardia se volvió a la caseta en busca de su fusil.

De Milja reaccionó a tiempo, agarró la manilla de la puerta. El Opel se sacudió con la frenada, él abrió la puerta trasera y saltó fuera. Todo cuanto vio del guardia letón fue un rostro pálido en la oscuridad. Un rostro que parecía desconcertado, vagamente ofendido. A tres pasos de la caseta, sus ojos se encontraron, y los dos supieron lo que iba a pasar. El guardia reaccionó, fue a por el fusil de la caseta. De Milja sacó la VIS y disparó mientras corría hacia él. Eso hizo doblarse al guardia en dos, las manos en el vientre. De Milja lo rodeó, se tomó un instante para mantener el pulso y le disparó cuatro tiros en la cabeza. El hombre cayó de rodillas, después de bruces.

De Milja corrió de vuelta al coche y subió a él.

—Muy bien, a la próxima verja.

Jan y tres de sus hombres treparon el muro y saltaron al patio donde estaban las oficinas de la prisión. Con mucha experiencia como comando, Jan había memorizado cada detalle del boceto hecho por el guardia. Dio un vistazo al patio y comprobó que cada portal y cada verja estaban donde el mapa decía que iban a estar. Un joven funcionario que bajaba la escalera desde las oficinas dejó caer un manojito de archivos al ver las metralletas y a los tipos con el sombrero cubriéndoles los ojos. Al tiempo que sofocó un grito, alzó los brazos y permaneció inmóvil.

Jan abrió una puerta al final de la escalera. Había tres funcionarios más: el director alemán y sus dos ayudantes, alemanes, que tenían despachos separados al fondo.

—Arriba las manos —dijo Jan.

Los funcionarios hicieron lo que se les pedía. Dos de los hombres de Jan sacaron a tirones a los alemanes de su silla y los pusieron contra la pared. El director había sido un pandillero nazi en la década de los treinta y la cárcel de Rovno era el premio a sus leales servicios. Había engordado un poco desde esos días, y ahora vestía un fino traje. Pero igual miró a Jan con aire desafiante.

—¿Es usted Herr Kruger? ¿El director? —preguntó Jan.

—Sí.

—Por favor, deme las llaves de los bloques cuatro y seis.

—No puedo.

Jan alzó la metralleta de modo que Kruger pudiera ver el interior del cañón. Kruger cerró los ojos, apretó los labios y se irguió todo lo alto que era. El arma húngara disparó una ráfaga densa y fugaz. El director fue arrojado contra la pared con tal fuerza que el yeso cedió. Y dejó una gran mancha roja al deslizarse hasta el suelo.

Jan apuntó con el arma a uno de los ayudantes.

—Por favor, deme las llaves de los bloques cuatro y seis —dijo.

El hombre temblaba de pavor, pero no se mostró dispuesto a ceder.

—¿Es ésa su respuesta? —preguntó Jan.

El hombre profirió un sonido. ¿De negativa? ¿De asentimiento? Jan se encogió de hombros y disparó una ráfaga aún más prolongada. El funcionario gritó una vez antes de morir. El otro funcionario gritó:

—¡Aquí, aquí están las llaves! En este cajón. Cójalas, por favor.



En una de las oficinas que seguían por el pasillo, otro funcionario se ocultó detrás de unos archivos, oyó los disparos, oyó a uno de los ayudantes del director dar un alarido, los largos minutos de silencio que siguieron. Y, con toda meticulosidad, levantó el auricular de un teléfono y se lo llevó hasta la oreja, dando impacientes golpecitos con su dedo en el asiento de la horquilla del aparato, pero la línea estaba muerta.

Un recinto en penumbras rodeado por bloques de celdas, con los adoquines gastados por medio siglo de haberse deslizado sobre ellos las zapatillas de fieltro de los presos. En el centro, un enrejado de hierro reluciente de escarcha. De Milja y Vlach corrieron agachados, hasta llegar a un acceso con la palabra «Sur» escrita en cirílico y se valieron del portal para cubrirse. La cárcel de Czarny era silenciosa, a los reclusos se les prohibía hablar, de modo que pudieron oír el tintineo de las llaves cuando los celadores se desplazaban por los pasillos, el motor del camión funcionando al otro lado del muro, el ulular de las sirenas de la policía alemana y ucraniana en las calles de Rovno. Una voz llamó, otra respondió, una tercera se rió: los guardias de un bloque. Luego oyeron pasos, tres o cuatro hombres corriendo, y Jan y dos más aparecieron en la oscuridad.

—¿Todos bien? —susurró De Milja.

Jan asintió.

—Matamos a los encargados.

—¿Y las llaves?

—Sí.

Jan jadeaba, buscó en una anilla con varias llaves, examinando las marcas en cada una. Del manajo extrajo al fin dos llaves y se las pasó a De Milja.

—Bloque cuatro —dijo.

—Bien. Salimos como está planeado.

—No hay cambios. Nos vemos en tiempos mejores.

—Sí, claro. Nos vemos —dijo De Milja.

De Milja hizo girar la llave y abrió la reja del Bloque Cuatro, que rechinó al abrirse y luego se cerró con ruido. Un celador apareció por el corredor y dijo: «¿Tomek?». Vlach le puso la metralleta contra el pecho antes de que llegara a enterarse de lo que estaba ocurriendo. El tipo tragó saliva, desconcertado, y soltó la porra de madera, con un eco que resonó en todo el corredor. De Milja

le dobló el brazo a la espalda y le ató las muñecas con un trozo de alambre. Le había parecido, al principio, que el celador era un tipo gordo, pero no lo era. Era muy musculado y su olor —como el del ajo rancio—, impregnado del aroma de las alcantarillas y las piedras resquebrajadas, se extendía por la prisión.

—El prisionero Krewinski —dijo Vlach en un murmullo.

—¿Quién?

—Krewinski.

—Sí, esperad. Es en ese corredor. El segundo contando desde el final, a la izquierda. Ya ven, no les doy ningún problema.

—Al suelo —dijo De Milja.

El guardia soltó una risita nerviosa, apoyó una rodilla en tierra, luego las dos.

—¿Así? Ya ven, no hay problema conmigo.

De Milja lo empujó de lado y comenzó a atarle los tobillos con alambre.

La voz del guardia ahora era aguda.

—Van a soltar a presos de sus celdas, no me dejen atado aquí, se lo ruego.

De Milja no respondió. En lugar de ello, le arrancó las llaves del cinto y se las puso frente a los ojos, enseñándoselas una a una.

—Sí, ésa —dijo el hombre.

Se estaba desvaneciendo, como yendo solo a la muerte, sin que nadie lo tocara, fue lo que advirtió De Milja.

Los presos, en las celdas alineadas a ambos lados del corredor en penumbra, se acercaron a las puertas con barrotes a mirar con curiosidad lo que estaba sucediendo: dos hombres armados avanzaban a toda prisa. Sin uniforme. No eran vigilantes. De momento, De Milja y Vlach los ignoraron. En la segunda celda contando desde el fondo, a la izquierda, había un hombre sentado en un camastro, un tablero de madera sujeto a la pared con cadenas. Era un individuo alto y fibroso, de expresión triste y el pelo descolorido cortado casi al rape: la cabeza recia y los ojos lánguidos. Iba impecablemente afeitado, pero un mostacho al estilo de la caballería no hubiera quedado fuera de lugar en su rostro. El sargento Krewinski, según comprobó De Milja. El hombre los miró a él y Vlach sin demasiado interés. Eran únicamente los últimos de una larga lista de individuos armados que habían ido en su busca.

—¿Es usted el sargento Krewinski?

—Sí —dijo el hombre, como queriendo decir: «Si no tiene inconveniente».

Al abandonar los tres el bloque de celdas, les dieron las llaves a unos presos. En el Bloque Seis, Jan y su grupo liberaron a los dos oficiales del ZWZ, a unos partisanos rusos, a todos los prisioneros políticos y las mujeres del ala vecina. El jaleo no había hecho más que empezar cuando De Milja, Vlach y el sargento llegaron al Opel. Los guardias ucranianos corrieron por su vida, los prisioneros corriendo por las calles de Rovno. Algunos escaparían, y la policía estaría ocupada durante varios días. En el cruce con la calle de Zamkova, vieron el camión de Jan, dando bandazos, a la carrera.

El Opel serpenteó por los callejones de Rovno. Ahora se oían sirenas, a medida que el asalto a la prisión de Czarny comenzó a atraer al lugar a los cuerpos de seguridad. Primero dejaron a Kolya en un escondite, un cuarto encima de una farmacia. Luego a Vlach en las afueras de la ciudad, en un almacén de madera. Pocos kilómetros más allá, el Opel se detuvo en las afueras de una aldea. Bron hizo sonar el claxon tres veces y una antigua camioneta de granjero surgió de un sendero cubierto de nieve. El conductor de la camioneta se unió a Bron en el Opel, se despidieron por señas y partieron en dirección a Rovno. De Milja y el sargento subieron a la cabina de la camioneta, se enfundaron unas zamarras, se calzaron unas botas gastadas y guardaron sus nuevos documentos de identidad.

Esperaron hasta el amanecer. Con las primeras luces enfilaron rumbo a la granja donde estaba la partida de Razakavia. De Milja nunca fue a más de treinta y cinco kilómetros: los neumáticos eran viejos y estaban gastados, el firme resbaladizo a causa del hielo y el barro congelado, y los tramos donde había neblina volvían el parabrisas un espacio en blanco. En el camino, Krewinski le contó su historia:

—El sargento del NKVD, el hombre cuya perrita había estado enferma, vino un día hasta la alambrada y me dijo: «Tú vete a Moscú, a la escuela de formación de cuadros, si te quedas aquí..., bueno...». Entendí lo que quería decirme. No lo volví a ver, pero me salvó la vida. El mayor de mi regimiento estaba aún en el campo por entonces y él me indicó cómo hacerlo. Era un oficial de la reserva, un químico de Lodz, un hombre importante. Bueno, ocurrió exactamente como él me dijo que ocurriría. Yo pedí un libro acerca

del comunismo, y me lo leí y lo discutí con un guardia. Un comisario político de éstos me llamó a su despacho y me dio otro libro. Eso continuó uno o dos meses, entonces me pusieron en un ala separada del campo y dejaron una verja abierta. —Krewinski rió—. Me habían dicho que harían eso, y eso fue lo que hicieron, exactamente. Yo ni caso. Entonces, una semana después, apareció el provocador. Un hombrecillo que trabajaba cerca del despacho. Vino hasta mí y me dijo: «Sé cuál es tu juego. Vamos a unirnos y salir juntos de aquí...».

—¿Y usted qué hizo?

—Fui a hablar directamente con el comandante del campo y denuncié al tipo. Y eso lo cambió todo, eso hizo que me ganara su confianza. Unas dos semanas después fui enviado al Este... Era una especie de escuela. En la calle de Arbat, una vieja mansión. Y también en la universidad. Una escuela de guerrillas. No hay nada parecido a eso en Polonia..., o bueno, quizá para los oficiales, pero no para un recluta, como fue mi caso. Había toda clase de gente allí, de todas partes de Europa: apenas si podíamos hablar entre nosotros. Estonios, lituanos y húngaros, franceses y belgas. Toda clase de gente. Nos enseñaban cómo volar un tren, cómo tender una emboscada a una columna. Pero también dedicaban algún tiempo a la política: cómo editar un periódico y conseguir que llegue a las manos del pueblo, dejándolo en los trenes, enviándolo por correo a las direcciones del listín. Nos enseñaban a matar. La forma de obligar a los campesinos a pelear a favor de uno, cómo infiltrar las organizaciones. Luego, en agosto, después del ataque a Rusia, fui arrojado en paracaídas en los bosques de Tsuman. Tenía que encontrar a una partida y trabajar hasta ponerla bajo el control del GRU, en la calle Znamensky, en Moscú.

—¿Y qué pasó?

—Me fui a casa —dijo Krewinski—. No fue ni sencillo ni fácil, me costó algún tiempo y un poco de suerte, pero es lo que hice.

Llegaron a la granja al atardecer, comieron algo, el sargento pasó algún tiempo con su hermano, luego les dieron mantas y fueron llevados los dos al pajar de un viejo establo de piedra. Allí cayeron en un profundo sueño. Despertaron a las cinco de la madrugada, cuando unidades antipartisanas alemanas y la milicia ucraniana, por obra de un delator, atacaban la granja.

Los atacantes llegaron bastante cerca, matando a los centinelas en su avance silencioso. Trescientos en total, la milicia ucraniana liderada por una

unidad especial de las SS: hombres arrestados en Alemania por practicar la caza furtiva eran reclutados para cazar a otros seres humanos, a los partisanos, en los bosques de Polonia.

Una granada de mano despertó al capitán De Milja.

La granada abrió un boquete en una esquina del establo y prendió fuego a las vigas. A la luz titilante de las llamas, vio a los de la milicia corriendo sobre la laguna congelada. Se quitó la manta y corrió a la ventana, con el Simonov en la mano. Debajo, algunos de los partisanos daban voces intentando organizar la defensa, pero los centinelas que habían desplegado en el bosque yacían ahora con la garganta cortada y sobre las hojas. Era demasiado tarde para organizar nada.

Los alemanes habían dispuesto una ametralladora pesada en el bosque. Con ella cubrieron, ventana a ventana, todo el ancho del edificio vecino, la casa, luego el establo. Sólo el alarido final de Frantek alertó a De Milja del fuego y logró guarecerse bajo el alféizar, cuando iba a alcanzarlo. Se arrastró para ayudar, pero Frantek se limitó a mirarlo de arriba abajo, con los ojos muy abiertos, una mirada de indignación congelada en el rostro.

El sargento Krewinski sabía cómo hacer estas cosas. Esperó hasta que la ametralladora se moviera hacia el siguiente edificio, entonces disparó una prolongada ráfaga con una metralleta, hacia el hocico centelleante allí enfrente. Hubo que cambiar los servidores de la ametralladora: unos minutos que emplearon para reorganizarse. Para entonces, el incendio de las vigas se había extendido y se hacía cada vez más difícil ver a través de él, y hasta respirar, en el piso de arriba. Uno de los defensores vino desde abajo, subió a toda prisa hasta la mitad de la escalera, gritó algo y luego cayó hacia atrás, como un peso muerto. Segundos después asomó por el hueco de la escalera un fusil que disparó a ciegas. Un partisano lo alcanzó con su mano y tiró del cañón, un ucraniano muy sorprendido colgaba de él. El sargento le descerrajó un tiro. Entonces Krewinski y De Milja intercambiaron una mirada —«ha llegado la hora que sabíamos que llegaría»— y guiaron a los demás que había en la segunda planta escaleras abajo. Nadie deseaba morir quemado en un establo. Krewinski fue herido, pero el impulso resultó eficaz. Había tan sólo cinco o seis milicianos al pie de la escalera. Salieron triunfantes —las paredes cubiertas de sangre, milicianos muertos, partisanos muertos—, pero pocos, un ataque exitoso que había mermado sus fuerzas.

Dos ucranianos saltaron sobre De Milja. Los partisanos capturados con vida valían oro para los alemanes. Él cayó de espaldas, pero había tenido la previsión de llevar una VIS en la mano y les disparó a ambos en el abdomen. Rodaron de costado, liberándolo. Se puso en pie con esfuerzo, vio a Krewinski tambaleante, con la camisa manchada de sangre, lo cogió por el cuello y lo arrastró hacia fuera.

Había una nube de humo negro y ardiente, proveniente de la granja en llamas. Ambos se arrojaron al suelo, de bruces. El humo hacía difícil respirar pero les brindó un momentáneo camuflaje, y un momento para pensar. De Milja, con la VIS en la mano y el cuello de Krewinski en la otra, decidió reptar al interior de la granja, confiando en que Razakavia, o alguien más, estuvieran allí resistiendo.

La granja estaba desierta, salvo por Kotior. Había sido herido. Gravemente. Estaba en un sillón, sosteniendo una ametralladora ligera por el trípode, con la ristra de munición alrededor de sus hombros, el cañón apuntando hacia la puerta. Su cara estaba blanca, no viviría mucho más.

—Salid por la puerta de atrás —dijo—. Se han retirado.

—Adiós, Kotior —dijo De Milja.

—Adiós.

Arrastró a Krewinski hacia la puerta trasera, y casi la había alcanzado cuando una sombra voló hacia él desde detrás de una mesa volcada. Él blandió la VIS, pero en seguida vio que era la judía que le había servido el café una mañana al poco de llegar al bosque.

—Máteme, se lo ruego —le pidió ella con aire grave.

No tenía tiempo para considerarlo. Krewinski estaba comenzando a pesar más. No era una buena señal. La mujer puso las manos en su antebrazo.

—Por favor —dijo—. No quiero que me torturen.

Estaba en lo cierto. A la milicia le encantaban los chillidos de las mujeres. Entonces apuntó la VIS a su frente. Ella lo miró, cerró los ojos, alzó el rostro.

No pudo hacerlo. No sería su mano la que la matara.

—No —dijo—. Ven conmigo.

Él arrastró a Krewinski y ella lo siguió, aferrada a su camisa, en medio de la humareda.

La camioneta.

De Milja la había conducido durante un trecho por el bosque la noche anterior. Eso les salvó la vida.

El encendido falló, cuatro o cinco veces, entonces De Milja se obligó a sí mismo a un último intento, pausado y resuelto, extrajo el estérter todo lo que

se podía y logró devolver el camión a la vida. Que se sofocó y tosió, pero ya no volvió a ahogarse. Necesitó de todas sus fuerzas, apretando los dientes, para que el embrague no se trabara al ir pasando lentamente las marchas, pero lo consiguió. La camioneta se arrastraba a marcha lenta pero regular, por un sendero angosto que se perdía en el bosque. Las ramas se rompían contra el parabrisas, las ruedas pasaban sobre troncos caídos y rocas. Ocasionalmente, las ruedas patinaban en algún tramo de hielo, De Milja iba frenando y eso les permitía agarrarse mejor al terreno, pegarse a la tierra cubierta de escarcha.

Todavía vio a Razakavia una última vez.

A pocos kilómetros de la granja, el bosque se dividía en dos partes. Unas colinas ascendían por las riberas de un pequeño río. De Milja tomó la derecha y, una hora después de la puesta de sol, se encontró en un camino donde los guardabosques habían hecho, hacía mucho, un sendero de maderos. Allí detuvo la camioneta para que el motor se enfriara un rato. Y allí, a unos trescientos metros de ellos, con su caballo a paso vivo por la ribera del río congelado, vio a Razakavia.

Uno de sus exploradores, bastante adelantado al resto de la partida, desapareció entre los árboles cuando De Milja lo observaba. El grueso de los jinetes se extendía por un largo trecho, algunos de ellos iban montados de dos en dos en un mismo caballo, muchos de ellos cruzados sobre la montura, posiblemente heridos, exhaustos. Razakavia cabalgaba al frente, su pelo y barba blancos destacándose contra el fondo gris verdoso del bosque, y su rifle cruzado a la espalda.

Pararon al mediodía. Aún quedaba gasolina y el sendero de troncos seguía. Quizás habían penetrado en una de esas vastas estancias de la nobleza polaca del 19, y el camino era mantenido por guardabosques para uso de los carruajes durante la temporada de caza.

La mujer a la que había salvado le dijo que su nombre era Shura. Se había esforzado, desde que dejaron tras de sí la granja en llamas, en lograr que Krewinski estuviera tan cómodo como fuera posible, pero al final dijo a De Milja:

—Creo que debemos parar un momento.

Él supo lo que eso significaba y apagó el motor.

—Gracias —susurró Krewinski, agradecido de tener unos momentos de paz.

El lento y agitado avance de la camioneta por el sendero de troncos había sido una verdadera agonía para él, pero no se había quejado ni una sola vez. Cuando el motor paró, el bosque se transformó en un lugar muy distinto. Frío, límpido, envuelto en una leve brisa; silencioso, excepto por el crujido de las ramas congeladas. Con la ayuda de Shura, puso a Krewinski sobre la alfombra natural de agujas de pino, al pie de uno de ellos, y lo tapó con una vieja manta que habían encontrado en la camioneta. Cuando Shura lo cubrió hasta la barbilla, Krewinski cerró los ojos y sonrió.

—Mucho mejor —dijo.

Pronto se quedó dormido y una media hora después había muerto. No tenía sentido intentar enterrarlo en el suelo congelado, así que le cruzaron las manos sobre el pecho y grabaron su nombre en una piedra, que dejaron junto a su cabeza a modo de lápida.

Pese a los temores de De Milja, la camioneta arrancó sin problemas y avanzó de nuevo por el sendero de troncos. La de Krewinski era una auténtica pérdida, una vida que debiera haber seguido su curso. De Milja pensaba en los costes del rescate, considerado el resultado. Con todo, la operación había sido un éxito. Olenik había sido específico: querían conocer la historia del sargento. Bueno, eso lo tendrían, si él se las ingeniaba para llegar a Varsovia. Estaban, según sus estimaciones, a unos ciento sesenta kilómetros al sureste de Biala. De allí a Varsovia habría otros trescientos cincuenta kilómetros.

En una cartera de piel tenía un par de billetes de tren —para él y Krewinski—, con los documentos necesarios para ir de Rovno a Biala y de ahí a Varsovia. Sus papeles eran todavía útiles y tenía dinero, en varias monedas, pero ni agua ni alimentos y tampoco gasolina. Tenía una pistola y balas suficientes, pero ni la menor idea de lo que iba a hacer con la mujer sentada junto a él. Durante unos segundos la miró fijamente. Envuelta en un abrigo largo y negro y un chal del mismo color, iba muy compuesta en su asiento, con la espalda recta, oscilando levemente con el vaivén de la camioneta.

A pesar de llevar el chal al estilo de las campesinas ucranianas — envolviéndose la frente—, tenía cierto aire inequívoco: la nariz curva, los ojos negros, las cejas oscuras y gruesas, la tez sombría. Alguien a quien todo el mundo confundiera con una bielorrusa o ucraniana no era un problema, pero



Shura parecía exactamente lo que era: una judía. Y en esa región del mundo la gente lo notaría. Las partidas de los bosques hacían de los judíos sus presas, en especial si eran judías. La única alternativa al bosque era un ferrocarril que se movía a paso de tortuga, plagado de hombres de las SS y la Gestapo. De Milja sabía que les pedirían la documentación en cada parada.

—Shura —dijo.

—¿Sí? —Su voz sonaba resignada, sabía lo que venía.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—No lo sé.

—¿Tienes papeles, algún documento de identidad?

—Los quemé. Mejor ser un fantasma aquí que una judía.

—¿Y familia?

—Se los llevaron a todos al gueto de Tarnopol. Y no sé más. Yo estaba fuera, por casualidad, el día que vinieron los alemanes, y me escapé al bosque con un primo, de diecisiete años. Razakavia nos aceptó en su partida. Yo les cocinaba, traía el agua, me empeñaba en serles útil. Mi primo murió a las pocas semanas, durante un ataque a un tren alemán.

—Lo lamento —dijo De Milja—. ¿Estabas casada?

—No. Ni tenía planes..., aunque algún arreglo se habría hecho, me imagino. Me enviaron lejos a estudiar música, cuando tenía doce años. Pensaban que era un prodigio. Pero no lo era. Así que tuve que hacer algo respetable y me convertí en profesora de piano. Una mala profesora de piano, debo decir. No les gustaba mucho a los niños, y a mí no me gustaban ellos.

Siguieron adelante en silencio, por un buen rato.

—Ya ves —dijo ella—. Soy todo lo que alguna vez soñaste.

Ella le dio a entender, sin decirlo claramente, que podía poseerla si quería, que no se resistiría. Pero eso no era lo que él deseaba: una mujer tomada por el derecho derivado de ser su protector. Con todo, cuando al fin se hizo de noche, se hizo evidente que debían dormir abrazados o morir de frío. Así que permanecieron en los asientos de la camioneta, el uno en los brazos del otro, con la manta envolviéndolos y las ventanillas bien cerradas, empañadas con su respiración. Fuera lucía la luna habitual en noviembre —la luna de los cazadores—, una luna llena, una luz fría y pálida sobre el río congelado.

Una noche clara, millones de estrellas centelleaban como la plata. El cuerpo de ella era tibio, la sentía respirando en su sien. Cuando soñaba, sus manos se movían. Ese abrazo le trajo recuerdos a De Milja. De un tiempo ido

y lejano. De las chicas, cuando tenía él veinte años. De su esposa. Echaba de menos el amor y se preguntó si la guerra no lo habría convertido en un imposible, al menos para él. Pensó en cómo sería deslizarle la falda hacia arriba, hasta la cintura. Luego suspiró, cambió de posición, los muelles crujieron. Le dolía allí donde el aire frío y cortante rozaba su piel, y presionó el rostro contra su hombro, el de ella. Ella durmió a ratos, él también.

El sendero llegó a su fin.

Dejaron que la camioneta rodara cerro abajo —centímetro a centímetro, tardaron una eternidad— y luego sobre el hielo gris que cubría el río. Así consiguieron avanzar a unos ocho o diez kilómetros por hora, rumbo al Noreste, según sus cálculos. Descubrieron una aldea en la orilla, de muelles de madera, cubiertos de hielo bajo el sol matinal. Compraron pan negro y sal a una mujer que se acercó al río y se quedó observándolos. Y a un viejo barquero una jarra para derretir el hielo de su interior y conseguir una pizca de agua. «*Brzesc nad Bugiem*», les dijo el hombre, indicando al Norte. Brest-Litovsk. El hombre sonrió y se atusó los bigotes. Estaban en un afluente del río Bug.

Esa tarde hubo nubarrones grises en los cielos y una neblina blancuzca se alzó desde el hielo. Ahora conducían incluso más lentamente. Casi no se veía. A él le preocupaba el asunto del combustible, pero el depósito del vehículo era de gran capacidad y ciento sesenta kilómetros no era mucho pedirle si sólo podían ir a unos cuantos kilómetros por hora.

Después ya no hubo más aldeas. La pendiente de los cerros se hizo más empinada, los árboles más gruesos, no hubo más senderos. Y el río se hizo, con cada nuevo kilómetro que recorrían, más angosto. Finalmente, cuando sólo tenía de ancho unos tres metros, la consistencia del hielo varió. El camión ya no avanzaba. Las ruedas giraban sobre su eje, el motor rugía y la trasera daba bandazos, pero eso era todo. Haciendo los dos equilibrios en el hielo, intentaron hacer montoncitos de ramas tras las ruedas, pero el camión ya no se movía.

—En fin —dijo Shura.

Quería decir que aquello había terminado, pero estaba contenta, al menos lo habían intentado. Lo que ahora venía era apacible, abandonarse al sueño. Él estuvo de acuerdo. Le parecía suficiente con que hubiera alguien allí, no estar solo.

Apagó el motor. El cielo se apagaba sobre los cerros, la noche estaba a una hora escasa. Hacía frío, bastante más frío. Se acurrucaron en los asientos y se abrazaron de nuevo bajo la manta raída.

—Tengo tanto frío —dijo ella.

El viento, esa noche, hizo que hiciera aún más frío, pero la niebla se disipó y una luna grande y blanca asomó sobre los cerros. Un marjal lleno de juncos lanzaba destellos de hielo, y luego vieron un lobo, una sombra gris correteando a lo largo del río. Que se detuvo y los miró, y luego siguió, con sus pisadas silenciosas sobre el hielo. El mundo se había congelado, finalmente, pensó él. En un invierno que nunca acabaría.

Intentaron, por todos los medios, no quedarse dormidos, pero estaban fatigados y no había mucho más que pudieran hacer. Ella se durmió antes, luego él.

El camión permaneció en completo silencio sobre el hielo. Unos cuantos copos de nieve comenzaron a caer, luego otros, más. Las nubes comenzaron a agolparse en el cielo y la luna desapareció, hasta que ya no hubo casi nada de luz. La nieve caía ahora más pesadamente, silbaba al caer, cubriendo con un manto blanco el río, los cerros, la camioneta.

Despertó de repente. La ventanilla estaba empañada, y no hacía tanto frío como antes. Tocó a Shura, pero ella no se movió. Entonces le puso su mano en la mejilla y ella reaccionó. Esbozó una sonrisa y puso su mano en la de él.

—Nos vamos —dijo él.

Ella abrió un ojo.

Él no movió su mano.

—Shura, mira por la ventana —le dijo—. A veces no puedes conducir sobre el hielo. Pero sí en la nieve.

Esa noche atravesaron la guerra, pero no parecía requerirlos.

Vieron pánzers y carros blindados apostados en un puente. Un oficial de las SS, su oscura silueta inclinada sobre la barandilla, miró la camioneta cuando pasó bajo él, pero nada ocurrió. A unos kilómetros al norte de allí habían quemado una aldea, las vigas chamuscadas aún desprendían humo. Y en dos ocasiones oyeron disparos, fuego de ametralladoras respondiendo al de otras, ráfagas en la oscuridad, como chispas en el cielo.

A ratos, la nieve caía racheada, formando torbellinos, por el viento. Después se despejó, las nubes se desplazaron hacia el Este, el río helado reverberaba a la luz de la luna. De Milja conducía aferrado al volante con las dos manos, con cuidado cuando iban por el hielo, avanzando resuelto cuando la nieve les permitía pegarse bien al terreno. Shura le indicó un pequeño camino que subía por un cerro desde el río; quizá fuera un punto donde antes atracaban los transbordadores. De Milja detuvo la camioneta y trepó al cerro. Se encontró con una pista de tierra muy frecuentada, al parecer, y un mojón de piedra que indicaba la dirección de Biala.

Les llevó mucho rato sacar el camión del río. Los dos arrodillados junto a las ruedas, estudiaron su superficie como unos ingenieros. Finalmente, decidieron hacer una pista con ramas hasta la orilla. Funcionó. Con el motor gimiendo, las ruedas patinando, y el camión dando bandazos, lograron subir por la orilla.

Una vez en la pista, De Milja dejó el motor al ralentí, mientras recobraba el aliento.

—¿Dónde estamos? —preguntó Shura.

—No lejos de Biala. A unas horas, si todo va bien.

Metió el embrague y la primera, y comenzó a moverse, muy lentamente, por aquella pista llena de baches.

Llegó la medianoche, y luego la una de la madrugada. Condujeron por bosques cubiertos de nieve, entre ramas recias y blancas dobladas casi hasta el suelo. Shura cayó en un sueño profundo, luego despertó sobresaltada, cuando se dieron contra una roca.

—Lo siento —dijo ella—. No era mi intención dejarte solo.

—No te preocupes —dijo De Milja.

—Debiera haberte ayudado a mantenerte despierto. Puedo cantar algo, si quieres.

—No tienes que hacerlo.

—Puedo hablarte de algo..., bueno, de música, por supuesto. Chopin. O Rachmaninoff.

El motor comenzó a humear cuando subían un cerro más alto que otros. En la cima, De Milja frenó suavemente. Estaban en una altura boscosa sobre Biala, que estaba ahora justo bajo ellos, al menos las afueras. Casas de un piso, panzudas, callejuelas sucias y sinuosas, blancas por el hielo. Volutas de humo salían de cada chimenea. De Milja llevó la camioneta a un lado del camino y apagó el motor.

—Ahora esperaremos a que amanezca, a que acabe el toque de queda. Entonces podremos ir al mercado con los camiones que traen productos del campo. Allí contactaremos con la unidad local del ZWZ... Y estamos de suerte, es una de las buenas. Muy buena. Ellos nos llevarán el resto del camino hasta Varsovia. En un tren de carga, quizás. O escondidos en un carromato de frutas.

Se irguieron en el asiento y miraron por la ventana. Todo parecía muy silencioso con el motor apagado.

—Quizá sea mejor que me quede aquí —dijo Shura.

—¿Conoces a alguien aquí?

—No.

—No durarías mucho.

—Probablemente no. Pero al menos...

—Terminarías de una vez con todo, ¿no? —De Milja sacudió la cabeza con enojo—. No, no. Eso no está bien. Te ocultaremos —propuso—. No en el gueto..., en otro punto de Varsovia, en un barrio obrero. Con amigos nuestros. No será fácil, pero si eres capaz de permanecer en tu escondite y evitas a la gente, en otras palabras, si puedes vivir oculta, sobrevivirás. Vas a necesitar algo de suerte, pero verás el fin de la guerra.

—¿Y tú?

—¿Yo? —De Milja se encogió de hombros—. Yo debo seguir peleando —dijo—. Con los alemanes, los rusos. Con ambos, quizá. Durante años y años, quizá. Pero puedo pasar por ello, nunca se sabe. Siempre hay alguien que sobrevive, no importa lo que suceda. Quizá sea mi caso.

Guardó silencio unos instantes, mirando fijamente a la ciudad dormida.

—Hace un año, alguien que conocí en París me dijo: «Vámonos a Suiza». Podría haberlo hecho, quizá debí hacerlo, pero no lo hice. Perdí mi oportunidad, y no sé bien por qué, la verdad. Tuve un amigo, un ruso, tenía algunas teorías respecto a todo esto..., un mundo de malos y buenos, una guerra que nunca termina, tienes que tomar partido. No sé, así son las cosas.

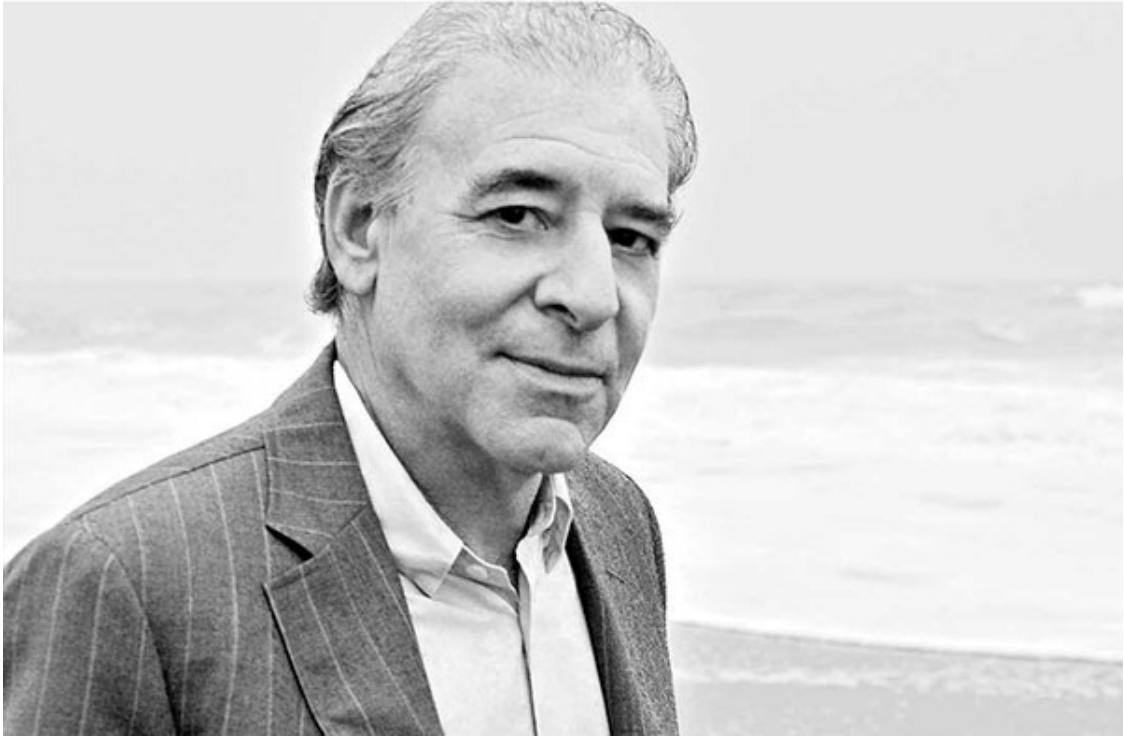
Hizo una pausa, luego sonrió para sí.

—Sinceramente, ahora mismo me bastaría para ser feliz con que el sol asomara de nuevo. El mercado estará lleno de gente. Habrá un fuego dentro de un bidón, alguna forma de conseguir un café bien caliente. Puede ser —dijo, y se rió.

—Café caliente —dijo Shura.

—Y algo de pan. ¿Por qué no?

Se acurrucaron muy juntos en el camión, para mantenerse en calor. Él la abrazó con fuerza, ella se pegó a él. Al cabo de un rato, la oscuridad comenzó a ceder y los primeros rayos del sol dieron sobre los tejados, una bandada de palomas voló por los aires, un perro ladró, otro le contestó.



ALAN FURST (Nueva York, EE. UU., 1941). Licenciado en el Oberlin College en 1962, obtuvo un master en la Universidad de Pennsylvania en 1967. Trabajó en publicidad y como articulista en varias revistas. Como periodista ha viajado por Europa del Este y Rusia y ha sido colaborador habitual de *Esquire* y *The International Herald Tribune*. Ha vivido largas temporadas en Francia, inicialmente ejerciendo como profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de Montpellier, y años después en París. Es bastante más conocido en Estados Unidos que en Europa, a pesar de que él mismo dice tener espíritu europeo. Cultiva el género del espionaje histórico, si bien sus personajes son de ficción. Sus novelas, muy bien documentadas, se desarrollan en el periodo entre las dos Guerras Mundiales y la segunda Guerra Mundial, en especial en Centro Europa.

Su obra *El oficial polaco* tiene un gran rigor histórico y realismo, con grandes dosis de intriga y ha sido publicada con extraordinario éxito en Estados Unidos y varios países de Europa.